

Lejos de Medina

Hijas de Ismael

Assia Djebar

Versión española de
Santiago Martín Bermúdez
Alianza Editorial

Título original:
Loin de Médine

© Editions Albin Michel, S.A., 1991

© Ed. cast: Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1993
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15, 28027 Madrid
ISBN: 84-206-5421-3
Depósito legal: M. 20.096-1993

Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6.
Humanes (Madrid)
Printed in Spain

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

(Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN a EDITORES

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios. Para acabar con ella... los lectores necesitamos **más oferta en libros digitales**, y sobre todo **que los precios sean razonables**.

PETICIÓN a DIGITALIZADORES

Si encontráis libros digitales a precios razonables rogamos encarecidamente:

NO COMPARTIR estos libros, sino animar a su compra.

Por el bien de la cultura y de todos, debemos incentivar la loable iniciativa que algunos escritores están tomando, publicando libros a precios muy asequibles.

Luchemos tan solo contra los abusos, o seremos también abusadores.

PREFACIO

He denominado «novela» a este conjunto de relatos, de episodios, a veces de visiones, que alimentó en mí la lectura de algunos historiadores de los dos o tres primeros siglos del islam (ibn Hisham, ibn Saad, Tabari).

Dentro del período que aquí evoco, que da comienzo con la muerte de Mahoma, se me hicieron muy presentes numerosos destinos de mujeres: mi pretensión ha sido resucitarlos... Mujeres en movimiento «lejos de Medina», esto es, al margen, geográfica o simbólicamente, de un punto de poder temporal que se aparta irreversiblemente de su luz original.

Musulmanas o no musulmanas —cuando menos, en este primer momento, «Hijas de Ismael»—, calan durante breves instantes, aunque en circunstancias indelebles, el texto de los cronistas que escriben siglo y medio o dos siglos después de los hechos. Transmisores escrupulosos, sin duda, pero naturalmente inclinados, por costumbre ya, a ocultar cualquier presencia femenina...

Es entonces cuando, para conseguir la ubicación en el espacio que he pretendido, para establecer la duración de esos días que he deseado vivir, me he visto obligada a recurrir a la ficción como forma de colmar los vacíos de la memoria colectiva.

Varias voces de *rawiya*¹ entrecortan esta reconstitución y tejen el trasfondo

1 *Rawiya*: femenino de *rawi*, esto es, transmisor de la vida del Profeta y de la de sus

de ese primer escenario islámico —como si varias de ellas, contemporáneas, anónimas o conocidas, observasen entre bastidores de qué manera, tan pronto como desaparece Mahoma, se buscan, se mezclan, se superponen las escenificaciones del poder.

Las luchas por la sucesión son los pródromos de la cercana guerra civil entre musulmanes, «la gran *fitna*».

Quiero expresar mi agradecimiento al poeta árabe Nurredin El Ansari, que me ayudó en mi enfrentamiento con la lengua de las crónicas. La matizada belleza del texto de origen, su ritmo, su colorido y su ambigüedad, su misma pátina, en fin, su poesía, único reflejo auténtico de una época, espoleó mi voluntad de *Itjihad*².

A. D.

Compañeros.

2 *Itjihad*: esfuerzo intelectual en la búsqueda de la verdad. Proviene de *djihad*, lucha interior, aconsejada a cualquier creyente.

«... Todo lo que voy a decir lo han contado todos ya; todos han recorrido ya el jardín del saber.

»Mas no podré alcanzar un lugar alto en el árbol cargado de frutos, pues mis fuerzas no bastan para ello, aunque he aquí que quien se mantiene bajo una poderosa palmera se verá por su sombra libre de mal. Acaso pueda yo encontrar un lugar en una rama inferior de aquel ciprés que arroja su sombra lejos...»

FERDUSI, *Libro de los Reyes*.

«Hubo entonces un extraño diálogo entre él y yo, entre yo, su resucitador, y el tiempo viejo que se alzaba en pie.»

MICHELET.

PRÓLOGO

*En Medina, aquel lunes 23 rabi' 1.º,
año 11 de la hégira
(8 de junio de 632).*

Ha muerto. No ha muerto. Incluyó la cabeza, ligeramente, a un lado, contra la garganta de Aisha.

Poco antes había pedido que viniera alguien —un escriba, un fiel, un confidente— para dictarle lo que deseaba dejar a los creyentes «por temor a que cayeran en el error». Varias de sus esposas se encontraban a su alrededor. Algunas de ellas dirán, o se dirá por ellas más tarde, que preguntó explícitamente por su primo, yerno e hijo adoptivo, quien acudió. Pero dos de sus mujeres habían llamado también a su padre respectivo.

Así pues, el agonizante pidió un escriba, un confidente que pudiera escribir fielmente sus recomendaciones. Al menos tres se presentaron a su cabecera. Su mirada expresó desolación y volvió la cabeza contra la pared. Nada quiso decir.

Luego pareció experimentar una mejoría. Le bajó la fiebre que lo postraba desde hacía días. Pudo levantarse. Pudo contemplar desde lejos la plegaria colectiva que los suyos realizaban en la mezquita que lindaba con la habitación. Contemplar la pequeña comunidad de hombres fervorosos le confortó, y se le iluminó el rostro.

Después regresó al lecho. Se acurrucó entre los brazos de la amada. Ésta incluso trituró con los dientes una raíz de nogal —un *suak*— que a continuación le dio a él, que lo masticó para limpiarse las encías, tal como parecía desear. «En ese último instante, intercambiamos nuestras salivas...», dirá ella más tarde con una especie de orgullo pueril.

Aún con la cabeza apoyada en el seno de su joven esposa, con la debilidad de un niño, se abismó en un largo intervalo de inconsciencia.

Las demás esposas acudieron. ¿Ha rendido el alma? «Contempla ahora el lugar que ocupará en el Paraíso, después volverá a nosotros, pero ya no nos elegirá, él...», piensa la amada, los brazos cansados y un vuelco en el corazón. ¿Ha muerto el Mensajero?

Ha muerto. No ha muerto.

Aisha tardó en comprender. Pues volvió en sí un segundo y ella le escuchó balbucear «con el Compañero más Alto», por lo que comprendió que él estaba viendo a Gabriel, y luego...

Las demás esposas rompieron en lamentos delante de ella. Aisha colocó la cabeza del Mensajero en la almohada. Después gritó, lloró, se abandonó.

Los hombres de la familia de él fueron los primeros en acudir; Alí a la cabeza, Abbas el tío, Fadl el primo.

Por su parte, Omar se irguió cuan largo era en el patio de Aisha:

—¡No ha muerto! —gruñe entre los que llegan emocionados—. ¡Mataré a quien diga que ha muerto!

El tumulto. Llanto de las mujeres: Um Fadl llora suavemente, Um Ayman la Negra, de rodillas, se retuerce las manos en silencio, Atika, la más joven de las tías paternas, improvisa versos despavoridos, aún a medio rimar, Esma «la de las dos cinturas» cuida de Aisha, su hermana pequeña... Espanto y estupor en los primeros hombres que llegan, entre los que se encuentra el joven Osaima, que se disponía a salir de expedición con sus hombres.

Tan sólo Alí, silencioso y paralizado, no abandona al muerto. Reza, no deja de rezar, como si, desde aquel día en que, aún niño, se precipitara con fuerza en su recentísima fe, hubieran transcurrido en un solo día veintitrés años. Alí suplica a Dios que no le permita anegarse en la corriente de pena que se apodera de él.

Abú Bekr, el padre de Aisha, vuelve a toda prisa de casa de su joven esposa mediní. Entra en la habitación de su hija. Besa los ojos cerrados del Mensajero, su amigo.

—Mahoma ha muerto —declara al salir de la habitación—. ¡El islam no ha muerto!

Mahoma será enterrado en la propia habitación de Aisha.

Según algunos, se le entierra la noche misma de aquel lunes —día de su nacimiento, día de su muerte—. Lo hacen sus allegados, «las gentes de su casa»: Alí, Abbas el tío, los dos hijos de Abbas y un liberto.

Más allá, en el vestíbulo de los Beni Sa'd, los grupos se enfrentan: los *mohadyires*, los Emigrantes mequíes, por una parte, y los *ansares* de Medina, por otra; también lo hacen los propios clanes que dividen a las gentes de Medina... A la luz de las velas, el problema de la sucesión da lugar a querellas, a discursos vehementes, acaso también a violencias.

Se supone que fueron Alí y los hombres de la familia del Profeta quienes se encargaron, en solitario, de la inhumación. La propia Aisha, que descansaba en el aposento de una de las coesposas, se habría despertado al oír en plena noche el pico del enterrador.

Según otros transmisores, Mahoma fue enterrado el martes al atardecer, una vez que la elección hubo recaído por fin en Abú Bekr, que podrá conciliar a unos y a otros.

Según otros aún, los alborotos relacionados con la sucesión durarán tres días. Tres días durante los cuales los restos del Enviado, en la habitación de Aisha, permanecen olvidados de todos los Musulmanes. (Alí, su tío, sus primos,

se habrían apartado por orgullo de tan prolongados enjuagues.) Los hombres, pues, habrían ignorado a Mahoma, tendido en su lecho, mas las esposas, y Fátima, su última hija viva, también muy debilitada, y las viejas tías, y la dulce Um Ayman, y Marya la Gopta, que acudió desde su lejana morada, aguardan las instrucciones para asearlo, envolverlo en el sudario y realizar el ritual del amortajamiento.

Afirman algunos que tan sólo Alí se niega a abandonar la cabecera del Mensajero, desdeñoso de su herencia temporal.

Ha muerto.

Deja nueve viudas, una hija amada sumida en el mayor desconsuelo, dos nietos de corta edad a los que gustaba de sentar en sus rodillas, a los que encaramaba a veces a sus espaldas, incluso cuando daba comienzo a su plegaria; deja también un yerno-primo-hijo adoptivo que bajará su cuerpo a la fosa y que, por el momento, no será su heredero.

Califato de Abú Bekr (años 10-13 de la hégira)

«Una vez designado califa, Abú Bekr declaró:

»—¡Heme aquí convertido en emir de los Creyentes, mas contra mi voluntad! ¡Por Dios que he deseado de veras que alguno de vosotros ocupase mi lugar...!

»Si al darme esta responsabilidad esperáis de mí que os gobierne como lo haría el Profeta (que la Salvación sea con Él), os diré con claridad que no soy capaz de hacerlo. ¡Al Profeta Dios le honró y le fortificó con su Mensaje!... ¡Yo soy tan sólo un hombre corriente y no mejor que vosotros!

»Os lo pido, oh Creyentes, cuidad de mí: si consideráis que estoy en el camino recto, seguidme, tomadme como ejemplo. Pero si me veis desviarme y salirme del camino recto, enderezadme: ¡sabed entonces que hay un Satán que habita en mí!

»Y si un día me veis iracundo, os lo ruego, evitadme: ¡no quisiera ser entonces causa de padecimiento para vuestros corazones y vuestro estado de ánimo...!»

IBN SAAD, *Tabajat el Kobra*, III.

1

La libertad y el desafío

LA REINA YEMENÍ

Había una vez una reina en Sana, una joven reina. Su esposo, Schehr, había sucedido a su padre, Badsan. El profeta Mahoma, en vida, legitimó la autoridad de Badsan, y después la de Schehr, desde Adén hasta Hadramaut.

Schehr se ocupa personalmente de Sana, la capital, más «dos o tres ciudades», cuenta Tabari. En nombre suyo, nueve gobernadores controlan otras tantas ciudades, pobladas a la vez de himyaríes y de persas llegados de Irán; hace poco que todos se han convertido al islam. La península es rica.

La historia no ha conservado para nosotros el nombre de la reina. Debe de ser hija de príncipe. En cualquier caso, es de ciudad y, en tanto que musulmana, no fue ni esclava ni simple concubina. Esposa legítima; y, si no la única, al menos la favorita, al ser sin duda la más bella, la más joven o la más noble.

La acción que se relata y que la tiene por heroína se desarrolla en Sana. Es el año 11 de la hégira. Comienza el año 632 de la era cristiana.

Se alza en rebelión por entonces un jefe de tribu. Un hombre de la tribu de Ans, un árabe yemení llamado Aswad. Dice ser profeta; se rebela al mismo tiempo contra el islam y contra la supremacía de la familia de Schehr.

Esta rebelión de beduinos llega a conocimiento de Mahoma en Medina, donde, ya enfermo, vive sus últimas semanas. Mahoma nombra a Schehr jefe de la «guerra santa» y le ordena marchar contra el falso profeta. Aswad ha reunido ya en torno suyo a setecientos jinetes, además de su infantería. Schehr opta por un ataque rápido. Demasiado seguro de sí, entabla batalla contra un Aswad al que ha subestimado. Schehr cae derrotado y perece junto con muchos de sus hombres. El rebelde entra en Sana. Extiende su dominio hasta el Taif. Los gobernadores de las demás ciudades se ocultan; dos de ellos regresan a Medina.

Antes de fallecer, Mahoma se entera de la victoria del falso profeta. Predice: «¡Dios le hará perecer muy pronto!», y a continuación lo maldice. También llega a enterarse de los siguientes detalles: que Aswad, en Sana, acaba de casarse con la viuda de Schehr. «Era musulmana», precisa Tabari, «pero se sometió por temor».

Ella será el instrumento de Dios; por ella perecerá Aswad, como previo

Mahoma. Las circunstancias de esta caída anunciada realzan, desde el pasado, la viva silueta de esta reina yemení.

¿Por qué la desposa Aswad? ¿Tan sólo porque forma parte del botín y porque, siendo la más joven o la más bella de las esposas, espléndida en su juventud y realeza, debió parecer al beduino cubierto aún de polvo una presa fascinante? Pero podría haberla «tomado» sin desposarla. Es posible que ella no manifestara demasiada resistencia; bien por cálculo, por curiosidad o, como supone Tabari —tan presuroso en justificarla—, «por temor». Temor que la abandonará muy pronto.

¿Es la yemení víctima sumisa o fingida presa que consiente? Aswad el «negro», victorioso y además, según él, profeta, aparece ante ella. Tanto su sobrenombre como su victoria lo embellecen a los ojos de la viuda, pronto secos de lágrimas. Por segunda vez se ve soberana. ¿Cómo saber si, en aquellas segundas nupcias, hizo algo más que someterse? ¿No las provocaría, tal vez?

La ficción sería imaginar taimada a aquella mujer, ya que las armas de la feminidad siguen siendo las únicas intactas en tales circunstancias. Si Mahoma hubiese condenado también a la reina, la Tradición, no lo dudemos, habría transmitido escrupulosamente la condena. Víctima o seductora: en este punto, el interrogante se sitúa fuera de la palabra profética.

En Medina, Mahoma entra en su agonía.

Sana, tras los muros del palacio. Arquitectura altiva, de sombría elegancia.

Toma cuerpo una conjura; quien la inicia es el primo del rey vencido, Firuz. De acuerdo con los gobernadores que se han escondido, Firuz pide ayuda a la reina para matar a Aswad. Ella acepta en seguida, pues, dice, tras haber tomado a Aswad por un auténtico profeta, «como Mahoma», precisa, lo ha observado diariamente. «Es un pagano», concluye. No cumple con la plegaria ni observa las obligaciones islámicas; si siquiera se abstiene de lo que está prohibido. En el relato, poco antes, se dice que se embriaga todas las noches.

Añade la reina:

—¡Siento por él el mayor de los odios!

Ante Firuz, que busca alguna aña gaza para dar muerte al usurpador, la esposa, inmediatamente, concibe una estratagema.

¿Dónde y cómo tuvo lugar aquel diálogo de conspiradores? La reina, puede deducirse, conservaba sus libertades, al menos con los parientes de su tribu... Firuz, que esperaba encontrar una aliada en quien un día fue esposa del rey legítimo, encontró algo más: la artífice del mortal guión.

No es en modo alguno esa facultad inventiva lo que es digno de destacar, ni tampoco la confianza en sí misma y el dinamismo que supone. Lo es más bien el cambio que se percibe en la justificación previa: «Lo consideré un profeta como Mahoma... Le observé todos los días... ¡Siento odio por él!» Tres etapas de una

trayectoria interior con todas las confesiones implícitas que esconde.

Como si la yemení, al principio, hubiese desposado al «Negro» con alegría: una ambición, una admiración de la que ella no reniega. Creerse por un momento esposa de un profeta «como Mahoma»: ¡tendrá al macho vencedor y soberano, pero sobre todo, en virtud de la bendición divina que le permite compartir, al amante taumaturgo! Ahí radica su justificación. Todas las mujeres árabes estarían al borde de comprenderla: el «más que hombre» como amante lícito. Bendición, poder y sensualidad: bien puede confesar el espejismo en que cayó.

Y al final de aquella ilusión, su odio. Se ha equivocado. Aquel hombre ni siquiera es un simple creyente; vive como un pagano. No es más que un impostor.

La admiradora se torna vengadora. Ella alentará la conjura, le dará forma, lo rematará: que confíen en ella, tiene que vengar su frustrada espera del milagro —orgullo herido y ambición defraudada al tiempo—. Cuentas entre dos que ella ajustará a su manera.

Lejos de quedar reducida al cometido de simple intrigante, hela aquí como el alma de la maquinación.

Concibe la acción y se dispone a hacer que se desarrolle minuciosamente, obediente a una mecánica armónica. Valor y decisión: aparece poseída por una furia fría que dominará de punta a cabo.

En el curso de las peripecias se confirma, más que su seguridad sin resquicio, el poder que sobre Aswad, irrisorio profeta, la reina tan rápidamente ha adquirido.

—Haré que Aswad —anunció— duerma esta noche en tal cámara del palacio, cuya pared del fondo da a la calle. Cuando haya transcurrido el primer tercio de la noche y Aswad ya duerma, ¡agujeread el muro! Yo me quedaré en su cama, despediré a todo el mundo y estaré sola. No apagaré la luz. Entonces entraréis, lo mataréis y haréis lo que hayáis dispuesto.

Tiene ya influencia suficiente para convencer al impostor de que duerma en aquella habitación concreta. El palacio parece tan bien guardado que no es posible imaginar ataque alguno.

¿Es en el amor, en las caricias y en la emoción del placer compartido —compartido por última vez— donde despliega la mujer su poder de tentación? «¡No compartiré tu lecho sino en esta habitación!», debió de murmurar, haciendo creer que era un capricho.

Pero en el relato de la conjura se enfatiza en más de una ocasión la intemperancia de Aswad. «Cae» borracho en el sueño. La crónica prefiere insistir en la embriaguez del hombre, en el pecado de haber merecido la maldición del Profeta en persona. Es como si los caminos emprendidos por tan firme conspiradora no fueran más que provisionales.

¡Como si una musulmana así, sobre la que Mahoma guardó silencio pero a

la que se guardó de condenar, como si una amante así fuera un peligro para todos! En definitiva, ¿no ocultará todo arrebatado conyugal un plan femenino?

Recordar sobre todo la embriaguez, el sueño pesado en exceso del pagano al que se va a matar. El pagano y su homicida; la musulmana vengadora y el esposo que ella, a su modo, anestesia.

El plan se desarrolla sin interrupciones. Entre el día de su concepción y la noche decisiva, los conjurados se prepararon. Obtuvieron el secreto apoyo del general en jefe del rebelde, Quais. Mientras tanto, entre la duplicidad de su consorte, por un lado, y el doble juego de su segundo, el responsable de su ejército, por otro, se diría que Aswad deja disolverse su victoria con excesiva rapidez ante sus cegados ojos.

Además, entre los mensajeros llegados de Medina para reiterar la orden del profeta Mahoma, «¡Matad a Aswad!», se encuentra Amir, el hijo del anterior rey asesinado. Amir no es, desde luego, hijo de la reina. En la lejanía ha reunido un ejército dispuesto a intervenir. Aswad, informado de tal amenaza, quiso poco antes enviar a su general Quais. Éste finge partir.

La reina yemení comparte esta noche postrera con Aswad. Alrededor de la cámara de amor, muchos guardias vigilan; los conjurados aguardan tras el muro. Lejos de allí se incubaba toda una efervescencia militar. Quais, apenas ha salido de Sana, se dispone a regresar; Amir avanza sin encontrar resistencia... Durante el primer tercio de la noche, generales y conspiradores permanecen a la expectativa. Los hilos de la suerte corren entre los dedos de la joven reina.

Cae Aswad, agotado por el gozo y el vino. Tres cómplices, entre ellos Firuz, horadan la pared. La yemení, con una lámpara en la mano y vigilando al dormido, espía; oye el ruido del agujero. Muro espeso; muro del palacio tan bien guardado. Al menos una hora de trabajo.

De los tres conjurados es Firuz, el pariente de la reina, el primero en penetrar. «Sin su sable», precisa el cronista. Queriendo saber primero «dónde se encontraba la cabeza» y cómo hacer para matar... Singular contratiempo: ¿acaso Firuz, en el último momento, no estaba seguro ya del apoyo de la reina? Mas, otra motivación igual de verosímil, ¿acaso entrar desarmado por aquella brecha abierta no es presentarse como enamorado, quién sabe si como «primo enamorado»? Pero Tabari continúa, imperturbable, su relación:

«Una vez dentro, le preguntó a la mujer de qué lado se encontraba la cabeza de Aswad. ¡Ella se lo dijo!»

La reina sigue siendo cómplice fiel. La habitación es tan grande, tan larga, que Firuz, deslizándose por la abertura sin su arma, podría, una vez seguro, volver atrás y regresar con su sable y sus dos cómplices.

¿Hubo acaso en aquel preámbulo de confidencia nocturna de Firuz y la reina una especie de terceras nupcias, de unión de la yemení con el futuro tercer triunfador para asegurarse más el porvenir? Misteriosa soberana, que se entregaría a cada vencedor en cerner, al que domina luego para cansarse

finalmente de él...

Mas he aquí que Firuz, en la habitación, no puede regresar como desearía. Pues, segundo azar de aquella tumultuosa noche, Aswad se despierta.

«Aswad, despertado por su conversación, se incorpora en el lecho y ve a Firuz», escribe Tabari.

Extrañas palabras las del primo y la reina: demasiado ruidosas o demasiado largas, en cualquier caso no simples murmullos de un breve diálogo de conspiradores en la oscuridad. Tabari explica: «Firuz preguntó de qué lado se encontraba la cabeza del rey; ella se lo dijo.»

Sentado en la cama, con los ojos abiertos, Aswad ve al hombre sin armas. Bastaría con llamar a la guardia antes incluso de intentar comprender, antes de volverse hacia la esposa y de acusarla de adulterio. Pero Aswad, aturdido por el sueño y la embriaguez, vacila como un sonámbulo.

Firuz se arroja sobre él. Más rápido. Sin armas, se ve obligado a improvisar. Se detallan las fases de la matanza:

«Le puso las rodillas contra los hombros, tiró de su cabeza hacia atrás y le rompió el cuello. Aswad expiró.»

¿Eso es todo? No. Se dan otros detalles de furor y convulsiones. Como si la «bestia» no terminara de morir. Aswad, no obstante, expiró.

Firuz sale a advertir a los otros. Que no avanzan. Que no se aventuran. Que reclaman la cabeza cortada como prueba. ¿Tienen miedo de Aswad?, ¿de la mujer?, ¿del posible doble juego del primo? Firuz regresa, esta vez con el sable en la mano.

Es la repetición de la muerte, su tartamudeo:

«En el momento en que le cortó la cabeza a Aswad, éste rugió como un buey cuando le cortan el cuello.»

Tercera alerta de aquellas peripecias trepidantes: los guardias oyen aquel grito de buey degollado; llaman a la puerta. Su ama les responde, la voz clara, el tono tranquilo.

—¡El profeta de Dios gime impresionado por una revelación que recibe del cielo!

Para dar aquella explicación tal vez entreabriera púdicamente la puerta: «¡Vuestro profeta... su grito a causa de la revelación!»

No entran. Está a medio vestir. Ella les habla acaso con la emoción de la prosélita ante el misterio de la adivinación.

O tal vez, segunda posibilidad, no abre. Lo dice en voz bastante alta, muy fuerte, a fin de que comprendan y se vayan: «¡Vuestro amo está con Dios!» ¡Los guardias se dicen que Aswad, que ruge, tiene algo más importante que hacer que responderles, simples mortales!

Así vistió ella el grito; así lo disfrazó. Es el adorno de lo imprevisible, ya que Aswad, habiendo expirado ya, «gritó como un buey» unos cuantos segundos después. Es la cabeza arrancada, el cuerpo mutilado quienes

vociferan: se diría que la fuerza del paganismo se va por allí... Y una vez más la musulmana arrepentida ha sorteado el peligro.

Cabeza que corta Firuz, inesperado grito de animal que la yemení explica. Grito profético, lo justificó ella, como si considerase que la revelación era la exhalación del instinto furioso. Buey degollado o profeta que grita su verdad — su sangre de verdad —, da igual.

¿Y si al principio la mujer hubiese creído realmente esta turbulencia sonora? ¿Y si la seducción con la que hubiera adornado a Aswad viniera de esos estertores, de ese alboroto salvaje hecho de sobresaltos y ruidos? Podría haber aventurado otra explicación igual de verosímil para los guardias que acudían: podría haber aducido el grito de la concupiscencia y de la voluptuosidad en su apogeo. Aunque en tal eventualidad Aswad se habría levantado; tendría que haber tranquilizado a los soldados llenos de alarma. No, aquel grito no podía ser de celo. Es sin duda un grito divino, y ella lo explica: el hombre está temblando bajo su manto, lo mismo que Mahoma.

Esa rapidez, esa capacidad de desviar el peligro con tanta viveza, ¿no vienen acaso, en esta reina sumida en el crimen y en la sangre, de mucho más lejos? En ese crucial instante aflora el recuerdo de su ilusión primera: cuando, en lo más hondo del lecho y en los abrazos, «conocía» no al hombre sacudido por el deseo vulgar, sino a un macho transfigurado. Llevada por el instinto que había adornado con metafísicos flecos. Grito profético o grito mortal, justo antes de la frialdad definitiva.

«¡Siento odio por él!», había proclamado antes. De aquella fabulación que levantara ante el amante pagano obtiene tal vez una propensión mayor a imaginar, y por ello a encontrar la salvación... En lo más hondo de aquella noche de su destino, inventa, mas inventa con prontitud, alimentando sus mentiras con las experiencias de las anteriores noches de amor.

Ese valor y ese rencor que poseen al personaje, esa complejidad que sacude a la mujer en la habitación que ilumina la luz de un La Tour, esa riqueza de penumbra, en fin, tiene un límite; no es la mujer quien cortó la cabeza a Aswad. No será una Judit árabe llevando la cabeza de un nuevo Holofernes.

Comparada con la heroína bíblica de primer rango, este personaje —un «papel secundario» en aquellos primeros tiempos del islam— carece tanto de sus motivaciones como de su entorno. La yemení no tiene todo un pueblo que vengar; sólo tiene que salvarse ella y tal vez ni siquiera eso, tan sólo reconciliarse consigo misma, pequeña aventurera pedida en el fresco bélico. Carece de la intransigencia, de la formidable pasión de una Judit, heroína nacional.

La reina yemení posee sin duda cuerpo endeble, brazos frágiles, manos que no son de guerrera sino de muñeca. Acaso... Aun imaginando otras complexiones para modelarla ahí, ante nosotros, no la vemos yendo decidida

hasta la sangre por causa de los demás.

El episodio del palacio de Sana ilustra la astucia de las mujeres de entonces y su decisión. Las mujeres beduinas se mezclan con los hombres en la lucha, los siguen y, como ellos, matan salvajemente, con una alegría que amplía la máscara de la muerte, o, al contrario, mediante la astucia del falso amor y en el lecho, mujeres suaves, insinuantes, se defienden —lecho del amante, mas también lecho del parto y del alumbramiento, recordado tenazmente por las madres, más tarde, como lugar simbólico de la dependencia definitiva e invertida...

No, no hay una Judit árabe. Sería suponer en esta yemení una pureza definitiva, una pulsión de fatalidad, un estallido trágico. En el momento en el que está en juego la supervivencia de un pueblo, Judit, al cortar la cabeza de Holofernes, abre el porvenir.

En el imaginario árabe no es aún el momento para alzar seres semejantes o para inventarlos. No aún, al menos, en esos relatos de tiempos antiguos. En este origen.

Al día siguiente por la mañana, Firuz, junto con numerosos gobernadores ocultos hasta ese momento, se presenta en la mezquita. Quais, con sus hombres, guarda la salida del lugar. Los fieles creen estar esperando que Aswad llegue para presidir la plegaria. De repente, les arrojan su cabeza cortada. La *fatiha* se declama en nombre del Dios Clemente y de Mahoma, el Enviado de Dios... La tropa acude con intención de reaccionar: pero ha de resignarse a la muerte del jefe, aceptar el retorno del islam. Todo está consumado.

Ahora bien, cuando llegan estas agitaciones, mientras que surgen protagonistas en gran número, no hay en la crónica ya ni una palabra más sobre la reina. ¡De repente, ya no hay mujer!

En la mezquita de Sana, lo mismo que en otras partes, en las ciudades donde los representantes de Firuz recuperan el control, el poder ortodoxo recobra sus bases. La mujer inventiva que ha hecho posible el cambio es engullida por las sombras. Reina de Sana, todavía lámpara en mano, se eclipsa en la noche.

No se sabe exactamente si aquella noche del grito, de la cabeza cortada, del agujero en el muro, y si el alba siguiente, que fue la de la victoria musulmana en Sana, precedieron a la muerte de Mahoma en Medina o fueron posteriores en unos días. En ese punto las fuentes no coinciden... Sobre todo, la ambigüedad envuelve al personaje de la yemení que sostiene la lámpara. Ésta desaparece en el olvido: sin honores, sin más comentarios. No la prolonga estela alguna. Su vela se ha apagado: el silencio vuelve a cerrarse sobre ella.

LA QUE AGUARDA A GABRIEL

Otra esposa de rebelde, pero que tiene nombre: Nawar, es decir, «flor».

A su alrededor, al contrario de lo que ocurre con la yemení, no se trama conjura alguna ni se despliega ningún drama durante meses con tantas repercusiones. El relato del que es heroína no se desarrolla con sobresaltos. Nawar aparece en una única escena, la de un campo de batalla. La historia se interpreta en un solo acto, el momento decisivo de la victoria o de la derrota para el islam o, al contrario, para un jefe árabe rebelde y apóstata.

El hombre, un beduino del desierto de la tribu de los Beni Asad, se llama Tolaiha. Su rebelión da comienzo al mismo tiempo que la de Aswad en el Yemen, vivo aún el Profeta. A la muerte de Mahoma, Tolaiha arrastra numerosas tribus vecinas, demasiado felices de sustraerse al impuesto en camellos y ovejas y de recuperar su total libertad. En Medina, ciudad reducida en determinado momento a casi nada, pues el ejército musulmán se halla en campaña en Siria, el califa Abú Bekr da muestras de intransigencia.

Dirigiendo en persona un ejército, dispersa gran número de rebeldes. Los que huyen buscan refugio con Tolaiha. El califa entrega el estandarte de la guerra a Jalid, hijo de Walid, que adquirirá la mayor celebridad militar de la época. Jalid recibe la misión de derrotar a Tolaiha. Once jefes militares están a punto de partir para pacificar la península árabe: a excepción de los habitantes de La Meca, que permanecen fieles, toda Arabia se muestra dispuesta a admitir que, muerto el profeta Mahoma, ha muerto el islam.

La batalla decisiva se prepara entre Jalid, al que los demás jefes acudirán a socorrer a la menor llamada, y Tolaiha, que, además de su numerosa tribu, ha agrupado a otras también poderosas, como los Beni Tay, los Beni Fezara, etcétera.

Durante tres días, frente a frente, ambos ejércitos se observan. Jalid deja intervenir a la diplomacia, y hace bien: los Beni Tay, tras algunas dudas, regresan poco a poco al campo islámico.

El combate da comienzo al alba, al pie de una montaña. Tolaiha coloca delante a su segundo, 'Oyaina, con setecientos jinetes, y a las tribus aliadas, los

Beni Fezara y los Ghatafan. Instalado en la retaguardia, a la entrada de su tienda, observa la batalla.

—Esperaré —dice—. ¡Gabriel vendrá con los ángeles, lo mismo que vino para Mahoma!

De cuando en cuando se envuelve la cabeza con un manto, ya que dice ser también el profeta visitado.

Se añade una precisión: Tolaiha tiene junto a él a «una de sus mujeres, llamada Nawar». Esposa de rebelde, pues; al mismo tiempo mujer de falso profeta. ¡Y una vez más éste se compara a Mahoma!

Pintoresca espera del ángel, como si la intervención divina fuera a decidir sin falta entre los dos campos. Es la primera batalla importante tras la muerte de Mahoma. Fátima acaba de morir también. Al no ser los herederos naturales quienes mandan en Medina y al atenerse los musulmanes al mérito personal para elegir un continuador temporal, en aquel undécimo año de la héjira numerosos iluminados imaginan ser nuevos Mahomas.

Mientras que Jalid y 'Oyaina, segundo de Tolaiha, combaten desde el alba, el falso profeta maquilla su prudente expectación con la esperanza de ver surgir a Gabriel. Ha instalado a su esposa Nawar cerca de él. Además hay preparados, para el caso de derrota, un caballo ensillado y embridado, así como un camello de monta para la mujer.

El combate es duro. En varias ocasiones, 'Oyaina, al que comienza a ganar la fatiga y que espera la presencia efectiva del jefe a su lado, acude a la tienda y se impacienta.

—¿No ha llegado Gabriel?

—¡Aún no! —responde Tolaiha.

Tras dos o tres interpelaciones de este jaez, mientras aumenta el número de muertos y heridos ante el empuje de Jalid, 'Oyaina de repente se da por vencido:

—¡Vámonos! ¡No veremos ni al arcángel Gabriel ni al arcángel Miguel! ¡Ese hombre no es un profeta!

Cuando abandona el campo de batalla con sus hombres y pasa ante la tienda, añade en presencia de Nawar:

—¡Lo que podíamos hacer, lo hemos hecho! ¡Puedes decirle a Gabriel que venga! ¡Ahora le toca a él!

En plena batalla Tolaiha sienta a Nawar en el camello, sube a su caballo y emprende la huida. Se refugia en Siria con su mujer; elige allí una ciudad donde nadie los conoce.

Nawar no es, pues, sino una silueta: presencia de flor apenas visible mientras el rebelde mantiene su fabulación. Nawar, compañera de huida hasta Siria donde, en una ciudad —horizonte repentinamente cerrado—, el anonimato cubre a la pareja.

Podemos imaginar la escenografía desplegada al aire libre por el rebelde, en la retaguardia de la efervescencia guerrera; comedia caricaturesca con un diálogo que, como en las obras ingenuas, forman variaciones irónicas intercambiadas entre el jefe y los que combaten en su lugar. Y por encima de todo ello —esbozo a lápiz que pretende ser dibujo acabado—, la presencia de la mujer-flor.

Desconocida Nawar. Ningún atributo la hace cercana. «Una de sus mujeres» se dice únicamente. Sentada a su lado a la entrada de la tienda. Con derecho a un camello de monta a fin de que el impostor no esté solo en la huida.

Asiste a las oleadas irregulares e inciertas del enfrentamiento. Ve los muertos, los heridos, los múltiples ataques. Sobre todo, escucha el anhelo que contiene la pregunta del guerrero que todavía no duda:

— ¿Ha llegado ya Gabriel?

Ella está presente. ¡Y por qué razón, si no es porque ella también espera al Arcángel! También ella debe de creer, como la yemení de Sana, en la misión profética de su hombre.

No hubo para ella una última noche. La noche que precedió a aquella batalla dio Tolaiha pruebas de valentía: en una oscuridad total, acompañado de 'Oyaina, salió de reconocimiento y combatió contra dos de los más célebres ansares. Los mató. Sigue siendo un guerrero temible.

Pero se empeñó en ser un jefe libre, sobre todo, un jefe bendito. Dispuso la escena: el arcángel Gabriel le apoyaría igual que —y pensó esto con envidia— había apoyado a Mahoma en sus combates... Situando a su mujer delante (Nawar, tan bella que con su sola presencia multiplica el valor de los hombres), Tolaiha espera que el Arcángel acuda realmente. No cree, al menos no con demasiada fuerza, en su misión divina; convencido probablemente de que, en esta ocasión, con dos ejércitos tan igualados, el que venza lo hará por muy poco, para ilusionarse con la venida de Gabriel necesita exhibir, cual inmóvil estatua, a su esposa de nombre flor.

Sí, Nawar debe de aguardar realmente al Arcángel. La anunciación de la que no duda —por amor, por admiración o por simple ingenuidad infantil— está reservada, se dice, al jefe que ha vencido en la noche, que será visitado ante sus propios ojos y bajo el manto.

Sueña también que Gabriel vendrá por ella, si no es para dar la victoria. Sí, decididamente es Nawar, de la que nada se sabe, quien cree en la aparición del arcángel Gabriel e incluso, como dice con ironía el desamparado 'Oyaina, en la del arcángel Miguel... Qué importa la polvareda de la batalla, el hedor de los muertos al sol: a eso está ya acostumbrada. Es beduina; su corazón es fuerte. No tiene miedo. ¡Desea ver al Arcángel! Su esposo lo oirá. Ella lo verá.

Nawar, mujer-flor, es una niña sedienta de leyenda.

Con Jalid vencedor, todos los beduinos rebeldes vuelven al islam; 'Oyaina, el segundo, enviado a Medina, hace profesión de fe ante Abú Bekr, que le

concede el perdón.

Tolaiha regresa de Siria un año después y hace saber que vuelve a ser musulmán. Al año siguiente hace la peregrinación a La Meca, donde decide residir hasta la muerte de Abú Bekr. No se atrevía a aparecer ante el califa por causa de Okaisha y de Thabit, «los mejores de los ansares», a los que había dado muerte aquella noche anterior a la batalla.

La Tradición dice que Tolaiha continuó siendo un fiel creyente el resto de su vida. Pero desde que Nawar huye en su camello de monta y se pierde en Siria con Tolaiha, un denso silencio recubre a la joven esposa.

Flor marchita, flor cerrada. Un sueño, lo mismo que lo fue la venida del Arcángel; un sueño disipado que no atormenta ya a Tolaiha, vuelto al redil.

¿Y si Nawar, «la flor», beduina cercada en una ciudad de Siria, esperase allí aún a Gabriel?

SELMA, LA REBELDE

Visitaba una tarde el Profeta a Aisha, su esposa más joven, la que se supone era su preferida. Aisha (qué edad puede tener, catorce, quince años como mucho) está rodeada de doncellas: sirvientas, libertas o simples compañeras de juegos.

Mahoma, al penetrar en el patio donde se encuentra el grupo de muchachas, murmura de repente ante Aisha, que, aunque sin comprenderla entonces, no olvidará aquella predicción:

—¡Entre estas mujeres hay una contra la que ladrarán los perros de 'Hauab!

Mahoma vacila, y después añade:

—¡Se rebelará contra Dios y su Profeta!

A continuación entra en la habitación de su esposa.

En el grupo señalado se encuentra una muchachita, o adolescente, poco más joven que Aisha. Se llama Selma. Se encuentra allí como prisionera de guerra, pues su padre, Malik, jefe de los Beni Ghatafan, había promovido la rebelión de los suyos contra el islam. Fue vencido. Aisha convirtió a Selma; la liberó y la conservó como compañera. Amistad de una esposa tan joven que recuerda la despreocupación infantil. Selma, hija de jefe, ha conocido la libertad beduina; sus recuerdos deben de alimentar las nostalgias de Aisha, tan mimada por su padre y más tarde por su esposo.

En eso fallece Malik, jefe de los Beni Ghatafan. Deja bienes considerables a su hijo Hakama, y a su hija. Selma tiene una madre bastante rica también. Su prestigio entre los suyos es grande. La dejan volver a su casa. Recobrará su rango principesco. Promete que conducirá a los suyos al islam. Es probable que Selma deba este regreso a la confianza de Aisha. Aisha debió de rogar a su esposo y obtener aquel favor para Selma.

Selma, de vuelta con los suyos, se reencuentra con Hakama, su hermano. Éste está vinculado a 'Oyaina, el segundo del falso profeta Tolaiha, el que desesperó del advenimiento de Gabriel...

Poco antes de la muerte de Mahoma, este 'Oyaina intenta un ataque en el

territorio de Medina para robar los camellos del Profeta. Salama, uno de los compañeros de Mahoma, se lanza antes que nadie contra los cuatreros y recupera los camellos; otros hombres de Medina persiguen a los atacantes. En el combate que sigue, el hijo de 'Oyaina, así como el hermano de Selma, Hakama, resultan muertos.

Cuentan estas peripecias a Selma, que de esta manera se ve situada al frente de su tribu. Por su estancia junto a una de las esposas de Mahoma, ha debido de frecuentar a algunos de los Compañeros. Tal vez haya conocido al homicida de su hermano, uno de los Compañeros más considerados, Abú Quatada. ¿Es esto, acaso, lo que hace la muerte del hermano tan insoportable para ella?, ¿es eso lo que la empuja a apostatar? ¿Selma reniega de su amiga de ayer, de Aisha!

Selma tiene tan sólo un hermano. Muerto éste, hela aquí convertida en jefe de tribu. Reina de clan. Del de los Beni Ghatafan, tribu aliada desde el principio de los enemigos de Mahoma. ¿Cómo seguir así siendo musulmana, aun cuando esta nueva fe le traiga a la memoria como un zumbido sus buenos ratos con Aisha y su círculo? El islam se convierte para ella en recuerdo de cautividad, aunque le haya proporcionado tanta amistad y dulzura femeninas...

Finalmente, Selma, que reinará sobre esta tribu turbulenta y orgullosa, ya no pondera. No vacila. Muerto el hermano en las persecuciones del desierto, debe ocupar su lugar. Debe combatir.

Si Hakama hubiera vuelto —derrotado, sí, pero vivo— de su razzia contra los mediníes, Selma, tal vez sinceramente musulmana aún, habría intentado convertirlo. Hacerle aceptar su derrota como voluntad de Dios. Hablarle de las indulgencias y bondades que manifestó Mahoma cuando se trataba de atraer árabes todavía paganos o cristianos.

Selma se habría quedado de consejera, influyente o no. Hermana a la sombra, el hermano caracolearía al sol y sus hazañas, como las de sus compañeros, perpetuarían la gloria tribal. Selma, mediante la inteligencia o la persuasión, habría podido encontrar la manera de que aquellos hombres continuaran siendo libres sirviendo al Dios de Mahoma.

Demasiado tarde. Abú Quatada ha matado a Hakama. Eso le comunican. No dirá con sumisión «¡Pertenece a Dios, a Él regresamos!», sino que vuelve a su paganismo primero, sin duda para poderse decir: «¡Me convierto a mi vez en Hakama!»

Como si todas las mujeres árabes de entonces, presas de un fervor fraternal, no pudieran hacer otra cosa que identificarse con el hermano. Cada beduina se alza libre, resucitando al héroe muerto en combate.

La mutación debió de operarse en Selma en un solo día: en el momento mismo de anunciarle la muerte de Hakama, y en consecuencia antes de la muerte de Mahoma. O, por el contrario, pudo prolongarse durante meses; o, en tal caso, Selma, situada al frente de su tribu, pretendió silenciar su anterior

adhesión al islam, a fin de no tener que renegar públicamente de él. Acostumbrar a sus hombres —varios millares— a su mando, a su energía.

La agonía de Mahoma es larga. A su muerte, las nuevas circulan por la península. En el Yemen, no hace falta decirlo, han matado a Aswad; pero las demás tribus siguen en ebullición. Parte de los Beni Ghatafan ha participado en la batalla librada por Tolaiha; los soldados que han vuelto han debido de contar la huida de éste con Nawar, su mujer-flor. Selma escucha. Ella no necesita aguardar la ayuda del arcángel Gabriel. La envuelve el recuerdo de su hermano muerto; siente que tiene energía por dos. ¡Será jefe!

Considerando al mismo tiempo la nueva fragilidad del primer núcleo islámico, pero también la indomable energía de las tribus que, una tras otra, acuden a ella, Selma sueña.

Selma, jefe militar. Selma, a la cabeza de una disidencia general; oleadas rebeldes que desbordan hasta el territorio paterno... El hermano ha caído en una simple razzia. Ella, al vengarlo, unificará múltiples tribus. Sus deseos de victoria han adquirido amplitud y la llevan muy lejos. Jalid ibn el Walid, el ya célebre general musulmán, habría dicho al conocer el levantamiento alrededor de Selma:

—¿Qué puede hacer una mujer?

Y se fue a combatir a otra parte, creyendo que iba hacia la tempestad cuando en realidad la dejaba crecer tras él.

El comentario llega a oídos de Selma, que sale entonces de la expectativa y bascula definitivamente: se dispone a combatir a la cabeza de una liga de rebeldes. Vencerá. Ella, una mujer, detendrá la subida de ese *Dar el-Islam* privado de su fundador... Se ve apareciendo de nuevo ante Aisha, la joven viuda, no como prisionera que hay que liberar, ni como amiga que hay que proteger; no, Selma entrará triunfante en Medina y las damas que conoció allí se postrarán a sus pies para obtener su salvación. No se trata ya del islam ni de luchas religiosas, sino de lavar la mancha de su cautividad pasada.

El recuerdo del hermano se aleja. Olvidado Hakama, es Jalid ibn el Walid, la «espada del islam», como ya le llamó el propio profeta, quien se adelanta y se acerca.

Contra él entablará Selma batalla. Ya no es vengadora; sin duda renegó del islam a fin de gobernar sola y libre en la tierra de sus antepasados... Pero es ella quien vencerá a Jalid. «¡Una mujer! ¿Qué puede hacer una mujer?», dijo él. Rumia ella la frase, su tono burlón.

Esta, de repente, la fascina y arrebató. Un acerado orgullo por haber sorprendido, en el interior mismo de la casa enemiga, lo que representaba la reputación de aquel general. Quiere desafiarlo. Combatir cara a cara con él, como un igual.

Por vez primera se alza una guerrera como jefe militar contra el islam: aquel undécimo año de la hégira Selma anuncia a otras mujeres indomables y rebeldes, y en especial a la más irreductible de todas ellas, Kahina, la reina beréber...

Mas he aquí que la víspera de la batalla se da un detalle que la crónica recoge, sin duda para conjurar el vínculo peligrosamente inquietante de la feminidad con la rebelión armada. Selma comienza a desplazarse para salir al paso de Jalid (desea conservar la iniciativa) e incrementa el número de sus partidarios al distribuir sueldos con prodigalidad, pero también establece su campamento junto a un pozo llamado 'Hauab, el nombre que Mahoma adelantó en su oscuro presentimiento cuando, una tarde, entraba en casa de Aisha.

¿Ladraron «los perros de 'Hauab» aquella víspera de batalla? Tabari se limita a revelar la coincidencia del nombre propio, 'Hauab. Como si junto a una fuente, en pleno desierto, Selma hubiera de encontrarse antes con los perros invisibles de la maldición.

La batalla, muy larga, incierta durante mucho tiempo, tendrá lugar, soberbia.

Selma va al encuentro de Jalid y determina el emplazamiento. La lucha comienza al alba y dura todo el día. Selma ha decidido situarse en el centro mismo de sus hombres, en una litera a lomos de un camello. La rodean cientos de soldados con corazas y a caballo.

La lucha llega a un punto en que Jalid grita: «¡Si no derribamos aquel camello y matamos a esa mujer, no podremos romper el ejército enemigo!»

Y anuncia al mismo tiempo una recompensa (cien camellos) a quien, con su sable, haga caer el camello de Selma. Mas nadie consigue abrir las filas de hombres que la rodean... Es el propio Jalid quien, tras haber matado «cien soldados por su mano», llega hasta el camello de Selma. Desjarreta al animal. Se inclina entonces la litera que dominaba el tumulto.

La mujer rebelde, a cubierto en su litera y situada en el corazón mismo del peligro, enardece a sus hombres con la voz... A través de las cortinas, mira: a lo lejos, en frente, acercándose con dificultad después, los hombres del islam, entre los que no ve más que a Jalid, el famoso general, hombre pequeño sin prestancia, mas de inteligencia y audacia excepcionales. ¿Es entonces cuando comienza a odiarlo? ¿Piensa acaso en el hermano muerto, y lamenta, por encima de los cadáveres que se entremezclan, no tener un sable para matarlo?

Selma da órdenes en el corazón del combate. Lo dirige. Entre los cien soldados que la rodean y que Jalid atraviesa con su invencible mano, hay primos, amigos de juegos infantiles, tal vez amantes. Y la sangre salpica ante sus ojos y la separa cada vez menos de Jalid, que se acerca, pero que no la hará nunca su cautiva.

Es el fin. Abatido el camello, volcada la litera, cae Selma; salta, con un arma en la mano...

«Selma cayó de la litera. Jalid la mató por su mano.»

Ultimo detalle del cronista, en cuya voz podemos percibir repentinamente una nota de dureza: ¿no basta, acaso, que Selma esté en tierra? Los hombres que la rodean continúan combatiendo, ya en desorden; comienza el desastre. Bastaría con encadenar a Selma, con volverla a hacer prisionera, aunque esta vez la cautiva carezca de garantías de perdón alguno. Conducirla al menos, rebelde en su apostasía, hasta Medina, hasta el califa Abú Bekr, el padre de su amiga.

No. Jalid la remata. No es la primera vez que corona su valentía y su genio de guerrero con una crueldad intransigente. En vida del Profeta, Jalid, enviado contra la tribu de los Beni Yasima, que se habían rebelado pero que después aceptaron convertirse, los hizo matar y causó la aflicción del Profeta («¡Dios», dijo éste, el rostro vuelto hacia la Kaaba, «soy inocente de lo que ha hecho Jalid!»)...

Jalid mata a Selma. Pero ¿y si en esta ocasión la responsabilidad fuera de la víctima? Es posible que fuera ella quien, en tierra, rehusara arrodillarse. Tal vez saltara como una pantera. Con un arma en la mano, o incluso sin arma visible, pudo provocar con sus ojos, con su risa. «¡Mátame!» Y Jalid, fascinado, no pudo en este caso más que obedecer.

Selma cae ante el general, y quién sabe si, a su manera, no le subyuga.

«Jalid anuncia esta victoria a Abú Bekr», concluye Tabari. La evocación se cierra en la muñeca de Jalid hundiendo el cuchillo en el cuello de la mujer, hasta el estertor final.

Selma significa «salvada». Esa salvación —brusca caída en la efervescencia guerrera, lenta postración del cuerpo hasta entonces erguido— eligió la reina de los Beni Ghatafan.

De la gesta tribal que culmina en esa muerte de leona al sol surgirá una expresión acuñada, rica en sentido, sangre y colorido: siempre que se mencionan las expediciones de la «espada del islam» —Jalid, por el momento, se encuentra tan sólo al comienzo de su gloriosa carrera—, se recuerdan aquellos días belicosos y la rebelión de la mujer apóstata mediante la fórmula falsamente trivial, neutra en su concisión, de «la guerra de Selma».

¿Dirigió la feroz beduina la lucha realmente contra el islam, o tan sólo contra ella misma, contra sus recuerdos de Medina, lago de despreocupación, arroyo de la infancia junto a su amiga Aisha?

VOCES

Orwa, hijo de Zubeir, refirió que un día oyó a su tía materna, Aisha, recordar un diálogo entre el Enviado de Dios y ella.

Mahoma —¡que la Salvación de Dios le acoja!— había empezado a hablar con suavidad, la sonrisa en los labios, y Aisha no sabía si es que quería hacerla rabiar o si le iba a hacer algún ligero reproche:

—En seguida me doy cuenta, murmuró el Enviado de Dios —refirió Aisha a Orwa, quien lo transmitió mucho más tarde—, en seguida me doy cuenta, dijo, de cuándo estás satisfecha conmigo y cuándo estás enfadada.

»Aquello me sorprendió, continuó Aisha. Guardé silencio un momento y, a continuación, movida por la curiosidad, me atreví a preguntar.

»— ¿Y cómo te das cuenta?

»Mahoma sonreía siempre; el corazón me latía con fuerza, pues me preguntaba si, muy a pesar mío, no habría cometido alguna falta para con el Enviado de Dios. Finalmente, explicó:

»—Cuando estás satisfecha conmigo, oh Aisha, dices: “¡Lo juro por el Señor de Mahoma!”, y cuando estás enfadada conmigo, dices: “¡Lo juro por el señor de Abraham!”

»Después se echó a reír, a reír sin empacho. Entonces, turbada, le respondí, con lágrimas en la voz:

»— ¡Es cierto! Te has dado cuenta, ¡oh Enviado de Dios!: ¡sólo puedo renunciar a tu nombre!»

Viuda desde ahora, y «madre de los Creyentes» —y tan honorífico título la destina a una esterilidad definitiva, mas también a mantener una memoria inagotable accesible a los Creyentes—, Aisha acaba de cumplir los diecinueve años.

En la frescura de su habitación, junto a la tumba de Mahoma, de la que sólo le separa un delgado y reciente tabique, Aisha recuerda: «¡Sólo puedo renunciar a tu nombre!, dije... ¡En adelante», piensa, «oh Señor de Mahoma, concédeme cada día un poco más de paciencia para renunciar así a su Presencia!... ¿Cuánto tiempo aún?...»

Orwa es un niño de apenas siete u ocho años. Como Abdalá, su hermano mayor, vive más en casa de Aisha que en la de Esmá, su madre... Orwa hoy entró solo. Aisha,

viuda a la que se honra, libera sus recuerdos, confía su nostalgia al niño que escucha ávidamente, con ojos inmensos.

LA PROFETISA

Ante las tribus árabes, casi todas islamizadas ya, aparece una nueva mujer que aspira a la primacía tanto temporal como religiosa. Se llama Sadyah; es de origen cristiano. Procedente de Mosul, se mueve hacia Arabia y su centro, el Heyaz; como si tan sólo allí se jugase aún el destino del mundo.

Rodeada de cuatrocientos jinetes, «guerreros de Mosul, de Mesopotamia y árabes», Sadyah se acerca.

Una vez extinguidos todos los focos de rebelión (con excepción del que rige el falso profeta Mosailima, encerrado en una lejana fortaleza), Jalid quiso volver a Medina, pero Abú Bekr le ordenó permanecer fuera para consolidar aquella paz demasiado reciente: el menor pretexto puede hacer estallar de nuevo la disidencia; hay demasiados beduinos convertidos de mala gana, tan sólo por la fuerza de las armas... Sadyah, al llegar, parece haber recibido en aquella comarca iguales informes.

He aquí que, una vez más, una mujer es la tempestad; apenas el cielo se había serenado cuando, extrañamente para los hombres de Jalid, la amenaza de una libertad incontrolada se concreta en una mujer.

La principal fuerza de Sadyah, relata la crónica, residía en su elocuencia. «Manejaba muy bien la palabra, y se expresaba en un árabe muy bello, en prosa rimada.»

La mesopotámica es árabe de lengua y de cultura. Su padre, Harith, hijo de Sowaid, la educó en la religión cristiana. ¿De dónde viene que, de repente, Sadyah se erija en fundadora de nueva religión? «Decía ser profetisa y recibir revelaciones de Dios», añade Tabari. ¿Es acaso esa inspiración poética, su dominio de la lengua como de una música, lo que hace desear a esta mujer un mayor poder, la gloria en fin? Y la gloria, en aquel tiempo, no puede tener más que una aureola mágica.

Al margen de su origen, de su nombre, de su religión primera y de la indicación de Mosul como ciudad de nacimiento, nada más sabemos sobre ella: ¿qué edad tiene cuando llega de tal modo como conquistadora? ¿Y para

conquistar qué? ¿Tierras al tiempo que conciencias? Sin duda no es ni especialmente joven ni demasiado hermosa; es una mujer aún no madura, sin marido ni amante, que quiere embriagarse con mayores aventuras, con nuevos horizontes...

Jinete de bella prestancia, está segura de la seducción que ejerce su verbo sobre los hombres (y entre los árabes ésa es el arma más preciosa). Sadyah resulta ser todavía más ambiciosa, si no más orgullosa, que Selma, la reina de los Beni Ghatafan. Y, desde luego, más imaginativa.

Dice recibir revelaciones de Dios, lo cual no le impide, en el curso de esta expedición, realizar un lúcido análisis político sobre la situación de las tribus árabes.

Sabe que Jalid vigila en medio de un falso sosiego, como un halcón dispuesto a caer en picado. No olvida que Mosailima —disidente desde mucho antes de la muerte del Profeta y que incluso tuvo el atrevimiento de proponerle a Mahoma «ser juntos los Profetas de las dos mitades de la Tierra»— sigue en pie de guerra en el Yemama. La táctica de este rebelde inspirado —mezcla de megalomanía y de astucia pragmática— la contiene. Con un hombre así, podría llegar a un acuerdo. Profeta él y, según dice, profetisa también ella, ¿por qué ambos, como pareja visionaria, no habrían de aliarse contra Jalid y contra aquellos musulmanes que tan sólo tienen una exigencia, la unicidad irreductible de su fe?

Concluye entonces que, al relacionarse con esas tribus tan fáciles de exaltar, ha de intentar gustarles, aportar un sueño, por más sencillo, distinto; y, sobre todo, dispensarles del impuesto. Sadyah propone, pues, su religión.

Se presenta como jefe. No cabe duda de que tiene el sentido del protocolo: grandeza y estilo.

Se dirige a la más importante de las tribus del Heyaz, los Beni Dhabba. Les escribe una carta abierta y expone su profesión de fe: un sincretismo algo somero entre el cristianismo y el islamismo: Jesús es el espíritu de Dios, no su hijo (como creen los cristianos); hay que rezar cinco plegarias diarias, como en el islam; se puede beber vino y comer cerdo, como los cristianos, etc. Por el momento. Y, según lo que improvise durante sus noches de inspiración, ella, profetisa de aquella nueva fe, recibirá ulteriores prescripciones...

Los Beni Dhabba se inhiben; Jalid está demasiado cerca. Con los Beni Malik y los Beni Yarb, Sadyah tiene algo más de éxito: Malik ibn Nowaira y su hijo, sin salirse del islam, quieren utilizar a Sadyah para combatir a sus enemigos tradicionales. Malik pide un plazo para una posible conversión; mientras, Sadyah y él combatirán contra la pequeña tribu de los Beni Rahab. Sadyah y sus aliados se alzan con la victoria. Otras tribus, vacilantes hasta entonces, se unen a ella, se adhieren a su Verbo, a sus visiones.

En ese momento decide unirse a Mosailima, el profeta del Yemama... Pero

las tropas aliadas se muestran repentinamente reticentes. Malik ibn Nowaira regresa a su neutralidad pasiva. Sadyah quiere avanzar. Para volver a elevar la moral de sus hombres les hace partícipes de una recentísima revelación:

—¡Dios me ordena ir al Yemama! Me habló así: «¡Adelante, hacia el Yemama! ¡Volad con vuelo de palomas! La campaña es ardua; ¡tras ella, no os alcanzará la reprobación!»

Y todos los suyos, sin dudar más, la siguen en esta marcha.

Con este impulso no razonado, y casi sin sospecharlo, Sadyah desencadena un desplazamiento del equilibrio en toda la península... Las tropas musulmanas, que no pueden reducir al bien fortificado Mosailima, se inquietan ante los refuerzos que conduce tan extraña mujer. El propio Mosailima no sabe qué pensar de Sadyah. ¿Llega como rival? Si tanto fascina con sus discursos ¿no se disolverán sus fuerzas y se unirán a ella, sin duda también porque el cerco musulmán, tan prolongado, lleva aparejado inevitablemente algún desgaste?... En cualquier caso, suponiendo que Sadyah fuera realmente una aliada, ¿qué proyecto real la posee?

Mosailima decide enviarle, como exploradores, una delegación de cuarenta representantes, observadores suyos. Por suerte, las tropas de Jalid, que no sospechan que también Mosailima se encuentra en apuros, han retrocedido hasta una distancia de dos días de marcha de la fortaleza. Sadyah no detiene su avance. ¿Adivina acaso que representa un doble peligro para ambos campos?

Su estrategia de perturbación parece calculada; introduciendo así una nueva incertidumbre, sacará provecho de ella y entonces, de acuerdo con su costumbre, improvisará.

Y ahí radica la ambigüedad. ¿Qué es lo que busca Sadyah al ir hacia Mosailima, el que tenía pretensiones sobre «la mitad del mundo» y dejaba a Mahoma la otra mitad? ¿Y si Sadyah buscara simplemente un hombre que fuera su igual? Tan visionario como ella, impregnado de igual lirismo, de igual desmesura gratuita, de una ambición que de cuando en cuando busca su propio control.

Días de expedición de Sadyah. Todas las noches se muestra poseída por su dios lírico, de modo que se ve obligada a vivir sola, casta, altiva, en medio de sus hombres. ¿Es acaso esta solución lo que la hace huir hacia adelante? ¿Acaso su sueño, tan inhabitual en aquel tiempo, de una pareja visitada de igual modo —ambos presos de la *hybris* por la noche, amigos fríamente voluntarios de día—, la anima en aquella expedición?

En Mosul, antes de partir, debieron de hablarle del profeta Mahoma, describirle su belleza como hombre, sus virtudes como creyente, su dulzura como místico, su valor como jefe militar. Soñó con él, deseó encontrarlo y, desde luego, no como mujer dispuesta a formar parte de su harén. No, sino como igual; ¿acaso no posee ella también el Verbo? Ella crea imágenes, inventa ritmos,

propaga sin esfuerzo racimos de oscuras pero chispeantes estancias; su prosa gotea, jadeante o límpida. En tales trances, está realmente poseída: también ella ha decidido llamar «Dios» a ese fuego de poesía devoradora que la consume.

Muerto Mahoma, marcha hacia aquel que quiso ser su rival, su igual, Mosailima. Quiere ver en persona al hombre que se supone habrá de parecersele. En ella, la mujer aguarda en secreto; pero su orgullosa voluntad la hace atravesar los territorios: «¡Adelante, hacia el Yemama! ¡Volad con vuelo de palomas!»

Sin que ella lo advierta, el pájaro de la felicidad inexpresada se pone a palpar en su corazón.

Los cuarenta enviados de Mosailima comparecen ante ella. Mosailima, prudente, le ha escrito:

«¡Mi intención es dejarte la parte profética que Gabriel entregó a Mahoma para los quraychíes!»

Sadyah recibe a los hombres como anfitriona halagadora. Les invita a pasar la noche. Por la mañana, les comunica su última revelación, que habla de ellos en términos elogiosos:

—Dios me ha dicho: «Aunque tan sólo se tratase de un grano de mostaza, existiría sin embargo un testigo que conocería lo que hay en los corazones. Pero los corazones de la mayor parte de los hombres no encierran más que llagas.»

Los mensajeros, impresionados, comunican a Mosailima su certidumbre: «¡Tiene el don profético, como tú!». Mosailima, prudente, acepta entrevistarse con aquella mujer, pero fuera de su escondrijo y a condición de que vaya sola, apartada de su propio ejército.

La entrevista de Mosailima y Sadyah tiene lugar bajo una tienda de cuero instalada fuera de la fortaleza. Llega Sadyah con una escolta de diez de los suyos y una alfombra se extiende a su paso. La entrevista de ambos profetas da comienzo.

Mosailima, precisa Tabari, «era un hombre joven y hermoso, y causó impresión en el corazón de Sadyah». Nada sabemos aún de la apariencia física de Sadyah. ¿Es ella, realmente, la primera en resultar seducida? Debió de mostrarse fascinada, y Mosailima, «que también tenía deseos», declaró:

—Yo soy profeta y tú también eres profetisa. ¿Qué impide que te despose?

El casamiento se consumó allí mismo. La entrevista bajo la tienda se prolongará tres días.

La cabalgada de Mosul al Heyaz, seguida de una travesía azarosa, conduce a este momento: unas bodas de tres días, a solas, mientras que, alrededor, aguardan dos ejércitos. Algo más lejos, Jalid y sus guerreros se preguntan acerca de los tratos de la coalición.

Sadyah y Mosailima, casados según su nueva y diferente religión, se desposan durante tres días. Hacen el amor. De él sabemos que es un hombre

joven y seductor; ella está llena de deseos y los satisface... Habida cuenta de las frustraciones que verosímilmente se le han podido atribuir, es ella, al contrario de lo que apunta el relato del pudibundo Tabari, quien debió de sentir encenderse sus deseos, y Mosailima, por qué no, subyugado como los demás hombres por su verbo poético, pudo concebir amor.

Cierto es que Mosailima, terriblemente puritano, había inventado un dogma extrañamente austero para su religión: el hombre tenía que unirse a la mujer lo menos posible, y tan sólo para la reproducción de la especie. De este modo, se vio obligado a simular una repentina intervención de Gabriel, que habría ordenado:

—¡Ea! ¡Uníos!

Tres días para juegos amorosos, quién sabe si también para justas oratorias, para rivalizar en revelaciones. Sadyah, cuya elocuencia parece ser su principal encanto, no puede seducir de otro modo. Por otra parte, es lógica consigo misma, y su objetivo secreto se hace realidad: ¡su expedición pseudobélica culmina en aquellos esponsales!

Pero ¿y Mosailima? Dentro de la tienda, y con sus súbditos en la fortaleza, fuera de su poder, ¿no se ve acaso reducido poco a poco a las dimensiones de un hombre ordinario? Tres días después, esta reducción le llevará a irse y no regresar.

Fueran aquellos tres días demasiado largos o demasiado cortos, un dato objetivo se impone: Mosailima ha estado bajo el poder de Sadyah. Ha dormido, sea algunas horas, sea, siquiera, solamente una. También ella, pero los diez hombres alrededor de la tienda garantizaban su protección. Más lejos, su ejército, compuesto al mismo tiempo de gente de Mosul y de árabes aliados, aguardaba.

Más que el amor que dura tres días, es la múltiple, inmóvil espera de aquellos hombres lo que se convierte en acontecimiento, lo que se hincha de lo imprevisible, o de violencia latente...

Colmados los sentidos, Sadyah y Mosailima se separan, sin haber concluido nada de lo que temía Jalid. Mosailima, saciado de placer, debió de sentirse despojado, cuando menos de sus convicciones. Huye de Sadyah. Regresa solo a su fortaleza.

Pasados los tres días, los bandos no confraternizan, no se mezclan durante otros tres días, el tiempo suficiente para volverse contra el ejército de Jalid y conseguir, con facilidad, por superioridad numérica, el aplastamiento de los musulmanes.

Sadyah regresa con los suyos y anuncia los esponsales, a lo que seguirá, piensa, la unión de ambos ejércitos. Pero uno de sus aliados árabes la interpela:

—¿Te ha hecho regalo de bodas?

¿Cómo una mujer «tan encumbrada» se ha unido a un hombre sin siquiera obtener la dote, garante de su valor? Sadyah ha de ir hasta el pie de la fortaleza,

a explicarle a Mosailima que es necesaria una dote. Mosailima, que ya no quiere salir, le responde desde lo alto:

—El regalo que te concedo es el siguiente: dispenso a los tuyos de dos plegarias (la de la aurora y la del crepúsculo) de las cinco diarias que tú les has prescrito.

Algunos de los Beni Temim, hoy día, constata Tabari en su tiempo, como árabes puros y descendientes de aquellos hombres, no rezan ni la plegaria de la aurora ni la del crepúsculo, mas han olvidado que es en celebración de aquellas extrañas bodas de antaño.

Desde el momento en que Sadyah se ve obligada a volver sobre sus pasos para solicitar su dote, como una mujer ordinaria, la profetisa resulta vencida por los suyos.

Tendría que haber impuesto su propia ley hasta ese último punto; imaginar, incluso mediante el arcángel Gabriel, intercesor simulado, que una mujer como ella, libre como ella, no tenía dote que reclamar. Decidir sobre la marcha que las profetisas, las hechiceras, las reinas, todas las mujeres insumisas podían darse por nada, sólo por amor, sólo por placer... ¡Parece que, ante revolución tal, las tribus aliadas la habrían abandonado en el acto!

Por su parte, Mosailima, que no deseaba ya ninguna otra entrevista, pretende alejarse: dice no tener confianza en los Beni Temim, que antes fueron musulmanes y que pueden traicionarles para unirse de nuevo a Jalid.

Sadyah pide la mitad de la cosecha del país para marcharse. Lo consigue. Y parte.

Entonces, prosigue la crónica, los Beni Temim, y entre ellos un jefe llamado 'Otarid, no cesaron de repetir:

—Una mujer ha sido profetisa nuestra y hemos corrido hacia ella. ¡Cuando los demás hombres han tenido a hombres como profetas!

La abandonaron, explica Tabari, porque se sintieron avergonzados de haber sido conducidos hasta allí para una cita amorosa. Los demás árabes que habían seguido a Sadyah también se dispersaron.

Sadyah, reducida a sus fieles del principio, regresó a Mosul. Allí permaneció los años siguientes. Dicen que más tarde se hizo musulmana.

PRIMERA RAWIYA

Las más nobles damas de La Meca viven ahora en Medina...

La primera en llegar, poco después de Mahoma y Abú Bekr, fue Esma, hija de Abú Bekr, llamada «la de las dos cinturas»; en efecto, cortó espontáneamente en dos un largo chal que llevaba para darle una parte a Mahoma en su huida; ella, que alimentó los días posteriores, en la gruta, a los dos fugitivos (Mahoma y Abú Bekr), fue quien se ocupó del viático del viaje.

Primera de las Emigrantes, se instala en Medina acompañada de su hermano Abdalá, de la esposa de su padre, Um Ruman, y de su hermana pequeña Aisha; su marido, Zubeir ibn el Awwam, primo del Profeta y uno de los primeros Compañeros, la acoge con cautela: Esma está embarazada.

Unos cuantos meses después da a luz un hijo, Abdalá; la alegría estalla en aquel primer núcleo de mohadyires, así como entre los ansares de Medina: el nacimiento desmiente una supuesta predicción propalada entre los escépticos de la ciudad, según la cual todos aquellos Emigrantes que se instalen morirán sin descendencia...

Sawda realiza el viaje de La Meca a Medina poco después de Esma. Ya ha vivido una emigración varios años antes, a Abisinia. Regresó viuda a La Meca y allí se casó con el Profeta, cuando ya ella tenía cincuenta años y él había enviudado también, hacía dos años, de Jadidya, y era perseguido cada vez con mayor ahínco por la gente de su ciudad... Sawda va a Medina a reunirse con él: su viaje se lleva a cabo bajo la protección de Zeid ibn Harith, el liberto de Mahoma que se ha convertido en su hijo adoptivo. Sawda lleva consigo a las dos hijas pequeñas de Mahoma, con las que ejerce de madre, lo que continuará haciendo hasta sus ya cercanas bodas en aquella Yatrib rebautizada Medina: Fátima, que el mismo año de llegar allí se casará con Alí ibn Abú Talib, y Um Keltum, que, tres años después, desposará al viudo de su hermana Reggaya, Otmán, el futuro califa.

¿Asistirá Sawda —junto a la que Mahoma ha vivido unos tres años de unión monógama— en el mes de shawwal, seis o siete meses después de llegar, al casamiento de su esposo con la pequeña Aisha?... El año siguiente, después de la batalla de Bedr, primera victoria musulmana —si bien terrible enfrentamiento en que combatieron hermanos contra hermanos, primos contra primos, incluso padres contra hijos, unos en

nombre de su novísima fe, otros por sus creencias ancestrales—, Sawda lloró la muerte de su padre Zamaa y de sus dos tíos paternos, muertos por el bando de los mequíes. Ella, mujer del Profeta, no podrá dominar su dolor y llegará a apostrofar a los cautivos conducidos a su casa; les echará en cara no haber combatido también ellos hasta la muerte ¡contra los musulmanes! Mahoma, que llega en ese momento, la oye y la repudia: ¿es que la solidaridad familiar se ha vuelto en ella repentinamente algo más vivo que su fe?

Su abuelo, veterano ciego y pagano que permaneció en La Meca, le dedica largos poemas improvisados sobre el dolor causado por la pérdida de sus tres hijos a la vez... ¿Acaso va a reunirse con él para que añada otros versos desolados sobre su propio repudio? ¡Las mujeres mediníes, famosas por su vida más fácil, están dispuestas a enternecerse ante tantos sufrimientos! Mahoma termina por perdonar a Sawda: se lo debe sin duda a la intercesión de su joven «rival», Aisha, a la cual ha prometido ceder su parte de noches conyugales... Tan sólo quiere conservar, dice, el honor de ser esposa del Mensajero. Cuando Él, cuyas «obras han aminorado el paso» en aquellos diez años de Medina, muere, Sawda forma parte del grupo de las «Madres de los Creyentes»: nueve mujeres de viudez definitiva y una concubina, Marya.

Entre ellas, Um Salama —su primer nombre fue Hind, hija de Omeya— también debe de pensar a veces en su primera llegada a Medina. ¡Un viaje precedido de tantos tormentos! Prima del Profeta —como hija de su tía paterna—, prima hermana también, pero por parte de su padre, de Jalid, el futuro general, amó apasionadamente a su primer marido, Abú Salama. Este, uno de los primeros conversos al islam —el décimo, para ser exactos—, formó parte de los Compañeros que se unieron a Mahoma y a Abú Bekr en los primeros días de la hégira. Su esposa querría haberle seguido, como hizo Esma, hija de Abú Bekr, como un buen montón de mequíes, convertidas en viajeras durante aquellos primeros meses...

Sus parientes, no obstante, y en especial su padre, Omeya, se lo impiden: Omeya, uno de los jefes más destacados de los quraychíes, es también uno de los más hostiles a Mahoma.

La tradición piadosa se ha demorado en los sufrimientos de Um Salama: todos los días iba hasta la colina de Safa', a las puertas de La Meca, y lloraba al mismo tiempo su impotencia de mujer y su separación del amadísimo esposo.

Tras un mes —según algunos, un año— de elegiacos lamentos, consigue o bien huir y unirse a un grupo de conversos, u obtener del clan familiar el permiso para marcharse... Comienza el segundo año de la hégira: los ricos mequíes preparan ya la expedición que será desastre; tienen prisa por terminar con ese núcleo de disidentes que allá al norte se hacen fuertes e interceptan las caravanas.

Por eso Um Salama no llega a Medina entre las primeras Emigrantes; pero al menos vivió allí una felicidad total, alimentada por su amor conyugal reencontrado y por una vida musulmana sin impedimentos...

No había transcurrido por completo el año cuando, durante el mes del Ramadán, en otro tiempo mes de la tregua, los musulmanes, atacados por los mequíes en Bedr, se alzaron, pese a ser muy inferiores en número y en armamento, con su primera victoria

indiscutible. ¿Acaso también Um Salama tuvo que llorar en aquella ocasión la muerte de su padre Omeya, así como la de uno de sus hermanos? Lloró, desde luego, con menos estrépito que Sawda; ¿acaso no tenía al lado a su propio amor, a Abú Salama? Cuéntase que, en una noche de pasión, ella quiso jurarle —y hacerle jurar— que ninguno de los dos volvería a casarse al morir el otro: de tal modo, decía, podrían tener la seguridad de que habrían de volverse a unir en el Paraíso. ¿Visión idílica de la pareja eterna? En esta aurora islámica, Um Salama sería una precocísima heroína romántica.

Abú Salama, objeto de ese sentimiento exclusivo, se mostró, al menos según la Tradición, más sensato, y en cualquier caso más «sumiso ante Dios»:

—¡Si yo muero —respondió—, cástate! ¡Qué Dios conceda la felicidad a Um Salama después de mí! No faltan hombres mejores que yo. No, lo esencial es que Um Salama no se hunda ni en el luto ni en el pesar.

Murió combatiendo en Ohod trece meses después... Um Salama lo lloró, cuentan, durante más de un año. Rechazó la proposición de matrimonio de Abú Bekr, el amigo tan próximo al Profeta. Poco después, Mahoma envía a Omar como intercesor para transmitir su propuesta. Um Salama se muestra reticente, a pesar del honor: ya ha pasado de los treinta años, cuida numerosos niños (entre ellos Safia, que más tarde será la primera gran jurista). ¿Inconsolable? Tal vez no, más bien previsora.

Pues le responde a Omar:

Dile al Mensajero de Dios que soy una mujer muy celosa —y añade—: y una mujer piadosa.

Mahoma, que por entonces tiene ya por esposas, además de a Sawda, a Aisha y a Hafsa, envía esta respuesta:

—Mediante esta unión Dios dará satisfacción a tu piedad. En cuanto a tus celos, rogaré a Dios para que los haga desaparecer.

Volvió a casarse, pues; lo que no le impidió, algunos años después, hacerle un día un vivísimo reproche a su esposo:

—¿Cómo, hoy es mi día y te veo conversando (muy tiernamente) con Safia la judía?

Con la muerte del Profeta concluyen los celos entre coesposas (¡celos que los cronistas recogen con minuciosidad de escrupulosos forenses...!). En adelante, y de acuerdo con la propia palabra de Aisha, la más joven, que en ocasiones manifestaba de manera acerba sus propios celos, encontramos que esas viudas se llaman «hermanas».

Hay otras damas mequíes en Medina, y de las más destacadas; así, Um Fadl, mujer de Abbas, el tío paterno del Profeta, por la que Mahoma sentía una privilegiada ternura. Después de Jadidya fue ella la primera mujer islamizada. Veintitrés años después de su conversión, Um Fadl, que debe rondar los cuarenta, resulta ser la mujer islamizada más antigua.

No llegó a Medina con las primeras Emigrantes. Su llegada a la nueva capital fue aún más tardía que en el caso de Um Salama, pues para ella el obstáculo fue su marido, Abbas, quien, pese a sus estrechos lazos con su inspirado sobrino, no tuvo valor para abandonar su cómoda posición de rico comerciante y unirse, en la pobreza y la

incertidumbre, a los Emigrantes... Siguió siendo uno de los notables de La Meca; mantuvo junto a él a sus cuatro hijos, aún jóvenes, y a sus dos sobrinos (hijos de Abú Talib), algo mayores que aquéllos. No obstante, en el año 2 de la hégira sus compatriotas le obligan a formar parte del ejército que se apresta a atacar a Mahoma y a sus hombres.

Um Fadl queda, pues, en La Meca, mientras cree en peligro a Mahoma y a tantos allegados tan fervientemente musulmanes como ella misma. Su corazón está en Bedr; sin duda está inquieta por su esposo (sus hijos, demasiado jóvenes, permanecen junto a ella), pero se siente solidaria con el bando opuesto... Entonces Abbas es hecho prisionero y Um Fadl, garante de los bienes del esposo, envía el precio del rescate de Abbas y de sus dos sobrinos.

¡Mas he aquí que se entera de que Abbas ha experimentado una conmoción suficiente como para decidir islamizarse y, una vez libre, vivir por fin en Medina!... Ahora es ella quien debe partir.

Um Fadl llega a Medina con sus cuatro hijos poco después del Ramadán del año 2. Una vez más su casa se convierte en uno de los lugares más familiares para Mahoma, como lo fuera otrora en La Meca. Cuando, en el año 6, regrese como pacífico peregrino a su ciudad natal, será a la propia hermana de Um Fadl, Maimuna, a la que escoja como esposa, llevándola consigo... Los hijos menores de Um Fadl crecen en casa de su tía materna.

En aquel año 11 de la hégira Um Fadl vive no lejos de su hermana, «madre de los Creyentes»; sus hijos crecen, son ya unos jóvenes que combaten; su esposo Abbas es el consejero más sagaz de Alí; su otra hermana, Esmá, hija de Omaís, es ahora mujer de Abú Bekr, primer califa. Imaginémosla como amiga de Um Salama, yendo y viniendo a casa de Maimuna, presta a ayudar a las esposas de sus hijos que salen en campaña o que permanecen en el clan de Alí, junto a su padre.

Um Fadl, cuyo primer hijo, Fadl, se encargó de amortajar al Profeta junto con Alí y Abbas, mientras que el segundo, Abdalá, habrá de convertirse más tarde en uno de los más célebres comentadores del Corán, se siente poco a poco primera memoria para los musulmanes. Situada en el centro de la familia del Profeta —que no ha tenido hijos y la mayor parte de cuyas hijas han muerto—, Um Fadl lleva en sí todo un pasado reciente que quema como una brasa.

Las más nobles damas de La Meca viven desde hace unos años en Medina...

LA HIJA AMADA

Seis meses después de la muerte de Mahoma, durante el undécimo Ramadán de la héjira, rinde el alma Fátima, de veintiocho años de edad. Imagen de azucena apenas abierta y que ya se cierra.

La que lava el cuerpo de la muerta es Esma, hija de Omais, a la que sabemos casada entonces con Abú Bekr, el sucesor temporal. Entre los tres hombres que llevan el cuerpo de Fátima hasta el hoyo de la tumba, se encuentra su esposo y primo, Alí, el futuro califa.

Nada más en aquel día bajo el ardiente sol de Medina; nada más en esta escena de duelo.

Fátima es madre de Hassan y Hossein, los futuros mártires, cuyo drama, que culmina en Kerbela, creará la gran fisura del devenir islámico más de cincuenta años después. En aquel tiempo son dos niños aún, tanto que aparecen junto a su padre en las ingenuas imágenes hacia las que el pueblo sentirá tanto apego en los siglos siguientes.

Fátima, cuyo tercer hijo, Mu'hassan, murió a muy corta edad, deja dos hijas: Zeineb y Um Keltum (nombres que tenían sus hermanas). La menor se casará unos años más tarde con el áspero califa Omar. Permítasenos, así, una breve precisión: Um Keltum fue educada de forma austera, a imagen de su padre y de su madre.

Nada más que añadir, salvo que Fátima, en el curso de su vida conyugal, fue la única esposa de su primo Alí, igual que su madre, Jadidya, fue la única esposa de Mahoma durante veinticinco años, hasta que murió.

Es ésta la única gracia que podemos permitirnos evocar ante estas dos figuras: Jadidya y Fátima no conocen coesposa. El público masculino lo considerará como una bendición, la única que merece su valor.

Fátima, por exceso de dolor al perder a su padre, pero ya debilitada, muere en la flor de la edad. El día en que sucumbe Mahoma abundan los detalles sobre el mundo femenino que existe alrededor: el Profeta muere en brazos de Aisha, sus otras esposas son las primeras en lamentarse; Aisha, tan joven aún, sólo comprende entonces... Ese día, sin embargo, nada se nos dice expresamente

acerca de Fátima. Como si, al aparecer la muerte ante el hombre, captáramos primero la compostura, los gestos, la voz de las esposas, y las hijas, por su parte, retrocedieran.

Seis meses después de la muerte de Mahoma, muere, pues, su hija, la preferida, la que, en ausencia de hijo de Mahoma *abtar* (es decir, sin descendencia masculina), transmite mediante sus hijos —casi gemelos— una descendencia masculina doble, principal vínculo de sangre.

Como si la presencia de la hija querida, una vez muerto el padre, cobrara la consistencia de un vacío, de un hueco, de un espacio en blanco... Lo que apenas durará seis meses. Una vez bajada Fátima a la tumba, los descendientes primeros del Profeta son dos muchachitos, los casi gemelos que Mahoma tan a menudo ha tenido en sus rodillas.

¡No una mujer, por pura, por austera, por esposa única que haya sido!

A menudo, en el relato de la gesta mahometana el Profeta es interpelado así: «Oh, Abú Quassim», es decir, «Padre de Quassim», el pequeñín muerto en la cuna. Tendrá aún otros dos hijos de Jadidya, que morirán muy pequeños también. El cuarto, Ibrahim, será su concubina cristiana quien se lo dará más tarde, en Medina. Este último, Ibrahim, se extinguirá a la edad de dos años. Cuatro hijos muertos, todos de forma prematura; cuatro hijas que vivirán, la cuarta de ellas llamada Fátima.

Si Fátima hubiera sido un hijo, en el postrer momento de conciencia del Profeta la escenificación de su última petición se habría modificado: cuando Mahoma quiso transmitir su voluntad sobre quién habría de sucederle en lo temporal y guiar la frágil comunidad musulmana en cierne (diez años tan sólo después de la héjira), y pidió un escriba valiéndose de sus esposas, todas presentes, Aisha trajo a su padre Abú Bekr, Hafsa volvió también con su padre Omar y las demás fueron a buscar a Alí, su yerno e hijo adoptivo. Al ver tres personas en lugar de una sola, como él deseaba, Mahoma vuelve la cabeza y guarda silencio. Poco después, fallece: surge en el acto la incertidumbre sobre la sucesión y sobre el modo en que ha de realizarse, sobre la persona misma del sucesor.

Como si el cuerpo del islam hubiera de dividirse, dar a luz por sí mismo luchas civiles y querellas, todo ello como tributo pagado a la poligamia del Fundador. Como si hubiera que desposarse en múltiples ocasiones para reunir y transmitir un poder sin duda múltiple, mas precisamente por eso mismo nunca unificado. Llegado el momento, las esposas, futuras viudas, traen casi todas a su padre; de hecho, serán los dos suegros del Profeta quienes, uno detrás del otro, le sucederán, si bien es cierto que más por su mérito personal que por obra de su alianza...

Sí, si Fátima hubiera sido un chico, la escena última de la transmisión

habría sido muy distinta: cualquiera que hubiera sido la esposa enviada por el moribundo, no habría dejado de traer a «el» hijo, aunque no hubiera sido su hijo.

El hijo habría sido el escriba, eso es seguro, aunque no lo sea tanto que Mahoma lo hubiera designado para la pesada tarea de guiar la *Umma*. Al menos, y eso habría cambiado la continuidad del devenir islámico, el Profeta no habría guardado silencio. Habría elegido un primer guía, aunque hubiera sido el mismo que finalmente fue designado, esto es, Abú Bekr. Establecido así el modo de sucesión por el propio Profeta, no habría habido disensiones, las *fitna* que veinticinco años más tarde ensangrentarán la Comunidad. Compañeros e hijos de Compañeros del Profeta se matarán entre sí, ya que Fátima, al ser mujer, no fue el escriba en aquel momento en que la muerte se acercaba a Medina...

Entre los símbolos relacionados con la muerte del Profeta que requieren aclaración queda clara una primacía: las esposas, las coesposas, pasan, en el umbral de la muerte, por delante de la hija, de las hijas. En el momento de expresar su último deseo para guiar a los hombres, Mahoma necesita a sus mujeres como mensajeras; por la sencilla razón de que comparten el lecho, sólo ellas están habilitadas para permanecer junto al cuerpo que sufre, que desfallece. Durante esos momentos las hijas cumplen con su deber de esposas y su tarea de madres. Las esposas cuidan a los hombres, los «sostienen»; las hijas, por su parte, en último término, hacen más: como Fátima, dan niños a su padre.

Fátima, hija del Profeta, se adelanta hasta el primer plano de la escena islámica en cuanto esposa y madre de tres mártires, muertos los tres por islámica mano: Alí, Hassan y Hossein. Su sombra reivindicadora se extiende sobre el cuerpo todo, aunque bífido, del islam secular.

Imaginar a Fátima en persona, al margen de su padre, de su esposo, de sus hijos; decirse que tal vez —(quien lo ha percibido, escrito o transmitido, se ha atrevido a incurrir por ello mismo en un pecado de lesa majestad...)—, sí, tal vez Fátima, desde su edad núbil o durante su adolescencia, quiso ser chico. Inconscientemente. Al mismo tiempo Hija (por la ternura) e Hijo (por la continuidad) de su padre. Aun casándose, sí, con el primo del padre, sobre todo porque es hijo adoptivo del padre: desposándose casi consigo misma, a decir verdad, para acercarse lo máximo posible a aquella heredad deseada e imposible, a aquel modelo del macho sucesor mediante el que Mahoma habría perpetuado su descendencia. ¡Cuando la palabra de éste, la menor palabra de los versículos de la azora revelada, dará testimonio de él mucho más de lo que pudieran hacerlo cincuenta machos herederos con otros cincuenta machos tras cada uno de ellos!

Sí, Mahoma es *abtar*, y Fátima garantiza, mediante sus hijos, el deseo demasiado humano de su padre. A pesar de su muerte prematura, presentirá que se prepara, decenios más tarde, el sacrificio terrible que tendría que sufrir la

familia del Profeta... ¡Tentativa de la hija amada que cree remediar la falta de herederos y que, por contra, anuncia la fatal disensión!

¿Es extralimitarse modelar libremente una «idea» de Fátima? ¿Es extralimitarse animarla de una pulsión masculina o de un fervor filial tan fuertes como para hacer que la ficción se desgarre? Se corre el riesgo de ser inverosímil, o al menos anacrónico, por el relieve que se otorga a la supuesta frustración...

En suma, hacer a Fátima tan hija de su padre es arriesgarse a presentarla como una menos perfecta musulmana, al someterse de mal grado al designio de Alá, que ha querido que Mahoma sea *abtar*, padre de varias hijas cuya benjamina es Fátima. También fue hija suya antes de islamizarse. No sabemos exactamente cuándo ni cómo se hizo musulmana, si por súbita conversión o por lenta inclinación. Con toda probabilidad, por admiración cada vez mayor hacia el padre...

Todas las hijas de Mahoma son personalidades fuertes. Abundan los testimonios de ello, sobre todo por lo que se refiere a la bellísima Reggaya — «durante mucho tiempo la mujer más hermosa de La Meca»—, la más bella incluso en la corte del Negus, cuando se exilió con Otmán, su esposo, en Abisinia; antes, cuando las primeras persecuciones en La Meca, salvó a su padre de la muerte (muy joven entonces, aún no musulmana, corrió como una loca a través de las calles de la ciudad hasta el templo, donde liberó, soportando abucheos, a su padre que se asfixiaba)... Su hermana mayor, Zeineb, estuvo mucho tiempo sin islamizarse por amor a su marido, al que prefería sobre su padre, el cual respetaba ese amor. Después se hizo musulmana, pero protegió al esposo prisionero, al tiempo que prometía no volver a tener comercio con él. Fue él quien, para volver a ella, ingresó en el islam. Dos mujeres, pues, heroínas de fascinantes historias de amor; dos imágenes que alimentan la fantasía.

¿Cómo no pensar que la hermana de aquellas dos mujeres excepcionales había de ser también excepcional, aunque de otro modo? No por su belleza, como Reggaya, ni por su pasión amorosa, como Zeineb, sino tal vez por su sentimiento filial llevado hasta el extremo... Es una suposición. Cuando su madre Jadidya muere, Fátima tiene poco más de diez años. Tenía cinco cuando Mahoma recibió la Revelación. Entre estas dos edades Fátima es testigo paulatino del tránsito; ante sus ojos de niña, de joven núbil después, el espacio familiar se amplía; percibe realmente el seísmo y la revolución paterna en su nido.

Sus primeros años de adolescencia son los de la persecución de su padre: la angustia que ésta pudiera inspirarle debió de verse paliada por la sólida presencia de la asombrosa Jadidya, primera conversa. El segundo musulmán, Alí, será poco después su novio y luego su marido. ¿Y ella? ¿Guardan realmente silencio todas las fuentes? ¿Por qué Fátima no aparece en las crónicas más que como madre de Hassan y de Hossein?

Como si el amor filial, asumido en tal grado de intensidad, experimentase, del mismo modo que la pasión, un movimiento espontáneo de retroceso, de oscuro sueño, de silencio.

Apartémonos un instante de Tabari para referir un *hadith*³. Es Bojari, el escrupuloso, quien garantiza la fuente de este episodio... Figura entre los menos discutibles de la *sira*⁴ del Profeta.

Varias semanas, tal vez sólo varios días antes de su muerte, recibe el Profeta la visita de Fátima. Por entonces se encuentra ya inmovilizado en casa de Aisha y es ésta quien ve la escena de lejos. Se mantiene apartada sin duda por reserva, por pudor.

Fátima, inclinada sobre el lecho de Mahoma, le escucha murmurar misteriosas palabras. Y la joven, dice la esposa testigo, rompe en un raudal de lágrimas inextinguibles. Llorar, doblada en silencio; se desgarrar sin respuesta alguna de su padre. Tan sólo mezcla sus lágrimas contagiosas con las del enfermo. Éste por fin recobra su discurso, de nuevo murmura una o dos frases...

Entonces Fátima, súbitamente consolada, se ilumina; su rostro aún en llanto cobra una expresión de infantil alegría, sonríe, ríe. De nuevo inclinada sobre el padre yacente, le hace compartir su alegría, y él comprende esta volubilidad filial... Padre e hija sumidos en llanto, y luego en el agotamiento, por decirlo así, de la felicidad que llega, que fluye por todas partes.

Aisha miró. Ella, la esposa, es la menor, tiene apenas dieciocho años. De haberse prolongado el dolor del primer momento, habría acudido para retorcerse las manos con ellos, para compartir ¿qué pesar, qué oscurecimiento? Poco después, ante otras palabras de Mahoma, llega el contento como un claro y transforma a aquellos dos seres que se aman. ¡Seráfica suavidad! Aisha se ha quedado apartada, fascinada sin duda alguna, sintiéndose casi envejecida, casi triste ante la movilidad de las dos almas enloquecidas que se reencontraban en aquella alegría...

Aisha relató el episodio. Muerto el Profeta, dijo que se atrevió a preguntar a Fátima sobre aquel día.

—Me anunció primero que no iba a sanar de aquella enfermedad y que nos dejaría poco después.

Luego Fátima añadió:

—A continuación me reveló que, de todos sus allegados, sería yo quien le seguiría en la muerte, y muy poco después.

La felicidad de Fátima se confirma: muere seis meses más tarde. Queda, imagino, una especie de pesar por lo imposible en la voz de Aisha cuando,

3 *Hadith*: «anécdota» sobre la vida del Profeta.

4 *Sira*: la historia de la vida del Profeta.

mucho después de la muerte de Fátima, empieza a contar aquel recuerdo.

Un *hadit* no es nunca algo seguro, pero, en el espacio de nuestra interrogativa fe, traza la curva perfecta de un meteoro que se entrevé en la oscuridad.

VOCES

¿Cuándo, cuándo se callará la hija del Mensajero, la hija amada? Ahora que Él ha muerto, por qué no se limita a llorar en silencio, entregada a la voluntad de Dios, como los demás, como las esposas, como los Compañeros, como...

Los primeros días, inmediatamente antes e inmediatamente después de la inhumación, desde luego que lloró, ajena a todo lo demás, a los otros y a los lugares, lloró en el grupo familiar... Después, cuando todo concluyó —«todo» quiere decir el enterramiento—, Alí hizo subir a Fátima en una mula (dirán algunos que una de las mulas de Mahoma, seguramente Schahbá). Tapada por completo, temblorosa aún bajo los velos, se dejó llevar: con Alí, otros dos primos los siguieron. Ella y él regresaban a su morada, aquella que diez años antes Mahoma eligió para ellos, lo más cerca posible de su propia casa, de manera que pudiera ir a verlos en cualquier momento...

Pero la mula, conducida por Alí y uno de los primos, se vio en seguida rodeada por algunos de los ansares, los mediníes «defensores». Miraron a Fátima en silencio, dispuestos, según parece, a llorar con ella. Alí hizo un ademán con el brazo: hacia su mujer, que los miraba uno a uno.

—¿Por qué, por qué —empezó uno— no habéis aparecido hasta ahora?

Otro se encaró con Alí y dijo con furia:

—¡Si hubierais llegado los primeros, por ella, aunque sólo hubiera sido por ella, te habríamos jurado todos obediencia!

—¡A ti!

—¡Sí, a ti!

Se amontonaron las voces. Formaban ya un círculo; aquella algarabía hizo salir de las casas a varios fieles y también algunos chiquillos. La noche estival era aún clara, como el final blanquecino de un crepúsculo demasiado largo. Flotaba en el aire, intenso, el olor cercano de un bosquecillo de retamas. Detrás, un solo servidor levantaba una antorcha.

Fátima los consideró uno tras otro. Parecía atenta y, sin embargo, en otra parte; sus velos grises se alargaban sobremanera en aquella penumbra cada vez más oscura.

—¡Teníamos deberes para con Él hasta el último momento! —intervino Alí con una voz clara y resonante.

La voz de alguien que nunca más podría llorar.

Súbitamente, habló Fátima; al principio en voz baja, después con cadencia nerviosa, y su timbre hendía el acolchado silencio que se había vuelto a hacer:

— ¡Aquellos que no pueden tener el mismo dolor que nosotros, los suyos, aquellos... (se detuvo un segundo) se han precipitado, ¡oh, Dios clemente! —entonces, tras una nueva pausa que a todos les pareció interminable, concluyó—: ¡Dios es testigo de todo!

La mula dio un paso en dirección a Alí, un bandazo incontrolado, como si hubiese comprendido que Fátima quería marcharse, huir lejos de aquel mundo. Fátima inclinó ligeramente el torso hacia su esposo, que retuvo al animal.

— ¡Has hecho lo que debías! —añadió—. ¡Dejemos a la gente apresurada y calculadora...!

Cual una niebla lenta, deslizóse el silencio en la noche de Medina.

Al día siguiente, volvió a la tumba del Mensajero. Las mujeres se apartaron cuando supieron que llegaba; lo hizo tapada por el blanco que llevará en adelante, como sus sirvientas. Una de éstas llevaba a los dos chiquillos; otra llevaba en brazos a la pequeña Zeineb, adormilada.

Algunas de las viudas no salieron de su habitación, pero las cortinas de las puertas estaban levantadas. Aisha, apretada contra su amiga Hafsa, no se movió del umbral, acurrucada, conmovida aún por aquel principio del luto... Allá, al otro lado del pequeño patio, se alzaba aún la habitación de Aisha, mas era también el lugar de su tumba.

Entró Fátima en la habitación, iluminada noche y día por numerosas velas de vacilante luz, como alas de libélulas prisioneras.

Alrededor del patio multiplicábanse las mujeres que aguardaban; hasta chiquillas con rojas cintas de alheña, que miraban sin comprender, con las lágrimas ya en los ojos. Una extraña suavidad, si bien desesperada, parecía acariciar el rostro de cada una de ellas.

Surgió Fátima de la sombra, levantado el brazo, flaco y desnudo, y advirtieron que su mano estaba llena de tierra: una tierra fina, roja, la del suelo de la habitación, la de la tumba.

En medio del patio dejó caer el velo. Aún con el brazo en alto, giró sobre sí misma: primero una vuelta insegura, luego otra. Tal vez tenía ya cerrados los ojos. Su mano llena de tierra descendió hasta su rostro, que, se vio entonces, tenía los párpados cerrados.

— ¿Qué está haciendo nuestra señora? —susurró, al tiempo que reprimía un sollozo, una liberta mulata que permanecía arrodillada en un rincón.

— ¿No está llorando?... ¿Acaso, ay, va a entrar en trance? —dijo con sobresalto otra adolescente.

Fátima, inmovilizada tras la segunda vuelta, comenzó a derramar la tierra de su mano sobre sus ojos de ciega... lentamente, con el rostro cambiado, como si por fin abrevara en una fuente, cuando se trataba de la fina arena de la tumba... Aún con el brazo en alto, deja que la arena se deslice en un reguero continuo: sombra nocturna en plena luz de la mañana, Parca resucitada del más allá de los tiempos y, sin embargo, adelantada que precede en quién sabe qué marcha inmemorial a las espectadoras medio

paralizadas. Su silueta larga, fluida (una chiquilla acudió a anudarle a las caderas el blanco velo que caía), el cabello suelto...

Desde el fondo de la habitación más lejana —una transmisora dirá más tarde que era la habitación de Safia, «madre de los Creyentes»— se hizo perceptible una queja aguda, convulsiva y desgarrada, treno poco después reprimido.

Pues Fátima improvisó, la voz ahogada, más distinta, el brazo aún en el aire y la mano vacía:

¡Oh tierra de mi padre, ay,
deja que te aspire!
¡Pues así aspiro el curso de la pena
que se abre ante mí!

Con las habitaciones de alrededor llenas de más mujeres y niños —y de viejas que llegaban de las casas vecinas—, todavía Siguió improvisando:

¡Oh, Dios! ¡Que el dolor llueva sobre mí
Pues si lloviese sobre los días,
Los días serían de repente noches!

Qué insoportable sufrimiento mientras todas las mujeres escuchan, mientras que unas repiten los versos del lamento y otra, la única instruida aquel día, en segundo término, decide incluso transcribirlas, cuando las demás las repiten de boca en boca para ofrecer, ya desde el día siguiente, diversas variantes.

—¡Oh, qué dolor! —suspira Um Ayman la Negra, que se retuerce las manos, pues, con la quemadura de la partida del Amado aún viva, no soporta seguir sufriendo.

¿Cuándo, sí, cuándo se callará la hija amada, la hija viviente del Mensajero que a todas nos ha abandonado?

Y, sin embargo, Fátima busca sólo consuelo: está frente a Él, frente a su padre, aquel al que más tarde llamará, extrañamente, «el hermano de mi primo».

Sólo dos o tres días después —así mantenido su diálogo filial, en una aflicción que se ritmaba, que se cantaba, que acaso podría haberse danzado— la bienamada hija dirá «no». «No» a la gente de Medina. «No» siempre. «No» durante seis meses, hasta el punto de morir por ello.

Durante seis meses, sus últimos seis meses de vida, Fátima será la que dice «no» en pleno corazón de Medina.

LA QUE DICE NO EN MEDINA

Fue el padre, el padre de la hija amada —¡que la Salvación de Dios sea con él, que Su misericordia lo proteja!—, quien primero, antes que nadie en Medina, dijo «no». Delante de todos repitió «no». Negativa al final de un discurso desde lo alto del almimbar. Rechazo ante los fieles, en plena mezquita. *Su* mezquita.

El padre dijo «no» y todos, en el acto, explicaron así aquel «no»: «No, por mi hija». Mas él no expresó esta razón de manera tan sumaria.

Concluyó, no obstante, su largo discurso con un «¡No, eso jamás!». En el silencio colectivo, el eco prolongó claramente el «jamás». Antes, con orgullo y, cómo decirlo, sin ternura —¿cómo podría haber manifestado ante aquel areópago masculino la ternura más tierna de la humana ternura?—, más bien con rudo abandono y como chorreando dulzura, había declarado:

—¡Mi hija es parte de mí mismo! ¡Lo que le hace daño a ella me hace daño a mí! ¡Lo que la trastorna a ella me trastorna a mí!

Expuso después varios argumentos; con lógica, con vigor. Concluyó con aquel «no»; repitió: «¡No, eso jamás!»

Aquel día de Medina tuvo lugar durante el octavo o noveno año; pretenden algunos, incluso, que fue en el décimo, aunque en sus primeros meses, en el décimo año tras la Gran Emigración... Catorce siglos han transcurrido y parece que ningún padre desde entonces, al menos en la comunidad del islam, se ha rebelado, ha hecho una defensa tan ardiente de la paz de su hija. Sólo el Padre de la hija amada —¡que la Salvación de Dios sea con él, que Su misericordia lo proteja!

Vayamos al hecho: Alí, primo y yerno de Mahoma, desea tomar una segunda esposa. Esto sucede entre el año 8 y el año 10 de la hégira. Alí tiene menos de treinta años y está casado con Fátima desde hace ocho o nueve.

¿Altera acaso este deseo de poligamia la imagen —tan idealizada— de la pareja formada por Fátima y Alí? No faltan anécdotas sobre sus disputas conyugales. En ellas, casi siempre el Profeta desempeña el papel de conciliador. Se cuenta un episodio conmovedor, aunque casi mudo.

Entra Mahoma en casa de Fátima y de Alí, que estaban peleando. Entonces

callan. Alí le pide a su suegro que se siente. Prefiere éste tenderse encima de una estera. Fátima se coloca junto a él, a su izquierda. Mahoma invita a Alí a ponerse a su derecha. Junta sus manos sobre el vientre, en actitud de meditación. Toma entonces una mano de Fátima, después una de Alí y las junta con las suyas. Permanecen con las manos unidas, en un silencio común que poco a poco trae la calma, luego la paz, después el abandono ante Dios (es decir, en el sentido estricto, «el islam»). Se restablecen así entre ambos jóvenes la concordia y el amor.

Mahoma se levanta y sale de la casa de sus hijos. Vuelve el sonido (y, con él, el comentario):

—Oh, Enviado de Dios —inquirió uno que estaba en la calle—, cuando entraste antes ahí tu rostro parecía preocupado. Mas he aquí que sales con mirada luminosa.

—¿Cómo no estar feliz —respondió Mahoma— si acabo de juntar a las dos personas más cercanas a mi corazón?

De la intercesión del Profeta entre Fátima y Alí se cuentan otras anécdotas, todas del mismo tenor ingenuo y delicado...

El día en que Mahoma encuentra a Alí tendido en una zanja, éste parece realmente desesperado... Le dan a entender que Alí se ha ido de casa tras un ataque de ira de Fátima. Mahoma hace que lo levanten y después lo reconforta: el joven se queda de pie, ante él. Mahoma le sacude el polvo y le interpela con el extraño apelativo de «hombre del polvo».

Le sacude el polvo con ternura, como un padre. En realidad sacude de él, simbólicamente, todo el polvo del amor cotidiano, de su desgaste, de su escarnio... Y devuelve a su yerno fuerza y esperanza.

Anterior o posterior al día en que Alí yace en la zanja, otro incidente: Fátima va a casa de su padre y se queja de su esposo, probablemente de la vida demasiado dura que lleva... Decepcionada o cansada (durante los primeros años de Medina la pobreza de los días malos hostigaba a la pareja, agotaba la resistencia física de Fátima), parece haber ido a confiarse a su padre:

—¡Tú —debió de pensar al llegar así, de improviso—, tú decides! ¡Me puedo divorciar, dejar a Abú Hassan!... Tú decides si no será mejor que vuelva a ser sencillamente tu hija.

Y Mahoma —como sin duda cualquier padre en un momento así— recomienda paciencia a su hija; le habla de la belleza de una auténtica pareja en este mundo que se reencontrará en el otro. Así recupera para ella a Alí. La convence de que es su verdadero esposo, de que el amor los une aunque algunos días incluso ellos lo ignoren. Y concluye Mahoma:

—Has de saber que para una mujer nada es más importante que lograr que se manifieste el amor que por ella siente su marido, aun cuando guarde silencio. Una esposa por sí sola puede tener ese poder: hacer que su marido salga del mutismo y le manifieste el amor que por ella siente... No pierdas la confianza,

hija mía.

De ese modo Mahoma aparece como el unificador de aquella pareja, «la más cercana a su corazón». Se quieren, y si en momentos de cansancio llegan a perder el aprecio que sienten el uno por el otro, piensa su padre y suegro, que ame entonces cada uno de ellos al Profeta y se reencuentren en ese amor...

Sin embargo, entre el año 8 y el año 10 de la hégira Alí manifiesta el deseo de tener una segunda esposa.

Ya no es pobre, como al comienzo de la hégira; tiene medios para mantener un segundo hogar. ¿Desea acaso otros hijos que los que le ha dado Fátima? Piensa sin duda que, como su suegro, el hombre al que más quiere en el mundo, tiene derecho a su vez a una segunda, una tercera, una cuarta esposa. Cuatro esposas le están permitidas a cualquier musulmán que pueda mantenerlas y, sobre todo, que esté seguro de ser justo con ellas, sin establecer una preferencia... Alí no ha olvidado estos recentísimos preceptos del Libro...

Así pues, hace una proposición de casamiento. ¿A quién elige? A la hija de su tío materno, la filiación opuesta a la de su padre, a la de Abdú Mottalib, a la del Profeta... Se llama Yuwairia, y es hermana de Ikrima, el antiguo jefe militar de los mequíes que luchaban contra los musulmanes de Medina. Desde luego, tras su conversión en el año 8, éste se ha convertido en allegado de Alí... Sin embargo, es inocultable que esta joven apenas núbil es en primer lugar la hija de Abú Yahl, «el enemigo de Dios» —pues con tal apelativo ha entrado en la historia del islam—, el rico notable de La Meca que encabezó a los perseguidores de Mahoma durante los primeros trece años de la predicación y que, tras la huida de los musulmanes a Medina, perseveró en su hostilidad hasta el punto de ser el alma del primer ataque armado, en Bedr. Abú Yahl murió a manos de los musulmanes en aquella batalla de Bedr el año 2 de la hégira. Abú Yahl, durante quince años «el enemigo de Dios». Ikrima, su hijo, mandó —como Jalid ibn Walid, por otra parte— el ataque desquite que los mequíes lanzaron el año siguiente en Ohod, terrible derrota musulmana en la que el propio Profeta resultó herido... ¡Pero Ikrima, como Jalid, desde entonces es musulmán!

¿Y la joven? Era una niña al morir su padre. Cuando Alí la pide en casamiento tiene trece o catorce años. Como toda su familia, como todas las familias de La Meca a la entrada victoriosa de Mahoma en su ciudad natal, se ha islamizado hace muy poco... Esta Yuwairia es, en suma, una pequeña aristócrata quraychí que podía haber permanecido en el anonimato. ¿Por qué recordar en su caso los crímenes de su padre? Abú Yahl está en el infierno, sin duda. Pero ella, probablemente con sinceridad, con fervor, repite todos los días: «¡No hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta!».

Por el momento, vive en La Meca. Empieza a creer que va a vivir en Medina. Como nueva coesposa, ¿compartirá su futura morada con Fátima, hija del Enviado de Dios?

De repente, algún miembro de la familia de la que está a punto de ser novia —pero no Ikrima, sino uno de sus hermanos o de sus tíos paternos, uno de los «hijos de Hishem»— se preocupa por la reacción de Mahoma. En Medina, Alí aguarda la respuesta de la familia; simple formalidad, piensa. Aquel hermano o aquel tío llega a Medina y pide antes que nada una entrevista con el Profeta. Le informa:

—Queremos que nos des tu parecer acerca de este asunto, oh Enviado de Dios —declara el hombre con sobriedad.

Y espera; tiene decidido no acudir a casa de Alí antes de haber conseguido la respuesta del Profeta.

Mahoma le escucha, y luego guarda silencio.

En una segunda ocasión, el mismo hombre, acompañado ahora de otro pariente varón, o tal vez de dos, vuelve a informar de nuevo, y espera... Mahoma escucha como si fuera la primera vez; y vuelve a guardar silencio.

El rumor corre de repente entre las damas de Medina. ¿Viene de La Meca, viene de Medina? Nadie lo sabe... ¿Qué sirvienta, esclava o confidente es responsable de la indiscreción? En un solo día la noticia circula por todas las viviendas de Medina. Y se insinúa hasta en la habitación de Fátima.

Susurra una voz aquello de lo que hablan hoy las mujeres de Medina:

—Oh, mi ama, en tal morada, en tal familia, dijeron esta mañana... ¡esa falsedad!

—¿Qué falsedad?

—Ésta dijo que aquélla dijo... (la voz de la pequeña sirvienta vacila, y termina como si confesara una culpa) que Sidna Alí se va a casar... ¡Que ha pedido en matrimonio a la hija de Abú Yahl!

Fátima está a punto de repetir como un eco: «la hija de Abú Yahl»; a punto de ironizar con amargura: «la hija del enemigo de Dios». Pero se calla. «Alí quiere casarse»: la breve frase la penetra lentamente, como una gota de veneno frío.

Con prontitud, se echa un pañuelo a la cabeza; con la breve frase dentro, sale y, en pocos pasos, llega a la morada de su padre. Calcula maquinalmente con qué esposa le toca estar. Fátima no lo duda; se dirige a las estancias de Um Salama. ¡De Um Salama, que se caracteriza precisamente por sus celos!

De pie en la puerta, endurecido el rostro, Fátima sólo puede repetirle al Profeta la breve frase en toda su neutralidad: «¡Alí quiere casarse!»

Después, tras un silencio, mientras que Um Salama, discretamente, sale de la habitación con su hijita de la mano, Fátima reprime un sollozo y añade en la penumbra:

—Dicen que ha pedido en matrimonio a la hija de Abú Yahl.

¿Para qué va a recalcar en tono burlón «la hija del enemigo de Dios»? Fátima permanece rígida, contraída, a fin de no llorar, de no protestar, de no...

Tal vez piense en ese momento: «¿Qué puedo hacer? ¿No es, acaso, la ley natural de los hombres? ¿No es la fatalidad?» ¿«Su» fatalidad como mujer? ¿Acaso Alí no será un día jefe temporal de los musulmanes? ¿Y no está ahí la ley islámica: múltiples mujeres, amplia descendencia para cada guía de la comunidad; la ley confirmada hace poco por el Corán?:

*Desposad, según vuestra voluntad,
dos, tres o cuatro mujeres.
¡Mas si teméis no ser equitativos,
tomad una sola mujer!*

Fátima espera. Mira a su padre, también él de pie, silencioso también él, que en esta ocasión no tiene intenciones de recomendar paciencia. Fátima parece dudar: «¿Recibo este golpe del joven esposo o es más bien de ti, padre, de ti, Enviado de Dios?»

¿Qué pudo responder Mahoma en la sombra de aquel día, en aquella entrevista aguzada cual punta de lanza que escarba y escarba en la herida, qué pudo responder a su hija amada...? Ni siquiera Um Salama, que espera fuera y que reza —por Fátima, por su hijita, a la que tiene de la mano, por todas las mujeres de la Comunidad— pudo saberlo. «Grandes son mis celos, oh Enviado de Dios —había dicho ya en cierta ocasión—. Y también es grande mi piedad».

Todo se precipita entonces en Medina. Al día siguiente —según algunos el mismo día, poco después de la siesta—, Mahoma está en la mezquita, ante todos... Casi todos los Compañeros se encuentran allí. ¿Está presente Alí? No se indica su presencia en particular. Sin duda no se encuentra en las primeras filas de arrodillados en la plegaria...

Debió de llegar de los últimos: distraído, el espíritu ausente, en cierto modo con su buena fe y su inocencia de costumbre. «La gente de La Meca —debió de pensar poco antes de rezar— seguramente me dará la respuesta ya pronto... ¿Para qué preocuparme?» Pero Fátima no debe enterarse antes de que, confirmada ya la cosa, se lo diga él mismo, dispuesto a arrostrar su cólera.

Mahoma, pues, preside la oración. Pero, en el momento en que los Creyentes esperan la señal de la dispersión, Mahoma, desde lo alto del almimbar, contraído el rostro, enrojecidos los ojos —casi como en los momentos en que le visita Gabriel—, comienza a hablar así:

—Los hijos de Hishem ibn Moghira han venido a pedir mi parecer acerca del casamiento de su hija con Alí ibn Abú Talib. ¡Y se lo he prohibido...! ¡No permitiré ese casamiento, a no ser que antes Alí se haya divorciado de mi hija! Sólo en tal caso podrá casarse con ella... Pues mi hija es parte de mí mismo. ¡Lo que le hace daño a ella me hace daño a mí! ¡Lo que la trastorna a ella me trastorna a mí!

El silencio pesa sobre los asistentes durante unos segundos que parecen interminables. El Profeta parece recobrar el aliento; continúa entonces, en tono más solemne:

—¡Oh, musulmanes, no os prohíbo yo lo que Dios os ha permitido! ¡Ni os permito lo que Dios os ha prohibido! No... Pero que en un mismo lugar se junten la hija del Enviado de Dios y la hija del enemigo de Dios, eso no lo permitiré jamás... Pues en ese caso temo que Fátima pueda sentirse turbada en su fe. Os repito, musulmanes, que no prohíbo hoy lo que Dios os ha permitido. Pero, en el nombre de Dios, la hija del Enviado de Dios no estará en el mismo lugar que la hija del enemigo de Dios, eso no, jamás... ¡Jamás!

La última palabra, o su eco, resuena durante mucho tiempo en la mezquita rebosante, que poco después se vacía. Los Creyentes regresan en pequeños grupos a sus moradas. Ninguna conversación, ningún comentario; nadie se atreve a prolongar con una o dos frases la diatriba del Profeta.

Mahoma vuelve solo a su casa.

¿A quién dijo «no» Mahoma aquel día en Medina?

¿A Alí, su primo, yerno e hijo adoptivo? «¡Si quieres casarte con otra mujer, entonces has de divorciarte de mi hija!» Así lo ha declarado ante todos y ante Dios.

¿A quién dijo «no» Mahoma aquel día en Medina?

¿A los hombres de Medina, a todos los que le escuchan, que le piden consejo, que tomarán ejemplo de Su vida (ellos y sus hijos pequeños, a menudo tan atentos testigos, que hablarán de ello mucho más tarde), de la menor de las palabras de él, el Mensajero?

—¡Oh, Creyentes, no os prohíbo yo lo que Dios os ha permitido! ¡No os permitiré lo que Dios os ha prohibido! Pero...

Sí, es lícito para cualquier creyente tener cuatro esposas. Ahora bien, ellos, la gente de Medina, han sido tomados por testigos de esta verdad de orden privado: «¡Lo que trastorna a Fátima me trastorna a mí!».

¿A quién dijo «no» Mahoma aquel día en Medina? ¿A una parte de sí mismo? El padre que hay en él, vibrante hasta entonces de dulzura y de esperanza, se vuelve hacia el Mensajero poseído para atreverse a expresar en voz alta su desasosiego de simple mortal: «Temo que Fátima pueda sentirse turbada en su fe...»

Mahoma es el primero que ha arrojado aquel «no» ante las gentes de Medina.

Aquel «no» lo recuperará Fátima reforzado, multiplicado, dos o tres años después, y no en defensa suya como mujer (Alí había renunciado inmediatamente a su proyecto de casamiento y, ahora que el Mensajero ha muerto, ella nada necesita ya para sí). Dirá «no» por todos, por Alí, por sus hijos, por su familia, por todos los amados del Profeta, un «no» en pleno corazón de Medina, un «no» en la propia ciudad del Profeta.

*Los horizontes del cielo, vedlos ya polvorientos.
El sol hoy ya no es más que una bola extinguida.
El pleno día se ha convertido en tinieblas.
La tierra, huérfana del Profeta, tiembla
de pesar,
de tristeza...*

Es de nuevo Fátima, que sigue improvisando. Mujeres y niños continúan cada amanecer los restos de su renovado canto, intentando, pues aún no han pasado siete días desde la muerte del Mensajero, consolarse con ella... Pero ¿es consuelo lo que ella da? ¿No es más bien una parte incandescente del muerto que se estremece, que se duele?

«¡Mahoma ha muerto! ¡El islam no ha muerto!», proclamó poco después el primer califa.

«¿Qué islam no ha muerto?» parece cuestionar la voz obstinada de Fátima. Que pronto dejará de llorar, que...

No ha llegado todavía el segundo lunes desde la muerte del Profeta cuando el califa, una mañana, tras la segunda plegaria, observa en voz alta:

—¡Algunos creyentes no han venido aún a prestar el necesario juramento de obediencia!

Una voz tras él enumera:

—Oh, vicario, quedan Abbas, Zubeir, y Sa'ad ibn Obeida.

—¿Acaso ellos, que se consideran como de la familia del Amado, no consideran suficientes cuatro días de duelo?

—¡Ha transcurrido el quinto día y no se han presentado! —añade algún otro.

Pero nadie se atreve a pronunciar en voz alta el nombre de Abú Hassan, Alí, el «hombre del polvo», que no ha aparecido desde la inhumación...

Y es Omar, acompañado de Jalid ibn el Walid, quien se presta a ir en busca de «todos». Ha decidido traerlos, de grado o por fuerza, ante Abú Bekr. Esa mañana están reunidos en casa de Fátima.

Omar, con estentórea voz, los llama desde fuera. Nadie le responde. Ordena Omar que le traigan leña para prender fuego a la casa si es necesario.

—¡En el nombre del dueño del alma de Omar! —exclama Omar—. ¡O salís todos o quemo la casa con todos los que hay en ella!

Se amontona el gentío. Algunos, escandalizados por las expeditivas maneras de Omar, intervienen:

—¡Oh, Abú Hafs, ahí dentro está Fátima!

—¿Y qué? —responde él.

Abbas el tío, Zubeir el primo, y Sa'ad salieron por fin y fueron a jurar obediencia. Alí, por el contrario, se negó. Fátima salió a la puerta y apostrofó a Omar y a los suyos:

—Habéis dejado el cadáver del Profeta en nuestras manos, mientras os ocupabais de arreglarlo todo entre vosotros. No habéis esperado nuestro parecer y no os habéis preocupado de nuestros derechos.

Omar volvió al lado de Abú Bekr para rendirle cuentas. Cuando, según una variante, el califa envió a otro Compañero, y no a Omar, a fin de insistir a Alí, éste, sin salir, levantó la voz para decir:

—¡Dios es grande! ¡Se han apropiado de lo que no les pertenece!

De nuevo informan a Abú Bekr, que, según dicen, lloró. (Cualquiera que sea la versión de la Tradición, en todas hallamos las lágrimas que vierte el vicario. Aisha dirá más tarde: «¡Mi padre tenía la lágrima fácil!»).

Entonces es de nuevo Omar, con una compañía de gente armada, quien llama a la puerta de Fátima. Y hela aquí que responde en voz alta, lo suficientemente alta para que todos la oigan desde la calle:

¡Oh, padre mío! ¡Oh, Mensajero de Dios! ¿Qué hemos recibido, desde que te fuiste, de Omar y del hijo de Quohaifa?

¡Y todos los asistentes quedan paralizados ante la acritud de la invocación del Profeta! Muchos de ellos lloran, huyen: «¿No será que una «parte» aún viva del Profeta apostrofa al Profeta muerto?» Con todo, Omar termina por conducir a Alí ante Abú Bekr.

—¡Jura obediencia! —le dicen.

—¡No lo haré! —replica Alí con firmeza.

Entonces Omar le dice al califa:

—¿Acaso la ley no ordena cortar la cabeza de aquel que retrase su *ba'iya*⁵?

Alí sonrió, diríase que en calma, en son de tranquilo desafío:

—¿Te atreverías a matar a un servidor de Dios y hermano de su Profeta?

—Servidor sí —responde Omar—, pero hermano de su Profeta no.

Abú Bekr permanecía en silencio. No había despegado los labios desde el principio más que para saludar a Alí.

—¿Te decides? —le acosa Omar, dispuesto a tratar a Alí como rebelde.

Y responde Abú Bekr por fin:

—¡A nada he de obligar yo a Alí en tanto Fátima esté a su lado!

Dirigióse Alí hasta la tumba del Profeta para tomarlo por testigo, la voz ahogada repentinamente por la emoción:

—¡Oh, Hermano, mira cómo me han vituperado! ¡Mira cómo hasta me han amenazado de muerte!

Y Alí, concluye el transmisor, no juró obediencia más que después de la muerte de Fátima.

Pero de momento está viva, muy viva. Enterada de las presiones ejercidas sobre Alí, Fátima declaró a la puerta de casa:

—Así, oh Abú Bekr, os apresuráis hasta el punto de acometer a los allegados del Profeta. ¡Alá es testigo! ¡Me negaré —añadió— a dirigirle la

5 *Ba 'iya*: juramento de obediencia.

palabra a Omar en este mundo hasta que me toque comparecer ante Dios!

La segunda negativa que la hija amada dará a los sucesores la habrá de vivir largamente, habrá de llevarla clavada... No se trata ya de oponerse por Alí y por el derecho de éste al mando. Esta controversia, de la que es alma, la continúa, firme y tenaz, ya que la comparte con algunos, «la gente de la casa». Pero también están sus derechos como hija, su parte del legado. En esta segunda lucha combatirá ella sola.

Es, en efecto, en este ámbito, aunque el envite (un campo, parte del botín, unas rentas puramente materiales) parezca más modesto en comparación con la sucesión en el derecho a dirigir a los fieles, donde Fátima vivirá la condición de desheredada que de manera tan evidente se le impone como una desposesión completamente ilegítima.

Fátima, primero la desconsolada, más tarde la rebelde en el desprecio y el orgullo doloroso de sus diatribas, se convierte entonces en la desposeída... Se le niega su parte del legado en nombre de una interpretación literal de algo que Mahoma dijo en presencia de Abú Bekr:

—De nosotros, los profetas —habría dicho Mahoma un día—, nada se hereda. Lo que se nos da, se nos da como gracia.

Y entonces el primer califa, ciñéndose rigurosamente a las palabras de su amigo, desheredará a la propia hija del Profeta.

No, no se trata de jardines, ni de propiedades, ni de bienes en Medina y en sus alrededores; se trata de un símbolo más grave, entiende Fátima. Fátima la austera, que conoció en Medina más días de privaciones que de bienestar; Fátima, que, ahora que es huérfana, se preocupa todavía menos de la comodidad terrenal.

«No», acusa Fátima, «¡pretendéis negarme mi derecho de hija!» Podría ir más lejos aún, podría decir:

—¡Para las hijas, para las mujeres, la revolución del islam ha sido en primer lugar hacerlas heredar, darles la parte que les corresponde de su padre! ¡Eso se instauró por vez primera en la historia de los árabes por medio de Mahoma! ¡Y ahora, apenas muere Mahoma os atrevéis a desheredar antes que a nadie a su propia hija, la única hija viva del propio Profeta!

Fátima, la despojada de sus derechos, encabeza toda una interminable procesión de hijas cuya desheredación de hecho, a menudo llevada a cabo por los hermanos, los tíos, por los propios hijos, intentará instaurarse para contener poco a poco la insoportable revolución feminista del islam en aquel siglo VIII cristiano.

Reivindicativa, Fátima se presenta ante Abú Bekr. En la habitación llena de Compañeros, permanece de pie; no les concede ni una mirada. Ella, de la que Aisha dirá más tarde que se parecía muchísimo al bienamado Profeta «por su

lenguaje», se convierte, por el lirismo que se derrama lentamente, en la poetisa de sus remordimientos:

*— ¡El Mensajero — comienza Fátima — vino de vuestras tribus,
Él, que ama lo que vosotros no amáis,
Él, que vela por vosotros, el Indulgente para con todos los Creyentes!*

Y todos los asistentes lloran de consuno... Fátima aguarda a que se calmen las efusiones y recuerda después en un rapto:

*— ¡Combatió a los Infieles enfrentándose a sus ejércitos!
¡Hizo surgir el alba de la noche fundando el derecho sobre bases auténticas!
¡Desaparecieron entonces todos los allegados de Satán!
Y vosotros, ¿qué erais entonces?*

Lloran todos de nuevo ante aquel torrente de reproches rimados que cae sobre ellos... Pero es la hija, tanto como la poetisa, quien les interpela, sin deseo alguno de ahorrarles nada:

*— ¡Vosotros, sí, vosotros, habéis conocido un hombre así!
¡Y cómo no convenir en que es mi padre, no el vuestro!
¡No sólo es mi padre, sino también el hermano de mi primo!*

Y entonces exclama, deletrea cada uno de ellos el nombre de «Abú Hassan», aquel al que ella, por pudor, llama «su primo», para no tener que decir que es en realidad su esposo-primo, Alí, padre de Hassan, el primo hermano de Mahoma al que éste, además, consideraba como su hermano, o como su hijo...

De este modo, reivindica ante todos ese doble parentesco, por su nacimiento primero y, en segundo lugar, por su alianza con el hijo de Abú Talib... Pretenden desposeerla de los bienes de los que es heredera, cuando Mahoma, por lo que se refiere a su sucesión temporal, no deja más descendencia viva que ella. Aparte de sus viudas, Mahoma no deja ni hijos, ni hijas además de Fátima, ni hermanos, ni hermanas, ni ascendiente alguno (puesto que fue hijo único y pronto huérfano); le sobreviven sólo uno de sus tíos paternos, Abbas, y varias de sus tías, así como numerosos primos.

De este modo, Fátima, única heredera en línea directa de la sangre del Profeta, puede provocar a los demás Creyentes, recordarles el ascenso que han experimentado y del que son beneficiarios, mientras que ella no recibe, a modo de herencia, más que el llanto de su dolor filial:

*— ¿Qué erais vosotros sin él y antes de él?
Os encontrabais al borde del agujero del infierno,
Desprovistos de todo, como los vagabundos de los caminos que se alimentan de*

hojas,

Poseídos por la sed del deseo, agitados, cegados, sin defensa.

¿Qué erais vosotros, a quienes Dios salvó enviándoos al Profeta?

Se apodera de nuevo el arrepentimiento de quienes la escuchan, que se lamentan en voz alta por la pérdida del Amado, por la cólera de su hija. Y ella, ella, les vuelve ahora la espalda; los oye a sus pies, llorosos, pero no le importa; declama incansable, desengañada, rasgada la voz, poderoso el aliento a pesar de su frágil silueta, decidida, parece, a provocarlos así durante días y días:

— ¿Y es de vosotros de quienes recibimos hoy las heridas?

¡Sois como el paso del cuchillo por nuestra garganta,

Ya que pretendéis que no tenemos herencia!

¡Oh, vosotros, a los que se llamaba moyahidines, es la ley de la yahilia lo que pretendéis aplicarme!

Se vuelve por fin y concluye de repente en un tono de extraña victoria, casi con alegría, como si aquellos giros en el tono, en los sentimientos, los dominara como actriz trágica de consumado arte:

— ¡Dios sea alabado, que la Paz sea con Él y con su Profeta!

¡Gloria a Dios! ¡Nos encontraremos ante Él, en la hora de la Resurrección!

Tras esta sesión de públicas acusaciones, Fátima, cuentan, fue a la mezquita de el'Ansar. Se dirigió a los fieles que acababan de terminar su oración y su acento dejó sentir esa vez una especie de ingenuidad agraviada, un estupor ofendido hasta la inocente desesperación:

—Decidme, oh Creyentes, ¿a qué esperáis para prestarme ayuda, qué sentimiento hay en vosotros para que asistáis con el corazón tan tranquilo a mi despojo? ¿Habéis olvidado ya que el Profeta decía que toda persona continúa en sus hijos?

»¡Sí, sí que habéis matado esa verdad! ¡Veis al Amado herido en mí, y no reaccionáis...! ¡La tierra se ennegrece, las montañas mismas parecen arrepentirse y vemos una señal de la que Él habló...! Acordaos, él ya os advirtió antes de su muerte, pues os dijo: “¡Mahoma no es más que un Profeta al que precedieron otros Profetas!”

»¿Acaso tras su muerte, sea natural o violenta, vais a volver a vuestra situación anterior? ¿Es que vais a cambiar de opinión igual que cambiáis de ropa...?»

Calló un momento; la mezquita continuó llena, como si todos los fieles fueran a habitar allí, ya que la hija del Enviado los arengaba como si estuviese en su propia morada...

Permanecía inmóvil, frente a ellos, envuelto el cuerpo en velos blancos,

pálido, huesudo, vivísimo el rostro:

—¡Así pues, escucháis mi llamada mientras me dirijo a vosotros, y os quedáis ahí! ¡Oís mi voz y os quedáis ahí! ¡Hoy vivís sin preocupaciones, en la opulencia, os sentís fuertes! ¡Además, os tenéis por los Elegidos, aquellos a quien Dios ha escogido...! ¿Sois vosotros los que afrontasteis ayer las más graves dificultades? ¿Sois vosotros los que combatisteis en las batallas más sangrientas? ¿Sois vosotros los que rivalizasteis con los más feroces beduinos y los vencisteis? ¡Ahora, la rueda del islam ha girado, la leche del islam corre por vosotros y por vuestras familias en abundancia, los fuegos de la guerra se han apagado! ¡Pero yo veo cuánto retrocedéis después de haber avanzado, hasta qué punto os habéis convertido en cenizas tras haber sido brasas, cuán cobardes sois después de haber sido heroicos!

»Acudo a vosotros, mas para comprobar vuestro letargo después del impulso que antaño os sostenía. Acudo a vosotros, mas para veros preferir la vida tranquila... Pero (y soltó entonces, a pesar de la nobleza de aquellos lugares, una especie de salvaje risa) ¡gloria a Dios, sólo Dios es rico en recursos y en misericordia! ¡Dios ilumina los corazones! ¡En el nombre de Dios mismo, adquirid conciencia y conocimiento! ¡En cuanto a aquellos que han sido injustos, esos verán cómo el destino se vuelve contra ellos!»

Algunos días después Omar terminó por sugerir a Abú Bekr:

—Oh vicario del Profeta, deberíamos ir a ver a Fátima, ya que hemos provocado su ira.

Y fueron. Una vez ante la casa, solicitaron permiso para entrar. Fátima se lo negó. Fueron en busca de Alí, y lo encontraron por fin. Le informaron de su intención de hablar con Fátima. Alí les hizo entrar.

Cuando llegaron y se sentaron frente a ella, Fátima volvió cuerpo y rostro contra la pared. La saludaron. Ella no respondió. Abú Bekr tomó la palabra:

—Oh amada del Mensajero, has de saber que los allegados del Profeta están más cerca de mi corazón que los de mi propia familia. ¡Dios es testigo de ello! Por ello tú me eres más querida que Aisha, mi propia hija. ¡Yo deseé morir el día en que murió tu padre...! (Se detuvo, la voz estrangulada por la emoción, y luego continuó con cierta suavidad mezclada de tristeza.) Cómo iba a poder yo, que siento por ti tal apego, yo que además soy consciente, más que nadie, de tu generosidad y de tu nobleza, inhabilitar tu derecho y privarte de tu herencia, si no hubiera oído yo mismo al Mensajero de Dios —¡que la Paz de Dios sea con Él!— hablar así: «¡Nosotros, los Profetas, no damos en herencia lo que dejamos atrás, pues se trata de una gracia!». Por la habitación en que las cuatro personas presentes habían permanecido inmóviles desde el principio se extendió un traslúcido silencio. Fuera se escuchó el canto de una melopea femenina durante un breve instante; después se alejó.

Fátima, vuelta ahora a medias hacia el califa, aunque sin mirar en ningún momento a Omar, respondió por fin:

—Si te cito yo otro hadith que tú conozcas, ¿actuarías en consecuencia?

Los dos hombres, Abú Bekr y Omar, respondieron al unísono:

—¡Desde luego que sí!

—¿Nunca le oíste decir al Profeta:

«¡Buscad la satisfacción de Fátima, pues es mi satisfacción!

«¡Temed lo que provoca la ira de Fátima, pues eso provoca mi ira!

«¡El que quiere a Fátima, mi hija, me quiere a mí!»!?

Y, simultáneamente, respondieron los dos hombres:

—¡Sí, lo oímos!

Replicó ella entonces con voz serena, como si en ese preciso momento la pasión, la ira y hasta el pesar se evaporaran a la vez de sus palabras y de ella misma:

—¡Pongo por testigo a Dios y a sus ángeles de que habéis provocado mi ira! ¡Y de que no me habéis satisfecho! ¡Y de que cuando vuelva a encontrarme con el Profeta, habré de quejarme de vosotros!

Abú Bekr suspiró y respondió en voz muy baja:

—Oh, Fátima, le pido a Dios perdón y protección por tu enojo.

No pudo continuar, pues estaba llorando. Fátima no se movió. Allí sí; se levantó y se fue al fondo del cuarto para dominar su emoción.

Fátima, la misma voz serena, dijo con lentitud:

—¡En cada una de mis plegarias, me quejo a Dios de ti!

Salió Abú Bekr de la habitación y Omar, impasible, tras él. Fuera, la gente lo rodeó. Veían el rostro de tez clara del califa más pálido que de costumbre y, sobre todo, inundado de lágrimas.

No cedía la emoción de éste. Nadie se atrevía a preguntarle... ¡Cuántos días hacía ya que se agudizaba la desavenencia entre la hija del Profeta y el vicario del Profeta!

Contempló Abú Bekr la primera fila de los allí reunidos. Después, con voz desgarrada, un tanto brusca, se quejó:

—¡Todos vosotros pasáis la noche tranquilos en brazos de la esposa! ¡Y a mí, a mí, me dejáis abrumado, aplastado por esa carga, solo...! (y con el brazo, él, el paciente, el bueno, hizo un gesto de impotencia o de desolación...). ¡Ya está bien, musulmanes, recobrad la obediencia con que me habéis cargado! ¡Es demasiado dura! ¡Aceptad mi renuncia!

Un consternado estupor se apoderó de los asistentes. Desde atrás se elevó, vigorosa, la voz de un anciano:

—¡Oh vicario del Enviado de Dios, nos dices eso después de haber escuchado a Fátima!

Estallaron las protestas. Abú Bekr dominó poco a poco su desánimo. Omar, inmóvil pero aún presente, lo acompañó hasta su morada sin decir palabra.

Fue así como dijo «no» la hija amada.

«No» al primer califa por su interpretación literal del «dicho» del Profeta. Acaso en adelante, en lugar de denominarla «la hija amada», habría que recordarla con la expresión «la desheredada».

Ese «no» total e irreductible no lo opone Fátima a Abú Bekr hombre, cuyo estrecho vínculo con el Profeta no puede olvidar, sino al califa, a aquel que ha sido nombrado califa al margen de la familia del Profeta...

Comprende sin duda poco a poco, o poco a poco adivina, que, no contentos con reducir la importancia de la «gente de la casa» mediante el alejamiento de Alí, han encontrado esa interpretación de un «dicho» del Profeta para alcanzarla también a ella en tanto que hija.

Sí, empieza a sentir que, como gente del poder y en adelante sólo gente de poder, mientras viva no podrán tener reposo, ninguna tranquilidad de espíritu.

Fátima representa la duda, su duda.

Mientras ella —única heredera, por sangre y personalidad, de Mahoma hombre— viva, encarnará la interrogación constantemente abierta sobre la legitimidad de esta sucesión.

Existe otra variante de la tradición que nos da ese último diálogo:

Abú Bekr protesta de nuevo, con su suavidad habitual:

—Oh hija del Profeta, es muy cierto que el Profeta es tu padre. Y también es gran verdad que, además, es el hermano de tu primo. Mas no fui yo, sino el Profeta, quien dijo: «No se hereda lo que es una gracia».

Y estalla Fátima una vez más, hasta tal punto se une en ella su lógica con la pasión de justicia que la devora, que la poseerá hasta el fin:

—¿Acaso no dijo Dios en relación con uno de sus profetas: «Hereda de mí y hereda de la familia de Jacob»? De sobra sé que el don de la profecía no se hereda, pero todo lo que no sea eso está permitido heredarlo, es transmisible. Dime por qué yo sólo yo me veo privada del legado de mi padre. ¿Acaso dijo Dios en su Libro que todo el mundo hereda de su padre «salvo Fátima, hija de Mahoma»? Enséñame tal salvedad en el Libro y me convenceré.

Las argucias se prolongan. Abú Bekr replica...

Para concluir, y como si quisiera excluir a Fátima, que aun está allí, que aún vive, se vuelve hacia Alí: «Oh, Abú Hassan, esto es algo entre tú y yo». Como si todo fuera asunto de hombres. ¡Todo, incluso el derecho de sucesión de las hijas!

Fátima terminó aquel debate con una resignación aparente y altanera:

—¡Si es así, intentaré hacer acopio de paciencia suficiente para esta amarga situación! ¡Alabado sea Dios, el Dios de la Verdad!

Comprendiendo que la ley «de ellos» será implacable con ella, no se resigna. Se apresura a recurrir a Dios. Se apresura a morir. Y muere de ese «no» incesante, incansable, a la ley de Medina.

Cuando, varios meses después, cayó enferma del mal que tan rápidamente

había de llevársela, algunas mujeres de Medina entraron un día en su casa:

—¿Cómo te encuentras esta mañana, oh hija del Profeta? —preguntaron.

—Esta mañana —respondió Fátima— siento que me separo por fin de vuestro mundo y que voy a librarme de todos vuestros hombres. Pues he sido hasta tal punto testigo de sus extravíos, he tenido tantas ocasiones de ponerlos a prueba, que reniego de ellos desde ahora. Cuán torpe me parece ya toda esa muchedumbre de hombres de opinión vacilante.

En los días que precedieron a su muerte gran número de evocaciones emotivas la muestran aproximándose a su última hora con una serenidad iluminada por la esperanza de volver a ver muy pronto a su padre y presentarse por fin ante Dios. Agota sus últimas fuerzas en el intento de bañarse con ayuda de una amiga muy cercana, en el deseo de engalanarse con vestidos nuevos. Declara después sonriente, casi coqueta: «¡Estoy lista!».

Y cuando, a su muerte, las mujeres de la familia del califa —entre ellas Aisha, hija de Abú Bekr— pretenden entrar en la habitación donde el cadáver aguarda la inhumación, allí mismo, en el umbral, se les impide el paso. Abú Bekr, al que van todas a quejarse por no poder contemplar por última vez a la hija del Profeta, recibe la siguiente respuesta:

—Es la propia Fátima quien ha dejado como última disposición que nadie de Medina, con excepción de su familia, entre en su cámara mortuoria para inclinarse ante ella.

Fátima fue enterrada por la noche, en el rincón de la casa de Ukil. Allí la dio a la tierra, y después, ante la tumba aún abierta, improvisó en voz alta ante los turbados asistentes aquellos versos:

«¡Oh Mensajero de Dios, acepta mi saludo y el de tu hija! ¡De ella que desciende hacia ti!

¡De ella, que se precipita para reunirse contigo!

¡Cuánto disminuirá mi paciencia, ahora que me habéis abandonado!

¡Qué frágiles serán ahora mis mañanas! ¡Dónde hallaré consuelo de este doble alejamiento?

¡Oh Mensajero de Dios, cuando te puse en la tumba, como he hecho hoy,

Te abracé. ¡Y sentí que tu alma palpitaba contra mi pecho!

¡Y he aquí que aquello que me habías confiado regresa a su fuente!

¡Tu hija va a contarte cómo tu comunidad ha devorado el derecho tuyo...!

¡De Dios somos y a Él regresamos!»

Aún siguió mucho tiempo con el motivo de la separación del ser amado, de la pérdida de «uno» después del «otro»... No lloró; no. Dejó correr de sí una poesía dilatada, lírica, que buscaba el consuelo... Comparado hasta entonces con un «león» por su valentía sin igual en las batallas, por su intrepidez realmente extraordinaria, he aquí que la elocuencia que se abría camino en él en aquel grave día iba a convertirse en su larga, solitaria, casi única batalla.

Tras la muerte de Fátima, Alí vivió aún treinta años. Fue nombrado califa de los Creyentes tan sólo cinco años antes de su muerte.

Durante esos tres decenios se casó con ocho mujeres; tuvo de manera casi permanente cuatro esposas, gozando así de su derecho de poligamia dentro de los límites y la forma permitidos. A su muerte dejó tres viudas.

Tuvo en total quince hijos (entre ellos Hassan y Hossein, de Fátima), así como dieciocho hijas, entre ellas Zeineb y Um Keltum, nietas del Profeta.

2

Sumisas, insumisas

SEGUNDA RAWIYA

Mi hermana, aquella a la que llamaba yo mi hermana desde el fatal año de Ohod en que ella y yo, parejamente, perdimos a todos nuestros hijos, mi hermana, pues, en el luto de ayer, aquella que desovillaba todos los días el hilo de oro de su memoria, ha muerto esta mañana. ¡A Dios pertenecemos y a Él regresamos, que el Profeta bienamado le sirva de buen intercesor!

Muy a menudo hacía el recuento de las damas mequíes que llegaron como Emigrantes a nuestra casa, las primeras después del Mensajero y Abú Bekr, su amigo...

Recordaba las palabras, los gestos de bienvenida, y en el centro el Mensajero, que ya nos ha abandonado. Contaba sus discursos, las manifestaciones vivas o discretas de su alegría. Mientras hablaba así, entre dos oraciones, tenía yo la sensación de que el Mensajero estaba de expedición, que de un momento a otro iba a regresar con nosotros.

Aquella mañana de Shawal la oí levantarse en la choza que compartíamos. Hubo un silencio; luego, muy cerca, por encima de mi cabeza, murmuró:

— ¡Oh hermana mía, levántate, creo que me ha llegado la hora!

Se sentó en una estera, frente a mí. «No hay más dios que Dios y...», la voz se le iba.

Me incliné sobre ella, que permanecía en cuclillas, la mano agarrada a la rodilla, levantado el índice. Su rostro fino y arrugado me miró de hito en hito con ojos ausentes. Repetí la fatiha antes de pensar en tenderla, en no dejar que su cuerpo quedara rígido demasiado pronto. Al alba, llegaron las mujeres de las casas vecinas para el último adiós.

Cuando entraron los hombres y se la llevaron para la inhumación, me eché a llorar. A mi alrededor, las mediníes empezaron a recordar a la desaparecida, su voz extraviada, su memoria que dejaba un destello de seda entre nosotras.

— ¿No dijo el Profeta —intervino una Emigrante para consolarme— que cuando una madre ha enterrado antes de morir tres o más hijos, muere mártir? ¡Consuélate, su alma irá al Jardín de los Jardines!

— Lloro —contesté— cuando pienso en todas aquellas que nunca la escucharon, a ella, la cronista de las huérfanas. Su palabra desplegada nos servía de abrigo...

— ¿No te corresponde a ti, oh madre, hacerte cargo del tesoro que ella deja? — preguntó una mujer de apenas quince años cuyo seno descubierto e hinchado amamantaba a un bebé tembloroso.

—¡Que Dios te lo vuelva cabritillo saltarán —respondí yo limpiándome la cara—!
¿Cómo voy yo a convertirme en rawiya? —suspiré, desesperada de veras.

No, no tomaré el relevo. No soy mujer de palabra fácil: cualquier presencia ajena, de varón o de hembra, me reduce al silencio, y eso a pesar de mi edad, ya venerable. Un pozo se abre en mí. Cuando alguien me interroga, he de limitarme a murmurar; siento la memoria dispuesta a devanar el hilo como una tejedora valiente, mas qué puedo hacer: ¡mi voz se va! Cuando una mujer de alta cuna me solicita, siento que esta voz ahogada se hunde más aún en el interior de mis entrañas... Me callo; sólo sé callarme.

Sola en lo sucesivo —pese a varias sugerencias he preferido quedarme sola en esta choza—, rae gusta hablarme a mí misma. Sólo soy mujer de soliloquio, pues Dios me ha dado este destino vacío de hijos de los dos míos, que murieron mártires, de hijos que nunca nacerán. Que no me esperen en ninguna otra parte, es lo único que pido tras cada una de mis cinco plegarias. No, me digo a mí misma, no soy capaz de ser rawiya. Yo no.

Ha llegado por fin la que podrá suceder a mi hermana; la llamaré la segunda rawiya... ¿Para qué dar su nombre, es decir, el nombre de su padre, o el de su hijo mayor? No tuvo hijos, y si no recuerda ni a sus maridos muertos ni el nombre de su padre, es porque este último, como sus sucesivos maridos, siguió siendo pagano.

Llegó un día a Medina con algo más de cincuenta años, ávida de probar su ardor creyente ante el Mensajero.

—¡Oh, llamadme Habiba! —suplicó, pues había renegado de toda familia.

Quería ser tan sólo una habiba, una amiga de Dios y de su Mensajero.

—¡Habiba —respondió el Enviado (¡que la salvación de Dios sea con él!)—, tú serás «la amiga» de todos los amigos de Dios!

Y la suavidad de sus palabras iluminó la cara de la nueva adoptada. Sí, presentí en seguida que será ella quien tome el relevo: una mujer que llega a Medina sin hijo, sin marido, sin sobrino. Mas, algún tiempo después, un hombre de aspecto torpe y rostro pacífico se presentó en mi casa:

—¡Soy un sobrino (o sobrino segundo, ya no lo sé) de Habiba! ¡He de velar por ella!

Nadie había reparado en ella hasta aquel día. Aquel día en que asistió, una de las espectadoras mudas de la primera fila, al torrente de vehementes declaraciones de la hija del Mensajero.

Habiba lloraba y seguía a Fátima por todas partes; inmóvil entre las sirvientes, la escuchaba. Días de tumulto en que la inspiración de ira y de justicia se apoderaban de la hija amada. Detrás de Fátima, Habiba la campesina no se preocupaba siquiera de arreglarse, de darle a su atuendo un aspecto urbano. Habiba la errabunda a la que cada una de nosotras se había unido. («No es ni esclava ni liberta, ni beduina ni extranjera, sólo una Creyente sin familia» decían bondadosamente de ella.)

Después Fátima, ¡que el Profeta interceda por ella, que Dios sea con ella clemente y misericordioso!, murió. Habiba escuchó a Alí la noche de la inhumación y retuvo los versos de su improvisación fúnebre.

—¡Gracias a la oscuridad, me confundí entre los hombres cuando se la llevaron!

¿Quieres que te repita lo que declamó Abú Hassan?

La escuché toda la mañana. Desde entonces va y viene, y mi casa es su casa durante todo un día, a veces más tiempo.

Ha pasado un año desde la muerte del Mensajero. Alí ha desposado a Um al Benin, que en estos momentos está embarazada y cuida de los cuatro hijos de Fátima, aún tan pequeños. A veces tengo la impresión de que nos ha invadido a todas un silencio concertado, una especie de entumecimiento. Algunas noches me parece oír la voz grave de Fátima, en especial la de aquella última vez en que la vi viva, tendida en el lecho aunque arreglada como una novia: formaba parte de la única delegación de esposas y madres de los ansares que ella admitió. Sí, a veces, en el corazón de la noche, escucho aquellas últimas palabras acusadoras:

—Voy a librarme de todos vuestros hombres. Cuán torpes me parecen ya todos esos hombres de opinión vacilante.

¿Qué musulmana de esta ciudad o de otra parte perpetuará esa elocuencia inflamada que nos quemaba, que nos tenía en vilo?

Advertí en Habiba, la errabunda, nuevas formas de actuar. Dolorida durante mucho tiempo, convertida incluso en una mujer agresivamente silenciosa, terminó por confiarme que no soportaba ya la vida en Medina. A menudo, sin ninguna lógica, se ponía a murmurar: «¡Lejos... lejos!» La interrogaba yo con paciencia, le repetía hasta importunarla:

—¿Lejos de qué, Habiba?

—¡Lejos de esta ciudad! —gruñó un día.

En seguida le reproché:

—¿Por qué hablas así tú, a quien el propio Amado llamó la «Amiga»? ¿No sabes que esta ciudad es su ciudad?

¿Qué decir, qué contar? ¿Acaso tenía yo que recordarle cómo el califa movilizó a todos nuestros hombres para defender Medina, cómo juntó todas las fuerzas para enviar diez ejércitos por la península? ¿Qué se puede esperar, por otra parte, de esos beduinos saqueadores, renegados, infieles? Desde luego, vuelven poco a poco al islam.

La anciana Habiba me oye sin escuchar cuando le recuerdo la lejana guerra:

—Medina está llena sobre todo de mujeres, de ancianos y de chiquillos... La familia de al lado ha visto irse a sus cinco hijos, enrolados en tres ejércitos. ¿Va a seguir siempre la guerra?

Desde entonces Habiba deambula de casa en casa. Se queda en la mía dos o tres días, desaparece después, regresa durante una semana. A veces viene a buscarla su sobrino:

—¡Oh tía! ¡Te necesitamos en casa! Nuestro corazón suspira por tu presencia.

Le sigue. Después de pasar una noche en su morada, la abandona por la mañana. Empezó entonces a salir en plena noche. Al alba, en vano venían a mi casa por ella. Empezaron a acostumbrarse a encontrarla ante la tumba de Fátima: sentada, sus grises cabellos extendidos por los hombros, el velo a medio caer, hilvanaba largos y confusos

murmillos.

— ¡Oh tía, vuelve con nosotros! — repetía paciente el sobrino mientras la ayudaba a levantarse.

Advertí que escogía las moradas en que entraba, en que permanecía algún tiempo, como si un instinto la llevara a resucitar no sé qué vida desaparecida. ¿Será realmente la segunda rawiya esta Habiba en otro tiempo tan ferviente y tan vivaz, y que ahora adopta la actitud de una simple de espíritu? ¡Que Dios acuda en su ayuda y quiera perdonarme mis pensamientos!

Un viernes fue a casa de Safia, la tía paterna del Mensajero. Lo supe el mismo día y me dije: «Safia bent Abdú el Mottalib es fuerte. Safia, como Um Fadl, es una de las primeras mujeres islamizadas. Pese a su edad, sigue siendo una fuerza de la naturaleza. Nadie la vio llorar a la muerte del Bienamado.»

Habiba vivió en casa de Safia durante más de una semana. Rezaban las plegarias juntas; se hundían en largos ensueños. Safia salía de ellos mediante repentinas improvisaciones poéticas: sobre la felicidad del más allá, sobre la melancolía de la separación, sobre la espera de la última hora. A veces no eran más que dos versos; otras, una larga estrofa sobre un ritmo sincopado.

Habiba se quedaba inmóvil: escuchaba por todos los poros. Apenas Safia había concluido cuando ella repetía el último verso y se ponía a cantarlo, o más bien a estirarlo en un largo gemido de gata asustada. Safia la miraba y después concluía:

— ¡Que la salvación de Dios sea con nosotras!

Hacía quemar incienso. Otras mujeres venían a sentarse: su conversación recordaba los episodios más conocidos de la vida del Mensajero. Una pedía el relato de tal ocasión en que Safia se había destacado; a veces, se trataba de hechos de armas; ¿acaso no había combatido Safia con un arma en la mano cuando la guerra del Foso?

Ocho días después, Habiba, sin volver siquiera a casa del fiel sobrino que la esperaba, me hizo una visita. Me di cuenta de que ya no repetía «Lejos... lejos de la ciudad». Mas no por eso parecía serena; tan sólo menos impaciente y con un aspecto más propio. No me atrevía a pedirle detalles sobre la tía paterna del Profeta.

— ¿Dónde vas a ir esta noche, Habiba? — dije cuando la vi franquear, presurosa, mi umbral.

— A casa de Um Ferwa — dijo —, la hermana de Abú Bekr.

Desde que Ash'ash, de la tribu de los Beni Kinda, había ¡ay! retornado al paganismo con todos los suyos, Um Ferwa vivía sola con dos sirvientas. No tenía hijos. Su hermano, el vicario del Profeta, le suministraba todos los días, por medio de un liberto, provisión de alimentos y dinero.

Las mujeres de Medina habían relatado la escena que había tenido lugar unos cuantos meses antes.

— ¿Deseas que otorgue el divorcio, oh hija de mi padre? ¿Que informe a Abú Quohaifa de La Meca para que proceda a proponerte otro esposo o, si lo deseas, para hacerlo yo mismo?

—Esperaré, oh Emir de los Creyentes —respondió ella con su dulce voz—. ¿Acaso no es la paciencia lo que en primer lugar se les pide a los musulmanes y a las musulmanas?

—¡Que Dios te conceda paz y protección! —respondió Abú Bekr.

—¡Qué frágil! ¡Qué bella! —suspiró la que había presenciado inesperadamente aquella escena.

La anciana Habiba había decidido, pues, irse con «la que aguarda», según llamaban desde entonces a Um Ferwa las mujeres. Habiba, con el pelo suelto y la sonrisa de ángel triste, entró en casa de la hermana abandonada del califa. Nada más entrar, le anunció:

—Me quedaré tres días en tu casa, si me lo permites. Las plegarias que hagas cada noche las haré contigo y como tú.

—Traes contigo la paz y el deseo más vivo de Dios y de su jardín —respondió Um Ferwa—. Puedes quedarte, como si fuera la casa de tu hija.

Contaron que la mañana en que Habiba se marchó, exclamó en la puerta lo bastante alto para que dos o tres personas que pasaban lo oyeran.

—Aguardas, lo sé. Te predigo que no será en vano. La felicidad volverá como un pájaro de primavera, el destino te presentará su rostro encendido y sus grandes ojos de aurora.

La hermana del califa sonrió: conmovida, y sin mostrar su renovada esperanza, agradeció lacónicamente:

—Bendita seas, oh madre mía.

De nuevo se transforma Habiba en vagabunda de los caminos. A veces unos chiquillos, algunas niñas de cara sucia y pies descalzos, la acosan con cantos burlones. Cuántas veces no se comentó, igual que lo de aquel pobre sobrino que acudía a la hora de la siesta para llevársela de nuevo a casa.

Descuidaba venir a visitarme. Y cuando se la vio varias veces salir a pasear ya bien entrada la noche —ya no iba a meditar junto a la tumba de Fátima— algunas familias se inquietaron. Algunos, aunque fuera una anciana, sugirieron avisar a Omar ibn el Jattab o al propio califa.

En aquel tiempo en que tantos desesperaban de su equilibrio, Habiba acabó por entrar un día en casa de Maimuna, madre de los Creyentes. Se esbozó entonces una especie de lento milagro; ¡parecía que por fin los dos ángeles que le estaban destinados habían ido a escoltarla!

Ya en casa de Maimuna, Habiba no dio señales de vida durante ocho días, después durante otros ocho, durante un mes entero. Las mujeres que iban a visitar a una u otra de las nueve viudas veneradas contaron que la anciana Habiba, «dulce, sensata y decorosa», no deseaba otra cosa que servir a la noble Maimuna. Sentarse junto a ella como madre o como tía mayor, escucharla sobre todo, pues Maimuna sabía recordar el pasado. Las damas mediníes señalaban la transformación que experimentaba Habiba gracias a los reconocidos dones de la última esposa del Profeta bienamado:

—Recordad —dijo una de ellas— ¿no fue gracias a Maimuna que su sobrino, el joven Jalid ibn el Walid, jefe de los mequíes paganos en Ohod, se convirtió al islam?

—Vamos —intercedió otra—. ¡Es incorrecto hablar así de aquel al que Mahoma denominó luego «la espada del islam»!

—Déjame terminar, querida... No es menos cierto que hace sólo cinco años era Jalid nuestro enemigo. Aunque, desde luego, hoy es nuestro general más valiente.

Se prolongaba en Medina el murmullo de las conversaciones de las mujeres.

Dos estaciones han transcurrido sin que la anciana Habiba haya abandonado la morada de Maimuna, «madre de los Creyentes». Yo espero: ¿será así, mediante tales ausencias, tales olvidos, tal atención a los más nobles, mediante ese silencio tan rico, como se declara una nueva rawiya a sí misma y más tarde a la memoria de los Creyentes...? Toda palabra verdadera surge en la serenidad de una noche de luna llena.

Habiba vendrá a mi casa, seguro, o irá a quedarse con su sobrino, pues su destino de matrona de almas, de despertadora de somnolencias, la lleva... ¡Habiba, la segunda rawiya!

LAS QUE SON DESPOSADAS TRAS LA BATALLA

1

Dos mujeres muestran perfil de desposadas en el curso de las expediciones que sigue llevando a cabo Jalid ibn el Walid a fin de islamizar por completo Arabia. Han pasado algunos meses desde la derrota de Sadyah, la profetisa. Ha dado comienzo el duodécimo año de la héjira.

Ambas mujeres, figurantes fugitivas, fueron desposadas por el mismo hombre, el propio Jalid, y cada una de ellas después de la derrota de su clan. Sin problema alguno, una y otra pasan del campo vencido a la cama del vencedor. ¿Es por propia voluntad o con desesperada morosidad que sus pasos las conducen al lecho nupcial?

La primera se llama Um Temim. Es esposa de Malik, hijo de Nowaira, el mismo que, aunque musulmán, llegó a un momentáneo pacto con Sadyah a la llegada de ésta. Malik se dispone a salir al paso a Jalid, que se dirige hacia el campamento llamado Bitá'h; Malik espera obtener el perdón.

Jalid aguarda las órdenes de Abú Bekr, que está en Medina. El califa le pide que verifique si las tribus practican el islam como es debido. «Envía a cada tribu dos o tres hombres, que habrán de llegar a la hora de la oración. Si no se oye la llamada, son apóstatas y merecen la muerte; pero si se oye la llamada a la

oración perdona entonces a los hombres.»

Jalid envía varios jinetes a la tribu de Malik, entre ellos Abú Quatada, uno de los Compañeros de Mahoma, el mismo que dio muerte a Selma la rebelde. Los mensajeros regresan con informes contradictorios. Abú Quatada afirma que él sí oyó la llamada.

Jalid convoca a Malik; éste, al haber seguido siendo musulmán, cuenta con el perdón. Sentado frente a Jalid, se arrepiente de su primera alianza con Sadyah, aunque recuerda que después la abandonó. Entonces, queriendo referirse al Profeta, comete un *lapsus linguae*: «Vuestro señor...», dice. Salta Jalid:

—¡Perro! ¡Sé que eres un incrédulo...! ¡Fuiste tú quien condujo a Sadyah a Arabia...!

Le hace una seña a un guardia que tiene el sable en la mano. Cae la cabeza de Malik.

¿Desposó esa misma noche Jalid ibn el Walid a la viuda? ¿Algunos días después? La muerte de Malik tuvo lugar en el campamento de Bitá'h. Una vez ejecutado Malik «en caliente», Jalid se apresura a atacar sus territorios y a hacer cautivas a las mujeres. El ilustre general, que percibe el rostro desolado de la viuda, se enamora de ella y la convierte, no en esclava, sino en legítima esposa... Hay oscuridad en las fuentes, como si el relato prefiriera conservar el triste destello del fatal desliz. Desliz verbal. «Vuestro señor»: Malik se equivocó en el posesivo y lo pagó con la vida.

Hubo anteriormente divergencias en los testimonios sobre la llamada a la oración en las tribus: uno llega donde los Beni Temim y no oye al almuecín porque lo hace demasiado pronto o demasiado tarde; otro, por el contrario, afirma haberlo oído, como Abú Quatada.

Este último, que ha permanecido lejos de Bitá'h, se entera al mismo tiempo de la muerte de Malik y de los esponsales que han seguido. Acude a protestar. Es uno de los Compañeros, un ansar, esto es, al menos un igual del primero de los militares (puesto que ya lo dijo el Profeta, y todos lo recuerdan: «Juro por Dios que si el mundo entero anduviese por un lado y los ansares por otro, iría yo con los ansares y me consideraría como uno de ellos»):

—No has actuado bien —acusa Abú Quatada.

Jalid le opone la palabra de otro testigo que nada oyó:

—Su palabra contra la tuya —añade.

—¡El Profeta me ha considerado más veraz que tú mismo! —responde Abú Quatada, que lleva el asunto hasta Medina, hasta el propio califa...

Pues antes que nada todo es Verbo; si desfallece el Verbo, la sangre corre: rueda la cabeza del jefe, bodas sacrílegas para la mujer. Sí, todo es Verbo: la vida, para un árabe, pende de él, y tal riesgo es sin duda señal de nobleza, mas para la mujer lo que pende es el amor que pierde. O que gana, ¿cómo saberlo?

¿Cómo saber si consoló a Um Temim de su viudez su nueva promoción

(verse en la tienda del primer soldado del islam) o si, por el contrario, no pudo menos que llorar a Malik aún más?

La muerte de Malik permanece cargada de ambigüedad. Será materia de un proceso que perseguirá a Jalid a lo largo de toda su carrera. Finalmente, provocará su revocación, si no su muerte... La esposa de Malik, así casada, prolongó el equívoco. En Medina, Abú Quatada encontró un aliado en Omar ibn el Jattab, el futuro califa, por el momento principal consejero de Abú Bekr, al que todo el mundo tiene miedo por su intransigente voluntad de justicia. Omar se convierte en un temible fiscal:

—Jalid —acusa— ha matado a Malik aunque era musulmán. A continuación ha desposado a la viuda. ¡Es un sacrilegio! Jalid merece la muerte.

Abú Bekr convoca a Jalid. Llega éste a Medina «montado en un camello y vestido con una túnica de algodón que se ha vuelto negro por el contacto con la coraza, el sable colgado del tahalí, envuelta la cabeza en rojo turbante en que están clavadas dos flechas según la costumbre de los guerreros famosos y de los jefes militares árabes».

Cuando le ve, Omar le empuja y, arrancándole las flechas del turbante, grita ante todos:

—Enemigo de Dios, has matado a un musulmán y has desposado a su mujer. ¡Por Dios que hoy habrás de ser conducido a la muerte!

Jalid sólo pudo callar antes de ser conducido ante Abú Bekr. Bilal, el guardián de Abú Bekr, secretamente adicto a Jalid, hace entrar a éste solo, sin mencionar que Omar espera también. Ante la requisitoria del califa («oh Jalid, has matado a un musulmán y has desposado a su mujer»), se limita a recordar que Mahoma le nombró «espada de Dios en la tierra», y añade:

—¡Dios no golpea con su espada más que el cuello de un infiel o de un hipócrita!

Sale Jalid, momentáneamente absuelto. Hasta se permite provocar a Omar, tan impetuoso siempre:

—¡Acércate pues, hijo de Um Schamla!

«Um Schamla» era el nombre que se le daba a la madre de Omar, cuyo verdadero nombre era Jaitama, hija de Hisham. El detalle está en que ya que a él, vencedor de tantas batallas, le reprochan su nueva esposa, él se permite a su vez insultar o disminuir al adversario mediante la sencilla mención en público del nombre de su madre.

En efecto, todo es Verbo: y en el nudo de profundas fuerzas que se esboza allí, ante la mezquita de Medina, las mujeres no intervienen más que con su nombre despojado de velo.

He aquí que un año después de la muerte del Profeta el jefe más glorioso de los ejércitos musulmanes se ve amenazado por la justicia de Dios. ¿Ha dado muerte injustamente a un musulmán? ¿Ha codiciado con demasiado apresuramiento a su bellísima mujer?

La presencia de Um Temim —que en adelante, en el curso de las campañas aún más gloriosas que Jalid se dispone a emprender (quedan por conquistar Siria, Iraq y Persia), vive en la tienda de éste—, esa presencia femenina se convierte en símbolo ambivalente: destello del poderío aún ascendente del generalísimo «espada del islam», mas recuerdo también de un sospechoso apresuramiento o de un error trágico que le amenaza con una inminente caída.

En el trasfondo de ese tumulto entre altos personajes del nuevo estado de Medina en que se avivan antiguas rivalidades de clanes y nuevas ambiciones políticas, se alza Um Temim, velada silueta que tal vez llora aún a Malik y que se somete, con el corazón seco y el rostro endurecido, al general cruel, aunque iluminado por su deslumbrante leyenda; la mujer beduina aristócrata.

Su tribu es ilustre. Los temim son los beduinos más poderosos y numerosos del Hedyah y del desierto. Durante el noveno año de la hégira, en vida de Mahoma, una embajada constituida por siete jefes suyos se presentó en Medina, en casa del Profeta. A petición suya tuvo lugar una justa poética, según sus gloriosas tradiciones: los poetas musulmanes elegidos se revelaron improvisadores más brillantes que los campeones de los temim. Los «siete» se convirtieron al islam, seguidos a continuación de toda su tribu.

Um Temim, hija de Minhal —uno de los siete enviados—, vivió una adolescencia bañada por esa atmósfera en la que el prestigio poético, la belleza estética, tiran con mayor garantía del movimiento de la fe. ¡Ya está lejos ese florecimiento cultural! Los temim abrazaron a continuación la fe de Sadyah, la profetisa; luego la abandonaron y enviaron una delegación a Abú Bekr para solicitarle perdón. Um Temim estaba ya casada con Malik, miembro de una tribu vecina. Malik, aunque aliado político de la profetisa, no renegó de su fe islámica. A su lado, Um Temim no fue apóstata.

Viuda y después casada en nuevas nupcias, hállase en el centro mismo de la rivalidad que enfrenta a Omar (con Abú Quatada, el ansar, y el hermano del asesinado Malik) y Jalid, apoyado éste en Medina por el partido del ejército y de las conquistas...

Esta mujer se convierte en frágil bisagra en el centro de una división que habrá de agrandarse, que anuncia otras igual de graves. Um Temim, hija de Minhal, de gran belleza.

Prosiguió el tren de expediciones, de combates, de marchas forzadas. Está en juego ahora el Yemama, donde el falso profeta Mosailima mantiene todavía su fortaleza inexpugnable. Pero ve cómo todos los ejércitos musulmanes convergen allí poco a poco.

Uno de los aliados de Mosailima, Medyaa, se ve sorprendido una noche por Jalid y su vanguardia. La tropa de Medyaa es exterminada; éste, habida cuenta de su rango, queda por el momento simplemente prisionero. Jalid lo recluye en su propia tienda, junto a Um Temim, que resulta ser pariente cercana suya.

Pasan tres días. Se entabla una batalla entre las fuerzas de Jalid y las de

Mosailima, el falso profeta. En un primer momento las tropas musulmanas son arrolladas; en la huida, perecen más de mil cien soldados.

Los hombres de Mosailima llegan hasta la tienda de Jalid, penetran en ella, liberan a Medyaa y se disponen a matar a Um Temim. Medyaa se interpone:

—¡Es pariente mía! Le debo la vida. Además —añade— ¡no habré de seguiros más que si matáis a Jalid!

Dejan los soldados solos a Um Temim y a Medyaa... La suerte del combate cambia de repente. Jalid, sentado hasta ese momento en un trono «como Gosroes», acaba asumiendo en persona la dirección de las operaciones. Reagrupa a los que huyen y rechaza al enemigo.

¿Qué se dijeron en el curso de los tres días que precedieron los primos Um Temim, gracias a la cual no dieron muerte a Medyaa en un primer momento, y Medyaa, que a su vez salvó luego a Um Temim? ¿Le confesó ésta, acaso, su nostalgia de Malik, admitió que su matrimonio de entonces no era sino servidumbre? ¿O se limitó a comportarse como esposa del general victorioso, confirmando su influencia sobre él?

Ese diálogo fragmentario que se desarrolló en largas y mutuas confianzas permanece sepultado. A pesar de su nacimiento, a pesar de las peripecias de sus dobles esponsales, Um Temim queda reducida al papel de «la que se desposa tras la batalla».

¿Tras la batalla? No, tras el crimen, sostendrá aún Omar, futuro segundo califa algunos años más tarde.

2

Um Temim tendrá pronto una coesposa —es probable que el harén de Jalid, con esclavas y concubinas, fuera ya numeroso—. Durante meses, o semanas, la viuda de Malik ha disfrutado del rango de esposa oficial; muy pronto se verá obligada a compartirlo. Si la imaginamos poseída aún por el recuerdo de Malik, acaso se sienta aliviada. Por otra parte, la «rival» es pariente suya; es la hija de su primo, de quien la salvó una noche: Medyaa.

La nueva desposada resulta más brillante a los ojos del generalísimo, no porque sea más bella (no se hace mención alguna de tal cualidad, al contrario que en el caso de Um Temim), ni tampoco por ser, probablemente, una muchacha. Los árabes de aquellos tiempos se casaban de buena gana con una mujer bella que hubiera tenido ya dos o tres maridos, una vez viuda o bien firme el mutuo repudio. De las catorce mujeres que el Profeta desposó tras su larga monogamia de veinte años con Jadidya, viuda ya dos veces para entonces, sólo Aisha fue virgen.

No, si esta segunda esposa es más prestigiosa aún que la viuda de Malik para Jalid es porque la dote nupcial que exige el padre resulta una cantidad exorbitante para la época: un millón de dinares de oro y antes de la noche de bodas.

Jalid se hizo con el dinero, lo entregó el mismo día y esa noche se volvió a casar.

Como en el caso de los esponsales con Um Temim, el casamiento con la hija de Medyaa desencadenará contra Jalid una ardiente polémica que llegará hasta Medina... E intervendrá el mismo fiscal, Omar, el puritano, sinceramente escandalizado ante aquella prodigalidad de nuevo rico. Éste conseguirá el apoyo del bondadoso Abú Bekr, que enviará una carta muy severamente reprobadora al generalísimo.

La considerable suma de la dote no habría conmocionado tanto a los Creyentes si, en lo que fue la noche de bodas de Jalid, sus miles de soldados, agotados tras la larga y sangrienta batalla del día anterior (contra Mosailima, derrotado al fin), no hubieran padecido hambre. Pues el botín que tenía que haberse repartido inmediatamente después de la rendición de la fortaleza de Mosailima no se ha distribuido aún.

Jalid, apenas vendadas las heridas de sus hombres, apenas reconocidos y enterrados los cadáveres de los compañeros muertos, satisfizo su vanidad personal con unas bodas munificentes. Ostentación apresurada por comportarse como un rey pagano, acusan sus detractores. Hasta entonces, ¿qué jefe antes que Jalid ha conseguido una joven novia cuyo padre haya estipulado un precio de un millón de dinares de oro, que no haya sido un emperador, un César, un no musulmán?

Así, a lo largo de toda la noche recuerdan los descontentos el olvido de la más elemental fraternidad de armas. Entre ellos, un poeta resumirá aquella queja improvisando unos versos:

«Desposó a la joven

/ pagando nada menos que un millón

Mientras que en su ejército

/ los caballeros más ilustres están hambrientos...»

El dístico llega a Medina al mismo tiempo que la noticia de la victoria definitiva en el Yemama.

El padre de la joven novia, Medyaa, se revela fuera de lo común, no ya por su valentía, ni siquiera por su inteligencia, sino por su astucia y su espíritu mendaz. Por ello quedará como el hombre que venció a su manera al generalísimo invencible.

Apenas concluida la decisiva batalla (cuerpo a cuerpo terrible de miles de hombres en el último acto desarrollado en el «jardín de Rahim», denominado después «jardín de la Muerte»), Jalid no duerme, ansioso de comprobar si, a pesar de aquel resultado, el falso profeta Mosailima —cuyas tropas están diezmadas, pero que aún no ha podido ser capturado— se ha parapetado con los demás fugitivos en su inexpugnable fortaleza, aquella cuyas puertas no se abrieron a Sadyah.

Al alba, Jalid pide a Medyaa, su prisionero, que vaya con él a reconocer a los cadáveres enemigos. Ante un cuerpo traspasado por una jabalina a pesar de la armadura, Medyaa declara en voz baja:

—¡He aquí a nuestro hombre!

Es Mosailima, anónimamente abatido en la contienda. Estalla la alegría en Jalid: ha concluido cualquier resistencia, la guerra ha terminado de verdad. Medyaa, su prisionero, pariente de la hermosa Um Temim, le ha anunciado el feliz resultado. Jalid decide convertirlo en su suegro: ¡conservarlo junto a él como permanente portador de benéficos presagios!

Jalid decide enviar a Medyaa a la fortaleza para negociar las condiciones de rendición. Muerto su caudillo, ¿qué pueden hacer los supervivientes, aunque estén momentáneamente a salvo?

Medyaa demuestra ser un negociador, sí, mas cargado de doblez. La fortaleza conserva sus murallas intactas; colman su interior mujeres, ancianos, tullidos... Medyaa les convence de que se vistan con armaduras y aparezcan de lejos como siluetas de acero, de manera que la mentira que urde para Jalid («los sitiados siguen siendo numerosos, con muchas fuerzas, con víveres para varios meses») resulte creíble.

Jalid acepta ese mismo día la firma de un tratado poco ventajoso para el campo vencedor: los sitiados abrirán su fortaleza, pero no cederán más que una cuarta parte de sus respectivos bienes. Aun cuando el general musulmán, una vez abiertas las puertas, no puede sino caer en la cuenta del subterfugio y reprochárselo a Medyaa, se ve obligado a respetar su palabra.

Días más tarde llegará una carta de Abú Bekr; en ella el califa ordena a Jalid no ceder un ápice frente a los sitiados y reducirlos al último extremo. La tardía orden resulta vana.

Sin embargo, Jalid, que no ha conseguido un gran botín para su ejército, no guarda rencor alguno a Medyaa. Es más, ¡le ha pedido la mano de su hija!

Como si, estafado por el ex prisionero, Jalid deseara de repente vincularse a él lo más posible mediante una alianza matrimonial.

En este escenario de fragor apenas acallado, surge una vez más una desposada «tras la batalla»; ésta parece vaciada de su propia identidad. Tan sólo es la hija de un padre temible o envidiado.

El padre no duda en fijar muy alto el valor nupcial de la muchacha. Continúa la extraña justa entre el valeroso aunque engreído jefe guerrero y el ex prisionero, tan sutil en su tranquila astucia...

—¡Entre nosotros —afirma— no se cede ninguna mujer si no es por esa cantidad!

Así pues, un millón de dinares de oro. ¡En medio de los millares de muertos, de la destrucción, de la fortaleza abierta, pero llena de supervivientes agotados! En el campo vencedor, lo mismo que en el de los vencidos, los hombres conservan, pase lo que pase, su prerrogativa esencial: fijar el precio, en oro, de las muchachas que hayan criado y que entregan como esposas poco después de los sangrientos combates.

Cierto es que la dote así pagada se convierte en bien personal de la muchacha entregada como legítima esposa al vencedor. Como si fuera su única armadura. La prueba irrefutable de que no es —bien o mal de su grado— objeto de botín, sino persona de categoría, una auténtica mujer, es decir, un orgullo para los suyos; el último.

Jalid pagó. El mismo día de la rendición de la fortaleza. El millón de dinares en oro debió de representar un adelanto sobre la parte del botín del jefe. No se molestó en calcular lo que correspondía a sus hombres. Antes incluso de garantizar un mínimo de comodidad a sus agotadas tropas, antes siquiera de preguntarse si Medyaa no le había estafado una vez más.

La fortaleza desprovista de soldados y de provisiones se rindió a un precio impropio; las condiciones resultan ventajosas para los vencidos. Los vencedores, hambrientos, pasan la noche en espera de su menguada parte de botín. ¿No ha valorado en exceso Medyaa, tan hábil en transformar en victorias las derrotas, a la joven virgen, aureolada por el oro de la dote entregada?

No, esta cuestión no se plantea. Un padre puede valorar a su hija en el precio en oro que desee; es al pretendiente, aguijoneado por el deseo de amor o cualquier otra ambición, a quien corresponde rechazarlo o aceptar.

Nunca sabremos el nombre de esta segunda esposa de Jalid. Figura traída y llevada en medio de los sobresaltos de la guerra, se hunde en el olvido. Es tan sólo hija de Medyaa el astuto, y con ese título nueva esposa legítima de Jalid, tan pronto a casarse al día siguiente de sus victorias. Acaso sea suficiente verla como prima, como coesposa —no necesariamente como rival celosa— de la bellísima Um Temim...

VOCES

Un hombre duerme al sol al borde de una zanja. Es la hora de la siesta en Medina. ¿Es un esclavo, un extranjero, o sólo un creyente algo mísero que no ve sentido en volver a casa, donde su mujer y sus hijos esperan algo que comer?

De la trasera de una choza se alzan susurros: cuchicheos de conversación femenina. De repente, una voz más alta, algo ronca. Y se hace el silencio. Hasta que el hombre, con las primeras palabras del relato, se despierta por completo. Escucha.

Y la voz agria, rugosa, a veces casi risueña, continúa desprendiendo hacia lo alto sus volutas:

—Yo estaba allí, os lo aseguro. Por eso no os digo «Ésta contó que aquélla contó». ¡No, yo estaba allí!

Nuevo cuchicheo. A continuación, intervenciones casi infantiles. Insistencia de las interlocutoras. Y la voz, decididamente burlona, prosigue sin interrupción:

—Así pues, el Profeta, que la salvación y la misericordia de Dios le sean concedidas, el Bienamado, estaba allí de pie, a pleno sol, prácticamente solo, cuando llegó aquella mujer de la que os he hablado. Ésta se detuvo muy cerca del Profeta.

Silenció de nuevo, a intervalos regulares. Pausas repetidas en que se amontonan la curiosidad, la pasión. Luego, rumores. Regresa la voz:

—Algunos dijeron a propósito de este episodio que el Profeta (¡que la salvación de Ellos le sea concedida!) estaba sentado, y que la mujer llegó por detrás y le puso al Mensajero las manos en los hombros. (Risas.) No, no, yo estaba allí, lo aseguro: ella se llegó a Él y dijo en voz alta: «¡Oh Enviado de Dios, he venido para ofrecerte como esposa!»

Nuevas risas; exclamaciones.

—Dijo estas palabras en voz bastante alta y grave, aún puedo oírla. Sin reír, pero sin dudar. Desde donde yo estaba situada no pude ver su rostro: la veía de espaldas y oía sus palabras claramente. El Profeta, me parece, debió de mirarla; en cualquier caso, podía hacerlo a sus anchas. Pero tampoco podía ver yo cómo la miraba. Tal vez ni siquiera se atrevió a hacerlo. Sin embargo, sí que le oí decir: «¡Oh, mujer, no necesito esposa en este momento!»

La narradora vaciló, pronunció algunas palabras incomprensibles que el hombre tendido pretendió captar en vano; poco después aclaró su voz y parece que repitió:

—No, no, ahora no estoy segura de haberle escuchado esas palabras al Mensajero: «En este momento». ¡No! Tal vez fue debido a la entonación que lo entendí así, que lo recuerdo así. En cualquier caso, lo que sí es verdad es que cuando rehusó, su voz seguía siendo muy cariñosa.

Y la desconocida suspiró con fuerza. Ésta se sonó, sin duda por la emoción, o quizá simplemente por estar reviviendo la pena de la separación ¡ay! de Él. El hombre junto a la zanja se incorporaba ligeramente sobre el codo. Aguardaba, sin duda alguna.

—Entonces —reanudó la voz, ya tranquila— un hombre se llegó hasta ellos. Reconocería a aquel hombre aun después de tantos años, estoy segura. No era ni viejo ni joven; tampoco un beduino, sino alguien de la ciudad. Se acercaba con lentitud: debía de haber oído su diálogo. Se paró delante de Mahoma: “¡Oh Enviado de Dios —dijo con voz poderosa—, si no necesitas a esa mujer, concédemela por esposa!”

—No podría asegurar —continuó la desconocida cronista en voz algo más baja— que el hombre que acababa de llegar le hubiera echado un vistazo a la mujer. Y, curiosamente, ella, a la que se podría tener por audaz, se calló.

Excitados susurros del auditorio. El hombre, medio sentado, no se movía, estatua en el polvo.

—Sí, claro, tenéis razón. Aunque el hombre, efectivamente, no la hubiese mirado, ella sí tuvo oportunidad de contemplarle. Podría haberlo rechazado si hubiese querido. Desde luego, recibir un marido de la mano del Profeta no deja de ser un gran honor. Una prenda de paz, de felicidad. Pero voy a continuar —prosiguió la voz, más nerviosa—, pues lo que sigue es mucho mejor, y por eso precisamente, al fin y al cabo, os cuento ahora lo que vieron mis ojos, lo que escucharon mis oídos... Ah —y la narradora suspiró de nuevo—, el Profeta vivía aún; sólo por Él me habría yo sacrificado sin dudar, y a mi padre y a mi madre juntos.

Abatimiento al otro lado del seto. La que hablaba pareció caer en un pozo de pesar. Algunas de las que la oían, incluso de las jóvenes, se pusieron a llorar con ella. Aguardaba el hombre, todavía sosteniéndose sobre el codo.

—Se comportó el Profeta con aquella mujer como lo habría hecho con una muchacha de su familia... “¿Qué dote puedes darle a esta Creyente?”, preguntó. “Ninguna”, respondió el hombre. “No tengo más que mi ‘izar. ¿Quieres que me lo quite y que se lo dé?” Ante lo cual el Profeta rió ligeramente, ¡aún hoy escucho el rumor de cascada que alumbró su agradable voz! “¿Y de qué le servirá? Si lo lleva ella, tú irás desnudo, y si lo llevas tú irás desnuda ella”. “¡Nada tengo!”, repitió el hombre con tristeza. Le vi entonces volverse para marcharse. La mujer, de pie aún, seguía sin decir palabra: como ausente, asistía a su destino. Y entonces el Profeta llamó al hombre: “¿Qué sabes del Corán, oh Creyente?” Y éste, volviéndose con un rostro que expresaba casi alegría, respondió con rapidez: “Me sé la azora de la Vaca, la de los Poetas y...” “Pero si resulta que eres rico, oh musulmán, más rico de lo que decías... Pues bien”, concluyó el Profeta bienamado, “esas dos azoras serán la dote más hermosa”. Mahoma aguardó un momento y luego se volvió, esta vez ostensiblemente, hacia la mujer: “Te entrego este marido como esposo, oh Creyente”, decidió, y su voz vibraba con ligera alegría. ¡Nada agradaba más a nuestro Profeta que hacer felices a las gentes!

Interrumpióse la narradora y luego continuó:

—Me gustaría saber qué ha sido de aquel hombre y de aquella mujer —concluyó.

Antes incluso de concluir esta frase, el hombre, erguido de golpe sobre sus largas y delgadas piernas, sacudía el polvo de su toga gris. Una especie de ardor iluminaba sus rasgos, su demacrado rostro parecía rejuvenecido.

«Tenía razón Mahoma», pensó. «Soy rico, más rico de lo que acostumbro a creer».

El hombre se apresuraba ahora a volver a su hogar: su mujer, sus hijos, se encontraban allí; aquella mujer que, cuatro o cinco años antes, el propio Profeta (¡que Dios le conceda salvación y misericordia!) le había dado.

LA REPUDIADA

Cuando en su día los Beni Kinda, «la tribu más numerosa de Yemen», acudieron a Medina para islamizarse, Mahoma le dijo a su jefe, Ash'ash:

—Si tuviera una hermana o una hija libre para casarse, te la entregaría yo mismo.

Buscó entonces entre el resto de las jóvenes jerárquicamente más destacadas. Um Ferwa, la hermana de su amigo Abú Bekr, era joven y libre. Mahoma se la dio como esposa a Ash'ash.

A la muerte de Mahoma, lo mismo que tantas tribus árabes, los Beni Kinda se dijeron: «¡Mahoma ha muerto, el islam ha muerto!».

Y regresaron todos a su primera y total libertad.

De manera que el matrimonio de Ash'ash con la hermana de Abú Bekr, ahora califa, se rompió.

Una fortaleza se alza en el cercano desierto del Hadramaut.

Los Beni Kinda esperan establecerse en aquella región, pues tienen que huir de un fuerte ejército musulmán al mando de Mohadyir ibn Omeya e Ikrima, dos de los once generales designados por Abú Bekr, además de Jalid, para reprimir la *ridda*, la disidencia de casi toda Arabia.

Hubo numerosos enfrentamientos entre el ejército musulmán y los Beni Kinda. De éstos, los que no resultaron muertos resolvieron encerrarse, con mujeres y niños, en aquella imponente fortaleza.

Su jefe, Ash'ash, se dispone a entablar la última batalla. Tratos con Mohadyir. Éste promete que respetará la vida de diez hombres que él designe. Ash'ash da diez nombres, mas olvida el suyo. Mohadyir, terrible, anuncia que él, el jefe, será ejecutado. Ikrima, más humano, se interpone y propone acompañar personalmente a la embajada —Ash'ash y sus compañeros— hasta Medina, donde será el califa quien decida el perdón.

Durante ese tiempo mujeres, niños y ancianos serán reducidos a esclavitud: es la ley acostumbrada en la guerra de entonces.

Entre aquellas familias que perderán la libertad se encuentra una mujer cuyo nombre desconocemos y que es hija de No'man, hijo de el-Dyamm. Se distingue por una belleza excepcional, o por alguna otra cualidad, como los dones de la poesía, de la sabiduría o de la inteligencia. Sólo se hace una precisión especial: algunos años antes, su padre se sentía tan orgulloso de ella que en el momento de su conversión al islam experimentó la necesidad de hacer de ella un elogio ditirámico ante el propio Jefe de los Creyentes (o acaso lo juzgó conveniente).

Mahoma, viendo en ello una indirecta —o quizá lo hizo por política, para aliarse con más fuerza con los Beni Kinda—, le respondió:

—¡Tráemela para que la despose!

Así, la hija de No'man, de los Beni Kinda, iba a casarse con el Profeta. No'man fue a buscarla y la llevó a Medina: viaje nupcial por el que toda la tribu, numerosa y recientemente islamizada, debió de sentirse honrada.

Cuando presenta a la joven a su augusto esposo, No'man, padre poco modesto, cree necesario añadir a su hija otra cualidad además de aquellas que ya ha ensalzado:

—Apóstol de Dios, mi hija goza de una virtud que, según creo, nadie posee: nunca tuvo fiebre, nunca estuvo enferma.

Mahoma, superado por esta ingenua presunción paterna, o presa de un oscuro presentimiento, siente un rechazo hacia aquel ser:

—¡No necesito a esta mujer! —exclama, y piensa (o declara)—: la gracia de Dios se manifiesta también en la fiebre y en la enfermedad, enviadas como adversidades a las criaturas.

Así, la joven de los Beni Kinda, apenas entregada al Profeta como esposa, es repudiada por éste antes de la consumación del matrimonio. Los Beni Kinda siguieron siendo musulmanes hasta la muerte del Profeta. Después apostataron, como tantas otras tribus. Posiblemente, si la hija de No'man hubiera tenido en Medina los honores reservados a las viudas de Mahoma, habrían permanecido en el seno del islam.

La hija de No'man conservó su belleza y sus demás méritos: uno de los dos generales enviados al Hadramaut, Ikrima, la vio y se casó con ella. La desposa, pues, como musulmana, desde luego no como apóstata. Probablemente está enamorado de ella.

Más tarde Ikrima conduce en persona hasta Medina a Ash'ash y sus diez compañeros. Ash'ash obtiene del califa el definitivo perdón de su vida; más aún, vuelto sinceramente a la práctica islámica, solicita nuevamente en matrimonio a la hermana de Abú Bekr, Um Ferwa. Ya fue su esposo antes y su apostasía trajo la nulidad de la unión. Ahora, con el arrepentimiento, recupera a su mujer.

Mientras tanto, la hija de No'man, esposa de Ikrima, se unió a los suyos en

la fortaleza. Nada se puede decir acerca de si apostató o no. Es más verosímil que, por razones tanto de seguridad como de solidaridad, quisiera permanecer unida en la desdicha a su anciano padre y sus otros parientes.

Cuando se entrega la fortaleza a Mohadyir, la joven, como las otras, se ve reducida a la esclavitud.

¿Finge acaso olvidar la tropa musulmana que la cautiva se encuentra bajo la protección marital del ausente Ikrima? Quizá sea una rivalidad latente, pero cada vez más viva, entre ambos jefes, lo que continúa de ese modo: fingiendo creer que la hija de No'man no puede ser para un jefe más que concubina, o simple capricho pasajero...

En los últimos momentos en que el tropel de prisioneros se agrupa ante la fortaleza, un testigo recuerda de pronto a Mohadyir:

—¿No sabes, mi general, que esa mujer, la hija de No'man, fue durante varios días —el tiempo de llegar a Medina— esposa de vuestro Profeta?

Y el desconocido añade, burlón, que después Mahoma la repudió: desconfiaba de una persona que, según No'man, no había estado nunca enferma.

Mohadyir escucha y guarda silencio; sinceramente contrito, decide devolver la libertad a la joven:

—¡No puede ser una esclava! Al menos un día, al menos una hora, fue esposa de Mahoma, ¡que Dios le dé salvación! Es libre. Le debemos respeto y consideración... (Entonces se acuerda de Ikrima.) ¡Naturalmente —concluye, los ojos contraídos por un relámpago de astucia—, ningún hombre en este mundo se habrá de casar ya con ella!

Alrededor de la joven cautiva de alta estatura, envuelta en sus múltiples velos de variados colores, se extiende el vacío del respeto.

Foco después Ikrima regresa de Medina. No encuentra a su mujer, se entera de lo que ha sucedido y desea vivamente recuperarla. La busca en las chozas míseras en que los expulsados se han visto hacinados antes de que se los lleven para venderlos, para servir. Por temor a Mohadyir nadie se atreve a informar a Ikrima: ¿se habrá refugiado en alguna ermita?, ¿ha ido en busca de su anciano padre?, ¿espera que el general Ikrima devuelva, junto con su amor, la protección para los suyos?

Ikrima, claro está, no encuentra más que silencio. Mohadyir y sus agentes parecen estar en todas partes. Y ante su rival, Mohadyir, zalamero, con fingida piedad por el Profeta muerto, argumenta:

—Esa mujer, siquiera un día, siquiera una hora, fue esposa del Profeta. A Dios gracias la salvé de la esclavitud, indigna de ella, pero en lo sucesivo es intocable para cualquier hombre, lo mismo que las otras viudas de Mahoma. Agradécmelo, ya que antes lo ignorabas. Te libro así de un grave pecado.

Ikrima nada puede replicar. Ha salvado a Ash'ash; le ha permitido recuperar la felicidad junto a la hermana del califa, pero al precio de su propio

amor, ya perdido para siempre. Tras meditar, Ikrima murmura para sus adentros:

—¡Somos criaturas de Dios y a él volveremos! ¡Que Alá sea alabado y que su Profeta venga en nuestra ayuda!

Así es como la hija de No'man, lejos de la fortaleza, lejos de sus amigos reducidos a esclavitud, desaparece en una noche definitiva. La han repudiado dos veces: una primera por causa de la ruidosa jactancia de su padre (a no ser que el corazón del Profeta retrocediera de veras ante la mención de su vigorosa salud. Como si la perfección de una cualidad no pudiera sino encubrir, en última instancia, una confusa tara.) Una segunda vez por Ikrima, que siente palpar su corazón por ella, pero que ha de callarse; someterse y callarse...

Silüeta de mujer que ha abrazado la libertad y que ha sido doblemente repudiada. Libre por ser doblemente repudiada.

LA CANTORA DE SÁTIRAS

En aquella fortaleza de Beni Kinda, además de la hija de No'man, la repudiada, había otra célebre mujer, una poetisa. Tabari no dice su nombre.

Su verbo debía de ser burlón: sus cantos herían, cortaban en pedazos; resaltaban el detalle agudo o ridículo en versos que no se olvidaban, que la fama llevaba lejos. Así, a medida que los Beni Kinda se movían por el Hadramaut e incluso después, cuando, asediados, permanecieron encerrados en la fortaleza, la poetisa cincelaba, si no día a día, al menos acontecimiento tras acontecimiento, sus dísticos, sus cuartetas o sus largos períodos, siempre contra el enemigo.

Su poesía pasaba de una persona a otra. Sus obras polémicas eran celebradas fuera de su tribu, numerosa y temida.

La cantora de sátiras se convertía en una parte del espíritu de resistencia de los suyos. Mucho más que el más valiente guerrero, el poeta, y con mucha más razón la poetisa árabe, goza de prestigio y de honores. Los guerreros se cuentan en forma de innumerables jóvenes vigorosos; los poetas y las poetisas son, a lo sumo, unos pocos: un azar, un don que Dios (el de Mahoma o el de los paganos) concede por añadidura. Pues garantizan algo más que la salvación: la gloria que sobrevive, sola, a las matanzas. Esta mujer inventaba, pues, su poesía-peligro. Y también la cantaba.

Antes de que los jefes de los Beni Kinda fueran a Medina, esto es, antes de su islamización, la poetisa había compuesto numerosas diatribas poéticas contra el propio Mahoma. Su polémica circuló. Desde luego, no fue la única de los poetas y poetisas que ironizó en versos brillantes sobre el jefe inspirado... En cualquier caso, aquellos ataques literarios no se olvidaron. No sólo se cantaron entre los Beni Kinda, sino que lo hicieron otras tribus vecinas.

Fue precisamente aquel destello, aquella gloria pronto adquirida en la guerra verbal, lo que debió de retener luego a la cantora. Ella, sin duda alguna, no fue a Medina; no compareció ante aquel que había sido objeto de su acerada inspiración. Por fidelidad a su arte —una forma de amor propio— debió de

creer que hacerse musulmana sería como renegar de sí misma. Lo debió de pensar como poetisa: ¿cómo habría podido imaginarse componiendo de pronto, sumisa y arrepentida ante Mahoma, alabanzas en honor de aquel que antes alimentaba su mofa, sus réplicas, su humor...? No, un vuelco tal en la inspiración no debió de parecerle posible.

Se apartó. Como otros de la tribu, se aferró a la conservación de la libertad beduina para no perder la fidelidad de su inspiración.

Experimentó todo aquello de manera espontánea, con un intacto orgullo de ser. Mientras su llama la alimentara, mientras su polémico cometido la presentara a los ojos de los suyos con un raro valor, más raro que la belleza, más solicitado que el ordinario atractivo femenino, no sentía necesidad alguna de creer en Dios. ¿Qué Dios? ¿Acaso no había en ella un destello divino? ¿No le hablaba Dios a su manera? ¿Qué podía importar que fuera o no el de Mahoma?

Otra mujer, ésta llegada de Basora, Sadyah, había llevado la confianza en su palabra y en sus cualidades poéticas hasta el punto de declararse profetisa. La desconocida de los Beni Kinda no se sentía ni mujer de armas ni jefe de tribu. Su nacimiento y su linaje eran humildes: su actual promoción la debía a su palabra, a sus cantos. Era poetisa, tan solo poetisa; ni guerrera ni guía de hombres.

Una vez musulmanes parte de los Beni Kinda, no por ello abandonó su obra oral, que volaba a las cuatro esquinas del Yemen y del Hadramaut. Después, los Beni Kinda regresaron a su primitiva fe; mas ella no tuvo que apostatar, había permanecido fiel a sí misma.

Lamentó tal vez la muerte de Mahoma, ya que habría de verse obligada a cambiar de blanco. Cualquier otro enemigo poseería necesariamente una envergadura menor. ¡Su obra habría de verse empequeñecida!

La poetisa formaba parte del gran número de mujeres, niños y ancianos que iban a ser reducidos a esclavitud y que se disponían a abandonar la fortaleza. Alguien —quién sabe si el mismo celoso delator de la repudiada— señaló la cantora a Mohadyir, el vencedor, y creyó pertinente recordarle:

—Esa célebre poetisa compuso numerosas sátiras contra el profeta Mahoma.

Inmediatamente fue separada del grupo de las víctimas. Para el jefe militar era absolutamente necesario condenarla como venganza: aquella blasfema se había atrevido a atacar al propio Profeta, ¡una mujer...! Se imponía un castigo fuera de lo común.

¿Cómo debió de aguardar la detención? En cuclillas en medio de la polvareda, frente al grupo de población civil, los harapos en hatillos, listos para el éxodo pero a su vez testigos... Lentitud de la desesperanza para todos, ya que, con excepción de su jefe y de los diez excluidos que han marchado a Medina, se ha matado a todos los hombres.

La poetisa no parece preocupada; su rostro permanece impasible. Se

dispone a morir: ¿qué es la muerte sino la ocasión última de dejar que el fermento de la ira encuentre en ella los más graves de sus súbitos ritmos? Acaso lamentemente por una vez no ser poetisa lírica a fin de cantar la desesperanza colectiva. ¡Para elevar el silencio de todos, para prolongar aquellas fogosas miradas, aquel orgullo comprimido como ceniza, en un canto herido, lentamente liberado!

En cuclillas: una mujer madura, los cabellos completamente blancos le cubren los hombros, la masa del cuerpo fuerte, inquebrantable. Comienza a buscar dentro de sí las palabras, el hálito que va a exhalar. Pretende encararse con la muerte.

¿Qué puede temer? Improvisar la última sátira contra aquel jefe militar llegado de Medina, aquel compañero de Mahoma, al que ella ha atacado más que a nadie, aunque siempre lo haya respetado. El general, por su parte, gallea... Se acerca a ella. Le va a cortar la cabeza, le va...

Ella no se levanta. Mohadyir hace una seña a dos esbirros. La zarandean, la empujan. Ella se suelta, echa a andar, la sonrisa en los labios.

Ante Mohadyir ibn Omeya —por lo demás ella da comienzo a su diatriba: *Mohadyir*, que quiere decir «Emigrante», «será», piensa, «emigrante de la felicidad, expulsado de la vida y de sus risas...»—, ante el vencedor, tan cruel como Jalid, pero desprovisto de su leyenda, opone:

—No eres más que un guerrero. No tienes más que derecho de vida y de muerte. Yo...

—¿Tú? —gruñe él mientras se cruzan sus miradas.

—Mi elocuencia, mi voz, estarán todavía vivas cuando tú no seas más que polvo.

—¡Tu voz! —responde él—. ¡Precisamente no te quitaré la vida, sino la voz!

Hace un gesto. Los guardias la zarandean de nuevo, la bajan hasta el foso de torturas, el lugar de las lapidaciones y las ejecuciones.

Se presenta el primer verdugo: ¿es una tenaza lo que lleva en la mano? ¿Para qué?, piensa ella fríamente. ¿Le va a arrancar los ojos...? No, con dos movimientos, tirándole la cabeza hacia atrás y abriéndole la boca como si hubiera de asfixiarse, le arranca un diente de delante, luego otro.

No siente nada; tan sólo, al alzar de nuevo la cabeza no cortada, no cegada, que tiene la boca llena de espesa sangre.

No jadea, no deja escapar ni un grito. «Mi voz», piensa, «¿por qué los dientes?», la cabeza le zumba, está a punto de desmayarse... Al desfallecer, comprende: su voz va a silbar, va a chirriar, su voz no podrá cantar ya todo lo que en ese mismo instante se amontona en su corazón en estrofas ya dispuestas, tan cálidas como la sangre que escupe... No se desmaya, no, sigue erguida, todavía en el foso, cuando se acerca el segundo verdugo, que le parece de una estatura gigantesca.

Entonces viene el segundo castigo. Transcurre un largo momento.

El hombre de la hachuela vuelve a subir. La tropa de los Beni Kinda se levanta; aún están a sus pies los hatillos. En seguida se enteraron de que a la poetisa le arrancaban los dientes «¡para que no cante ya nunca más!», murmuró un chiquillo. «No quieren matarla, no quieren matar nuestro espíritu», suspira un anciano ciego, «pero ¿qué le están haciendo entonces?»

Nueva espera. Poco a poco, la poetisa, erguida, asciende el declive: la boca ensangrentada, el rostro como una máscara rígida, los cabellos como un río blanco pero manchado... Lleva los brazos levantados por encima de la cabeza, estatua de la revuelta muda.

Sólo cuando la poetisa llega junto a ellos se apodera el horror de todos los testigos: descienden lentamente ambos brazos, enmarcan el rostro todavía silencioso, los ojos de mirada perdida en el pasado, no muerta, no vencida, ni siquiera trastornada... Los brazos...

—Oh, luz del día —gime una voz de mujer— ¡miradle las manos!

—Las manos...

—Las manos...

Todos miran: a la poetisa le han cortado las manos. Sus brazos se prolongan en muñones que chorrean negra sangre.

Más allá, los soldados y su jefe se han montado en los caballos y han desaparecido.

La poetisa, de pie ante su público postrado en servidumbre, murmura con suavidad, con mucha suavidad, con aquella voz que han roto, que han convertido en un silbido, pero que aún vive, ronca:

—¡Cantaré con mis manos!

»¡Les maldeciré con mis manos, con mis manos cortadas...! ¡Mi canto seguirá siendo inaprensible, cual el gavilán al que no se puede atrapar!

Aún continúa la voz en silbido cuando el dolor se apodera de ella, cuando cae de rodillas, cuando las mujeres se precipitan para vendarla, para mecerla.

Informado del castigo sufrido por la poetisa, Abú Bekr escribe una carta llena de vehementes reprensiones a Mohadyir:

«¡Si hubiera sido musulmana habría debido expiar con la muerte...! ¡Pero al no ser ni musulmana ni apóstata, tenía derecho, en virtud de esa fuerza poética que era su arma, a elegir a quien quisiera como víctima de sus sátiras!»

Lo que más debió de sublevar a Abú Bekr es que una mujer pudiera sufrir tales atrocidades en su cuerpo: la servidumbre (que en cualquier momento se puede abandonar, bien islamizándose, bien pagando el rescate) es la única pena que se impone a las mujeres de los vencidos.

«¡Guárdate en el futuro de castigar a nadie de esa manera! ¡Abstente en aquello que tengas que abstenerte! ¡No tienes derecho a comportarte así!», acusa el califa.

La península árabe ha regresado casi por completo al islam. Aún no ha transcurrido del todo el duodécimo año de la hégira.

VOCES

Me llamo Dyamila, soy una mujer de Medina; poco importa el nombre de mi padre, de mis hermanos o de mis hijos. Estos últimos eran hombres ya hechos cuando Mahoma, que la salvación de Dios lo acoja, dirigía sus últimas expediciones. A mi marido lo mataron en la guerra del Foso. Entonces, y después, Medina seguía siendo sin embargo una ciudad alegre, por desgracia con malos lugares donde los musulmanes en sólo una tarde, en sólo una noche, se volvían impíos. ¡Ay! Resuenan sin embargo en mis oídos el eco de las canciones, el rumor de las fiestas en que las mediníes danzaban y gozaban. Es cierto que algunas damas Emigrantes de La Meca juzgaban, y juzgan aún, que aquellas costumbres son contrarias a la pureza musulmana. El Profeta, sin embargo...

Me llamo Dyamila, soy una mujer de Medina y hasta esposa de un ansar. Hace poco le pregunté a Dyaber ibn Abdalá, uno de nuestros más considerados expertos en la tradición:

— ¿Qué piensas tú del debate actual sobre los cantos y los bailes? ¿Son lícitos en una vida auténticamente musulmana...? Apenas hace dos años que ha muerto Mahoma y henos ya, en la ciudad en que yace, en su ciudad, desamparados en detalles de la vida cotidiana.

Y pensaba, es verdad, en las cercanas bodas de mi hijo pequeño: ¿cómo festejarlas? ¿podría contar con el concurso de instrumentistas, de cantoras...?

Dyaber ibn Abdalá —tan viejo, casi ciego, pero cuyo arrugadísimo rostro siempre parece sonreír, incluso en sus meditaciones piadosas— recordó delante de mí un incidente de hacía algunos años.

—Uno de los ansares de mi familia se casó, recuerdo, con una pariente lejana de Aisha, madre de los Creyentes, y de la familia de su madre... Sí, recuerdo que la mujer del Profeta le regaló entonces a la novia un vestido muy caro.

»Pero aquel mismo día, cuando el Profeta —que la salvación de Dios lo acoja— entró en su aposento, le preguntó con su acostumbrada solicitud:

» — ¿Le has entregado tu regalo a la novia?

» — Sí, oh Enviado de Dios —respondió ella.

»Al poco rato él volvió a hablar:

» — ¿Has pensado si el cortejo de la joven novia va a ir acompañado de cantos?

»Y añadió con un tono de indulgencia, y creo que de ternura:

»— ¡A los ansares les gustan tanto los cantos!

»—No —respondió; sin duda Aisha debía de pensar también que la alegría manifestada con estrépito no cuadra con la regla musulmana... Pero, ya ves, era el Profeta mismo quien no sólo pensaba en el placer de los demás cuando los quería y sabía que eran creyentes fieles, sino que también los animaba.

»—En fin —insistió él ante su joven esposa—, aún no es demasiado tarde. Apresúrate a enviar a la casa de la boda a Zeineb el Ansariya.

Yo, Dyamila, escuché en silencio el relato de Dyaber, y me atreví a hacer notar lo siguiente:

—Así pues, el Profeta conocía el nombre de Zeineb, nuestra mejor cantora.

—Desde luego que sí —concluyó Dyaber—. Tal es mi testimonio; para qué decirte cómo llegó a mí, a través de uno de los sobrinos de Aisha, que se lo contó personalmente a sus allegados al día siguiente... Claro que luego he tenido ocasión de preguntar a Zeineb la cantora: dice que ha envejecido, que ya no va tanto a cantar en las bodas. Me parece a mí que después que Aisha le pidió aquel día que fuera a cantar a casa de su joven pariente, Zeineb se siente tan honrada que se deja oír menos y se hace desear.

Dyaber se calló. Pensativa, lo dejé allí. Lala Aisha sigue ahí, al lado, en su casa. Zeineb el Ansariya, la de voz tan fuerte y poderosa, apenas se deja oír ya, es cierto, más que en círculos restringidos... Una y otra pueden atestiguar, pues, que el Profeta no despreciaba los cantos ni las cantoras, al contrario...

Mas toda esa palabrería sobre la legitimidad o no de la música para distraerse, ¿de qué sirven ahora en Medina, que ya no es la alegre? Sin embargo, todas las tribus árabes han regresado al islam; la victoria de nuestros ejércitos amplía nuestros horizontes más allá de lo que pensamos. ¿Qué sentido tiene mantener el espíritu de luto, en silencio y sólo en plegarias?

Esta tarde iré a casa de Zeineb el Ansariya. Que vuelva a cantar, le diré, aunque pretenda haberse convertido en transmisora de los días de la gloria pasada... Rawiya, si quiere, pero cantora sobre todo. ¡Le daré los regalos que haga falta, en dinero, en telas, en joyas si es necesario, pero que acuda a cantar en las bodas de mi hijo menor!

KERAMA, LA CRISTIANA

Soy cristiana, hija de Abdú el Mesih, más que centenario (afirman algunos que hasta tricentenario). Vivo como religiosa —esposa de Jesús en el amor, don total, y en la castidad— desde hace al menos cuarenta años.

Me acerco a los ochenta. En mi juventud me consideraban bella; algunos lo repiten aún como si hubiesen visto mi rostro de entonces, cuando lo que en realidad ven, estoy segura de ello, es el destello, en mi cara, de mi esperanza de ayer, de mi esperanza de hoy. Ahora me velo el rostro con una gasa blanca o negra, según las estaciones, según el polvo o el sol demasiado ardiente. El destello de mi amor hacia mi Salvador permanece para mí, permanece en mí.

Mi estatura, mi andar, mi gusto de vivir y de rezar siguen siendo los mismos al cabo del tiempo, ¡alabado sea el Hijo del Señor! Todas las noches, con la suavidad de una queja, alabo a mi Señor en árabe, la lengua de mi padre vivo, de mi madre muerta cuya imagen he olvidado.

Este año —el 633 de nuestra era— los árabes musulmanes de Medina han lanzado contra nosotros sus ejércitos con el más temible de sus generales, Jalid ibn el Walid.

Éste pidió ver a mi padre, el jefe de nuestras tribus. Yo, en lugar de esperar con las esposas atemorizadas y las madres, que ya gemían, me quedé en mi habitación, con el crucifijo delante de mis ojos secos.

Me llaman Kerama, que quiere decir «la generosa».

Hubo un gran tumulto entre las gentes de Hira. Yo no quise salir. Mi padre, Abdú el Mesih, iba a aparecer. Adelantándose al general musulmán llamado «la espada del islam», me dijo que haría cualquier cosa para obtener la paz.

Pero el guirigay se prolongaba. Desde mi entreabierto ventanal creí oír mi nombre:

—¡Kerama!

—¡Kerama!

No, no me llamaban. La gente repetía mi nombre, sus voces se inflamaban en discursos. Y hasta escuché esa ingenuidad infantil, gritada casi por una voz áspera y fuerte:

—¡Kerama la bella!

Abdú el Mesih se adelantó por fin; le oí declarar con firmeza:

—He pedido la paz con unas condiciones que hemos aceptado: pagar un tributo a fin de no tener guerra. Jalid ha prometido que conservaremos nuestros bienes.

Me encontraba en el umbral cuando escuché aquella barbaridad proferida por un desconocido:

—¡Oh, padre mío, no puedes perder a la bella Kerama!

—¡No! ¡Lucharemos! —exclamó otro.

Salí delante de todos; llevaba sobre el rostro un velo blanco de la más ligera gasa, que no me impedía verlos.

—¡Lucharemos por Kerama! —repetían otros.

Era como si aquella escena, me dije desconcertada, tuviera lugar atrás, lejos, en el pasado.

Finalmente hice un gesto:

—¡Padre, explícame! ¿Por qué se habla de mí en esas negociaciones?

Mientras tanto, la multitud se amontonaba: persistente vehemencia de las gentes —adolescentes, varios hombres maduros—, como si se dispusieran realmente a resistir a Jalid, lo que era tanto como decir a desencadenar el fuego y la muerte para todas aquellas familias. Y Dios mío, por qué, por el absurdo capricho de uno de los musulmanes que rodeaban a Jalid, un pobre beduino que ni siquiera tenía edad de llevar armas, un hombre de ochenta años que parecía tan viejo como mi padre, salvo que aquel hombre, me dije, bordeaba la senilidad, mientras que Abdú el Mesih se erguía como roble sarmentoso gracias a su sabiduría y a la fe verdadera. Mi padre me explicó en pocas palabras que aquel beduino, Shawail de nombre, llegó para presentarle a Jalid, que acababa de concluir las negociaciones, una extraña solicitud: «¡Quiero a la hija de Abdú el Mesih, la bella Kerama, para que sea mi esclava!»

Ante aquella última palabra la ira enardeció de nuevo a la multitud como viento de tempestad. Aguardó mi padre el retorno de la calma, y entonces, con el mismo tono neutro, terminó su relación:

—Shawail dice que su profeta Mahoma vio una vez que Iraq, Sawad y Persia entera se iban a convertir muy pronto en tierras del islam. Shawail, presente en aquellas revelaciones de Mahoma, había oído hablar desde hacía mucho tiempo de la belleza de Kerama, hija del jefe Abdú el Mesih, de Hira. Shawail, entonces, le pidió a Mahoma que le concediera como esclava a la cristiana y Mahoma aceptó.

»—Salvo si consiente —precisó Mahoma— en hacerse musulmana.

Aquel día, afirmaba, Shawail no hacía otra cosa que rondar a Jalid para concretar la promesa hecha por su Profeta.

—Jalid —informó mi padre— guardó silencio un buen rato. Yo no me moví de mi sitio. Jalid le dijo finalmente al beduino: «¿Tienes algún testigo de ese

episodio oh Shawail?» «Tengo más de uno», replicó éste.

»Del tropel de soldados salieron dos, tres y hasta cuatro hombres, de esos que los musulmanes llaman ansares, una aristocracia entre ellos debido a la antigüedad de su fe... Jalid —continuó mi padre— se volvió hacia mí; parecía lamentar profundamente tener que actuar así, pero no tuvo más remedio que decir: «¡Añado esta condición a las anteriores!» Y heme aquí —concluyó mi padre.

Atrás, a lo lejos, los clamores volvieron a alzarse:

—¡Resistiremos!

—¡Lucharemos!

—¡No abriremos Hira!

—¡Salvemos a Kerama la bella!

Escuché como a niños insensatos a aquel pueblo de árabes cristianos dispuestos a morir por una mujer ya vieja. Avancé. Levanté con una mano el blanco velo.

—¡Amigos míos, hermanos míos, miradme! Hace mucho que soy vieja. Ese hombre sueña con tenerme como esclava. Nada temo por mí. Todos somos esclavos de Dios, y sólo de Dios... Por una palabra no expondré vuestras vidas y vuestros bienes al fuego y al pillaje. ¡Y para mí es sólo una palabra!

—¡Tú eres la más libre de todos nosotros! —dijo uno.

—¡Tranquilizaos —dije yo con firmeza— y dejadme actuar! Voy a recuperar mi libertad.

Mi padre los contuvo y me dejó ir.

Avancé con paso seguro hasta el otro campo una vez que se abrieron las puertas de Hira para que saliéramos yo y dos sirvientes. Llegué a la tienda del general. Por el camino había vuelto a ponerme el velo blanco sobre el rostro.

—¿Quién eres tú, mujer, para preguntar por Jalid?

—Soy Kerama y quiero que se me lleve a presencia de vuestro general, y también del beduino Shawail.

Comprendieron. Poco después me vi en medio de una asamblea de guerreros. «A Dios gracias, me dije, si bien no son de mi fe, al menos compartimos la misma lengua.»

Comencé saludándolos, evocando a Jesús, Enviado de Alá y muerto en la cruz por todos nosotros.

El que parecía el jefe, un hombrecillo fornido de estentórea voz, respondió.

—Nuestro Profeta, y con él todos nosotros, creemos en la excelencia de las virtudes del profeta Jesús y de su madre, María, la primera de las mujeres en esta tierra.

—Yo soy Kerama y quiero presentarme ante quien desea hacerme su esclava.

Presentóse un hombre de barba tan larga como la de mi padre. Me dirigí a él, mas en voz lo bastante alta para que todos oyesen y tuvieran un criterio. En

ese momento me sentía ligera, segura de vencer o de convencer, segura en cualquier caso de salvar a los míos.

—¿De qué te voy a valer como esclava, beduino? Si levantase mi velo advertirías que no sirvo ni para el amor de la carne ni para los trabajos domésticos... Sólo sirvo para rezar a Jesús y a Dios Padre. Si alguien te ha dicho que soy aún bella, eso es tan sólo para el Altísimo, porque todos los días le rezo cuanto puedo.

Se hizo el silencio entre los asistentes. Por atrás llegué a oír confusamente algunos susurros de mujeres sorprendidas. Me sentí más fuerte.

—Pon precio, beduino. Pagaré el precio de mi rescate... Lo reuniré, por muy alto que sea.

—Pon precio —exclamó Jalid, como si fuese él quien quisiera rescatarme.

El anciano de la barba blanca vaciló, se acercó a mí, deseoso sin duda de arrancarme el velo, de asegurarse realmente de que ya no poseía yo belleza terrena. Permanecí inmóvil, confiada.

—¡Quiero mil dinares! —exclamó el beduino con infantil jactancia, con un sobresalto de todo su cuerpo.

—Te los pago —repliqué en el acto.

Me volví hacia los dos sirvientes silenciosos que me había entregado mi padre.

—¡Id en busca de esa suma! —les dije con suavidad.

Desaparecieron. Ni siquiera miraba ya a los beduinos. Con la cabeza baja, añadí:

—¿Puedo retirarme a un lado?

Y me volví hacia Jalid.

—Tus amigos traerán la suma. Eres libre desde ahora mismo —dijo—. Vuelve con los tuyos. Mi respeto y el de todos nosotros sea contigo y con todos los del Libro que te acompañan. ¡Que Dios te guarde!

Manifesté mi agradecimiento al terrible pero cortés general con un movimiento de cabeza. Volví hacia Hira, que no conocería por mi causa la devastación. Las mujeres me acogieron con cantos de alegría.

Unos cuantos días después me enteré, por los enviados que habían entregado la suma, del diálogo que cerró las peripecias alrededor de mi humilde persona.

Cuando Shawail recibió el dinero, el general Jalid debió de decirle, con tono de irritación:

—Qué tonto has sido. ¿Porqué no pediste diez mil dinares? ¡O más! Te los habría pagado, todos sus conciudadanos le habrían dado una parte.

Shawail el beduino, desconcertado, escuchó aquella observación que le estropeaba su reciente alegría de propietario (de oro, que no una mujer). Entonces dio aquella sorprendente respuesta que en seguida circuló entre la gente de Hira:

—¡Yo no sabía que hubiera cifra superior a mil!

De esta forma, unos analfabetos cuyo caudal de fuerza proviene de su fe novísima se convertirán muy pronto en los dueños de toda Mesopotamia.

Este mismo año murió mi padre. Yo espero, a mi vez, con una serenidad cada vez más ligera, la hora de regresar a nuestro Salvador.

LA COMBATIENTE

Corre, Um Hakim corre. Tras ella, el rumor confuso, creciente a veces, que, desde el alba de aquel décimo día del mes de Ramadán, ha envuelto La Meca, ahora vencida. Vencida por el ejército musulmán de Mahoma en este octavo año de la héjira.

Um Hakim corre sin jadear, apretados los dientes, la túnica levantada por encima de las rodillas. Antes que las brumas de la noche se disiparan había llegado por las avenidas a la casa de su padre, Harith, de su madre, Fátima bent el Walid. De la decena de habitantes más destacados de La Meca, ha sido hasta el momento una de las parejas más intransigentes; mas ahora han optado por jurar obediencia: Fátima entre las mujeres, antes Harith ibn Hishem entre los antiguos dirigentes de la rica ciudad. Serán musulmanes desde hoy mismo.

Um Hakim, su hija mayor, de apenas dieciocho años, ha venido a dejarles sus dos hijos. Cuando se enteró, horas antes, de que su esposo Ikrima se encontraba entre los diez hombres y mujeres a los que el Profeta no ha concedido el perdón, intentó en vano reunirse con el joven jefe guerrero, el antiguo amigo de Jalid ibn el Walid que dos años antes se había marchado a Medina a hacerse musulmán y que regresa en el ejército de los nuevos vencedores...

Poco después, un esclavo advirtió a Um Hakim: Ikrima ha decidido huir. Alcanzará la orilla occidental y desde allí intentará conseguir un barco para ir a Etiopía, por qué no, como los primeros musulmanes, o a Egipto, o más lejos aún, donde los rumies, si es necesario. Salvar la piel mediante la huida, volver a tener la oportunidad de probar la valentía en otros campos de batalla...

Um Hakim no lloró. Fue en busca de sus padres: «Cueste lo que cueste, me iré con mi...» Iba a decir «mi amor»; es cierto, cómo vivir sin Ikrima, sin el esposo aureolado a sus ojos con todas las gracias —su belleza, su orgullo mezclado con aquella extraña dulzura, con aquel sosiego que lo convertía en exactamente lo contrario de su padre, Abú Yahl, denominado en otro tiempo «el enemigo de Dios» por los fieles de Mahoma.

Ikrima es valiente y cariñoso, rara conjunción que hace que Um Hakim,

conocida por su espíritu decidido y su vitalidad, lo ame. Um Hakim, enamorada de Ikrima desde hace ya tantos años.

Al alba, Fátima, su madre, la convenció de que fuera personalmente a pedir el perdón para Ikrima:

—Tu esposo no puede ser considerado indefinidamente responsable por la excesiva hostilidad de su padre... Y su padre está muerto. Ikrima es un jefe excepcional: todos los que rodean a Mahoma lo saben, en especial Alí, que fue su amigo cuando eran muy niños.

Fátima ruega a su hija durante un buen rato, clavados los ojos en ella, sabiendo dominar su propia inquietud de madre para intentar debilitar la determinación de Um Hakim.

Y entonces, unas cuantas horas más tarde, gracias a la mediación, es cierto, del hermano de Fátima, Jalid ibn el Walid, llega la noticia: si Ikrima se presenta ante el Profeta para jurar obediencia y se convierte al islam, se le concederá el perdón.

Um Hakim se decide en el acto: irá a pie o en camello, conseguirá alcanzar a Ikrima antes de que se embarque para Occidente... Traerá de vuelta al amado. Sabrá convencerlo, pero si no lo consigue, partirá con él; y se olvidará de todo, de La Meca, de sus padres, de los musulmanes recién llegados, olvidará a Mahoma, causa de su desdicha, o tal vez de su felicidad, no puede saberlo aún. Se olvidará de sus hijos, tan pequeños, que ha entregado a su madre y a sus hermanas. Por Ikrima y con Ikrima se irá hasta el otro extremo del mundo.

Corre por la arena. Con un gesto nervioso, se ha arrancado las sandalias, algo pesadas. Una hora después de salir de La Meca, la mula que ha sacado subrepticamente se desploma por el peso o por estar enferma.

El esclavo que le había indicado el camino que antes había seguido Ikrima, un muchachito de doce o trece años, se echó a llorar cuando vio a su dueña descalza, levantada la túnica hasta las rodillas, transformarse en una decidida gacela, en una nueva yegua:

—¡No llegaréis nunca! —gimoteó—. ¿Y el sol que se levanta? ¿Y la sed? Sólo tenéis un odre pequeñito...

Ella le interrumpió y le ordenó en pocas palabras:

—¡Vuelve a llevar la mula a la ciudad! Yo iré sola, a pie. Mañana, si en todo el día no me veis aparecer con tu amo, harás lo que te he dicho; te ocuparás de mis hijos, que están con Harith, mi padre...

Y se precipitó con la vista fija en el horizonte. Corre, Um Hakim corre. Ha hecho sus cálculos con rapidez; conoce la distancia hasta la costa. Tal vez, si no le falta el aliento, llegue antes del anochecer... «Con un poco de suerte», piensa, «aunque haya llegado a la costa, Ikrima no encontrará embarcación hasta mañana por la mañana.» «Lo alcanzaré», continúa algo después, «oh Dios, lo conseguiré». Ni una brizna de sombra cerca. El sol de aquel día de primavera se

encuentra en el cenit... Um Hakim afloja el paso. Descansará cinco o diez minutos. Se beberá la mitad del diminuto odre. Después volverá a echar a correr, sin detenerse.

«Lo alcanzaré», vuelve a decirse, esperanzada; y concluye en voz alta:

—¡Antes de la noche, antes de la noche!

La Meca está muy lejos. Por todas partes ha caído un imponente manto de silencio. Lejos de la capital comercial y religiosa, todo parece abandonado: hombres y animales han desaparecido, pues en adelante La Meca está abierta, sometida a los vencedores.

—¡A los vencedores no, a Dios! —había replicado Jalid cuando Um Hakim se había descuidado delante de él hasta el punto de escapársele una ironía algo amarga sobre «ellos, los vencedores» y sobre la derrota de los mequíes—. ¡No sois vencidos! Ahora estáis sometidos, y sólo a Dios, a Dios y a su Mensajero. Le dirás eso a tu esposo, al que tanto estimo, y que volverá a ser mi hermano. Convéncele, tú que puedes.

—¡Lo convenceré! —prometió Um Hakim antes de partir.

Antes de correr.

Y el paso de la mujer que avanza —no afloja el paso, a pesar de la arena, en aquel punto más blanda, a pesar de las últimas dunas cuya discontinua barrera separa a Um Hakim de su objetivo.

—¡Lo alcanzaré! —repite ella, endurecidos los rasgos, pero el paso igual, casi mecánico. Con un ritmo tenaz de corredora de fondo.

Así pues, era a mediados del mes de Ramadán del año 8, hace ya cinco años.

Durante todo un día y parte de la noche corrió sin parar. Sobre la última duna vio fogatas. Ni se le ocurrió tener miedo. Se detuvo bajo una acacia espinosa y aromática. Sólo para darle a su aspecto un porte adecuado. Se acercó a la playa. En la oscuridad, temblorosas las manos por el agotamiento, se echó agua de mar en el rostro, en los brazos. Se mojó las piernas hasta mitad de las pantorrillas. Se sentó después para apurar el agua que quedaba en el odre. Tuvo hambre. Miró a lo lejos, a las desperdigadas fogatas, el resto de una caravana dispuesta a partir al alba; o acaso simples pescadores, no podía saberlo.

Hablar con ellos; preguntarles por Ikrima... ¿Se habría marchado ya, unas horas antes del crepúsculo? ¿Sería realmente demasiado tarde? Se le hizo un nudo en la garganta: ¡No, no desesperar! Aunque se hubiera embarcado, le seguiría; daría con él en la orilla africana.

Tras una hora de forzado descanso, recuperó su aspecto sosegado de aristócrata mequí. Avanza hacia el primer grupo en aquella noche clara y estrellada de mediados de primavera...

Antes se ha puesto en el cabello un tocado que realza su categoría, y además se ha vuelto a calzar: se presenta como si acabara de salir de la casa paterna; obtiene informes preciosos e incluso la ayuda de un guía que la

acompaña a lo largo de aquella playa, que le parece infinita.

El joven y ella avanzan en silencio durante casi toda la noche.

Hacia las cuatro de la mañana llega de pronto al borde de una península, jadeante de nuevo al volverle la angustia a horadar el corazón; la silueta del amado, de pie en una barca bastante larga que se ha alejado varios metros de tierra y que parece dirigirse hacia un grande y pesado butre⁶, oscuro e inmóvil.

—¡Ikrima!

El nombre se le escapa de la garganta sin que se dé cuenta: llamada aguda, desesperada; ¿se va realmente? Y su grito se pierde en la bruma gris que cristaliza por bloques, planeando entre el cielo bajo y la superficie marina en la oscuridad que brilla de forma insólita. La forma erguida y delgada del joven permanece derecha; un sueño en la niebla que vira hacia el gris. La aurora que se aproxima se desliza en esos primeros matices. El ojo de Um Hakim percibe los menores detalles visuales y, sin embargo, se siente fuera de sí.

—¡Ikrima! —repite ella, ahora más consciente de gritar.

¿Ha avanzado la barca en los últimos minutos? Sólo entonces, cuando se apaga el eco del segundo grito de la esposa, el hombre, lentamente, como un soldado de plomo semianimado, vuelve por fin la cabeza hacia ella. Tras él, y puesto que la aurora parece haberse instalado de repente, Um Hakim ve sombras de marineros medio inclinados sobre el cordaje, las cajas, el cargamento que manipulan.

Ikrima hace un gesto. La barca se detiene. Um Hakim, que ha echado a correr, entra en el agua, olvidándose de que ya no va descalza... Quiere avanzar, distingue por fin el rostro, los rasgos, la mirada misma del hombre amado. Habla y no puede ya controlar su voz, que deja caer, sola, la noticia. Metida hasta los muslos en el agua, tiene que detenerse; pero la barca vuelve hacia ella.

—¡He conseguido el perdón, Ikrima! Vengo a decirte que puedes volver, que puedes regresar, que...

—¿De veras lo has conseguido?

Fue su primera frase al saltar a tierra, al abrazarla, al llevarla hacia la arena, al inclinarse para verle los pies, las piernas empapadas. Y de súbito, en una roca, se sientan, asidos los brazos, los hombros, las palabras que se amontonan, las manos... Um Hakim, como una ciega, palpa el rostro y el pecho de Ikrima:

—¡Te he alcanzado! ¡Dios mío, lo he conseguido! —solloza.

El corazón se le desboca. Se ve obligada a tenderse boca arriba, a intentar respirar mejor. Sus manos permanecen aferradas al cuerpo del hombre. Se lo ha dicho todo: regresarán juntos; recobrarán juntos La Meca; musulmana o no musulmana, qué importa, es la ciudad de ambos... Ikrima no es ni un jefe vencido ni un guerrero que parte al exilio. Volverán a casa. Ella dormirá junto a él, con los hijos a los pies; ella...

Sus ojos no dejan de mirar el cielo que se torna blanco, pues ese primer día

6 Embarcaciones de vela de amplia manga y poco calado

de la felicidad recuperada apenas empieza a anunciarse.

Sí, cinco años después revive aquella resurrección como si fuera ayer. El regreso juntos, aquella misma mañana. Sus risas en la arena; la atención grave de Ikrima, muy conmovido por el relato que ella le hace de su carrera del día anterior... Él escuchaba; sonreía. Habían conseguido dos monturas. La cuidaba con precaución, como si fuera frágil, cuando no estaba más que agotada.

La tarde del mismo día, en el centro de La Meca, se presentaron en la tienda del Profeta. A la entrada se encontraba Omar ibn el Jattab; primero la miró a ella (era su prima materna, no la habría reconocido, era una niña la última vez que la vio); a continuación hizo pasar al joven Ikrima. Omar bajó los ojos; no quería acordarse de todos los allegados a los que el temible mequí había dado muerte en Ohod. ¿No había perdonado Mahoma?

Una hora después, Ikrima salió de la tienda, convertido. Junto con Um Hakim, regresó a su hogar, a sus hijos y a la paz.

Um Hakim cae en que no se ha movido de casa en dos largos años. Entonces se extiende la noticia de que Mahoma, con los Emigrantes y los mejores de entre los ansares, va a regresar en peregrinación.

Durante aquella primera época de su islamización, Ikrima iba a menudo a Medina. Por rumores de mujeres supo ella que se veía convertido en cuñado de Alí ibn Abú Taleb, ya que este último, al parecer, había pedido en matrimonio a su hermana, la pequeña Yuwayria...

Tal vez en ese momento se dijera que Ikrima podía hacer un día como Alí, el esposo de la extraordinaria Fátima, cuya presencia, cuyas palabras, cuyos rasgos de carácter y tantas anécdotas todos recordaban. Ahora bien, Alí, hasta que Mahoma se lo impidió, deseó tener una segunda esposa.

Un día Ikrima no querría seguir en La Meca. En aquella ciudad quizá todo le recordara que vivía allí gracias a Um Hakim, su esposa. ¡Qué gigantesca debía de parecerle la sombra de ésta ante los demás, a los ojos de otros, precisamente para aquel que va y viene, que quiere olvidar!

Um Hakim miraba a Ikrima cuando regresaba; su paso vivo, su aspecto aún más joven que su joven edad. Sus hijos, mientras tanto, crecían.

Se encontraba a su lado cuando recibió el nombramiento de jefe de uno de los ejércitos organizados contra los beduinos apóstatas. Entonces quiso marchar. Marchar con él. Combatir. Como en otro tiempo, como cuando era contra el islam, contra su Profeta y sus fieles. Las parejas más brillantes de La Meca, rodeadas de sus libertos y esclavos, de músicos y de poetas asalariados, se preparaban con gran pompa. Como si fueran a una fiesta. Como en Ohod: Abú Sofyan salió con Hind bent Otba, Hind la temible y la alegre; Sofyan ibn Omeya con Barza, 'Amr ibn 'As con Rita Um Abdalá, y muchos otros; y, naturalmente, Harith con Fátima, sus padres, y ella misma, la más joven, con Ikrima el bienamado.

Um Hakim recuperaba el entusiasmo de aquellos días de los que ya no se hablaba, aquel impulso de furia, aquel escalofrío de las mujeres engalanadas, cada una admirando al esposo armado y arriesgándose a su lado... Um Hakim suspiró: «¿Cómo recobrar aquella embriaguez?»

Aguardó alguna iniciativa del esposo. Habría sido todo otra vez igual de emocionante si Ikrima le hubiera dicho antes que nada:

—¡Este honor primero que se me concede en el islam es gracias a aquel regreso! Recuerda aquel día, en la playa. La primera protección que te debo.

Mas no pronuncia ninguna de aquellas palabras que ella imagina. Pendiente tan sólo de la espera de los jefes de Medina —en aquel décimo año de la héjira (también en La Meca habían empezado a contar de acuerdo con el nuevo calendario) no se hablaba de otra cosa que de la cercana peregrinación—, nunca recordaba el pasado.

Um Hakim guardaba silencio ante Ikrima. Al día siguiente, una de las damas mequíes que se reunían poco después de la siesta evocó posibles aventuras: ¿por qué no habrían de volver como sus hombres, ahora en los ejércitos del islam, a aquellos juegos guerreros, a aquellas cabalgadas?

—¿Es esa su norma?

«Su», es decir, de los que emigraron a Yatrib, la ciudad-refugio del Profeta; «su», es decir, de los ansares, cuyas mujeres, se decía, se mostraban a menudo coquetas, deseosas de músicas y bailes, amantes de vestidos y joyas... Los musulmanes luchaban a duras penas en aquellos años contra tales costumbres. Se decía que «las casas de placer» no habían disminuido en número a pesar de los éxitos de la regla islámica. Ahora, al parecer, las esposas del Profeta salían menos libremente que antes y hasta cuando iban a la mezquita, casi siempre a la primera plegaria del alba, se ocultaban por completo bajo velos...

—Algunas de ellas quieren ir, como al principio, a la plegaria colectiva.

—Sólo a la del alba —rectificó una de ellas— la de antes de amanecer. En la semioscuridad se las distingue mal... ¡Se dice que hay tantos hipócritas y malintencionados en Medina!

—Nosotras vamos con nuestros hombres —intervino una mequí a la que Um Hakim no reconoció—. Los acompañamos a todas partes, incluso al combate, y por eso raras veces van con mujeres dudosas.

—¿Que van raras veces? —replicó otra, de voz aguda—. Digamos más bien que «son los hombres dudosos los que van con mujeres de mala vida».

—Las mujeres tienen la vida que pueden —intervino Um Hakim—. ¿Qué es «la mala vida»? Quién sabe si esa vida, llamada «mala» porque no tiene obligaciones, no es menos mala que una vida de sumisión a un mal esposo.

Calló, confusa ante aquellas ideas suyas que se aventuraban no sabía dónde... No dijo nada más. Escuchó las menores réplicas. Confirmaba su profundo deseo: sí, deseaba acompañar a Ikrima por los campos de batalla, recuperar el pasado y su ritmo; saber si era aún posible una vida entre dos gracias al riesgo y a su embriaguez.

Comprendió que le sería sencillo atraer a otras damas de la ciudad. Las «combatientes». Las que no querían envejecer entre sus nueras, tal vez entre las inevitables futuras coesposas. No.

Pelear. Pelear a caballo, o a lomo de camello, en adelante por el islam. Demostrarles a los jefes de Medina, los famosos Compañeros, que, aunque del clan vencido, mujeres de La Meca seguían siendo damas. Al mismo tiempo que esposas y señoras de casa son también combatientes.

¿Exponían sus cuerpos por amor al peligro? Lo hacían por el olor de la pólvora, en el desorden del primer tumulto. Mujeres que no se contentaban con animar desde la retaguardia, que no se asustaban de las heridas de los muertos y de los moribundos (Um Hakim, desde luego no), que se lanzaban al galope encima de yeguas a las que aguijaban en cuanto veían que las filas de los hombres cedían, u otras veces, ay, retrocedían. Sí, se abalanzaban antes de que fuera demasiado tarde; llegan sable y hasta hacha en mano, como un grupo de alegres Amazonas que permitía recuperarse a los guerreros. E incluso cuando éstos caían y morían, volvían hacia ellas, que irrumpían, vigorosas, una mirada de esperanza.

Se exponían, pues; tenían que exponerse con la misma audacia, con el mismo alegre furor, esta vez como musulmanas.

Poseída por esta fiebre que la invadía de nuevo, Um Hakim supo que varios miles de peregrinos se encontraban en camino para visitar la Kaaba... Más tarde se llamó a aquella peregrinación «la peregrinación del Adiós», pues fue la última de Mahoma.

Um Hakim se dedicó a informarse del protocolo y de los ritos obligatorios en tales circunstancias; comprendió, en suma, que deseaba volver al Santuario. Desde que Jalid ibn el Walid, por orden del Profeta, había destruido dos años antes todas las estatuas —cada una de ellas tenía un nombre, y los de las veinte más célebres se los sabía Um Hakim de memoria—, no había vuelto por allí.

Lugar de infancia. Ella era una chiquilla a la que llevaba su abuelo materno, un hombre venerable que varias veces al año iba allí a prosternarse y rezaba a las estatuas más imponentes una plegaria, un ruego al que seguía una larga meditación. Una niña de cuatro o cinco años hacia la que el abuelo mostraba preferencia y que había conseguido seguirle en más de una ocasión: entonces ella no rezaba, no ayunaba como él. Sentada sobre los talones, inmóvil sin esfuerzo, la pequeña tan sólo miraba los ídolos: su forma diversa y tan extraña, con excrecencias o recovecos; sobre todo sus colores —intensos: amarillo azafrán, añil gris verdoso, bermellón...

Bajo la llama de las antorchas del templo, sus reflejos ondulaban, se plegaban en oleadas desordenadas, fantasmagorías que fascinaban a la chiquilla deliciosamente atemorizada... Cuando el anciano se sumía en su ferviente meditación, la pequeña Um Hakim miraba fijamente una estatua, siempre la misma, cuyo rostro parecía amenazarla; el rojo de su desnudo vientre se

encendía aún más, el negro de sus ojos verdosos chispeaba en la penumbra.

Cuando el anciano se levantaba de súbito, la cogía de la mano, casi tiraba de ella, la arrancaba de la magia de aquellos lugares.

Y he aquí que Jalid, su tío, derribó los ídolos aquel mismo día en que, el corazón hinchado de alegría, había salvado a su esposo gracias a su amor radiante... ¿Cómo iba a sospechar que fue precisamente aquel amor visible que Mahoma había leído en su voz, en sus gestos y su actitud cuando, en la tienda, se había adelantado a Ikrima, de vuelta ese mismo día, por lo que el Profeta le perdonó? ¡Un hombre capaz de suscitar tan valerosa pasión tenía un raro valor ante Gabriel y ante Dios!

Y ese mismo día, mientras Ikrima salía ya perdonado de la tienda del Profeta, Um Hakim supo que aquellas estatuas habían volado en pedazos bajo los golpes de Jalid ibn el Walid. Sintió entonces que algo se endurecía dentro de ella. Con «su hombre» al lado (esa noche durmió en sus brazos), como si renaciera a cada segundo de aquel doble sueño, tuvo largas y desgarradas pesadillas. Una especie de piel tatuada interna se separaba dolorosamente de ella: rostros gigantescos de estatuas que la cercaban, que se aproximaban, extraña zarabanda que la confundía... Se despertó sudorosa, temblando de frío bajo la sábana. Mientras reflexionaba, abiertos los ojos en la oscuridad, vio con claridad: no había podido salvar los ídolos porque tenía que acudir en busca de Ikrima.

Embotada, volvió a caer en el mismo sueño febril: las estatuas volvían,untuosas, orgía para sus ojos de niña fascinada, y luego empezaban a disolverse como nubes multicolores de las que se desprendía un polvo tornasolado. Se veía como una chiquilla en cuclillas, igual que entonces, contentos los ojos y el alma. Al final deseó llorar, pero no pudo.

Por la mañana se sintió agotada. Los brazos de Ikrima fueron un bálsamo. ¡Poder olvidar...! ¿Olvidar qué?

Aquellos primeros días en el islam supo que no acudiría a la Kaaba.

Um Hakim se sabía en cierto modo musulmana de prestado. No vergonzante, no hipócrita, sino simplemente «musulmana» («sometida», como ellos matizaban a veces), ya que de ese modo, frente a todos y contra todos, había conservado a su esposo... Ella no rezaba.

En cambio, Ikrima se había vuelto sorprendentemente escrupuloso en relación con su nuevo credo, si bien no le hizo reproche alguno por su evidente indiferencia. Lo que sí hacía era observar el ayuno en el mes de Ramadán: era como recordar al abuelo —muerto poco antes de partir Mahoma a Medina—, que ayunaba tan a menudo, y mucho más de lo que dura un mes lunar.

Decidió, sin embargo, unirse a los peregrinos de La Meca en aquel año 10. Quizá fuera una fiesta para los ojos, una distracción del espíritu de la que aguardar algo... Deseó ver todo el areópago de los primeros musulmanes (los enemigos de ayer de los mequíes); lo haría en los ya cercanos días de la

peregrinación.

De los primeros momentos de ésta no retuvo más que algunos incidentes: su conversación durante un minuto con Lala Aisha, qué joven es, así como con Um Salama, a la que apenas encontró envejecida después de tantos años. Recordó también que el segundo día la esposa de Abú Bekr tuvo que abandonar el grupo de las damas; unas cuantas horas después dio a luz un hijo al que llamaron Mohamed.

Llegó la tercera mañana. Día de sol. En el umbral, Um Hakim contemplaba cómo la multitud se iba amontonando; supo que el Mensajero iba a pronunciar una arenga.

Se encontraba en la antecámara de Esma, la parturienta, rodeada de algunas servidoras. Una de ellas levantó la cortina por casualidad cuando había dado ya comienzo el esperado discurso del Profeta.

Dura claridad de la luz. Fuera, centenares de hombres y de mujeres de pie; a un lado, algunos peregrinos en cuclillas sobre el polvo. Poco a poco se distingue una voz no muy grave, no muy alta, perceptible en su lenta energía, en su dicción, con ritmo, una voz que planea por encima de todos aquellos humanos silenciosos.

Um Hakim, con un pañuelo a la cabeza, iba vestida como todos, con aquel lino blanco sin coser que la agrandaba, que la hacía parecer opulenta. Salió a la soleada mañana. Percibió en sí un apresuramiento irracional: rebasar aquellas hileras de oyentes, acercarse, pero a qué, a qué sino a la voz que ahora se hinchaba, que adquiriría fuerza, que se alejaba y regresaba.

Como en un sueño, Um Hakim seguía avanzando con la misma premura. No comprendía lo que la voz, clara sin embargo, estaba diciendo, aunque ¿deseaba realmente comprender o sólo ofrecerse?

De repente vio con claridad en la urgencia que la poseía: la espoleaba el deseo de percibir *su rostro*. Rostro de Mahoma.

Um Hakim recordó que, cuando mendigó y obtuvo el perdón en la tienda, en La Meca, con Ikrima aguardando detrás, *él* se encontraba frente a ella, pero ella no levantó los ojos. Al entrar no advirtió más que la sonrisa cómplice de Omar, que los hizo pasar. Durante todo el tiempo —largos minutos— en que esperó el sosiego respecto a Ikrima, no pudo mirar al Profeta.

Y ahora, dos años después, seguía ella su voz como un rastro entre los meandros de aquella impresionante multitud y experimentaba el deseo de ver *le*. Contemplar a Mahoma... Llegó por fin a la altura de las tres o cuatro primeras filas, al pie del monte Arafat.

Sobre una camella de color leonado, derecha e inmóvil, percibió la silueta del Mensajero: una toga blanca le dejaba un hombro al descubierto. Hizo un movimiento con el brazo, o tal vez con la mano —distinguía mal a causa de la luz demasiado viva—: el tejido subía por el hombro que él cubría, pero el otro volvía en seguida a quedar desnudo.

Um Hakim le vio hacer dos veces aquel movimiento alterno, todo ello en medio de una algarabía de voces que se alzaba en torno ella en compacta marea. Al acercarse al lugar dónde *él* se hallaba, Um Hakim se encontraba en estado de no oír, de no comprender ya nada. Inmóvil, pendiente por completo de ver, de... (más tarde pensó, sin atreverse a decirlo: «de dar testimonio»).

Comprendió que Mahoma había decidido colocarse en aquella eminencia a fin de que su voz llegara lejos... Pero desde hacía ya un rato el Negro Bilal, de tan elevada estatura, situado algo más bajo, repetía con más fuerza (eso era lo que ella había confundido con un eco amplificado y que le había atraído irresistiblemente) las preguntas del Mensajero, a las que la multitud (que le pareció una sola boca, una sola entidad) ahora respondía.

De repente, la imagen del Profeta encima de su bermeja camella se enturbió para Um Hakim; tembló, se dilató como en un halo. No supo si fue el exceso de calor o la luz cegadora y blanquecina. Se vio propulsada a un lado, y estalló un largo canto profuso, doblemente acompasado: Bilal repetía la pregunta del Mensajero. Um Hakim percibía como si la voz aérea de Mahoma navegara por otras esferas. Tras la frase repetida y amplificada por la voz poderosamente timbrada de Bilal, la multitud, alrededor de Um Hakim, respondía una primera vez. Seguía una vacilación, una suspensión de varios segundos, durante los cuales Um Hakim percibía respiraciones ruidosas, algunas toses, uno o dos gemidos de mujer... De nuevo el Mensajero, con su voz por lo demás clara, lisa; después, Bilal, con su timbre metálico, repetía lo que aquél había dicho, que los creyentes reproducían como un solo hombre.

«Un solo hombre», pensó Um Hakim, zarandeada por una oleada de la multitud. Se sintió oprimida; más tarde describirá aquellos momentos a su esposo, que se encontraba entonces junto a Alí, detallará tanto el ardor que se apoderó de ella por contemplar *su* rostro como sus esfuerzos de simple brizna de paja llevada al azar en aquel océano de fieles.

—¡Un millón de peregrinos! —precisará Ikrima, que se aplicará a contarle lo que el profeta dijo en aquella ocasión.

—Y puesto que el tiempo se hizo circular —declaró el Mensajero— cuando Dios creó el cielo y la tierra, os recuerdo que el año se compone de doce meses. Cuatro de ellos son meses sagrados: tres de ellos se suceden, los meses de *iqdar*, de *hiya* y de *moharem*, y el cuarto, el mes de *redyeb*, se encuentra entre *dyuma* y *sha'aban*.

Entonces, continuó Ikrima vuelto hacia su silenciosa mujer, empezó el rosario de preguntas que nos hizo.

—¿En qué día estamos, pues, oh creyentes? —interrogó.

Y después que Bilal repitió la pregunta, todos respondieron tras una vacilación:

—¡El Señor y su Profeta lo saben!

Al responder así pensábamos todos —comentó Ikrima que en la ocasión iba

tal vez a cambiar el nombre del día. Pero no, lo que hizo fue responder con una pregunta, y con él Bilal:

—¿No es el día del sacrificio?

—¡Sí! —respondimos todos en hermosa concordia.

E interrogó de nuevo:

—¿En qué mes nos encontramos, oh creyentes?

Después que Bilal hubo amplificado la pregunta, repetimos, de nuevo presas de vacilación:

—¡El Señor y su Profeta lo saben!

Calló entonces un momento; creímos otra vez que iba a cambiar el nombre del mes.

—¿No estamos en el mes de *hiya*?

—¡Claro que sí! —respondimos todos.

Y él continuó (Ikrima, al recordar la escena, no miraba a Um Hakim, que revivía el clima colectivo, así como su propia debilidad de mujer hasta tal punto emocionada):

—¿Qué comarca es esta, oh creyentes?

—¡El señor y su Profeta lo saben! —respondimos tras la intervención de Bilal.

Esa vez Mahoma —que le sea concedida la gracia de Dios— se calló durante más tiempo aún; «seguro», pensé en ese momento —continuó Ikrima— (yo estaba detrás de él, junto a Alí, que estaba erguido en su mula blanca), «seguro que Mahoma está ya muy cansado e intenta resistir hasta el límite de sus fuerzas...»

—¿No está acaso santificada vuestra tierra? —preguntó mientras que la marea de la unánime respuesta lo invadía todo:

—¡Claro que sí, oh Mensajero!

Entonces, concluyó Ikrima volviéndose hacia Um Hakim, que (él se dio cuenta casi con frialdad) lloraba en silencio, rígida, los ojos muy abiertos hacia aquel día del sermón del Adiós, entonces fue, siguió, cuando Mahoma pronunció lo que ahora repiten todos:

—Entonces, vuestra sangre, vuestra tierra y vuestra familia están protegidos para vosotros desde ahora: ¡como lo están este día, este mes, este lugar!

En el silencio que siguió, continuó hablando, y Bilal después de él, pero yo, que estaba detrás de él, al lado de Alí montado en su mula blanca, lo que escuché fue, aunque débil, su voz:

—Oh creyentes, vosotros volveréis a encontraros con vuestro Creador. Él os interrogará acerca de lo que habéis hecho. Yo os conjuro: cuando no me encuentre ya entre vosotros, no volváis sobre vuestros pasos, no volváis a extraviaros por los caminos de la ignorancia hasta el punto de arrojaros unos al cuello de los otros. ¡Yo os conjuro!

Ikrima interrumpió la evocación con un nudo en la garganta. Um Hakim, mientras, había enjugado su llanto: sus ojos brillantes leían en los labios las palabras de Ikrima...

De esa manera se recordaban los esposos el uno al otro en su casa de La Meca aquella mañana del Arafat en que Mahoma se despidió de todos, de todos.

Ikrima repitió el relato del sermón del Profeta:

«¡Yo os conjuro!», declaró Mahoma, «no os arrojéis los unos al cuello de los otros».

Ikrima explicó a Um Hakim que el Profeta estaba viendo premonitoriamente todas las tribus que iban a apostatar y a matarse entre sí.

Ikrima partió varios días después a la cabeza de uno de los ejércitos que el califa Abú Bekr decidió enviar al sur de Arabia.

En el transcurso de aquellas pláticas conyugales Um Hakim no le había contado a Ikrima cómo se encontró nuevamente casi frente al Mensajero (su silueta aún más elevada, más delgada, ligeramente inclinada a un lado). Había escuchado la famosa pregunta, expresada en un tono conmovedor hasta el desgarrar (y que la desgarraba desde entonces), después la repetición en la voz potente, un poco sorprendida, más bien baja, de Bilal, mas sin la emoción, sin el subyacente sufrimiento, sólo con la esperanza que contenía el cuestionamiento final del Mensajero:

—Hoy, oh creyentes, he dado fin al bien que os he hecho... (Repentina interrogación:) ¿He transmitido bien el Mensaje?

Entonces, en la distancia que había entre el Mensajero montado en la camella y el Negro que fue primer almuecín del islam, colocado unos cuantos metros más abajo, Bilal, el de estentórea voz, el tono angustiado, tal vez incluso sufriente del Mensajero, se debilitó para que no llegara a la ferviente multitud más que la carga de esperanza aguardada por todos:

—¡Claro que sí, oh Enviado! —respondieron todos con una exaltación controlada, y los «síes» multiplicados se repetían en oleadas sucesivas, pasando por encima de la cabeza de Um Hakim, que lloraba.

—¡Oh Dios, sé testigo! —repitió la voz aérea del Mensajero, y después, en el silencio que quedó suspenso, repitió Mahoma tres veces:

—¡Oh Dios, sé testigo!

Bilal, con su voz de energía inalterable, repitió tres veces el «oh Dios, sé testigo».

De nuevo el público respondió con un «sí» al principio unánime que luego llegó en oleadas del este, del oeste, de lo más profundo de la multitud...

Um Hakim se recuperó y distinguió no lejos de ella a su primo Omar ibn el Jattab. En cuclillas casi a los pies del Profeta, tenía el rostro grande y colorado completamente vuelto hacia Mahoma. Busto imponente, más bien medio sentado, o acodado, vio el rostro de perfil y —cosa que al principio la

sorprendió— sus mejillas húmedas, «de sudor», pensó. Luego vio resbalar lágrimas por el rostro de su primo. Lo miró intensamente, el corazón en un vuelco, como si la turbación de Omar la golpease como un látigo, irresistible contagio que no lograba explicarse.

Disipóse luego todo en la marejada de aquel día. Más tarde, mucho más tarde, cuando se quede viuda (pero ahora, mientras Ikrima va a salir hacia Medina, no lo sabe aún), años después, cuando Omar, segundo califa, la pida en matrimonio, recordará el llanto en su cara en medio de aquella emoción, en el momento de los públicos adioses del Amado. Será él, el primo convertido en esposo (aunque ella lo dejará para regresar a La Meca, para volver a ser lo que siempre había sido, una mequí, si bien desde luego musulmana), quien le contará cómo siguió esa escena:

—Cuando oí decir al Profeta, que la gracia de Dios le sea concedida: «Hoy he dado fin al bien que os he hecho», lloré, sí, lloré. Aquel mismo día del Arafat el Profeta me preguntó la razón de mi llanto y yo le respondí: «Lloro porque hasta ahora hemos vivido un constante crecimiento de nuestra religión, pero si en la hora presente ha culminado, ¡preciso es señalar que nada alcanza su plenitud sin que a continuación no mengüe!» Y, tras haberme escuchado, el Profeta me dijo: «Así es, Omar, dices verdad».

Cuando recuerda aquella entristecida afirmación del Profeta, Omar ibn el Jattab siente que las lágrimas le afloran a los ojos. Se yergue. Mira a su prima que se halla inquieta aquí, en Medina, que pide su libertad para regresar a La Meca.

Por el momento, Um Hakim pasa la última noche con Ikrima. Se unen varias veces y varias veces se levanta Ikrima para realizar plegarias supererogatorias.

Poco antes del alba, Um Hakim se encuentra tendida, con los ojos abiertos, encima del lecho al que regresa el esposo que se ha convertido en tan fervoroso practicante; Um Hakim, melancólica, siente la perceptible distancia que se ha instalado entre ellos. Continuó diciéndole a Ikrima a menudo «yo no rezo»; al contrario que las demás mujeres, no reza no porque tenga sus menstruaciones; no, si no reza es porque no puede, o porque no quiere someterse continuamente a Dios.

¿Por qué, en cambio, ha ocultado a Ikrima su conmoción de aquel día en el Arafat? ¿Que al ver al duro Omar emocionarse en público, atravesó la multitud y huyó regresando a casa, donde se encerró?

Deja de moverse en el lecho mientras fuera la primera luz de la aurora clarea el cielo sobre la ciudad, «Ciudad santa... vuestro lugar protegido. Vuestra sangre, vuestra tierra, vuestra familia». La voz del Mensajero («que la gracia de Dios le sea concedida») resuena en sus oídos; y termina por decirle al esposo:

—Si permaneces en el ejército, deseo ir contigo a las expediciones. Como hacíamos en tiempos todas nosotras.

Ikrima guarda silencio.

—Somos varias las mequíes que así pensamos —presiona—. Queremos combatir junto a nuestros hombres, o al menos verlos combatir. ¡Espolearlos!

Ikrima sigue sin decir nada. Cuando la abraza —se han levantado, los niños y los servidores están a punto de venir, de rodearlos, de separarlos— murmura por fin:

—Mi deseo más ferviente de esta noche ha sido que me des otro hijo y que más adelante se convierta en combatiente del islam.

Partió aquel mismo día. Al mes siguiente Um Hakim se enteró al mismo tiempo de la trágica muerte del Mensajero en Medina y de que estaba embarazada. No lo dudó: le daría a Ikrima, que estaba combatiendo en el Hadramaut, un nuevo hijo.

Ikrima no regresó ni siquiera cuando Um Hakim dio a luz un hijo. Ésta observó la regla de costumbre entre las damas mequíes: conseguir una nodriza beduina de salud vigorosa para el lactante. Apenas resuelto este problema, se sintió dispuesta para partir, para unirse a Ikrima en los nuevos campos de batalla a que le había destinado Abú Bekr. Vuelto de nuevo al islam todo el sur de Arabia, Ikrima había de unirse a los demás jefes musulmanes en Siria a fin de enfrentarse al peligro bizantino.

Fátima bent el Walid, madre de Um Hakim, y otras diez mequíes, iban a hacer lo mismo. No obstante, la víspera misma de aquella partida tan esperada, «hacia los ejércitos de mi hermano», como decía con orgullo Fátima bent el Walid, Um Hakim hubo de afrontar la horrible noticia: Ikrima acababa de morir como un héroe en la batalla de Agnadayn, a una media jornada de Jerusalén, el 28 del mes de Yumada, primero del año 13 (30 de junio del 634).

La salida de La Meca tuvo lugar al día siguiente: Um Hakim, con velo blanco, se sintió más que nunca combatiente. Sin llanto, escuchaba dentro de sí la voz de Ikrima formulando su último deseo: «Que me des otro hijo y que sea un combatiente del islam». Endurecido el rostro, agudizada la atención, Um Hakim se dijo al abandonar su ciudad en dirección al este: «¡De momento seré yo la combatiente del islam! Así, pensó luego por los caminos de Siria y después de Iraq, encontraré mi única manera de rezar, de rezar ardientemente: ¡en medio de los ejércitos y su tumulto, lista en todo momento para lanzarme a la muerte a caballo y con el sable en la mano!»

Ni siquiera sufrió (cómo sufrir aún más) cuando, al unirse después de varias etapas al ejército que había mandado Ikrima, hubo de soportar las confidencias aparentemente compasivas de una de las esclavas del esposo muerto. Quiso contarle también un episodio ocurrido seis meses antes, cuando Ikrima, de regreso de Medina, donde había defendido la causa de Ash'ash ante el califa, quiso casarse con una cautiva de gran belleza...

Um Hakim escuchaba devanarse el episodio: Mohadyir ibn Omeya le negó la mujer a Ikrima porque algunos años antes había sido desposada (verdad es

que menos de un día) y después repudiada por el Profeta. Con frialdad no fingida, Um Hakim se contentó con responder a la esclava confidente:

—¡Ikrima no habrá tenido más esposa que yo!

Estaba muerto; para ella, también moría la juventud (carreras y cabalgadas por un desierto sin fin). No quedaban más que los llantos del día de los adioses del Profeta, de los cuales ni siquiera había podido hablar al amor de su vida. Sí, para Ikrima había sido una esposa enamorada que no había podido seguirle en su nueva fe.

Um Hakim no era más que una combatiente: «por el islam», se dijo dudando por dentro.

Todos —Um Hakim, su madre Fátima y su padre Harith— partieron para unirse al ejército de Jalid ibn el Walid en previsión de la gran batalla que se preparaba contra los griegos y que una semana después resultaría decisiva.

En esas circunstancias, en el año 14 de la hégira, Tabari, que dedica varias páginas de su crónica a describir la impresionante batalla de Yarmuk (desde Iraq, Jalid ibn el Walid vuelve a marchas forzadas a Siria, reúne los ejércitos de Yazid ibn Sofyan, de Amr ibn el 'As y de Obeidalá ibn Yerrah, los unifica contra el inmenso ejército bizantino e idea sobre la marcha una audaz estrategia), Tabari, digo, menciona en dos líneas el personaje de la fascinante Um Hakim.

Ante una carga bizantina, mientras los musulmanes (que cuentan en sus filas con tropas armenias, momentáneamente aliadas suyas) se ven obligados a retroceder, Tabari evoca lo que permanecía indeleble en la memoria colectiva dos siglos más tarde:

«La lucha fue tan encarnizada», escribe, «que el ejército musulmán empezó a retroceder. Entonces, algunas de las mujeres quraychíes que había entre las tropas cargaron a lomos de sus yeguas sable en mano. Combatieron y rivalizaron con los hombres. Entre aquellas combatientes se encontraba Um Hakim bent Harith ibn Hishem».

Habla después Tabari de algunas tribus aliadas que, ante la aspereza de los combates, deciden desertar y abandonan el campo musulmán. Acumula otros detalles, entre otros el incidente del jovencísimo Abdalá ibn Zubeir, el sobrino de Aisha, que con apenas catorce años desea participar en el combate, y al que su padre, Zubeir ibn el Awwam, consigue alejar confiándolo a un liberto.

La suerte finalmente será favorable a Jalid: es una victoria decisiva contra los bizantinos que permitirá ir más al este y enfrentarse esta vez con el poderío persa.

Así pues, las esposas quraychíes, al ver retroceder a sus hombres, acudieron a la vanguardia. Con su audacia contribuyeron en el momento decisivo a inclinar la balanza del lado de la victoria... Um Hakim, y con ella su madre, Fátima, la hermana de Jalid, el generalísimo, así como otras mequíes, también habían combatido seis años antes, con peligro, entonces, para el campo musulmán... Pero, mientras cargan en esta ocasión contra los griegos y unos

meses después contra los persas, ¿revive acaso el pasado a su mismo ritmo?

¿Al término de qué amor, de qué calcinado ardor de mujer, tórnase de nuevo la joven Um Hakim en guerrera? Tabari apenas se preocupa del oscuro germen que transforma los destinos femeninos. Pero no puede dejar de bosquejar la silueta indomable de Um Hakim expuesta al sol y a la deseada muerte.

¿Quiso morir realmente Um Hakim aquel día en Yarmuk, o si no, el año siguiente, cuando se la menciona de nuevo en los combates de el Quadissiya, en Iraq? ¿Se consolará más tarde?

Transcurrido el año 15, acepta casarse con su primo, ahora segundo califa. Omar estuvo muy cerca de ella en dos momentos decisivos en La Meca: cuando pidió gracia para Ikrima y cuando, en el sermón del Adiós, fue testigo de su conmoción ante el último versículo coránico revelado a Mahoma.

Se convierte en una de las esposas de Omar. Al parecer le dio una hija, Fátima. Muy pronto debió de pedir libertad para terminar sus días en La Meca, entre sus primeros hijos y su madre, ya anciana. Ya no combate, no. Sueña. ¿Acaso que guerree aún, lejos, muy lejos de Medina?

3

Las viajeras

VOCES

Según Quais, cuando Abú Horaira acudió para convertirse al islam, llevaba a su esclavo con él.

Más tarde, al recordar aquella jornada, dijo:

«Al encaminarme hacia el Profeta, recitaba yo durante el viaje aquel verso:

»—¡Qué noche tan larga y penosa! ¡Mas gracias a ella me he librado de la infidelidad!

»En ese momento, en la oscuridad, mi esclavo extravió el camino, de modo que, perdido aquel compañero, llegué el primero, aunque solo, a casa del Profeta.

»Le presté juramento de fidelidad y Él me hizo sentarme a su lado.

»Un instante después, el esclavo apareció y se presentó ante nosotros.

»—¡Oh, Abú Horaira —me dijo entonces el Enviado de Dios—, he aquí a tu esclavo!

»—En verdad —respondí yo— este hombre es libre a los ojos de Dios.

»Y en el acto le di la libertad.»

LA FUGITIVA DE AYER

La pequeña Um Keltum, de quince años, no sabe ya cuando tomó su irrevocable decisión: huir, abandonar la casa paterna... Poco antes del alba salió furtivamente de la morada paterna, una de las más opulentas de La Meca. Sus manos tantearon en la oscuridad: no encender la vela, una cantimplora llena, un trapo que envuelve una mínima hogaza, unas sandalias enrolladas en una faja —los preparativos de la víspera—. Um Keltum oye allí mismo la respiración de uno de sus dos hermanos. Sí, marcharse, reunirse con Mahoma y sus amigos.

Fuera por fin, descalza; sus ojos vigilan el negro cielo, estriado hacia el horizonte por un pálido fulgor. A un lado, a lo lejos, una imponente masa, la sombra de la Kaaba. Um Keltum se siente poseída por el pánico: los ojos entornados, recita la *fatiha*. Como si aspirase oxígeno: una llamada de socorro de niña y de mujer al mismo tiempo (hace ya tres años que, gracias a Barka, una anciana esclava ya liberada que marchó, la muchacha se islamizó en secreto). ¡Qué sola se encuentra en aquella morada en la que todos los hombres son feroces enemigos del Profeta!

Um Keltum atraviesa la ciudad dormida; cauta, la mirada al acecho. Un ladrido de chucho, muy cerca; «¡y las hienas, al llegar al desierto!», se alarma la joven. Le tiembla todo el cuerpo, pero sigue avanzando: una hora más, el frío se disipará con la noche.

En el confín de la ciudad donde empieza el camino hacia Medina, Um Keltum se acucilla junto a un arbusto. Se transforma en beduina que va al mercado, en esclava sin refugio...

Se acurruca, reflexiona sobre su evasión.

Pero ¿desde cuándo el espejismo...? Ya de niña, mientras La Meca vivía el tumulto de las persecuciones contra Mahoma y los suyos, mientras las mujeres las comentaban en voz baja, Um Keltum, niña de cinco o seis años, acudía con los ojos fascinados a casa de su hermano uterino, Otmán ibn Affan, que le llevaba casi veinte años... Un joven refinado, de suaves maneras, que la sentaba en sus rodillas, que le pedía noticias de la madre. Regresaba entonces cargada de golosinas y se acurrucaban en casa de Arwa, su madre —ésta, con los ojos

enrojecidos por las lágrimas, se lamentaba de no poder ver a su hijo desde hacía tanto tiempo—. La niña describía a Otmán y a su radiante esposa, Reggaya, la hija de Mahoma... Suspiraba la madre:

—¡Dicen que van a irse muy lejos, en barco, que saldrán de Yedda!

Y se echaba a llorar, temiendo no volver a ver más a su hijo; debilitada, no visitaba a sus hermanas, ni siquiera a su anciana madre, tía paterna de Mahoma, todas ellas orgullosas descendientes de Abdú el Mottalib. Arwa se encontraba aislada en su clan, pues su segundo esposo, Okba, se había puesto a la cabeza de los enemigos del Profeta. Le prohibía a su esposa cualquier visita: «¡Elige: o ellos o nosotros!» Arwa guardaba silencio: sus dos hijos apoyaban al padre en sus violentas diatribas contra el «loco»; ella apretaba a Um Keltum sobre sus rodillas: ¡debía conservar junto a ella, pasara lo que pasara, a su única hija!

Luego Otmán y su bella esposa, así como otras parejas, partieron hacia Abisinia.

Algún tiempo después se supo que Mahoma, con su amigo Abú Bekr, había huido de La Meca y que, a pesar de sus perseguidores, se había reunido con sus fieles en Yatrib. Numerosas familias quedaron desmembradas. La desdichada Um Salama, islamizada, se encontraba separada de su esposo; Um Keltum, con diez años entonces, la seguía cuando deambulaba desolada hasta las colinas de Safa. Unos meses después, Um Salama consiguió marcharse. Um Keltum, a quien la vieja Barka balbuceaba con paciencia algunos versículos del Corán, envidió a la fugitiva. El corazón se le desbordaba de pasión y de sueños.

El año siguiente estuvo marcado por la terrible batalla de Bedr, en la que la colonia musulmana de Yatrib-Medina aplastó al ejército mequí. La desolación se apoderó de La Meca, sumida en luto. Okba, el padre de Um Keltum, fue uno de los muchos que cayeron.

En medio de las plañideras que llenaron en seguida la casa, entre las criadas y los dos parientes que se laceraban meticulosamente el rostro, Um Keltum permaneció inmóvil, endurecido el corazón. También ella podría haber improvisado lamentaciones, pero ella, la huérfana acusadora que nada había olvidado, qué otra cosa habría dicho sino:

—¿No fue Okba quien desencadenó antes que nadie las persecuciones contra el Profeta? ¿No fue él quien, en el recinto de la Kaaba, intentó estrangular a Mahoma con tripas de cordero sacrificado? ¡Ahora ha muerto sin ser inhumado dignamente, mientras que el Profeta volverá triunfante un día!

Pero calló... Su madre, encamada, muda, moriría a buen seguro de consunción; por lo menos Okba había conseguido eso: ¡asfixiar a la prima de Mahoma! Ahora que sus hermanos iban a tomar el mando y continuar con obstinación la lucha paterna, Um Keltum tendría que enfrentarse a ellos. Si se mostraba disidente, no la echarían, no, no la golpearían, no; se la darían como esposa al primero que llegase...

Durante dos o tres años consiguió rechazar todos los pretendientes que le propusieron. «¡Casarme así! ¡Ay, mi pobre madre!» Entonces, como necesitaba un arma interior, se puso a rezar todos los días. Un día, Arwa la sorprendió en sus devociones. La abrazó, lloró en silencio y regresó a su lecho de enferma. Murió el mes siguiente, tras cuidarse de liberar a su esclava Barka.

Barka decidió volver con su tribu, al sur. «¡Yo también me iré!», afirmó Um Keltum en el momento de la despedida.

—Si te decides a ir a Medina, Messaud, un antiguo pastor de tu padre, es primo mío. Mándale un mensaje. Yo le hablaré, él te llevará con «ellos». Sé prudente, ¡prométemelo!

La adolescente lo prometió.

Vaciló durante seis meses. Entonces supo que Mahoma había firmado una tregua con los mequíes —no conocía las cláusulas, pero qué importaba; aquello significaba la paz, ¿no?—. Um Keltum mandó un mensaje al primo de Barka.

Aquella mañana esperaba ver aparecer al hombre; su guía.

Anduvieron todo un día, Messaud delante, enjuto y tieso, ella envuelta en su túnica sin teñir, irritándole el polvo la piel del rostro, soltándosele poco a poco el cabello, abundante y largo, con el cansancio de la marcha. Feliz Um Keltum; agotada y feliz. Por la noche, cuando acamparon, propuso al anciano compartir lo que quedaba en su cantimplora y la hogaza aún sin empezar. Él movió la cabeza sin decir ni una palabra; de no ser por el primer saludo de aquella mañana, antes de la huida, diríase que se había vuelto mudo.

Se desplazó hasta una cercana higuera. Después regresó con un puñado de dátiles secos y largos en sus nudosas manos. Luego volvió a alejarse, se arrebujó en su sucia toga y pareció adormecerse. Desconcertada, Um Keltum lo observó de soslayo y advirtió que aparentemente no rezaba plegaria alguna; no como Barka cuando se sabía a solas con la chiquilla... «¡Soy libre! ¡Libre!», se repitió de repente con violencia. Entonces se tendió en la arena y ofreció el rostro, el pelo, el cuello vuelto, al frío de la noche.

A los dos días, poco antes del mediodía, entraron en Medina: el anciano delante, de repente con cadencia más viva, la muchacha un paso por detrás de él, erguido el torso, el pelo recogido en una gran trenza que le golpeaba los riñones con regularidad. Um Keltum sonreía sin mirar a la muchedumbre cada vez más densa que los rodeaba.

Se detuvo en el centro de una plazuela; enfrente se levantaba una mezquita. Tantos hombres se amontonaban que finalmente bajó la vista y esperó. Con sosiego: había alcanzado su objetivo.

El guía hablaba en voz muy baja con algunos que le preguntaban. Um Keltum percibió retazos de conversación: ¿era ella la *mohadyra*? Entonces la muchedumbre se abrió y dejó paso a un grupo de hombres, cuatro o cinco. Um Keltum vio confusamente aquellas siluetas. La algarabía cesó al momento.

El guía repetía sus explicaciones con mayor claridad: él era de la tribu de los Beni Temim; a fin de respetar la palabra que le había dado en Medina a una vieja pariente suya había traído de La Meca, en un día y una noche, a aquella... Um Keltum escuchó entonces la palabra que la identificaba ante todos, y su corazón se aceleró: «¡Aquella creyente!»

— ¿Cómo te llamas, oh hija mía?

¿Era la voz del propio Profeta o la de uno de sus allegados? No se planteó aquella pregunta hasta algo después. Para entonces, sumida en una calma y una serenidad que la fortalecían —había desaparecido todo cansancio físico y una especie de orgullo, de nerviosismo de todo el cuerpo la espolearon—, respondió con los ojos alzados hacia el grupo de cuatro o cinco hombres, sin mirar a ninguno en particular:

— ¡Me llamo Um Keltum bent Okba ben Mo'ait!

Calló, dudó; y luego añadió casi de un tirón:

— ¡Me he marchado por mi propia voluntad de la casa de mis hermanos!

— ¿Y qué te propones con esta *hiyra*, oh hija mía? —continuó la misma voz, insistente pero suave, tranquila, que se tomaba su tiempo.

Um Keltum, los sentidos aguzados, adivinó la amplitud de aquella paciencia, de aquella espera en la voz. Respondió en un arrebató de confianza que la tranquilizó totalmente:

— ¡Oh Mensajero de Dios, soy musulmana y deseo vivir entre los musulmanes!

Un silencio general respondió al impulso de la juvenil voz. Um Keltum, molesta, consciente de ser la única mujer en aquella masculina asamblea, bajó la vista.

Susurros. Escuchó confusamente el nombre de su hermanastro Otmán ibn Affan. Comprendió que pensaban buscarle un hogar.

El guía, en efecto, deseaba volverse aquel mismo día, y llevaron a la joven fugitiva —«¡una musulmana que desea vivir entre musulmanes!», repetían a su alrededor— a la morada de su hermano.

Agotada, se adormeció entre las mujeres de la casa. No rezó plegaria alguna; se sentía a salvo y se repitió la última frase del único hombre que le había hablado: «¡Tu suerte, oh emigrante, se decidirá muy pronto! Ten confianza». Se le representaban de nuevo su barba negra, los bucles que le acariciaban el cuello, su aspecto general. De pie, ligero, le había parecido casi irreal, se dijo en su sueño, pues toda la noche soñó con él.

Sus dos hermanos, Walid el mayor, el bruto, y Omra, el taciturno, llegaron veinticuatro horas después, justo antes de la siesta del día siguiente.

La misma muchedumbre del día anterior salió al paso de los dos mequies. Parecían haber cabalgado sin parar: sus ropas estaban manchadas de un polvo rojizo. Arrojaban furibundas miradas a unos y otros, y Walid, delante, mascullaba con mal contenido furor: «¡Vuestro jefe, quiero hablar con vuestro

jefe!»... Nadie respondía, pero a su paso la muchedumbre se abría con lentitud. Algunos de aquellos musulmanes habían jugado, de niños, con los recién llegados en las calles de La Meca. Éstos desviaban rápidamente la mirada, pues Walid los reconocía y repetía cada vez más hostil:

—¡Vuestro jefe! ¡Vuestro jefe!

Llegaron a la misma plazuela, frente a la modesta mezquita de tan rústico encanto, allí donde la víspera había llegado Um Keltum, tras su guía, casi sin pensarlo.

El mismo grupo de Compañeros con «su jefe» salió de la pequeña mezquita. En seguida se entabló el diálogo. Intimidado momentáneamente, Walid ibn Okba cambió de tono y procuró negociar:

—Habéis firmado el tratado de Hodeiba. Se acordó que nos devolveríais a los nuestros en caso de que acudieran a vosotros, lo mismo que nosotros si los vuestros huían allá. Oh Mahoma ben Abdalá, sé fiel al acuerdo que tú mismo has firmado, devuélveme a mi hermana.

Walid calló; Omra, tras él, como su sombra, dio un paso para colocarse a la altura de su hermano. Se puso a mirar fijamente a los curiosos con una extraña sonrisa de fanfarronería...

De los cinco que estaban frente a Walid habló el mismo de la víspera:

—¡Que venga Um Keltum bent Okba!

La agitación recorrió la muchedumbre y un esclavo trajo un taburete para que el que había hablado pudiera sentarse.

Cinco años después, Um Keltum recuerda aquella escena, su luz; erguida en el umbral, había observado el sol, que apenas abandonaba su cenit. Había salido de la casa de Otmán habiéndose negado a cambiar cualquier cosa de la ropa, el peinado o las sandalias del día anterior. Llegó erguida y orgullosa, segura de sí, sin dudar que se quedaría allí definitivamente —así se enfrentó a Walid y a Omra, que no se había movido, que le lanzaron una mirada de desprecio; Omra añadió dos largas maldiciones que sólo ella escuchó.

Um Keltum está de nuevo ante el Profeta. Walid reitera su demanda con voz metálica. «Viene a reclamar la oveja de su rebaño», se dijo, presa de una fría ira.

—Oh Mahoma, sé fiel a tu promesa —dijo Walid.

En el silencio que sigue, mientras siente que las miradas de los Compañeros la recorren de arriba a abajo (más tarde uno de ellos evocará: «la hermosísima Um Keltum bent Okba, con su rotunda silueta, sus firmes piernas, su color miel, y aquel pelo, aquel pelo que le llegaba hasta la cintura, echado hacia atrás, cuando hablaba nerviosa»), Um Keltum se defiende, el rostro vuelto tan sólo hacia quien hoy está sentado, vestido de blanco:

—¡Oh Mensajero de Dios, no soy más que una mujer! Tú sabes hasta qué punto la situación de las mujeres es hoy la de los seres más débiles. (Calló abruptamente; su voz dejó escapar un sollozo que no pudo reprimir, hasta tal punto le parecía trágica su debilidad durante aquellos últimos años...)

Los asistentes aguardaban; todos sentían la emoción que se había apoderado de Um Keltum. Sólo Omra, el hermano, rió con ostensible burla y después lanzó con insolencia un escupitajo.

El corazón de Um Keltum se fortaleció: ¿acaso iba a ser tan vulnerable? ¡No, no dudaba, nunca dudaría de Mahoma!

—¡Oh Enviado de Dios —exclamó—, si hoy has de devolverme a mis parientes, ellos pondrán toda clase de obstáculos, estoy segura, a mi fe! Y sé, oh sí, sé muy bien, que mi esperanza de vivir como musulmana se debilitará: ¡no tendré paciencia, lo temo!

Um Keltum recuerda. El Mensajero de Dios ha muerto, ay, hace ya dos años; el califa Abú Bekr, según dicen, está en cama por una inquietante enfermedad. Um Keltum, a la que llaman en Medina «la primera Emigrante» — no la primera cronológicamente desde la hégira, sino la única que abandonó por Dios la morada paterna—, comienza su jornada en su tercera residencia marital, en casa de Abderramán ibn 'Auf.

Um Keltum, la fugitiva de quince años que hasta ese momento no había temido ni al peligro ni al desierto, sino tan sólo a Dios, recuerda —todas las mujeres de Medina lo recuerdan, y en especial Aisha, madre de los Creyentes, que pudo seguir la escena desde su propia casa— la espera que siguió a su súplica, tras el largo silencio en el que intentaba detener sus impetuosas lágrimas... Entonces, el Profeta —«¡que la salvación de Dios sea con él!», murmuró con la vista perdida aún en ese pasado todavía cercano—, que sentía llegarle el trance, se levantó y recorrió en unas cuantas zancadas la distancia que le separaba de la habitación de Aisha, donde, cubierto con un manto por su atenta y emocionada esposa, dejó venirle los versículos, luego de todos conocidos, de la azora llamada de la Prueba:

¡Oh vosotros, Creyentes!

Si vienen hasta vosotros mujeres creyentes que huyen

¡Ponedlas a prueba!

¡Dios conoce a la perfección su fe!

Si las consideráis Creyentes

No se las devolváis a los incrédulos.

Ellas no son ya lícitas para ellos.

Ellos no son ya lícitos para ellas.

Una hora después —Um Keltum vuelve a percibir la intensidad de la luz que envolvía la escena—, con los asistentes aguardando, Walid y Omra, que seguía gruñendo insultos a su hermana, inmóviles, ella a su lado, como una estatua paralizada, esperaba sin dudar, hasta que «el que va vestido de blanco», de tan suave voz, de barba perfumada y pelo que le cae en bucles sobre el cuello, volvió a donde estaban, a donde estaba.

Apenas un sobresalto de la asistencia, apenas unos susurros que murieron; después la misma voz firme, no muy alta, clara —la voz que desde entonces Um Keltum oirá en sus sueños cada una de las noches de su larga vida:

—¡Dios acaba de romper nuestro acuerdo, al menos en lo que se refiere a las mujeres! —declaró Mahoma a ambos hermanos, y entonces repitió a aquellos infieles y a todos los fieles presentes, a Aisha que no se perdía nada de la escena a través de su puerta entreabierta, los dos versículos de la azora, de aquel modo revelados:

«Si vienen hasta vosotros mujeres creyentes que huyen...»

Um Keltum escuchó la palabra divina con intensidad y la retuvo escrupulosamente; apenas declamados los versículos, recitó para sí misma con el corazón aliviado y el cuerpo poseído por una nueva certidumbre:

—¡No se las devolváis a los incrédulos!

Repitió dos, tres veces, las palabras de la exhortación divina. Reprimió un acceso violento de infantil alegría para no salir corriendo y saltar por encima de las zanjias —en tiempos se agotaba así su embriaguez de chiquilla quraychí.

Escuchó al Mensajero ordenar dos veces dirigiéndose a sus dos hermanos:

—¡Marchaos!

Omra, rozando a Um Keltum, escupió nuevamente a un lado; luego se volvieron con un movimiento mecánico y se alejaron, negras sombras bajo el sol ardiente.

Aquel día de la revelación, aquel día en que Dios hizo descender sobre Medina su palabra en relación con la protección de las mujeres que, aun fugitivas, acudieran al islam, Um Keltum volvió a la casa de su hermanastro Otmán. En los días siguientes las mujeres no se atrevieron a llamarle la atención acerca de su indumentaria, de su costumbre de no parar quieta, de ir a la mezquita (no era la única, pero sí la más joven)... Una consideración temerosa rodeaba a «la primera Emigrante». Poco después, todas aquellas damas empezaron a repetir que Aisha había oído de boca del Profeta:

—Por Dios que no marchasteis —se supone que dijo aquel mismo día Mahoma ante su esposa Aisha al recordar la imagen de la pequeña Um Keltum— más que por amor a Dios y a su mensajero, por amor al islam.

Quedóse pensativo, recordando sin duda que la niña ayer fugitiva era hija de uno de sus más vehementes enemigos de La Meca, Okba ibn Mo'ait, caído en Bedr, pero también hija de su prima Arwa, nieta de Abdú el Mottalib. Y añadió:

—No marchasteis ni por un esposo ni por ningún bien de este mundo.

Durante decenios bastará que una fugitiva repita estas dos frases del Profeta —referidas por su esposa Aisha— para que, joven o vieja, fuerte o débil, reciba refugio, pase a estar bajo protección islámica, y en ningún caso sea devuelta a un padre, a unos hermanos, a un marido...

Durante los cinco años siguientes en Medina, Um Keltum cambiará tres veces de domicilio; de domicilio conyugal. ¿Se convertirá acaso en otra especie

de nómada, la que no consigue soportar el menor yugo marital, apenas convertido el deseo o el amor de esposa en algo diferente, en una costumbre o, peor, en algún tipo de autoridad? Algunas vecinas, mujeres de los ansares o también Emigrantes, empiezan a pensar así de ella...

Con el corazón encogido, vuelve a pensar en su madre, Arwa, muerta a fuerza de callarse, que al final no pudo hacer otra cosa que liberar a una vieja esclava, la cual, a su manera, liberó con mayor amplitud aún a la niña Um Keltum, la fugitiva...

Recuerda esos años de movimiento. Su primer esposo fue Zeid ibn Haritha, tan cercano al corazón de Mahoma. Fue este mismo quien medió en aquel casamiento y recibió garantías, a través de Otmán, de que Um Keltum sería feliz. Acaso quiso manifestar así su agradecimiento a su hijo adoptivo, que dos años antes había repudiado a la bellísima prima del Profeta, Zeineb bent Yahsh, en relación con la cual también se revelaron algunos versículos coránicos a fin de que éste pudiera desposarla. Sí, Mahoma imaginaba que la única que podía reemplazar para Zeid a la que había sido llamada a otro destino era esa otra prima —Um Keltum, por la cual, a su llegada, el propio Dios había intervenido—, cuya imagen se había grabado en todos los que aquel día estaban presentes.

Primeras bodas: amor y fervor. Algo de la suavidad de Mahoma, imaginaba Um Keltum, había pasado a Zeid. Tenía éste un hijo de su primera mujer, Um Ayman: Osaima, poco menor que Um Keltum... Su belleza mestiza, sus ojos rasgados... Se pasaba horas observando los menores desplazamientos de Um Keltum: cuando iba a la mezquita, cuando visitaba a cualquiera de las tías paternas del Profeta para que le hablaran de Arwa, de la madre de Arwa, de sus primas, de toda la familia de Abdú el Mottalib... Osaima, hijo de Zeid, la guiaba. Por la noche, Um Keltum volvía a Zeid: su deseo respetuoso, su rudeza algo torpe, y ella, de repente, se echaba a reír ruidosamente y veía brillar en los ojos de Zeid sus estallidos de hilaridad... ¡Qué bien poder agotar por fin su alegría de niña atada corto, y al mismo tiempo dormir desnuda en brazos de un hombre enamorado!

Una vez, Zeid se atrevió a decirle con cierto embarazo en la voz que era posible que ni siquiera entre esposos...

—¿Qué? —cortó ella, abriendo por completo sus grandes ojos un poco redondos.

Tras muchos circunloquios comprendió que la desazón de Zeid la causaba su escrupulosa piedad: ¿podía una «creyente» estar desnuda en brazos de su esposo? ¿Era lícito aquello? Tal vez fuera no recomendable, o no estuviera permitido; quizá estuviera prohibido o fuera, incluso, aborrecible...

—¿Pecado? ¿Sería pecado amarse? —preguntó ella, echándose a reír ante el embarazo de Zeid.

«¿Es que sigo siendo una pagana?», se preguntó sintiendo el placer que embargaba todo su ser, hasta tal punto la alegraba poseer aquella habitación

umbria, encontrarse en el patio con Um Ayman, tan agradable, poder mandar a Osaima que le trajera lo que quería («así, pensaba, que tengo un hermano, ¡un auténtico hermano!»), ir a visitar a Otmán, que la oía hablar del pasado con indulgente sonrisa. «Soy creyente, una emigrada a la que Dios, por medio de su Mensajero, que la salvación de Dios sea con él, ha distinguido».

Y, lasciva, aprisionaba los riñones a Zeid, que cerraba los ojos.

Zeid ibn Haritha murió mártir en la batalla de Muta unos cuantos meses más tarde. Um Keltum acababa de dar a luz una niña, Zeineb. Durante los cuatro meses de su viudez vivió sola en su habitación, con la niña a sus pies, y hablaba largo rato con la sombra de su marido muerto.

Tiempo de amor interrumpido de súbito. Siguió yendo todos los días a rezar a la mezquita del Profeta. Sólo la voz de Mahoma cuando dirigía la plegaria, sólo la suavidad soñadora de aquella voz era para ella bálsamo en la quemazón de aquella ruptura.

A veces Um Ayman tocaba ligeramente a la puerta de su habitación. Entraba. Se acucillaba junto al bebé.

—¿Puedo llevármela esta noche?

Ahora Um Keltum le dejaba la niña todas las noches. Ella, por su parte, intentaba dormir en aquel lecho, se quedaba con los ojos abiertos preguntándose cómo olvidar, cómo vivir...

Muchas veces, en sus sueños, sentía la presencia de Zeid; quería llamarlo, pero entonces advertía que no tenía voz y sufría. Seguía adivinando, en un rincón, la imagen del esposo: su rostro moreno, sus rasgos huesudos, su ternura cercana; y, sin embargo, sus manos eran siempre invisibles, quizá estuvieran cortadas... Um Keltum trataba de acercarse con todas sus fuerzas; junto a ellos se alzaba la voz del Mensajero, como en la mezquita, y aquella música hacía que las noches fueran lentas, reparadoras.

Pasó así su viudez. Um Ayman se ocupaba casi por completo de la pequeña Zeineb. Un día, Um Keltum se dijo:

—¡Oh Dios mío! ¿Cómo he podido olvidar? ¿Cómo he podido olvidar mi primera felicidad de mujer?

Y lloró al fin la muerte de Zeid ibn Haritha. Quiso oír el relato detallado de su muerte, cómo había caído el primero, llevando la bandera, cómo le siguió en el martirio Dyaffar ibn Abú Talib, el primo del Profeta, y después Abdalá ibn Rawal, el tercer héroe de aquel día que, sin embargo, fue de victoria musulmana.

Una mañana, Otmán entró en su casa y, con voz triste (vivía él entonces su segunda viudez, tras la muerte de la segunda hija del Profeta, con quien se había casado), le dijo:

—Oh, hija de mi madre, me envía Zubeir ibn el Awwam, primo del Profeta y yerno de Abú Bekr es Sadik. Desea desposarte.

Um Keltum guardó silencio. Recordó una vez que Zeid ibn Haritha, en uno

de los escasos momentos de abandono en que superaba su timidez para con ella, le contó su llegada a Medina... Él estaba, decía, a la izquierda del Profeta, cuando su grupo, a la salida de la mezquita, paró frente a la joven fugitiva... «Yo estaba a la izquierda del Mensajero», confesó Zeid; no se atrevió a decir cuánto la había admirado y deseado. Pero recordaba que precisó: «A su derecha estaba Zubeir ibn el Awwam».

Um Keltum respondió a Otmán que iría en persona a comunicarle su decisión. Otmán cambió de conversación, preguntó por la niña, y si la esclava que le mandaba todas las mañanas hacía bien su tarea...

Poco después, Um Keltum hizo saber que aceptaba a Zubeir. Sabía que, además de con Esma bent Abú Bekr, su primera mujer, tan fuerte y ya con su propia leyenda, Zubeir se había casado con una mujer muy joven, Um Jaled, de la que se decía —singularidad bastante rara entre las mequíes refugiadas en Medina— que había nacido en Abisinia cuando sus padres participaron en la primera Emigración. Tenía trece años o poco más cuando Zubeir la convirtió en su segunda esposa, después de que Esma le hubiera dado tres hijos seguidos.

Um Keltum había visto de lejos una vez a Um Jaled y se había acercado a hablarle. Por la palidez de su rostro, su cuerpo frágil, su modesto atuendo, casi austero, la joven Um Jaled se parecía algo a Arwa, una Arwa extrañamente rejuvenecida. Cuando le dio su respuesta afirmativa a Otmán, Um Keltum pensó en su futura coesposa: ¿por qué volvía a encontrar en ella la sumisión de su madre? La invadió cierto malestar: ¿había mujeres que nunca serían felices en un matrimonio?

Al tiempo que olvidaba poco a poco a Zeid, Um Keltum no podía borrar sus noches de amor, sus risas, las curvas horas de la penumbra, abundantes en caricias, en confidencias, en placer...

—Si —le dijo a Otmán— me casaré con el que estaba a la derecha de Mahoma el día que llegué.

—¿Cómo lo sabes? —iba a replicar Otmán, que no había asistido a aquel episodio.

Mas, por delicadeza, no se atrevió a interrogarla.

Cuando Um Keltum volvió a su casa, Otmán lamentó no haberle hecho una importante recomendación: debía ponerle condiciones especiales a Zubeir, él conocía su brusco modo de ser... Así pues, cuando transmitió al pretendiente la anuencia de su hermana, se permitió precisar:

—Tendrás que dejar a Um Keltum bent Okba asistir a la mezquita, según tiene por costumbre.

Zubeir escuchó y no dijo nada. Tras un silencio, propuso como dote una suma que pareció importante al propio Otmán, conocido por su largueza.

Las segundas bodas de Um Keltum se celebraron al cabo de ocho días.

No había concluido el año cuando Um Keltum —ya con dieciocho años— se sintió poseída de la misma cantilena de antaño:

«¡Me iré...! Tengo que irme, ¡oh Señor!»

No era el impulso de antes, una ola profunda que la había levantado y contra la que había luchado durante meses y meses allá, en aquella negra casa de La Meca, antes de juntar fuerzas para huir.

Ahora, todas las mañanas, firme y testaruda, se refería: «Me iré... Me tengo que ir»; sin embargo, la confusión hacía presa en ella.

Rezaba. A quién pedir consejo, y para qué, pues temía que cualquiera, fuera hombre o mujer, a quien le confesara «irme, quiero irme», la iba a mirar —a ella, «la primera Emigrante»— y la iba a acusar al punto:

—¿Ahora quieres abandonar el islam, pecadora?

—No, no —gritaba una voz en su interior— ¡quiero dejar a este hombre!

—¿Cómo? ¿A Zubeir ibn el Awwam, uno de los primeros Compañeros del Profeta y su primo, el más valiente después de Alí ibn Abú Taleb, el más piadoso después de Otmán, el más...?

—¡Quiero dejar a este hombre!

A fuerza de rezar, su voluntad se aclaró:

—Es uno de los Compañeros, un soldado de Bedr que se ha ganado el Paraíso, el yerno del dulce Abú Bekr y el esposo de la valerosa Esma «la de las dos cinturas», es... es (se rebeló sola, en su habitación). ¡No es el marido que yo quiero...! No le amo, no lo deseo, oh Dios, ¡y lo rechazo!

Y lloró. En la soledad de su cuarto (había dejado a la pequeña Zeineb a Um Ayman, que la mimaba) veía dos sombras vengadoras: allí, de pie, estaban sus dos hermanos, Walid y Omra. Este último, vuelto hacia ella, escupía de vez en cuando a un lado, en su dirección. Walid no se dignaba echarle siquiera una mirada.

¿Era el pasado quien se vengaba de ella? Rezaba para expulsar los dos fantasmas: ¿acaso no se habían convertido al islam? Incluso combatían en un ejército en el Yemen... Recitó, completa, la azora de la Prueba.

Transcurrió un mes. Cuando una de cada tres noches entraba Zubeir en su cuarto pretextaba ella la menstruación o fatiga; se amurallaba en un hostil silencio. Dormía sola en la estera.

«¡No me gustan sus manos! No me gusta su tosquedad, no soporto su manera de hablarme... ¡Como un amo!»

Repitióse después aquellas palabras. Volvió a sus sueños de suavidad (el Profeta con toga blanca, su voz presente; detrás, la mirada tímida, peor tan cercana, de Zeid...)

—¡Soy musulmana! Y si quiero irme es porque no acepto como esposo a Zubeir. ¡El islam es lo contrario de la coacción! —se reconfortó poco a poco.

No se atrevió a hablarle a sus tías (eran demasiado mayores); tampoco tenía hermana a quien confiarse. Creyó que su coesposa Um Haled, de su misma edad, se haría amiga suya. Pero cuando estaba junto a ella se mezclaban en Um Keltum un indefinible sentimiento de luto y el recuerdo de su madre Arwa, y entonces callaba y se alejaba.

—¡Deseo que me repudies! —le dijo por fin a Zubeir cuando éste entró en su aposento una tarde a la hora de la plegaria.

Él la miró. No dijo nada. Se sumió en una larga oración. Después, en la estera, sin una palabra, sin una caricia, se acopló con la joven Um Keltum.

—¡Deseo que me repudies! —insistió aquella semana y la siguiente, en las mismas circunstancias.

Era el mes del iqdar, un mes de calor y de vientos de polvo gris. En Medina todo el mundo se preparaba para la peregrinación anunciada poco antes por el Profeta.

Zubeir la miró de nuevo fijamente, en silencio. Um Keltum oyó alzarse en el patio una risa, «una risa de niña», pensó con el corazón agitado. Cuando él se le acercó queriéndola arrastrar al lecho, ella se apartó y le miró de arriba abajo: su elevada estatura, su corpulencia y sus hombros marcados aún con heridas de Bedr, su rostro de rudos rasgos, el aliento que sentía en el cuello, también su olor. Casi feliz de mentir, declaró:

—¡Hoy ayuno!... Para preparar mi peregrinación.

Volvió la espalda y salió del cuarto. «¡Me iré! ¡Sé que me iré!», se dijo en el patio, donde dos niños y una niña se arrastraban, medio desnudos, por el suelo de tierra aplastada. «Prefiero el polvo de este patiecillo a la habitación donde él esté. ¡No volverá a tocarme!», decidió.

Se soltó la larga cabellera y se entregó a cepillársela lentamente para hacerse finas trenzas.

Una tarde, hizo su tercera demanda:

—¡Deseo que me repudies!

Zubeir se volvió con rígido movimiento: estaba en cuclillas delante de un cántaro y daba comienzo a sus abluciones... Ella lo miraba desde el fondo del cuarto, buscando una excusa para cuando, al concluir él la plegaria, se volviera hacia ella e intentase... Se impacientaba: sí, por tercera vez, con vehemencia, Um Keltum solicita su libertad. Zubeir, que va a dirigirse a Dios, que alivia el espíritu de preocupaciones, de iras, de deseo hostil, se vuelve, sorprendido, hacia la mujer reacia. Dominado aún por la idea de Dios, al que desea acercarse humildemente, responde por fin de una vez, sin reflexionar:

—¡Mujer, por Dios, repudiada estás!

Sólo pronunció una vez la fórmula del repudio. Y continuó, con sus lentas maneras, los preparativos de la plegaria. En voz más alta que de costumbre salmodia unos versículos de la azora de la Caverna.

Cuando se levanta y se dirige al fondo de la larga habitación, Um Keltum ya no está allí.

—¡Oh Dios de la Kaaba, o Mensajero de Dios, este día, de nuevo, es el de mi libertad! —exclama emocionada mientras, sin equipaje ni velo y con las sandalias en la mano, como aquel día en que llegó a Medina, corre, se precipita hacia la morada de la dulce Um Ayman, su antigua coesposa, que se ha

convertido en su segunda madre.

Um Keltum dejó de ir a la mezquita como era su costumbre. Un hombre, quizá una anciana, entró una mañana en casa de Zubeir ibn el Awwam y le informó con afectada bondad:

—¿Sabes acaso, oh Abú Abdalá, que la mujer que repudiaste está embarazada? (Y después, tras un silencio, pues otros hombres se acercaban, entraban en el vestíbulo, saludaban a Zubeir e interrumpían la conversación:) ¿Te hizo saber cuando te pidió el repudio que ya estaba grávida?

Zubeir se levantó, enrojecido el rostro; dio las gracias al informador o una limosna a la mendiga. Saludó apresuradamente a los ansares que se dirigían, respetuosos, hacia él. Con paso vivo se encaminó a ver a su cuñada, Aisha: con un poco de suerte sería el día en que Mahoma descansaba con ella.

La peregrinación que se llamará «del Adiós» había concluido unos días antes. Todos los habitantes de Medina parecían haber recuperado hábitos hogareños, como si la conmoción interna causada por aquélla hubiera dejado en todos, hombres y mujeres, una especie de embotamiento.

Una vez en presencia de Mahoma, que acaba de llegar a casa de su esposa, Zubeir ibn el Awwam relató en pocas, casi secas palabras, aquello de que se acababa de enterar: Um Keltum, la Emigrante, le había solicitado el repudio, pero para entonces estaba embarazada y no le había informado de ello, y ahora, dos meses después, acababan de confirmárselo.

En la penumbra, Mahoma, pálido el rostro (intentaba ocultar ante todos el cansancio que se acentuaba en él aquellos días), reflexionó un buen rato: ¿venía Zubeir a quejarse de su antigua esposa?, ¿deseaba acaso que volviera con él?... Zubeir siempre era así, reservado, tosco, y, en lo que se refería a los asuntos de sus mujeres, opaco para sí mismo.

—¡Si deseas que vuelva contigo, así sea, Zubeir! ¡No la has repudiado más que una vez!

—¡No —replicó Zubeir, encendido el rostro de repente—, no es eso lo que deseo! ¡Me ha engañado, pues que Dios la confunda!

Mahoma extendió la pierna, como si luchase contra un dolor físico. Su mirada no se apartaba de Zubeir, cuyos pensamientos intentaba captar...

—No puedes hablar así de esa mujer, oh Zubeir. ¡No olvides que el mismo Dios intervino a favor de esa creyente!

Se hizo el silencio entre los dos hombres. Zubeir sufría por haber levantado la voz ante el Mensajero (una quejosa voz en su interior: «Tú, por quien yo entregaría a mi padre y a mi madre»), pero seguía sintiendo aquella sombría cólera, o aquel sombrío deseo, hacia aquella mujer... «Esa creyente», había dicho el Profeta.

Alguien tosió tras la cortina de la entrada. Al lado escuchaba Aisha el diálogo entre los dos hombres: más tarde dio testimonio de él.

—¡No quiero volver a tomar a esa mujer como esposa! —refunfuñó Zubeir.

La cabeza gacha, el corazón humillado, saludó y abandonó la estancia.

Cinco años después de su llegada a Medina, tres años después de su segunda libertad, la arrancada a Zubeir, Um Keltum, hija de Okba, sentada en su tercera morada conyugal, recuerda.

El entierro del Profeta. Y luego aquellos dos años de angustia, de espera, a causa de tantas tribus que apostataron. El tiempo de la *ridda* parece que va a concluir; vuelven los días tranquilos, serenos para las mujeres. También de una cierta tristeza... Comprender que aquella época en que vivieron al mismo tiempo que el Profeta, en la misma ciudad que el Profeta, entre los parientes y las esposas del Profeta, ha pasado. Comprender.

Um Keltum ha dejado de soñar por las noches con el Profeta, con su voz y con la presencia de Zeid. Tan sólo una o dos veces sintió este sueño acercarse y disolverse después en confusas imágenes que se desgarraban. Se despertaba entonces bañada en lágrimas y se ponía a rezar.

Hacia un año que se decía «tengo apenas veinte años, ¿acaso voy a sentirme vieja?», cuando aceptó ser esposa de Abderramán ibn' Auf... Sí, ha envejecido, ha perdido aquella juventud que estimulaba su aliento en el desierto, su carrera en la noche, sus risas con Zeid y hasta su orgullo al desafiar a Zubeir ibn el Awwam.

Abderramán, mucho mayor que ella (tiene al menos cincuenta años), es un estimable esposo. Honorable. La tranquiliza. La escucha; experimenta placer en dejar que sus diálogos anodinos, sus espontáneas observaciones, sus fugaces recuerdos, se desgranen. A veces ella se deja llevar y ríe a carcajadas ante él por cualquier tontería. Él la observa; le brillan los ojos. Ella sabe que la desea. Se acoplan con lentitud, sin pasión y tal vez, piensa, «con afecto».

Poco a poco comprende que, de sus esposas (y ha repudiado ya varias), es la preferida... Durante las visitas que le hacen las damas mediníes o cuando es ella quien acude a casa de las antiguas Emigrantes, se da cuenta de hasta qué punto goza Abderramán de la consideración de todos: por su discernimiento, tan apreciado por el Profeta, dicen unos; por su prodigalidad y magnificencia, dicen otros. Ella, la más joven de sus esposas, no lo juzga de ninguna manera: lo ve entrar, sigue siendo ella, le cuenta sus ocupaciones. Acaso llega a pensar: «Lo amo, puesto que le respeto y su presencia me produce alegría», acaso...

Lleva un hijo suyo dentro: un niño, espera. La fugitiva de ayer se siente por fin feliz de ser madre; ¿se quedará quieta de una vez?

Aquel día Abderramán entra en sus aposentos inesperadamente. Ella no le espera: comprende que desea distenderse o, lo que es raro en él, hablar. Por segunda vez (fuera de aquellos días que siguieron a la muerte del Profeta) se encuentra realmente conmovido.

Ella se sienta a su lado y espera.

—El Emir de los Creyentes me ha mandado llamar —comienza—. Mi

corazón está inquieto. Abú Bekr se encuentra enfermo, cree que ha llegado su hora.

—Que Dios le asista y asista a los musulmanes —murmura ella maquinalmente, absorta en su gravidez—. ¿Qué te hace pensar que la situación sea tan grave? —añade, tras reflexionar.

—Tan sólo —responde él— que deseaba saber lo que yo opinaba en relación con su posible sucesión... (Silencio.) Le he hecho saber mi criterio ya que me lo preguntaba, pero mi corazón está angustiado, ¡tengo el presentimiento de que Abú Bekr es Seddiq va a morir!

Um Keltum, que ya no dejará Medina, seguirá siendo la esposa amada de Abderramán, que, con el tiempo, morirá en sus aposentos casi veinte años después, en tiempos del califato de Otmán, hermano de aquélla. Um Keltum será solicitada a continuación, pasado el término de la viudez, por Amr ibn el 'As, el cuarto de los hombres que se encontraba junto al Profeta aquel día en que, adolescente, dio término a su fuga en Medina.

En casa de Amr ibn el 'As, el famoso conquistador de Egipto, vivirá la fugitiva de ayer su cuarta —y última— historia conyugal.

TERCERA RAWIYA

Soy la hermana de aquella que regaló palmeras al Profeta cuando éste llegó por vez primera a Yatrib; sí, soy la hermana de Um Salem, esposa de Abú Talha, el que poseía los palmerales más bellos de Medina. Soy la hermana de aquel al que el Profeta envió contra los Beni Amir... Mi hermano quiso ir en vanguardia para hablar a los infieles de las enseñanzas islámicas, y uno de los que le escuchaban le atravesó con una lanza. Lanzó un grito: «¡Dios es grande!» Murió, igual que murieron sus Compañeros, aniquilados todos a continuación, excepto un cojo que huyó a la montaña.

Cuarenta mañanas pronunció el Profeta maldiciones contra aquellos enemigos; entonces él, que no se atrevía a penetrar sin permiso más que en casa de sus mujeres, sus hijas y sus tías, empezó a visitar de manera indiferente mi casa y la de mi hermana... Soy la hermana de Anas ibn Nadr, que no pudo tomar parte en el combate de Bedr, pero que la mañana de Ohod le dijo al profeta:

— ¡Enviado de Dios, Dios verá mi comportamiento!

Y en Ohod, cuando los musulmanes se batían en retirada, Anas avanzó diciendo:

— ¡Oh Dios mío, te pido perdón por lo que éstos hacen!

Y aún avanzó más, diciendo:

— ¡Por el dios de mi padre, siento venir de Ohod el perfume del paraíso!

Encontraron el cuerpo de mi hermano atravesado por más de ochenta heridas: de sable, de lanza, de flecha. Los politeístas lo mutilaron: tan sólo mi hermana, Um Salem, lo reconoció por la punta de los dedos.

Sí, soy la hermana de Um Salem, la madre de Anas ibn el Malik, que apenas adolescente se convirtió en servidor principal del Profeta, y eso ya en el año de Jaibar, en el séptimo de la hégira... Así, Anas fue uno de los más fieles y conocidos transmisores de la vida del Profeta.

Me llamo Um Harem bent Melhan, primero esposa de Amrú ibn Quais y madre de Quais y Abdalá ibn Amrú, ahora esposa de Obada ibn Samit.

Lo recuerdo: el Profeta (la gracia de Dios le sea concedida) entró en mi casa cuando hacía mucho calor y pidió permiso para echarse la siesta en una estera... Se adormeció en seguida; yo, mientras tanto, acucillada en el umbral de aquella fresca habitación, velaba de lejos su sueño.

Y le oí reír —una risa que aún hoy resuena en mis oídos—. Rió un buen rato y después se despertó:

—¿Qué te ha hecho reír así?, oh Enviado de Dios —me atreví a preguntarle con suavidad.

Sin moverse de donde estaba, me respondió:

—¡Me sorprendió gratamente ver que las gentes de mi pueblo se embarcaban y atravesaban el mar! Me parecían semejantes a reyes en sus tronos ¡y parecían tan felices con el viaje!

Guardó silencio un momento, como si la visión le llenara de júbilo; un júbilo vibrante que me contagió y que me hizo decir, sin reflexionar:

—¡Pídele a Dios, oh Mensajero, que me cuente entre ellos!

—Entre ellos estás, Um Harem —añadió él inmediatamente, y después volvió a adormecerse.

Se hizo en el cuarto un silencio leve, extraño; yo continué inmóvil, acucillada en el umbral, segura de escuchar muy pronto los nuevos sueños que poblaban el descanso del Bienamado.

Y, en efecto —no recuerdo ya si fue unos minutos después, o más tarde—, el Profeta (la gracia del Señor le sea concedida) rió exactamente igual que la primera vez: una risa clara de joven. Después se despertó, e hizo un movimiento para sentarse.

Me contó de nuevo el mismo sueño: el viaje de los musulmanes por el mar; sin darme cuenta siquiera volví a decirle:

—¡Pídele a Dios, oh Mensajero, que me cuente entre ellos!

Rió en tanto se levantaba. Yo me disponía a dejarle paso:

—¡Eres ya de los primeros, oh Um Harem!

Le vi marcharse, invadido el corazón de esperanza, pues lo sé, un día me iré de viaje, y me iré por mar. ¡Yo, que hasta ahora, lo mismo que mi hermana Um Salem, nunca he salido de los barrios de Medina, un día navegaré en barco!

Una vez, Mahoma entró en casa de mi hermana Um Salem para descansar del ardiente sol, y allí se adormeció.

Como antes en mi casa, tuvo un sueño. Cuando se despertó, Um Salem no se atrevió a hacerle preguntas. Cuando salió en compañía del joven Anas, que le seguía a todas partes y cuidaba escrupulosamente de sus necesidades, Mahoma permitió que se supiera aquel sueño:

—Durante el sueño de hoy —murmuró Mahoma, los ojos iluminados aún— me vi entrando en el paraíso. Nada más hacerlo, encontré a tu madre, la mujer de Abú Talha... Después escuché algo parecido a un rumor de pasos. Pregunté qué era aquello. «Es Bilal», me contestaron.

El Profeta se disponía entonces a acudir a la mezquita, donde precisamente en esos días era el negro Bilal quien llamaba a los fieles a la plegaria.

No envidio a mi hermana Um Salem su privilegiada suerte. Tan sólo lamento que no haya tenido el valor necesario para hacerse transmisora pese a todas las deferencias que el Profeta tuvo con ella... Su memoria está hinchada como un odre mesada, esto es,

de los más grandes. Cuando está conmigo empieza a evocar recuerdos y más recuerdos. Entonces me enfado y le digo:

— ¿Por qué ese tono de secreto? ¿Por qué no hablas así a todas las mujeres de Medina, a las Emigrantes y a las ansariyas? ¿Por qué?

Y Um Salem responde siempre, tras bajar la mirada:

— Anas, mi hijo, lo transmitirá sin duda mejor que yo.

«¿Es incompatible, así pues», pensé, «sentirse rawiya y seguir siendo madre, madre ferviente de un hijo como Anas ibn el Malik, que a pesar de su juventud se ha convertido en un fqih tan respetable?... ¿Y Um Salem?»

El día que el Profeta llegó a Medina, los ansares, al ver lo desprovistos que se hallaban los Compañeros que con él habían emigrado, fueron a decirle:

— ¡Oh Mensajero, reparte las palmeras entre nosotros y nuestros hermanos!

— ¡No! —respondió Mahoma.

— Entonces —prosiguieron los ansares dirigiéndose a los mohadyir es, vosotros cuidaréis de estas palmeras y seréis nuestros asociados en la recolección.

Así se establecieron los primeros contratos entre Emigrantes y ansares de Medina.

Aquel mismo día de la llegada de los mohadyires, mi hermana Um Salem, mujer de Abú Talha, que era el que más palmeras tenía de los ansares de Medina, fue la primera que se acercó al Profeta para regalarle algunas de ellas. Mahoma (que la gracia del Señor le sea concedida) las aceptó, y a continuación se las dio a su vez a su liberta Um Ayman, la negra. Ésta era la esposa de su hijo adoptivo Zeid ibn Haritha, que todavía no se había casado con la bella Zeineb bent Yahsh, prima del Profeta... Gracias a aquel regalo, Um Ayman pudo criar a su hijo Isaima, que entonces tenía apenas ocho años y era uno de los niños preferidos del profeta.

Algunos años después, cuando estalló la guerra de Jaibar, el Profeta, tras la victoria, dejó a los judíos sus tierras y sus palmerales a condición de que no se quedaran más que con la mitad de la cosecha y que la otra mitad fuera reservada para los mohadyires. Entonces éstos devolvieron a los ansares aquellas propiedades cuyos productos compartían y Mahoma devolvió a Um Salem las palmeras que le había regalado. Como compensación, ofreció a Um Ayman los frutos del huerto que constituyó su lote en Jaibar...

Quién sabe si no fue por eso por lo que un día Mahoma declaró: «Dios es quien da; yo, entre vosotros, sólo soy el que reparte».

Aquel día yo, Um Harem, tía materna de Anas ibn el Malik, me encontraba entre los presentes; después de tantos años, aún recuerdo el tono de la voz del Profeta, que repetía:

— ¡Así es, oh Creyentes, yo soy el Quasim!

Mi vecino, que poco después llamó a su hijo Quasim, pretendió adornarse en lo sucesivo con el sobrenombre de Abú Quasim.

Muchos de sus interlocutores protestaron:

— ¿Cómo te atreves a tomar la konia de Mahoma, que si es «Quasim», pues él mismo lo ha declarado así, pero que durante mucho tiempo, además, se llamó Abú

Quasim por su primer hijo varón, que murió a tierna edad antaño en La Meca?

Hablo, pero ¿tengo derecho a referir, aunque sólo sea a mi hermana, lo que se dice en las calles de Medina? ¿Acaso una rawiya puede sentirse suficientemente autorizada para transmitir lo que sus ojos han visto, lo que sus oídos han escuchado entre los hombres? ¿O sería preciso para ello convertirse en vagabunda, en mendiga, o mejor en una mujer sin hijos, sin descendientes de quienes sentirse honrada, al revés que Um Salem y yo misma, que tan raras veces salimos de nuestras casas en Medina?

Aquel otro día en que Abú Talha llegó a su casa, sin aliento casi, y se dirigió a Um Salem, su mujer: —Acabo de oír hablar al Enviado de Dios en la mezquita con voz muy débil. ¡He comprendido que pasa hambre!

Era la época (los primeros años en Medina) en que a menudo las mujeres —lo confirmará Aisha más tarde— pasaban varios días seguidos sin tener ni para encender un pequeño Juego por la noche.

— ¿Guardas algo aún? —prosiguió Abú Talha.

— ¡Claro que sí! —respondió ella.

Sacó unos cuantos panes de cebada: luego, se quitó el ceñidor y utilizó parte de él para envolverlos. Llamó a su hijo Anas (que entonces no tenía más de diez años), ocultó los panes bajo el brazo del niño y lo mandó a la mezquita.

Anas encontró al Enviado cuando iba a salir de la mezquita con otros muchos Compañeros. Se quedó parado delante de él sin saber qué decir.

— ¿Te manda Abú Talha? —preguntó Mahoma.

— Sí.

— ¿Para una comida?

— Sí.

El Profeta invitó a los asistentes a seguir al joven Anas.

Um Salem continuó el relato de aquella memorable jornada:

— ¡Mira, es el Enviado de Dios —me dijo Abú Talha entrando de nuevo—, viene con mucha gente! ¡Y no tenemos suficiente para darles de comer! —exclamó desolado.

Yo, sosegadamente, le tranquilicé:

— ¡Dios y su Enviado saben mejor que nosotros lo que ha de suceder!

Llegó el Profeta, entró en casa con Abú Talha y me dijo:

— ¡Venga, Um Salem, danos lo que tengas!

Volví a coger los panes que me devolvió Anas y los puse encima de la mesa; el Enviado de Dios ordenó que los desmigajaran. Saqué entonces mi odre lleno de grasa y aderecé las migas con su contenido.

Mahoma sonreía mientras me veía trabajar:

— ¡Que entren los diez primeros Compañeros! —ordenó.

Entraron entonces diez personas y comieron hasta hartarse. Luego salieron.

El Profeta repitió la orden y entraron otros diez, comieron a su vez y salieron... Otras dos veces hizo el Profeta lo mismo; cuando miré lo que quedaba en la mesa ¡advertí que aún había suficientes migas para que el Profeta también pudiera comer!

Sí, puedo asegurarlo, insistió Um Salem, puedes preguntárselo a Abú Talha y a Anas, que estaban presentes: aquellos panes se multiplicaron y, gracias a la bendición del profeta, bastaron para toda aquella gente.

Poseída esta vez no por la admiración, sino por la nostalgia, Um Salem me contó lo que le ocurrió una extraña noche, que fue al mismo tiempo de amor y de luto.

Um Salem, viuda de Malik, de quien había tenido a su hijo Anas, no quiso volver a casarse durante muchos años; eso fue antes de la hégira. Después, no aceptó casarse con Abú Talha hasta que éste se islamizó.

Tuvo otro hijo, Abú Omair.

Un día que el Profeta descansaba, en el momento de la siesta, en casa de Um Salem, dióse cuenta del aspecto triste y del rostro macilento de aquel niño.

— ¿Qué es lo que tiene? —dijo, preocupado.

— Está así desde que el pájaro que criaba se escapó.

El Profeta bendijo al niño; durante meses siguió viéndolo así, con aquella mala cara. Le murmuraba dulces palabras acerca del pájaro, de la libertad de que gozaba, de su felicidad allá en el cielo, del día en que habría de regresar... Abú Omair escuchaba; pero no se animaba. Y cayó seriamente enfermo.

Por entonces Abú Talha hubo de ausentarse de Medina a causa de ciertos asuntos. Pasaron algunos días y Abú Omair no mejoraba; finalmente, murió una mañana, precisamente el día que esperaban a su padre.

Entonces Um Salem demostró su entereza de corazón. Aún puedo escucharla:

— Me levaté —recuerda—. Lavé a mi hijo; lo purifiqué con perfumes y con suak. Lo envolví con el sudario. Luego lo cubrí con una tela ordinaria, una manta ya gastada, y lo dejé tendido en un rincón. Ordené a los servidores: «Que nadie diga nada de esta muerte a Abú Talha cuando llegue. Yo en persona me encargaré de ello, que el Señor me asista».

Abú Talha llegó poco antes del crepúsculo. Ya antes me había dado tiempo (¡y había tenido valor!, suspiró) de perfumarme, de adornarme como cuando una esposa desea demostrar que aguarda con impaciencia el regreso del amado... Hice un esfuerzo por no hablar de nada; lo recibí con solicitud y me dispuse a servirle yo misma la cena.

— ¿Qué hace Abú Omair? —preguntó él.

Supe que deseaba besarlo y tranquilizarse respecto a su estado.

— ¡Está mejor! —afirmé—. Acabó de cenar poco antes de que llegaras y he tenido que mandarle a dormir para que descanse... (Después de un silencio añadí sin volverme): Mañana lo verás. Estáte tranquilo, oh Abú Talha.

Una vez sosegado, cenó. Luego, al verme engalanada para él, se apresuró a recibir de mí lo que cualquier hombre espera de su mujer.

Um Salem, los ojos bajos, calló un instante: leí en su rostro la turbación, la misma de aquella noche tan extraña en que, en su corazón de mujer, mezcláronse el amor y la muerte... Y continuó, la voz más firme:

— Poco antes del alba, cuando Abú Talha despertó (yo, la verdad, no pude pegar ojo), tras preparar cuidadosamente el terreno, le dije: «Oh Abú Talha, ¿qué piensas que se debe hacer cuando la gente presta un bien a los demás? Cuando el propietario o los

propietarios lo reclaman, ¿se ha de devolver o han de quedárselo aquellos a quienes se prestó?»

—¡Sin duda —respondió sorprendido mi esposo—, han de devolverlo! ¡Ésa es la primera regla de la honradez!

—Pues bien —respondí yo tras una vacilación—, considera que nuestro hijo Abú Omair es el bien que Dios nos prestó. ¡Y ayer lo reclamó!

Me levanté sin mirarle cuando se incorporó en el lecho («¡Oh Señor! —murmuró— ¡Oh Mensajero!»). Le acompañé hasta donde se hallaba nuestro hijo, cubierto con el sudario. Ante el cadáver elevamos juntos la plegaria del alba. Recuerdo que había visto a Abú Talha inmovible en muchas circunstancias difíciles; aquella mañana se arrodilló y se postró como si estuviera ausente de sí...

—¡Da gracias a Dios! —repetí yo varias veces para reconfortarle.

Él no decía nada. Salió en silencio; más tarde supe por Anas que acudió muy temprano a casa del Profeta. Acucillado en el polvo, aguardó un buen rato ante la puerta de sus mujeres.

Abú Talha contó al Profeta de un tirón su regreso el día anterior, nuestra noche, mis palabras de la mañana. Anas asegura que oyó exclamar dos veces al Mensajero cuando estaba con Abú Talha:

—¡Que el Señor bendiga vuestra noche!

Abú Talha se sosegó e inmediatamente se ocupó de inhumar a su hijo.

Algún tiempo después de esa noche anuncié a Abú Talha que estaba embarazada. No dudaba que, gracias al deseo del Profeta, Dios me daría un nuevo hijo que reemplazaría al que se me había muerto».

Ahora soy yo, Um Harem, quien recuerda el parto de Um Salem el año siguiente. Me llamó a su lado con los primeros dolores; yo, temerosa por su salud, pues ya no era muy joven, no me separé de ella.

Tuvo, en efecto, un niño. Cuando recobró el conocimiento, Um Salem dijo que por el momento no iba a darle ni un trago de leche.

—No le daré yo el nombre —decidió— y que su padre, Abú Talha, renuncie a ello también.

Luego ordenó que fueran a buscar a Anas, y después se durmió durante unas horas.

Al alba del día siguiente, Anas, que había acudido, se encargó de llevar al lactante, envuelto en sus ropillas, a presencia del Profeta (¡que la gracia del Señor le sea concedida!).

—Mi madre —dijo Anas a Mahoma— acaba de dar a luz este niño. No quiere darle ni una gota de leche antes de que tú le des alimento.

El Profeta sonrió.

—¿Qué llevas encima tú de alimento, oh Anas?

—Tengo unos cuantos dátiles frescos —respondió Anas.

El Profeta tomó un dátil, lo masticó durante unos instantes, se lo sacó después de la boca y lo puso en la del bebé. Éste se puso a chuparlo con vigor. Mahoma lo observaba y exclamó con divertido júbilo:

— ¡Ah, cómo les gustan a los ansares los dátiles!

— En verdad —añadió Anas ante mí, pensativo— que la paciencia del Profeta con los niños de cualquier edad no tenía límites.

Después seguí, continuó, con la segunda petición de la madre:

— Mi madre te ruega también que le des nombre al niño, oh Mensajero —le dije.

— ¡Se llama Abdalá! —respondió él inmediatamente.

El relato de Anas sobre lo sucedido aquella mañana se detiene ahí. Yo veo crecer ahora a ese segundo sobrino, Abdalá ibn Abú Talha. Apenas tiene siete años y es ya muy vigoroso: atento también, y escrupuloso a pesar de su edad tan precoz, aplicado en aprender el Corán y rezar sus plegarias...

— Oh Abdalá —le digo—, con tal bendición del Profeta veo en tu destino que tendrás al menos siete hijos varones que, como tú, se aplicarán en aprender bien el Corán.

Um Salem me oye soñar en voz alta. Guarda silencio. Tan sólo por el relato de aquella extraña noche en que supo devolver al Señor su segundo hijo al tiempo que gracias a él concebía el tercero, Um Salem sigue siendo, para mí, la más preciosa de las rawiyas...

Soy Um Harem, la tía materna de Anas ibn el Malik, cuya fama, lo sé —tiene ahora menos de veinte años y ya tanto el primer califa, Abú Bekr, así como su mayor allegado, Omar ibn el Jattab, le consultan—, crecerá...

También soy tía del pequeño Abdalá ibn Abú Talha, que dejará descendencia de lectores y recitadores del Libro. Soy la hermana de Um Salem, casi siempre silenciosa... Que el Señor me la guarde y que me conceda, aunque soy más joven, morir antes —por qué no durante un viaje por mar, tal como en un sueño me vio en tiempos el mismo Profeta (¡que la gracia del Señor le sea concedida!) mientras se reía.

LA EXTRANJERA, HERMANA DE LA EXTRANJERA

«Sé bien», murmuró Sirin para sí, «sé muy bien lo que un día habré de decir en voz alta». Y contempló aquel círculo de niños, de pequeñas de ojos adormecidos que, por el momento, era su único auditorio.

«La Cristiana», como decían algunas vecinas (en voz muy baja desde luego, celosas aún, pues Sirin se islamizó nada más llegar a Medina, lo mismo que su hermana menor, Marya, hacía de eso algo más de cinco años), suspiró. «¡Tanto como decir cinco décadas!», pensó Sirin, levantándose para preparar a los niños la papilla de costumbre.

Siempre era igual: cuando Marya se iba de casa de Sirin (Marya visitaba a su hermana una vez a la semana), ésta, con el alma inundada de nostalgia, reunía a toda prisa a su prole: Abderramán, el mayor, de cuatro años, gracias a cuyo nacimiento consiguió plenamente la condición de mujer libre, y las dos niñas que se seguían y que no se parecían en nada (una de ellas era de piel clara, blanca, con los ojos inmensos, como su tía Marya, la otra morena y endeble). A ellos tres había que añadir dos hijos de las otras coesposas de Sirin.

Estas últimas evitaban ir al aposento de la «cristiana»; sus conversaciones en el patio común se reducían a mínimos intercambios. Sin embargo, le mandaban a los niños cuando las molestaban: sabían que Sirin sólo estaba alegre cuando tenía chiquillería alrededor.

Los ponía en círculo, como hoy, y, comprendieran o no, les contaba cosas en voz alta, en un tono casi ceremonioso, como si se tratara de un auditorio de adultos. «Todo», esto es, para Sirin, su pasada vida en Alejandría, sus recuerdos de infancia en la gloriosa metrópolis... Revivía en voz alta las fiestas cuyo colorido no podía olvidar. Se llenaban entonces las calles de familias, y sobre todo de niños: vestidos de fiesta, marchaban en procesión hasta el río en medio de ruidosos cortejos de bailarines. La «noche del Baño», como se llamaba aquella fiesta, unos montaban en barcas y otros muchos se quedaban en la orilla... Las palabras coptas regresaban a la boca de Sirin, que recordaba que aquella noche era denominada también «fiesta de las lámparas ardientes».

¡Y aquellos días en que los niños paseaban desfilando porque llevaban

tortas con huevos duros pintados de vivos colores! Sirin se veía niña aún, con la edad de sus hijas, que la escuchaban con los ojos completamente abiertos; se veía con las manos ocupadas por dos huevos ornamentados tan suntuosamente a pincel que no consintió en romperlos para comérselos... ¡Conservar el objeto policromo, hecho de ese modo eterno!

Y muchos más recuerdos fosforescentes, imágenes flotantes en un río de música ininterrumpida que bramaba (címbalos y tambores acompañando juveniles coros...). ¡Y siempre las calles de Alejandría, siempre aquella prolongada luz del alba o aquellas noches iluminadas! Las mujeres alrededor de ella y de su hermana, con guirnaldas en el pelo, se regalaban cestas de higos — ¡los maravillosos higos de Alejandría!— y de granadas. En los cementerios se distribuían dátiles entre los pobres.

¿Para qué recordar aquella abundancia? Salvo los que van con las caravanas, salvo las damas emigrantes que vivieron algunos años en Abisinia, ¿cómo podría imaginar la gente de aquí tanta riqueza?...

Al final de sus relatos ante aquel público adormilado o pasivo, Sirin se ponía a cantar en copto; tenía una voz armoniosa, a veces desgarrada. Recordaba que a los seis años la eligieron en aquel santuario cuyas dimensiones, majestad y apariencia, aún tenía presentes, ¿acaso fue ayer? Siete sacerdotes con sus vestimentas litúrgicas cargadas de oro encendieron, uno detrás de otro, el pabito de un enorme cirio, mientras que un hombre (su padre enfermo, creía recordar) era conducido con dificultad para que lo ungieran con los sagrados óleos. Y Sirin cantaba, cantaba como si su voz, que se escapaba en un vuelo cada vez más rápido, ya no le perteneciera. Canta hoy en un volumen algo más bajo aquella misma melopea, que en Medina se hace nostálgica cuando allí vibraba triunfal...

—¡Sólo con que el islam se envolviera también en cantos de niños y de mujeres —suspiró—, habría manifestado una fe palpitante, parecida a una pasión amorosa! ¡Eso me habría permitido salvar la lejanía con la ciudad de mi infancia!

La mayor parte de los hombres de aquí parecían ásperos, y sus mujeres, desconfiadas, advertían sólo confusamente lo que ella y Marya habían dejado atrás. Y sin embargo, en los últimos días, cuando pasaron a ser cautivas porque sus padres, de ascendencia persa, habían sido hechos prisioneros y luego enviados Dios sabe adónde por el nuevo patriarca de Alejandría, el terrible Ciro... (Ciro el Caucasiense, el Mokaukez, decían aquí, respetándole como a un rey magnífico), Sirin recordaba que con doce años, en compañía de su hermana, la habían llevado ante la presencia de éste. Las contempló de arriba a abajo con su impasible mirada de tirano y decidió enviárselas a Mahoma como regalo —a ellas más una burra y una mula cargadas de piezas de lino de todos los colores—. Solas, acompañadas por un eunuco y seguidas por el embajador de Mahoma, que había llegado de Medina con una correspondencia diplomática.

Su largo viaje duró semanas; llegaron al alba a aquella ciudad rodeada de palmeras que casi les pareció un pueblo.

Sirin tuvo la suerte de tener poco después por esposo al poeta preferido del Profeta, Hassan ibn Thabit. Durante cinco años Hassan no pareció advertir que la única sed que experimentaba Sirin era de cantos. Habría podido repetir sus improvisaciones en el acto, modularlas, ampliarlas, hacerlas más trágicas o más dolorosas, pero Hassan no recitaba nunca ante ella. Más aún, una vez, mientras que ella, vuelta la espalda, amasaba una cocción de raíces para un ungüento y se dejaba arrastrar por el canto en su lengua materna (¡había que aliviar las heridas que no se pueden contar!), él entró de improviso. Apenas concluyó ella su triste canto, Hassan notificó su presencia mediante una observación agríndice:

—¡Creí que estabas islamizada!

—¿Acaso es contrario al islam emplear la lengua del padre y de la madre?

Él dudó, pero no dejó ver que se excusaba:

—Desde luego que no —protestó—, pero ojalá pudieras atenuar el acento extranjero que aún se te nota cuando hablas en árabe.

«¡Sólo mi corazón y su transparencia cuentan ante Dios!», iba a replicar, pero guardó silencio. Después de todo no era más que una concubina, no debía olvidarlo. También era verdad que Hassan, el poeta preferido de Mahoma, desde que llamaba a Sirin «Um Abderramán» (madre de Abderramán), estaba muy orgulloso de verse vinculado a la propia familia del Profeta gracias a aquel hijo. Pues Marya, la hermana de Sirin, había dado un hijo a Mahoma —un hijo muerto, ay, a los dos años—. ¡Mas, pese a aquella muerte precoz, Abderramán, hijo de Hassan y de Sirin, seguía siendo primo de Ibrahim, hijo de Mahoma!

Más que de todos los honores literarios de que había sido beneficiario en vida de Mahoma, se enorgullecía Hassan ibn Thabit de aquel parentesco inesperado que nunca se habría atrevido a soñar.

Delante de su esposo Sirin no hablaba más que en árabe. De ahí tal vez, en los últimos dos o tres años, aquel deseo irreprímible de recordar, al verse sola —«sola», es decir, con los niños—, aquellos tiempos.

«Aquellos tiempos» quería decir lejos, lejos de Medina, en aquella ciudad, Alejandría, con la que ahora soñaba todas las noches, a veces reaparecía la mirada terrible de Giro, el patriarca, al que no había visto más que una vez, pero que la había helado de terror. ¡Cuán apacible y de radiante suavidad le había parecido el rostro de Mahoma al término del largo y polvoriento viaje de la caravana «de los regalos»!

Las noches se llenaban de imágenes de multitudes que se arrojaban en oleadas regulares al río cuyas aguas subían y después enrojecían poco a poco, de manera que algunos aseguraban «que las aguas del río se transformaban en vino». Risas, cantos, estallido de címbalos, danzas ligeras de niños pequeños

aquí y allá.

Todos los días, cuando amanecía, mientras que en la sombría casucha Hassan se inclinaba para la primera plegaria, Sirin remoloneaba en la cama y resonaban en sus oídos las fiestas de Alejandría. ¿Seguía siendo de veras «la Cristiana»? ¿Acaso tenían razón sus vecinas, sus rivales? Sirin dudaba entonces de sí misma. Se obligaba a levantarse y comenzaba su jornada de madre: despertar al único hijo varón, lavar a las niñas; los pequeños gestos volvían y Sirin regresaba a un presente de silencio, de duro sol, de penumbra en los frescos patios. Tras la siesta, por lo menos cuando no era «su día» con Hassan, volvía a convertirse en la contadora de historias para niños, en la cantora melancólica y exiliada.

Marya la Copta, a la que todos llamaban respetuosamente Um Ibrahim, visitaba a Sirin todas las vísperas de viernes.

Llegaba velada por completo (un velo de lino muy suave de un color azul verdoso, un matiz raro), sepultado el rostro, reconocible la silueta por su esbeltez y elegancia. Caminaba delante de ella el eunuco, medio encorvado, pues ya se hacía viejo. Iban con Marya dos criadas, una de ellas una joven negra, que llevaban algunos efectos —paquetes que contenían sorpresas para los niños.

Entonces las coesposas de Sirin se esforzaban en mostrarse educadas, amables casi sin fingimiento. La reunión de mujeres tenía lugar en la parte sombreada del patio, bajo una palmera. Tal o cual anfitriona sacaba ostensiblemente de su habitación bien un cojín de seda, bien una bandeja de plata, bien un abanico...

Marya se sentaba con su habitual sencillez, abierta a todas, y escuchaba sus palabras joviales o respondía a preguntas sobre su salud o su bienestar. Sirin, feliz por la simple presencia de su hermana pequeña, gozaba al ver la admiración con que los niños miraban a la invitada. ¡Dios mío, que hermosa seguía siendo Marya! Más que hermosa, resplandeciente.

Sirin sabía que, cuando Marya se fuera, todas recordarían lo que las mediníes decían siempre acerca de «la mujer copta del Profeta»: cómo éste, en vida, había estado siempre subyugado por el encanto —la palabra no era en absoluto exagerada— de Marya, desde el mismo momento en que llegó. La claridad excepcional de su tez, la luz que desprendían sus ojos, la infantil redondez de sus mejillas, el espumoso ensortijamiento de sus finos cabellos, la frágil timidez de su sonrisa. Sí, tan pronto como Sirin volviera a su cuarto tras irse Marya, las mujeres volverían a hablar de todo, de los vivísimos celos que algunas de las esposas del Profeta habían experimentado ante la atracción manifiesta que Marya ejercía sobre Mahoma, celos aún más visibles en Aisha, «la favorita».

—La favorita, dicen —refunfuñaba Sirin, yendo y viniendo en sus tareas domésticas—. Yo veía cómo se comportaba el Mensajero con mi hermana, y por

eso sé que, en conjunto, la favorita, la que le arrebatava los sentidos y el corazón, era Marya...

Y esto, hoy, no es más que el comienzo del monólogo de costumbre de Sirin. Incluso en aquel tercer año desde la muerte del Profeta que ahora empezaba, Sirin comprendía que había de guardar silencio sobre la unión entre Marya y Mahoma. «Sí, he de guardar silencio por el momento», pensó Sirin: cualquier testimonio que diera inocentemente, con fidelidad, sobre aquel asunto levantaría las sospechas de la más joven y respetada de las Viudas. Respetada también en tanto que hija del califa y guardiana de la tumba del Amado... Sirin pensaba acerca de aquella relación de fuerzas en una neblina del pensamiento; a veces sufría por no tener confidente alguna. Con su hermana Marya nunca, ni siquiera a solas, mencionaba el asunto: como si ante el agua pura de los ojos de Marya, ante su inocencia, Sirin repugnara enturbiarla con cualquier problema.

Además, las tardes que Um Ibrahim la visitaba, Sirin, aunque pensase que Hassan ibn Thabit podía entrar en la habitación, volvía a canturrear sus viejas melopeas. El pequeño Abderramán se quedaba entonces apresado en sus rodillas; escuchaba, el rostro tenso, aquella habla incomprensible para él. Más tarde habría de recordarlo, aunque de otro modo.

Poco después, Sirin se atrevió a decirle un día al padre de Abderramán:

—Estoy segura de que Abderramán, mi hijo, será también poeta.

—Y su hijo también lo será —replicó Hassan—. Mi padre, que era amigo de Abdú el Mottalib, el abuelo de Mahoma, ya lo era.

Sirin no quiso decir que viera a Abderramán poeta, sino otra cosa: el niño la escuchaba con ojos febriles cuando ella cantaba sólo para él. Y serían aquellos acentos, Sirin estaba segura de ello, lo que daría más tarde a sus versos una sonoridad peculiar; no, extranjera.

Veinte años después, o más, Abderramán, hijo de Hassan ibn Thabit, contará a Mondir ibn Abid, que se lo contará a Osaima ibn Zeid, que se lo contará a Mohammed ibn Omar —y en esta transmisión tan precisa el *isnad*, o cadena islámica, será aceptado por los tradicionalistas más recelosos—, Abderramán, en fin, recordará:

—Mi madre, Sirin, me dijo un día: «Cuando el pequeño Ibrahim, hijo del Profeta, estaba agonizando, nos encontrábamos Marya y yo en la habitación al mismo tiempo que él (que la salvación de Dios lo acoja), a la cabecera de su hijo... Mi hermana y yo llorábamos, gemíamos, y Mahoma nada nos decía. Ibrahim murió. ¡El Profeta nos pidió entonces que no llorásemos de manera tan ruidosa!»

Sirin es ya una mujer madura; su hijo, poeta consumado, la escucha; ella piensa en su hermana Marya, que murió tan sólo seis años después que Mahoma.

Sirin, melancólica, recuerda:

—Cuando Ibrahim murió, lo lavó Fadl ibn Abbas, el primo hermano del profeta. Mahoma, sentado, contemplaba cómo lavaban a su hijo y no manifestaba de ningún modo su vivo pesar... Seguramente el último dolor, pues por desdicha su hora le llegó tan sólo un año después. Vi luego a Mahoma al borde de la tumba que cavaron para su hijo. Abbas, su tío, se encontraba a su lado. Descendieron a la tumba los dos jóvenes, Fadl y Osaima, el hijo de Zeid y de Um Ayman. Todos «gente de su casa».

Sirin dejó de hablar y se quedó pensativa mientras su hijo Abderramán esperaba. Estaba acostumbrado a sus repentinas ausencias, a sus ensoñaciones del pasado.

—¿Estás pensando aún en el día de la muerte de Ibrahim? —preguntó por fin aquel que era viva imagen del primo hermano que no lo había conocido, el propio hijo del Profeta.

Entonces sonó la voz en árabe de Sirin la Gopta, como la de cualquiera de las centenares de rawiyas de Medina o sus alrededores:

—Aquel día hubo un eclipse de sol. Entonces la gente, revuelta, dijo: «¡Es por la muerte de Ibrahim, el hijo de nuestro Profeta!» El Profeta, que había vuelto a la habitación de Marya para meditar, Cuando le contaron aquello, replicó molesto (aún escucho el tono de su voz): «¡No hay eclipses de sol ni por la muerte ni por la vida de un ser humano, sea quien sea!»

Sirin guarda silencio. Hace años que no tiene recuerdos en la lengua de su padre y de su madre... Sirin, Um Abderramán y hermana de la bellísima Um Ibrahim.

Más tarde, Sirin, después de tener su segundo hijo, Mohamed, y en compañía de su hija mayor, Safya, abandonará Medina y se marchará a Basora, en Iraq, donde morirá.

Encontramos huellas de su descendencia en esta localidad. Más aún, «la casa de Sirin» será un lugar conocido en esta rica ciudad al menos hasta más o menos el año 150 de la hégira, en tiempos de sus bisnietos. «La casa de Sirin» desempeña entonces el papel de un remanso de paz, lugar de refugio para las mujeres esclavas, para las sirvientas atemorizadas, en un tiempo en que la opulencia de la nueva sociedad —compuesta también por cristianos refugiados, esclavos y libertos de diversas razas— ocasiona injusticias inevitables, violencias internas.

Un mínimo incidente —entreverado en la biografía de una piadosa personalidad, ibn 'Aun, casado con una bisnieta de Sirin— nos permite vislumbrar una estela de ternura tras la vida de Sirin la Copta: una sirvienta que trabajaba en casa de ibn 'Aun provoca náuseas a éste al presentarle «una olla de la que sale un fuerte olor a ajo». Él apenas refrena su cólera: aterrorizada, la muchacha huye «a la casa de Sirin». Humilde detalle de una humilde vida cotidiana...

Sirin resucita; su vida, que empezó en Alejandría, se ha vinculado a

Medina, como si en fraternal compañía de la bella y tierna Marya hubiera llegado allí para cuidar de los pocos años de felicidad pura de Mahoma... Convertida en mujer libre en tanto que madre del poeta Abderramán, hijo de Hassan ibn Thabit, la vemos abandonar finalmente Medina, pero no para regresar a sus parajes de infancia (aunque Egipto se ha convertido en provincia musulmana), sino para ir más al este aún: para morir en Basora como exiliada permanente, protectora de las sirvientas, de las esclavas, de las mujeres sin amparo.

VOZ DE ATIKA

No, mi voz no será hoy la de mi poesía, ya que durante todo este último año jóvenes y viejos de Medina han repetido demasiado a menudo los lamentos rimados que improvisé en el entierro de Abdalá ibn Abú Bekr, el tierno, tiernísimo hijo del vicario del Enviado de Dios... ¡Abdalá, mi primer marido, mi gran amor de tantos años!

No, mi voz no será la de mi poesía, ya que hoy, que es el día de mis segundos esponsales, ahora con Omar ibn el Jattab, el más cercano consejero de Abú Bekr, me he convertido en «la que olvida». Pero yo no olvido nada.

Verdad es que le hice a Abdalá juramento solemne de nunca volverme a casar si él moría antes que yo. ¡También es verdad que ese juramento lo hice a petición suya, en circunstancias muy especiales!

Y es que Abdalá me amó con verdadera pasión, como tal vez nunca haya amado hasta hoy un musulmán a su esposa. Y todos lo sabían. Hasta el punto de que —sucedió esto aún en vida del Profeta— Abú Bekr, pese a su naturaleza bondadosa e indulgente, se enfadó con su hijo.

Un día, Abú Bekr pasó por delante de nuestra casa camino de la mezquita. Abdalá y yo nos encontrábamos en tierna conversación, en una terracita donde tomábamos el fresco; Abú Bekr, al pasar por debajo, escuchó nuestros murmullos. Nosotros seguimos nuestra charla: en aquel tiempo, es verdad, a Abdalá se le había metido en la cabeza rivalizar conmigo en justas de improvisación poética: poco importaban los temas, aun siendo los más disparatados (si nos convertíamos en pájaros en el azul del cielo, si nos perdíamos en el desierto, si recordábamos de repente haber sido Adán y Eva...). ¿Hasta ese punto era sacrílega tanta libertad de conciencia, de suave embriaguez entre dos personas?

Y es que Abdalá, que para los demás debía de parecer demasiado tierno, y sobre todo demasiado enamorado, hasta el punto de que descuidaba muchas actividades habituales para poder conversar conmigo, me había avisado que deseaba «vencerme en mi propio terreno», es decir, en la poesía.

—¡Quiero aprender de ti tanto el caudal de palabra como su factura rítmica y su sonoridad!

Y añadía, confidencial:

—¡Para expresar así mejor mi amor por ti, del que no me canso!

Así debíamos de estar hablando aquel día cuando, una hora después, volvió a pasar Abú Bekr es Seddiq. Entonces interpeló a su hijo con desabrimiento: en ese momento adiviné la tormenta.

—Oh Abdalá —exclamó—, ¿has rezado tus plegarias?

—Padre —respondió mi marido, asomándose con total buena fe a la balaustrada— ¿están ya los fieles en la mezquita?

—¡Así que tu mujer —exclamó en voz baja pero con dureza Abú Bekr— te hace olvidar tus deberes y tus obligaciones! ¡Estás en pecado a causa de tus sentimientos hacia ella! ¡Repúdiala, te lo pido!

Abú Bekr dejó caer de un tirón aquella respuesta aplastante, y luego se alejó.

Su hijo se hallaba ante mí, prácticamente hundido. Pálida y tensa la cara, su delgado cuerpo encogido sobre sí mismo, no dijo una palabra: ni un suspiro, ni una queja. Yo veía el sufrimiento contraerle el rostro, hasta el punto de olvidar, por mi parte, sentir cualquier cosa.

Finalmente alzó la cabeza y murmuró sin mirarme:

—Mi padre tiene razón: te quiero demasiado, oh bienamada. He de repudiarte, ay, ahora mismo.

No pronunció la fórmula más que una vez. Me apresuré a alejarme inmediatamente de él. Fui a mi cuarto a enclaustrarme, a olvidarme del mundo y de mí misma. Y del amado.

¿Qué diré de nuestro sufrimiento en las semanas siguientes? Sí, mi fama de poetisa circula por las mansiones de Medina. Pero poco me importa: supe que durante aquella separación forzada Abdalá sufrió con tal intensidad que alcanzó vuelos poéticos de los más desgarradores que he conocido. Mas aquel don de poesía que se avivó en él fue para nosotros liberación.

Una noche en que Abú Bekr no conciliaba el sueño y velaba en su jardín, escuchó algo más abajo desplegarse las quejas de su hijo Abdalá en desesperados versos:

«Oh, Atyka, jamás he de olvidarte.
mientras el viento del este haga correr sus ráfagas,
mientras la luna sonría a las enfebrecidas palomas,
No, jamás he de olvidarte.

Oh, Atyka, por todas las gracias iluminada,
por el pudor y la castidad protegida,
¿Qué hombre, sino yo, repudiar ha debido
a una mujer así, por sus cualidades justamente?»

Abú Bekr se conmovió sobremanera y comprendió entonces que Abdalá jamás olvidaría a Atyka. No. Sufría: incluso era posible, se dijo Abú Bekr, que reconocía en aquel hijo una emotividad al menos tan grande como la suya, que no llegara a consolarse

nunca. «¿Habré causado yo, su padre, la desdicha de mi hijo, de tan tierno corazón?», se reprochaba.

A la mañana siguiente, después de la plegaría, Abú Bekr hizo llamar a Abdalá.

— ¡He oído esta noche, y muy a pesar mío, los versos que declamabas a la luna!

Abdalá guardaba silencio, gacha la mirada.

— ¡Me han dicho que no has repudiado a tu mujer más que una vez! El plazo legal no ha concluido. Si deseas volverla a tomar y ella lo desea también, no pondré ninguna objeción.

Entonces, presa de una efervescencia que no conseguía dominar, Abdalá improvisó:

«Va y viene así la voluntad de Dios entre las gentes,

un amor llega, una separación viene,

Tal has regresado a mí tú, a quien Dios ha embellecido el rostro».

E inmediatamente hizo llamar a un joven esclavo llamado Ayman.

— ¡Oh, Ayman, eres libre!

Y, dirigiéndose a aquella parte de la morada donde me encontraba yo aislada desde hacía semanas, Abdalá no paraba de repetir lo que había respondido a su padre:

— ¡Te tomo por testigo de que vuelvo a tomarla!

Y, respirando emoción, se presentó ante mí:

«¡Mi corazón, separados, era un pájaro extraviado!

Y tan pronto como la voluntad de Dios te ha hecho volver

Helo aquí por fin sosegado, aliviado...

¡Y en ti, oh amada, tan sólo veo magnificencia!»

Y en tales circunstancias, al abrigo de aquella recuperada felicidad, Abdalá decidió hacerme un regalo excepcional.

— En mi parte del botín del pasado año me correspondió uno de los más hermosos huertos, y lo considero demasiado bello para mí. Y he decidido, oh Atyka, hacerte donación de él a partir de hoy mismo.

Vaciló un instante y añadió:

— Quisiera pedirte un favor a fin de festejar este día: puedes aceptar o negarte; la donación seguirá en pie.

— ¿Cuál es tu voluntad? —pregunté.

Abdalá se puso algo pálido y confesó:

— Mi más intenso deseo es que me prometas que, si muero antes que tú, no pertenecerás a otro.

Me refugié en sus brazos.

— ¡Oh bien amado —respondí, trastornada ante la idea de su posible muerte—, te hago esa promesa con todo mi corazón! Es más, no aceptaré el huerto sino a cambio de mi promesa, ¡Dios sea testigo!

Pero ¡ay! Abdalá participó en la expedición de Taif que dirigió el Profeta en persona

a finales del año 8 de la hégira. Mahoma se llevó con él a dos de sus esposas, Um Salama y Zeineb.

Abdalá combatió en la batalla como un héroe. En una escaramuza en la que se encontró solo sufrió graves heridas... Se lo llevaron agonizante, apenas consciente.

Um Salama y Zeineb, madres de los Creyentes, me refirieron durante mucho tiempo su valentía, su conducta en exceso audaz, como si en los años que vinieron después de haberme vuelto a tomar tuviera a gala mostrarle a su padre que en todo lugar, tanto en la mezquita como en el campo de batalla, él era el mejor.

Lo cuidé durante mucho tiempo. Y sufrió durante mucho tiempo. Consciente ya, soportando sus dolores sin quejarse y sin cansarse de verme a su cabeza, aunque insistía en que no dejase de ir a rezar a la mezquita, como era mi costumbre.

Desde su lecho de enfermo se interesaba por lo que resultaba para él inalcanzable: tras la muerte del Profeta, el estupor y el desasosiego de los fieles, la ascensión al califato de su padre, acerca del cual me interrogaba. Yo le contaba mis impresiones cuando, tras la plegaria, sorprendía desde mi rincón en la mezquita lo que los hombres decían... Y también lo que decían las mujeres, su inquietud ante la ridda de las tribus...

Abdalá se fatigaba en seguida; esbozando una fugaz sonrisa, me decía:

—¡Oh Atyka, recítame uno de tus poemas, de los antiguos o de los más recientes! Escuchándolo, me consolaré de mi estado, pues sé ya que no he de curarme.

Yo protestaba. Le recitaba entonces lo que quería: evitaba siempre la inspiración trágica y no le recordaba más que mis poemas de amor, dedicados siempre a él.

No, mi voz no será hoy la de mi poesía...

Cuando Abdalá murió consentí en improvisar una última vez... Seis meses después, Omar ibn el Jattab me hizo llegar una petición de casamiento. Dos veces le contesté que no deseaba consuelo alguno.

Algunos meses después insistió Omar en su demanda, y yo me limité a responder:

—Hice voto de no volverme a casar después de Abdalá ibn Abú Bekr. Con esa condición acepté como donación de Abdalá un huerto... ¡No me sería posible desdecirme!

La respuesta de Omar llegó aquel mismo día:

—Solicita una fetwa sobre ese extremo, y para ello nadie está mejor cualificado que Alí ibn Abú Taleb, el yerno del Profeta.

La intervención de Alí concluyó con el fallo siguiente:

—Puede volver a casarse, mas con la condición de que devuelva el huerto a los parientes del marido. ¡Así se verá libre!

Ni siquiera tuve necesidad de dar a conocer aquel veredicto: Aisha, hermana de Abdalá, que estaba informada de la petición de casamiento de Omar, le había dicho a su padre:

—Si se vuelve a casar, Atyka bent Zeid deberá entregar el huerto que recibió como regalo de mi hermano a sus herederos.

De tal modo se me adelantó. Pero yo quise presentarme ante Abú Bekr:

—Oh vicario del Enviado de Dios, como heredero que eres de tu hijo fallecido, igual que lo son sus hermanas y su hermano, deseo devolveros la donación que él me hizo en

vida. Me desdeciré así del juramento que hice, y que Dios me perdone. Acepto casarme con Omar ibn el Jattab.

Hoy he de casarme con Omar. En estos últimos tiempos muchas vecinas han venido a indagar o bien a advertirme:

— ¿Es que no sabes lo brutal y riguroso que es Omar con sus esposas? ¿Cuántos repudios no cuenta, a menudo a petición de ellas, que no soportan durante mucho tiempo no sólo su carácter, sino tampoco la excesiva frugalidad de sus costumbres...? ¿Y sus celos, que hacían sonreír al propio Profeta? Además tú, que tuviste la suerte de tener como esposo a Abdalá, conocido por su bondad.

Yo guardaba silencio. A veces interrumpía la catarata de consejos. Cómo decírmelo y explicármelo a mí misma: tal vez sea precisamente esa dureza lo que me atrae. Respondía entonces casi siempre recordando las conocidas cualidades de Omar; ¿cómo no iba yo, cuyos actos determina la piedad, a sentirme impresionada por la fuerza, compuesta de impetuosidad mas también de un altivo rigor, de aquel hombre? ¿Cómo no iba a desear estar cerca de un Compañero tan fuera de lo corriente? Creo adivinar que su rudeza exterior oculta la riqueza de un afecto salvaje... ¡Cuánta gente humilde, cuántas mujeres necesitadas, madres y huérfanas sin amparo no lo han encontrado antes!

¿Acaso soy mujer que pida la comodidad en la pareja, la seguridad de las costumbres y un horizonte reducido? Omar tiene una talla que supera el espacio de los días ordinarios. En cuanto a sus celos «suspicientes», como algunas sugieren, les haré frente; ¡no habré de temerlos, porque no me someteré a ellos!

La ceremonia de la boda se desarrolla con su habitual sencillez. Me encuentro en medio de las mujeres de mi familia y de Fátima bent el Jattab, hermana de Omar, de Hafsa, hija de Omar y madre de los Creyentes, de Aisha, madre de los Creyentes, de Esma bent Abú Bekr, su hermana, y también de Esma, la esposa de Abú Bekr. Comparto con todas ellas el almuerzo de bodas. Al lado, Omar ha juntado a varios de los Compañeros, sus amigos.

Después de terminar la comida (yo lo supe más tarde), Alí ibn Abú Taleb se dirigió a Omar.

— Tengo algo que recordarle a Atyka bent Zeid, oh Omar. Si me lo permites, dile que se cubra por completo y hazla venir ante mí, en presencia tuya, a fin de poderle hablar... (Vaciló un instante y añadió): ¡Algo tengo aún en mi corazón y debo decírselo!

Disimulando su sorpresa, Omar se levantó y me mandó decir:

— ¡Cúbrete por completo, oh Atyka! Alí ibn Abú Taleb desea hablarte. Preséntate ante nosotros.

Vino a llamarme un liberto. Las visitantes cuchichearon. Repetían el nombre de Alí ibn Abú Taleb. Aisha, madre de los Creyentes, me miró de hito en hito largamente, pero no dijo nada. Cuando rechacé por primera vez la petición de Omar corrió entre las mediníes la especie de que Alí deseaba casarse conmigo... ¿Creyó acaso entonces que yo me mantenía fiel al juramento que le hice a Abdalá? ¿Habría sentido admiración por esa fidelidad?

Me levanté. Cogí de entre mis cosas un paño largo de lino muy fino de un negro

sutilmente tornasolado. Lo doblé en dos y me cubrí por completo con él, de la cabeza a los pies.

— ¡La cara! —exclamó una anciana.

Por ser aquél día de fiesta, me contuve para no replicar: «¡Pero bueno, estamos en el año 12 de la hégira y ya han pasado casi siete años desde los versículos sobre los Velos, que no afectan más que a las madres de los Creyentes, y no a las mujeres ordinarias como yo!»

No dije nada. Ya expondré esos argumentos más tarde, cuando vuelva a mi cotidiana costumbre de ir a la mezquita del Profeta a rezar. Ya sabré yo misma, y por mí misma, aplicar los consejos de castidad en la indumentaria, que nada tienen que ver con el total acuitamiento del cuerpo.

— ¡La cara! —repitió otra, asustada ante la idea de que pudiera aparecer ante los hombres que estaban allí al lado con el rostro descubierto, aunque bajase la mirada.

Aisha, madre de los Creyentes, me observaba. Consideré que aquella boda era ante todo un día de alegría para todos, y sobre todo para Alí, para Omar, así como para las honorabilísimas damas que asistían a ella, y en primer lugar las mujeres emparentadas con mi primer marido. Nada de ostentación de independencia en el día de hoy: discreción, paciencia y piedad... ¿Acaso no dijo el Profeta un día a Abdalá ibn Omar, que luego lo contó: «Has de ser en este mundo como un extranjero o como alguien que está de paso...»? Ya me ocuparé yo en adelante de mi propia conciencia de creyente, ante Dios y ante su Mensajero, ¡y sólo ante ellos!

Tomé el chal —también negro, o acaso gris, me pareció— que me tendía una de las mujeres. Era una especie de gasa apenas transparente.

Con un movimiento, me lo puse en el pelo, sepultado ya en el lino negro, y lo dejé caer sobre la cara y el cuello.

El joven liberto me tendió la mano para hacerme acceder donde estaban los hombres. Como una ciega, casi un fantasma con largos velos oscuros, así tapada, me senté en el lugar que me habían reservado, un poco por encima de los hombres en cuclillas.

Vislumbré la elevada planta —así como el rostro, que formaba una mancha clara— de Omar, que se hallaba de pie, sin duda como inquisidor, y en cualquier caso como novio. No conseguí distinguir al yerno del profeta, que estaba sentado entre los demás. Éste tosió antes de hablar con áspera voz:

— Oh Atyka bent Zeid, el año pasado me dijeron que, estando ante la tumba de Abdalá ibn Abú Bekr (que Dios lo tenga en su seno), declamaste este verso:

«¡Juré, oh bienamado, que nunca más habré de sacudir de mi cuerpo el polvo de los días!»

Mientras Alí repetía aquel verso mío, uno de los asistentes se levantó y salió. Me dijeron después que fue el padre de Abdalá, el califa en persona, demasiado emocionado ante el recuerdo de su hijo... Guardé silencio. ¿No expresaba así mi asentimiento? Pero Omar, en pie, intervino enérgicamente, y hubo agitación en la sala.

— ¿Qué quieres decir con eso, oh Abú Hassan?

Yo, forma negra que así evocaba al muerto, al ausente, a Abdalá, aguardaba. Una

vez restablecida la calma, Alí respondió.

—Me he limitado a recordarle a Atyka bent Zeid que hay juramentos que, razonablemente, es difícil cumplir.

—Tú sabes bien, oh Abú Hassan —continuó Omar con vigor— que todas las mujeres son así: ellas son más emotivas que nosotros.

Yo, bajo mi velo, escuchaba con toda atención. ¡Así que era Omar, el duro, quien defendía ante Alí la causa de las mujeres! «Tan sólo porque está enamorado de ti», me diría más tarde una amiga... «No le sentó bien la intervención moralizante de Alí ibn Abú Taleb».

Aún tensa, oí que Alí volvía a tomar la palabra:

—Oh Omar, te recuerdo el versículo del Libro: «¡Es pecado ante Dios decir o prometer aquello que no se puede cumplir!» Nuestro deber, el tuyo y el mío, es recordar ese versículo a todos los creyentes, hombres y mujeres.

Se elevó de nuevo la algazara, provocada sin duda por los comentarios entre los asistentes. Yo, en posición dominante, pero tapada por completo, tuve la sensación de haberme convertido en un ídolo que gozase de una presciencia aguda que me permitiera adivinar otros enfrentamientos subterráneos. Mi persona no era más que un pretexto...

Alí ibn Abú Taleb concluyó con firmeza:

—¡Os deseo a ti, Omar, y a tu esposa, Atyka, la felicidad! ¡Esta amonestación se hallaba en mi corazón y quería hacerla salir! ¡Dios es grande, gloria a su Profeta cuyo mensaje permanece entre nosotros!

Uno tras otro, todos se levantaron. Rápidamente abandonaron la sala. El último, Omar, antes de seguirlos, se acercó a mí y levantó la ligera gasa que me cubría el rostro. Desde muy cerca, hasta el punto de percibir el hálito de su fuerte respiración, me examinó durante un buen rato. Yo levanté la vista, le miré fijamente con una sombra de sonrisa; me sentía tranquila, sin ningún temor. La expresión de su rostro me pareció sosegada:

—¡Alabado sea Dios —murmuró—, creador de la belleza en el mundo!

Después salió.

Una semana después, una vagabunda vestida de campesina se me acercó en la calle cuando, siguiendo la costumbre que había recuperado, acudía a la mezquita del Profeta para la plegaria del dhor.

—Oh esposa de Omar —me interpeló la desconocida —¿cómo es posible que tu esposo, que es tan celoso, te deje moverte con esa libertad?

—Voy a la plegaria —respondí—, a la mezquita, donde tantos recuerdos me aguardan: los sermones del Profeta y también, hoy, los de nuestro califa.

—Entonces ¿Omar te lo permite? —dijo con viveza.

—Omar es ante todo un creyente lleno de fervor. Y no olvida que el mismo Profeta dijo: «¡No impidáis a las servidoras de Dios que acudan a las mezquitas de Dios!» Omar tendría gran temor de desobedecer este mandato si me impidiera salir.

La desconocida me volvió la espalda sin saludarme. A la hora de la plegaria me encontré con Um Keltum bent Okba, esposa de Abderramán, así como con otras jóvenes

mezcladas entre las múltiples creyentes de edad más venerable.

LA QUE LAVA A LOS MUERTOS

Abú Bekr, llamado «Seddiq», es decir, «el amigo entre los amigos», llamado también «Atiq», es decir, «el liberado por Dios del fuego del infierno», según las palabras del Profeta, Abú Bekr, pues, primer califa del islam, está a punto de morir. No habrá sido califa más que durante dos años y tres meses.

Su enfermedad se prolonga durante quince días. Y designa como sucesor suyo a Omar, su principal consejero. Algunos expresan tímidamente un temor: «Omar es tan duro, Omar...» Abú Bekr repite en tres ocasiones el nombre de Omar y se muestra inflexible: «¡Omar —dice— es el mejor de los que quedan!» Abú Bekr está convencido de que Mahoma, que en el momento de la muerte y casi a punto de hablar, guardó silencio sobre su propia sucesión, habría designado a Omar en su lugar.

Luego Abú Bekr da instrucciones a su familia acerca de su persona. Designa a una de sus esposas, Esma, y a uno de sus hijos, Abderramán, para que tan sólo ellos lo amortajen. Abú Bekr, precisa el cronista, no quería que contemplasen su desnudez más que aquellas dos personas.

El día de su muerte, Esma y Abderramán lavarán el cuerpo. O, más bien, será Esma quien lo lave, mientras que Abderramán la ayudará a moverlo y a envolverlo en el sudario.

El moribundo pide también que lo entierren junto al Profeta, mas de manera que su cabeza quede a la altura de los hombros de Mahoma. La inhumación tendrá lugar en la propia casa de Aisha, viuda de Mahoma e hija de Abú Bekr.

Esma, hija de Omais, es, pues, la que lava a los muertos. Dos años antes lavó a Fátima, hija del Profeta. Esma, sin lazo de parentesco con Fátima, fue quien lo hizo: como si una predisposición natural, un conocimiento especial, cierto vigor o, más probablemente, una cualidad del alma, fuerza tranquila o piedad serena, la señalaran para esa tarea. Quizá la designó un círculo de mujeres compuesto al mismo tiempo por las viudas del Profeta y por las esposas y parientes de Abú Bekr, Omar y Alí.

En el momento en que el primer califa va a morir Esma tiene unos treinta

años. Abú Bekr es su segundo esposo desde hace menos de cinco.

En la parte de su crónica relativa a los cuatro primeros califas, Tabari hace uso de un procedimiento que conmueve tanto afectiva como estéticamente: y es que es en el momento en que muere el héroe, una vez narradas las circunstancias triviales o trágicas de este desenlace, cuando nos presenta al califa dándonos los detalles de su persona física y de su biografía familiar: el número de esposas legítimas y, eventualmente, de esposas esclavas, el recuento de hijos y de hijas que tuvo con cada mujer, en ocasiones la mención de las mujeres que no quisieron casarse con el héroe en cuestión...

Como si antes de bajar a la tumba el personaje «protagonista», nos proporcionara en persona, conciliador, los detalles irrefutables, pero de humana vanidad, que han rodeado su existencia terrestre. Como si tras las numerosas páginas que antes le han sido dedicadas, en las que su actuación como vicario era lo único que contaba, faltase esbozar *in extremis* las humildes precisiones sobre su persona inmediatamente antes de que la huella del hombre se imprima definitivamente en el corazón de los testigos y, a continuación, de los creyentes del islam.

Esma, hija de Omais, es recordada en el momento en que lava el cuerpo del califa, su esposo. Abú Bekr se casó con ella después de haberlo hecho con Koteila (que no le siguió en su conversión al islam y que se separó de él) y Um Rumam, madre de Aisha y de Abderramán. Esma es su tercera esposa, de hecho su segunda mujer en el islam. Todavía se casará después con una joven mediní.

Cuando muere, Abú Bekr deja tres esposas; habrá tenido tres hijos y tres hijas (entre ellos Abdalá, el mayor, que murió antes que él, y la benjamina, Um Keltum, que nacerá después de su muerte). De modo que Abú Bekr, situado en la historia islámica después de Dios y de Mahoma, y muerto a los sesenta y tres años, tras veintisiete meses de califato, parece simbólicamente abocado a la cifra tres.

Esma, hija de Omais: ¿por qué la eligió Abú Bekr de entre sus tres esposas vivas? ¿Era acaso su esposa preferida? ¿O se impuso la elección por el hecho de que dos años antes hubiera lavado el cuerpo de Fátima, hija amada del Profeta? Como si, al haberlo hecho, hubiera adquirido una bendición. Como si, a través de las manos de Esma que derraman la última agua sobre el cadáver apenas frío, un vínculo místico, un hilo invisible fuera a unir así la familia del Profeta con el primer vicario de éste. Con esa última ceremonia, la muerte de Abú Bekr se vincularía al día de la muerte de Fátima y, por intermedio de ésta, al bienamado Profeta.

Sí, cuando el agonizante Abú Bekr ordena que todos sus bienes, incluido el lecho en el que va a morir, sean entregados al Tesoro público —como el Profeta, que deseaba presentarse al Juicio final lo más pobre posible, aligerado de cualquier bien terrenal—, se reserva asimismo una promesa de bendición, una caricia irrompible: que, una vez muerto, lo lave su segunda esposa en el islam,

pues ella derramó el agua lustral sobre Fátima, «una parte de mí mismo», como dijo Mahoma.

El califa desea quedar ligado, al abandonar la tierra, a su amigo más querido, Mahoma, a través de sus mujeres: Mahoma rindió el alma en brazos de Aisha, hija bienamada de Abú Bekr, y ahora éste será lavado por Esma, que ya lavó a la otra hija predilecta, Fátima. La muerte le llega al primero en brazos de la esposa —hija del amigo—, mientras que el cuerpo de Abú Bekr será lavado por la esposa que es sin duda su favorita, pero también la amiga de la hija del Amigo. De tal modo, la muerte será para el «Nabi» y para su vicario algo realmente fraterno, que aproxima a los dos hombres, tan cercanos en vida, mediante una doble, una triple intercesión femenina.

Una especie de juego abstracto y brillante, un movimiento interior traslúcido se hace y deshace en torno a ese grupo de figuras: Mahoma, con su aureola de último de los Profetas, mas también con su presencia plenamente humana; Abú Bekr en frente, y al otro lado Aisha, joven de dieciocho años vinculada a los dos hombres; a continuación Fátima, silueta al mismo tiempo melancólica e indomable bajo el resplandor casi único del Padre, y, por último, detrás de ella, a su amparo, Esma, las manos tendidas hacia Fátima, los ojos aún alzados hacia Abú Bekr, que va a desaparecer. Así, Esma, «que lava a los muertos», se convierte, por encima de la desavenencia que separó al vicario de la hija del Enviado, en la posible sanadora. La que podrá hacer cicatrizar la herida...

Dentro de este marco, las relaciones entre hombres y mujeres se concretan en sus variantes más fecundas. Todo hombre virtuoso y sensual puede experimentar una relación densa y ambivalente con el mundo femenino de dos maneras distintas pero relacionadas: mediante la esposa amada, a menudo muy joven, que alimenta el deseo grave, y a través de la hija predilecta, muy cercana —a pesar de los hijos, y a veces debido a la ausencia de varón—, mujer hecha ya a la que envuelve con ternura no disimulada.

Para Mahoma en primer lugar, para Abú Bekr a continuación, la experiencia del amor conyugal —vivido sin duda como pasión única en el centro de la poligamia— no es discernible del afecto privilegiado que se siente hacia la hija convertida en esposa de otro, pero como prolongación del recuerdo del padre...

Una mujer-esposa muy joven separada del esposo por más de una generación —esposa de alma adolescente aún— y otra mujer que sigue siendo, a pesar de su casamiento, hija predilecta; otras posibilidades, otros vínculos soñados que solapan las épocas, auroras y crepúsculos de los amores de toda clase de naturalezas, unas castas y otras sensuales, se entrecruzan como silencios, como fantasmas. Y esa abundancia afectiva la subsume la roca de la amistad: entre hombres (Mahoma y Abú Bekr, en primer lugar) y también entre mujeres (Fátima y Esma, cuyo afecto mutuo se atestigua en muchos otros

relatos).

Para esos dos hombres cuyo destino se cumple cabalmente a los cuarenta años y en adelante, la madre, en cualquier caso, se encuentra ausente. Ese papel tan sobrevalorado en la vivencia masculina musulmana de nuestros días estaba casi desprovisto de contenido.

En sus comienzos, el islam se contenta con adoptar los valores de la maternidad a través de María, madre de Jesús (casto, por su parte, hasta su muerte). El tema de la maternidad había sido exaltado hasta la saciedad, glorificado hasta tal punto durante los siete siglos cristianos que precedieron, que parece normal verlo retroceder entonces.

Las mujeres-esposas, las hijas herederas, despiertan, en esa aurora del islam, a una nueva modernidad.

Esma podría no ser más que una sombra que se alzara en dos ocasiones, en circunstancias conmovedoras: a la muerte de Fátima y a la de Abú Bekr.

Se diría que, por discreción, nada más se nos ha transmitido sobre su persona, sobre su carácter. Como si tan sólo debiera acompañarla el murmullo del agua lustral que se desliza de sus dedos en la meditativa hora de esas dos ceremonias austeras en que el cadáver se alivia, en que los oficiantes no pueden repetir más que el nombre de Dios...

Ahora bien, en el episodio del postrer deseo del califa moribundo, al menos en el texto árabe⁷ de Tabari, Esma interviene en estilo directo:

«Ibn Hamid nos contó el hecho que le contó ibn Nada', que se lo oyó a Mohammed ben Abdalá, que se lo oyó a 'Atta ibn Abú Malika:

»Esma, hija de Omais, dijo:

“Abú Bekr me dijo:

” —Tú me lavarás.

” —No, no podré hacerlo —respondí.

” —Abderramán, mi hijo —dijo Abú Bekr—, te ayudará. Él derramará el agua”».

El episodio referido finaliza ahí, sin más comentarios, pero nos desvela, en una presencia vivaz, el careo de ambos héroes: Abú Bekr, moribundo, que formula un último deseo; su esposa que, por un breve momento, se niega. «No puedo» o «No podré soportarlo», dijo ella. ¿Se sobresaltó?, ¿suspiró?

La propia Esma, cuando cinco o diez años después (la cadena de sucesión no informa de las fechas) le contó la escena a 'Atta, hijo de Abú Malika, soslaya decir por qué, por un momento, se negó. Lo calla por pudor o por discreción natural.

7 La traducción francesa, la que lee el público no arabizado desde hace más de un siglo, es una traducción persa de Tabari... Por lo que se refiere a las «lagunas» de la versión persa en relación con Esma, esposa de Abú Bekr (y también sobre otras mujeres), cabe preguntarse si obedecen a la casualidad.

Muchos siglos después oímos ese «no, no podré hacerlo» («Lla attik!») de una Esma medio desfallecida ante el esposo agonizante y aún enamorado, que de ese modo confiesa su preferencia:

—Serás tú quien me lave —parece querer decir—... La caricia de tus dedos. El último contacto humano en mi cuerpo. Tú, la única que puede purificar una vez que venga la muerte, tú...

En ese relato del texto original hay en realidad un doble estilo directo, ya que es el propio recuerdo de Esma el que mucho después reconstruye el postrer diálogo conyugal: «Me dijo... Le dije... Me respondió». Ante este episodio privado se levanta dos veces un telón: escuchamos entonces las voces de los esposos como si se vieran fragmentadas:

—Abú Bekr me dijo: «Lávame» o «Tú me lavarás».

No sabemos si el deseo del moribundo intenta enmascararse bajo la autoridad del esposo-califa. ¡Qué importa! Nos incumbe revivir la carga emotiva de la negación. El «no podré hacerlo» de Esma significa, claro está, «no tendré fuerza física para lavarte yo sola...» ¿No son los llantos, la debilidad causada por el pesar, lo que le quita la fuerza a la futura viuda? Su voz desfallece; con más razón, cuando Abú Bekr exhale el último suspiro, serán sus manos y sus brazos los que habrán de flaquear...

Mas él insiste. Se empeña. Así lo sugiere Abú Bekr —(empuje neutralizador de la lengua que deja preñado de secreto el trasfondo, y con ello la profundidad de los corazones)—, que responde con sobriedad:

—Abderramán, mi hijo, te ayudará. Él derramará el agua.

El episodio se cierra ahí; al menos ahí lo interrumpe la memoria de Esma al dar más tarde aquel testimonio al primero de los transmisores.

Adioses públicos del primer califa: hay otro episodio que se oculta en las traducciones de Tabari. Una vez más, el texto árabe original, solo, se convierte en semilla de realidad vivificada.

Abú Bekr, cuenta Tabari, que lo supo de ibn Hamid, que lo supo de Yahia ibn Uadhih (siguen cinco o seis transmisores), aparece por última vez ante los fieles antes de postrarse definitivamente en su lecho. Se trata de obtener la adhesión sin fisuras de sus allegados hacia el sucesor que ha elegido, Omar Ibn el Jattab.

Como un cuadro naif, el episodio se transmite cargado de una extraña belleza debido a un detalle inesperado: Abú Bekr, debilitado, se presenta ante todos; se apoya en Esma, hija de Omais, «la de las manos tatuadas».

—¿Aceptáis al que os he designado como sucesor? —pregunta, preocupado, por última vez el califa.

Y todos, ante el nombre de Omar que él repite, responden con total unanimidad:

—¡Estamos de acuerdo! —dicen en tal ocasión.

Con esta escena de los adioses públicos concluye el problema crucial de la sucesión. Esma es denominada «la de las manos tatuadas». El rojo de las manos, de las palmas, de los dedos medio teñidos, tal vez con adornos, con dientes de sierra orlados de púrpura oscura... Ahí está, resucitada, Esma, la de las largas manos débiles. El color leonado de sus dedos concentra la intensidad de aquellos adioses, su gravedad.

Esma, allí presente, no puede hablar; sostiene al vicario del Enviado de Dios, que va a acostarse definitivamente. Abú Bekr llega al final de su cargo. Una vez en la cama —la enfermedad durará quince días—, contemplará las manos tatuadas de su mujer. Entonces experimenta un deseo muy simple, el deseo de un hombre cualquiera:

—Tú me lavarás —le dice a Esma.

Esma tuvo una primera vida de mujer, y fue antes de casarse con Abú Bekr en el año 9 de la hégira: una vida de joven enamorada, de esposa viajera en países lejanos. En efecto, vivió al menos doce años en el reino del Negus de Etiopía, y tuvo allí tres hijos varones.

Tres hijos de su primer marido, Dyaffar ibn Abú Talib, el hermano de Alí. Dyaffar es primo hermano del profeta; de los «miembros de la familia», el que más se parece físicamente a Mahoma. «En el aspecto exterior y en el aspecto interior», precisó el profeta el día que Dyaffar volvió de la emigración.

Entonces, recoge la crónica, Mahoma besó entre los ojos a su primo, al que llamaba «hermano», como a Alí. Día de alegría, tras tantos años de ausencia, aquel en que Dyaffar, su mujer y los cincuenta musulmanes, de regreso de aquella primera emigración, son recibidos en Medina, precisamente el mismo día en que Mahoma saborea la victoria de Jaibar.

Y el Profeta exclama:

—¡Hoy es un día de doble regocijo para mí! Pero ¿cuál es mayor? ¿El que me produce el regreso de Dyaffar o el de la victoria de Jaibar?

Detrás de ese joven primo casi legendario que parece reunir todos los encantos —prestancia, inteligencia, elocuencia y generosidad— se perfila, feliz esposa y madre satisfecha, Esma, hija de Omais... No sabemos si es bella; no obstante, tiene casta y una rara elegancia de alma.

En La Meca, Esma, apenas núbil, frecuentó la casa de su hermana uterina Um Fadl, esposa de Abbas. Um Fadl, segunda mujer en islamizarse después de Jadidya, es tía de Mahoma y se halla muy próxima a él tanto por el afecto como por la confianza. Éste, sobre todo después de enviudar, entra y sale de su casa. Abbas, que era rico, adoptó a Dyaffar, el hijo de su hermano, mientras que Mahoma, gracias a la buena posición de Jadiya, hizo lo propio con Alí.

Bajo el techo de Um Fadl, el joven Dyaffar se fija en Esma. El casamiento que tiene lugar pudo nacer de un silencioso amor entre ambos jóvenes. Todo los une: una común fe en Mahoma y la ternura protectora de Um Fadl en un hogar

tan acogedor; y forman la primera pareja musulmana de La Meca. De las dos primeras hijas de Mahoma, Reggaya acaba de ser repudiada por su primo, cuyo padre, Abú Lahab, se declara enemigo feroz del Nabi; a Zeineb, por el contrario, la ama con ternura Abú el 'As, que hace frente a las presiones de su familia pero tardará mucho en islamizarse. Um Fadl tiene por esposo a Abbas, el tío de Mahoma, que protege a su sobrino, pero que de momento no piensa ni por asomo pasarse a su bando.

Así pues, Esma, hija de Omais, al amar y al desposar a Dyaffar ibn Abú Talib, primo tan cercano al Profeta, celebra el primer casamiento musulmán.

En la emigración a Abisinia que poco después determinó Mahoma, tanto para proteger a sus adeptos más perseguidos en La Meca como para conseguir del Negus cristiano un apoyo exterior, Dyaffar se convierte en el primer embajador del Profeta. Participan en aquel viaje varios compañeros célebres (Abderramán ibn 'Auf, Saad ibn el Wattas, Otmán ibn Affan); también varias parejas, entre ellas, precisamente, Otmán y Reggaya, la hermosísima hija del Profeta, recientemente repudiada, Sawda y su primer marido, y Um Habiba y su primer marido —estas dos últimas se casarán más tarde con Mahoma.

Dyaffar, el más joven, es elegido «emir» de los Refugiados ante el Negus gracias a sus cualidades personales, en especial su elocuencia, tan calurosa que le permitirá exponer a éste, en un apasionado debate, lo que dice el Corán sobre María, sobre Jesús. Dyaffar es el primero en conciliar dos religiones del Libro por medio del brillo y la sinceridad de su arte oratoria; en ese don de conciliación se inspirará Esma más tarde en Medina, cuando los clanes se midan unos con otros, apenas muerto Mahoma, antes de enfrentarse... Esma estará en una pasarela, en el punto exacto en que una separación demasiado apreciable se convertirá poco a poco en fractura.

En Abisinia, y a la sombra de Dyaffar, asume su cometido de embajadora; discreta, mas con los ojos muy abiertos. Situada en el centro de aquel núcleo de árabes trasplantados, se convierte en amiga íntima de Reggaya y de otras esposas de aquellos pioneros del islam... Pero sobre todo, en aquella región mucho más civilizada que La Meca, nada escapará a su curiosidad: las iglesias suntuosamente pintadas, los diversos ritos y ceremonias, los bailes y fiestas. Parece ser que dedicó especial atención a las prácticas de la medicina tradicional; sin duda también a los ritos de la muerte. Tras su regreso se la llamará «la de las manos tatuadas», como si constituyera en adelante una excepción entre las damas árabes. También se la llama cuando Mahoma, en su agonía, padece tantos sufrimientos...

Cuando vuelve de Abisinia, Esma es, para el círculo de las aristócratas mequíes refugiadas en Medina, una curandera.

VOCES

Omar ibn el Jattab entra en casa de Hafsa, su hija, y repara en una mujer que forma parte de un grupo de visitantes.

—¿Quién es esa mujer? —pregunta.

Le responden que es Esma, hija de Omais, que ha llegado hace poco a La Meca.

—Oh mujer del mar —la interpela—, no habéis conocido, como nosotros, las dificultades e infortunios de la emigración con el Mensajero de Dios... No habéis sufrido congojas en Ohod, no habéis...

La «mujer del mar» lo interrumpió con vehemencia:

—¿Quieres decir que viajamos hasta la tierra del Negus sólo por placer? Y si algunos de los nuestros (Otmán y Reggaya, Abderramán ibn 'Auf Saad ibn el Wattas, Sawda, ya viuda) pudieron unirse a vosotros antes de participar en compañía vuestra de esos sufrimientos que cuentas —¡vosotros, que habéis tenido la suerte de no separaros del Mensajero!—, ¿crees acaso que nos quedamos allá en medio del regocijo y la opulencia...? ¿No sabes que era voluntad del Mensajero de Dios que mantuviésemos allí, en tierra de infieles, un enclave del islam?

Entonces se levantó y, encendido el rostro, sin mirar siquiera a Omar, declaró en voz alta, para sí misma:

—Hago juramento solemne de no probar manjar ni bebida algunos hasta no haber contado al Enviado de Dios las palabras que acabo de escuchar referidas a nosotros, que pasamos padecimientos y que estuvimos en peligro. Quiero contarle todo esto al Profeta y preguntarle su opinión al respecto.

En efecto, ese mismo día insistió en ver en persona a Mahoma —que la salvación de Dios lo acoja, que su clemencia le sea propicia.

—Oh Mensajero de Dios, Omar ibn el Jattab ha dicho en voz alta lo que sin duda muchos creyentes de esta ciudad piensan de nosotros. No nos consideran realmente parte de los Emigrantes —y, con amargo tono, concluyó—, sino tan sólo como simples viajeros.

El Profeta, refirió una liberta —probablemente Barira, y sin embargo no era el día de Aisha, sino el de Um Habiba, con la cual Esma, su amiga, había compartido la larga estancia en Abisinia—, mantuvo la vista clavada en el suelo, como si sufriera él mismo

el vivo desasosiego de la esposa de Dyaffar ibn Abú Talib.

—Tranquilízate, oh Um Abdalá. A Dyaffar, mi hermano, a ti, a todos los musulmanes que habéis regresado este mes entre nosotros, Dios os tendrá en cuenta dos emigraciones, la que hicisteis en primer lugar para darle al islam una fuerza exterior, y la que hubierais hecho con nosotros de La Meca a Medina, cuando continuasteis manteniendo allá nuestra posición... Dios es grande; en su sabiduría, todo lo conoce. ¡Para Él, os digo, sois dos veces Emigrantes!

La sala de la morada de Um Habiba estaba llena de mujeres atentas. Ésta miró sonriendo a su amiga Esma, que, rodeada de sus jóvenes hijos, lloraba en silencio.

LA DE LAS MANOS TATUADAS

La esposa de Dyaffar, la madre de los tres muchachos que se mezclan con sus primos hermanos Hassan y Hossein, hijos de Alí y de Fátima, así como con Fadl y Abdalá, hijos de Abbas, ha llegado a Medina.

¿Sigue siendo, pese a todo, «la mujer del mar», como tan apresuradamente la apodó Omar? Entre los mercaderes de Medina, gente de tierra adentro, guerreros artesanos, un apelativo así parece aureolar a esta mujer con la vibración de la aventura permanente. Como si a la zaga de Esma fuera siempre, dispuesta a agitarla o a arrastrar con ella a nuevos viajeros, la señal para una partida...

«Mujeres del mar» en la mente de Omar, como si el movimiento imperceptible e irrompible que eso supone no pudiese controlarse ni en ella ni alrededor de ella... Sin embargo, su emotividad, y hasta la interna rebelión de aquel día en que, herida por las palabras de Omar, pidió audiencia al Profeta, son una excepción en su biografía, iluminada en determinados momentos clave por las crónicas.

Esma parece decidida y activa siempre que se trata de cuidar a alguien, de reconfortar a una mujer enferma. En sus propios sufrimientos y alegrías aparece como una gran figura, altiva y reservada, con una especie de orgullo de su dominio hasta en el dolor (si bien a veces, ciertamente, vulnerable, como confiesa en aquel «¡no podré hacerlo!» que se le escapa ante el califa que se dispone a morir).

¿Es por esa reserva, por ese sosiego, por lo que se vio asociada, al principio apresuradamente, a las circunstancias funerarias? Gracias a su porte elegante, a la ciencia que adquirió entre los abisinios, entra en el escenario mediní protegida por una misteriosa armadura; en definitiva, como si fuera un poco maga. Maga y muy ferviente musulmana —la única, una vez más, que subsume las contradicciones que se incuban y que habrán de aparecer; la única en superarlas.

Bordeando a su manera la frontera de la muerte. Esma, la *hadh'aniya* (del nombre de la tribu de su padre, un sobrenombre que algunos exhuman de

cuando en cuando al referirse a ella, para subrayar así que, aunque mequí y doblemente Emigrante, como determinó el Profeta, no es de todas formas una mujer quraychí...).

En Medina, la tragedia no rasga aún el firmamento de serenidad de Esma... Estamos en el año 7 de la hégira; se acaba de firmar el armisticio de Hodeiba con los mequíes. Los Emigrantes lo aprovechan para hacer la pequeña peregrinación —la *umra*— a la Kaaba.

Es entonces, transmite la Tradición, cuando Alí, casi a la salida de La Meca, es interpelado por una niña, Omaina, hija de Hamza, el tío de Mahoma, muerto el año 3, en Ohod. Omaina corre hacia el que considera su tío: quiere irse con él, no permanecer más tiempo en La Meca, donde su madre se ha vuelto a casar. Alí, conmovido, se la lleva en ese mismo momento a Fátima, que aguarda en su palanquín. Los musulmanes regresan a Medina con la huérfana, la hija del héroe ya legendario, Hamza, «el león de Dios».

Poco después, Mahoma se ve obligado a arbitrar en una disputa entre Alí, Dyaffar y Zeid ibn Haritha. Cada uno de ellos se considera el tutor más capacitado de la niña. El Profeta escucha los argumentos de todos, entre ellos los de Zeid, que en tiempos estuvo unido a Hamza por vínculos de fraternidad.

Zeid se considera obligado a velar por «la hija de su hermano», lo mismo que Alí y Dyaffar por «la hija de su tío más querido»... Mahoma zanja la cuestión con rapidez:

—¡La niña será confiada a Dyaffar, pues la mujer de Dyaffar es la hermana de su madre!

Y concluye con la fórmula que seguirá siendo efectiva en casos de custodia infantil discutida:

—¡La hermana de la madre es como la madre!

El incidente concluye con un precioso detalle: súbitamente, Dyaffar se levanta y, ante los sorprendidos testigos, se pone a bailar alrededor de Mahoma, que estaba sentado bajo un árbol —dormía plácidamente la siesta cuando estalló el conflicto entre los tres jóvenes.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta Mahoma, divertido.

—Hago lo que hacen los etíopes con su rey: así saludan cuando el Negus hace justicia y su decisión les complace. Sí, yo soy feliz como ellos, ¡y bailo!

El episodio finaliza ahí. La niña de Hamza va a casa de Esma, que hasta ese momento sólo tenía varones. Esma toma el relevo de la expansiva satisfacción de Dyaffar y envuelve de tenaz ternura lo que en adelante será proverbio y creará jurisprudencia: «La hermana de la madre es como la madre».

Pocos meses después, la muerte golpea. ¡Cuántos muertos gloriosos, inolvidables, no habrá en la cercanía de esta mujer! En esa primera ocasión, la que sobreviene es la muerte de Dyaffar, el joven esposo tan amado. Cuyo cuerpo no lavará.

Dyaffar muere en combate, en Muta, más o menos un año después de llegar a Medina. Esta muerte deja en la crónica mahometana una estela legendaria, de una fosforescencia que ni las anécdotas espontáneas ni las estudiadas logran agotar... Dyaffar muere con las manos cortadas —así lo pinta la leyenda que se forja inmediatamente a partir de las visiones y sueños del Profeta—, volando como un ángel que no tendría manchas de sangre más que en los pies...

En el momento mismo del combate —al mensajero de Muta le harán falta tres días para llevar la noticia a Medina— Mahoma habría visto, desgarrándose milagrosamente ante él el velo de la distancia, el desarrollo del choque en todas sus peripecias. Habría visto «en directo» a Dyaffar y a su liberto e hijo adoptivo Zeid ibn Haritha cayendo uno después de otro. Habría descrito el espectáculo a su grupo de familiares, pidiéndoles a continuación que guardaran silencio para que las familias no lo supieran hasta más tarde.

Tras lo maravilloso, lo legendario; muchas tradiciones refieren los detalles del último combate de Dyaffar: éste desmonta del caballo y lo desjarreta de un sablazo —primer héroe que adopta esta decisión postrera de prepararse irreversiblemente para el martirio—. Sostiene la bandera del islam con la mano izquierda, se la cortan, y entonces la mano derecha empuña el estandarte. Le cortan también esta mano, pero sigue avanzando, da la impresión de volar. (La leyenda se apodera entonces del guerrero que bailó: se dice que Satán se le acercó en ese momento para recordarle las bellezas de la vida, sus seducciones. Dyaffar le respondió, irónico: «Ahora que la fe arraiga en el corazón de los fieles, ¿para qué habría de tentarme dar media vuelta y volver a encontrar a los vivos?» Y Dyaffar se sume en pleno corazón del grupo enemigo.)

Tras la leyenda, simplemente el heroísmo: mientras Dyaffar se enfrenta con las manos cortadas al enemigo que lo rodea, con más de sesenta heridas de lanza y de espada en el pecho, alguien consigue, dándole un fortísimo golpe en la cabeza, cortar el cuerpo en dos: una mitad cae al lado de una higuera en un lugar llamado Bekaa, la otra se desploma sobre el camino lleno de heridos...

Aquel mismo día de Muta, Zeid ibn Haritha murió antes que Dyaffar; Abdalá ibn Rawal cayó en tercer lugar. El cuarto en tomar el mando de los combatientes musulmanes fue Jalid ibn el Walid, y Dios le concedió finalmente la victoria.

¡La primera victoria de Jalid, a la que habrían de seguir tantas otras!

Muerte de Dyaffar, iluminada como un espectáculo piadoso en sus detalles y matices, relumbrante con el oro inalterable de lo maravilloso: Esma tendrá tiempo de recuperarse, de consolarse de esa belleza que culmina... Mahoma, tras ensimismarse, evocó a Dyaffar, diciendo suavemente:

—No lloréis a mi hermano a partir de este día —y después, tras un silencio—: ¡Traedme, pues, los hijos de mi hermano!

Le traen los tres muchachitos, Mohamed, Abdalá y 'Aun: algo violentos, cohibidos ante las miradas, sin comprender nada.

—Son como polluelos —murmuró un testigo entre la multitud.

El Profeta los besó uno tras otro.

—Que les traigan un peluquero.

Llegó el peluquero y les cortó el pelo. El Mensajero, junto a ellos, se afanaba en que recuperasen la naturalidad. Acaricia al pequeño Mohamed y observa:

—El pequeño Mohamed se parece a nuestro tío Abú Talib.

El muchacho sonríe, sin duda está acostumbrado a que le recuerden su parecido con el abuelo paterno. Mahoma, entre los dos mayores, se vuelve hacia Abdalá. El peluquero termina su trabajo.

—En cuanto a Abdalá —añade el Profeta—, se parece a mí, lo mismo que su padre: tendrá mi apariencia y mi personalidad.

En el grupo de testigos emocionados, un hombre emite un desesperado voto:

—¡Que Dyaffar sea bienaventurado!

Mahoma levantó entonces la mano hacia el cielo y repitió por tres veces:

—Oh Dios, reemplaza a Dyaffar con sus hijos y bendice a Abdalá en todo lo que sus manos emprendan.

Por tres veces, la plegaria, en versos acompasados, se elevó majestuosa, hasta el punto que el pequeño se agitó, a punto de llorar. «Entonces llegó nuestra madre», recordará Abdalá ibn Dyaffar, el mismo que veinte años después dejará histórica huella en Egipto. Al transmitir el episodio, añadirá:

—¡Entonces el Profeta le habló de nuestra orfandad!

Esma, hija de Omais, llegó en ese preciso instante. Alta, delgada, envuelta en velos color malva de lino casi transparente, con una toca de color crudo con flecos violeta brillante en el pelo... Las manos tendidas, nada dijo. Mientras, tras ella, la casa, llena de hermanas, amigas y criadas, deja oír las primeras lamentaciones, Esma no manifiesta sobresalto alguno, no emite ni un sollozo.

—Mis hijos, ¡quiero ver a mis tres hijos!

Ha salido de su casa rechazando cualquier compañía. Apenas dedica una cansada sonrisa a Omaina, la hija de Hamza, que no quiere soltarla.

Llega a la puerta de la casa del Profeta. Los hombres abren camino a su paso. Erguida, pálida, las manos tatuadas mostrando las palmas abiertas, como si acudiese a ofrecer su mudo dolor, se presenta ante el Mensajero que cuida de sus tres hijos.

El peluquero apenas acaba de limpiar, a sus pies, los morenos mechones. Desaparece. A menos de un metro del Profeta, pero colocada ahora entre el pequeño 'Aun y Abdalá, Esma aguarda. «¿Para qué —piensa— repetirme la noticia? ¡Así, pues, es verdad que ha muerto!»

Y Mahoma habla: de Dyaffar el de las manos cortadas, el del cuerpo cortado en dos, de las noventa heridas contadas que necesitó para morir, de Dyaffar, a quien esa noche ha visto volar hacia el paraíso, como un ángel cuyas alas estuvieran adornadas con perlas y cuyos pies, únicamente, goteaban sangre

mártir.

Esma escucha con una mano apoyada en cada uno de los chicos; el tercero, 'Aun, agarrado a su vestido, gime suavemente.

—¡Tus hijos son mis hijos! —continúa el Profeta—. ¡Soy su garante y protector en este mundo y en el otro!

Entonces concluye en voz algo más alta, pues varios testigos lo oyeron (aunque es Esma, como transmisora, la que más tarde habrá de recordar sus palabras):

—Alégrate durante tres días a partir de hoy porque Dyaffar está en el Paraíso. ¡Después, tras esos tres días, haz lo que desees!

Un año o año y medio más tarde. Esma, viuda de Dyaffar, es pedida en casamiento por Abú Bekr. Desde su llegada a Medina éste ha vivido con una sola esposa, Um Ruman, la madre de Aisha.

Esma debió de consultar con sus hermanas, Um Fadl y la última esposa del Profeta, Maimuna. Debió de hablar con Fátima, su amiga más íntima, y sin duda pedir opinión a Alí, que cuida de sus tres sobrinos, así como de Omaina, la hija de Hamza.

Aparte del Profeta y de Alí, Abú Bekr es el hombre más conocido de Medina, tanto por su piedad como por su bondad. Como esposa, Esma tendrá las mayores estima y protección. Acepta los esponsales.

Por entonces tiene Abú Bekr unos cincuenta y ocho años; casi el doble de la edad de Dyaffar al morir.

El año siguiente —año 10 de la hégira— es designado por Mahoma como el de la peregrinación a La Meca. Participarán en ella casi todas las mujeres del Profeta y casi todos sus compañeros, y de los ansares mediníes, igualmente el grueso de los fieles.

Esma, hija de Omais, esposa de Abú Bekr, pretende ir con sus tres hijos y con Omaina. Sin embargo, está embarazada y ya a punto de salir de cuentas. A buen seguro alguna amiga debió de prevenirla contra el cansancio en aquel mes de hiya. ¿Podrá aguantar el trayecto sobre el lomo de una camella, así como los ritos durante cinco días de peregrinación? Abú Bekr debió de inquietarse por ella...

—¿Cómo privarme de la alegría de ver al Mensajero en la Kaaba? ¿Cómo no voy a poder cumplir con el último mandamiento que me ataño como creyente? —replicó.

Abú Bekr, conmovido por su insistencia, acepta llevarla.

Durante el trayecto de Medina a La Meca —decenas de miles de peregrinos que avanzan lentamente— no apartó la vista de la montura de Esma, hija de Omais.

Una vez en La Meca, la columna de peregrinos —mohadyires y ansares—

se mezcló con la imponente multitud de mequías que los aguardaban y se disponían a observar por vez primera con Mahoma y sus fieles del primer momento las prescripciones de la Gran Peregrinación. Al día siguiente, todos, hombres y mujeres, se pusieron en estado de *ihram*. A partir de ese momento, Esma, vigilada de lejos por su preocupado esposo, pasó a estar a cargo de un grupo de cuatro mujeres mequías, parientes suyas.

Aquellos días de peregrinación llegarían a ser inolvidables... Sin embargo, ya desde el segundo día corrió entre las damas emigrantes y entre las esposas del Profeta el rumor de que Esma, hija de Omais, sentía los primeros dolores. El cansancio del viaje, la tensión y la emoción colectivas favorecían la precocidad del parto. Abú Bekr, alertado, acudió. Su rostro crispado revelaba su inquietud. Aisha, su hija, salió a su encuentro:

—Tranquilízate, padre. Todo irá bien.

Luego, conmovida por la emoción paterna, recitó aquel versículo:

*¡Oh vosotros que creéis!
Solicitud el auxilio de la paciencia y la plegaria,
Dios está con aquellos que son pacientes.*

En seguida se supo entre las mujeres del Profeta y entre las hermanas de la parturienta que Mahoma, una vez enterado, recomendó a su amigo:

—Separa a Esma, hija de Omais, del grupo de peregrinos. Mas una vez que haya dado a luz, aunque no vuelva con nosotros, hazle saber que le será tenida en cuenta la peregrinación.

Poco después se extendió la noticia de que Abú Bekr acababa de tener, en excepcionales circunstancias, un hijo al que llamó Mohamed. Veinticinco años más tarde, Mohamed Abú Bekr, cuarto hijo de Esma, se convertirá en un personaje histórico todavía más importante que su hermanastro Abdalá ibn Dyaffar.

Por entonces, en La Meca y antes de que Mahoma concluya aquellas ceremonias con una larga e inolvidable arenga —tanto que Abú Bekr, emocionado ya por el nacimiento de su hijo, se sentirá aún más conmovido por la gravedad del Profeta al hablar a toda la concurrencia, en realidad hablando a todo el mundo por última vez como Profeta, cosa que intuye su futuro vicario—, Esma, hija de Omais, tendida en el lecho, recibe tiernos cuidados de algunas de las Mequías y de las Emigrantes de Medina.

La historia del alba musulmana se acelera en ese décimo año de la héjira que concluye. Apenas comienza el undécimo año, el Profeta se postra en el lecho. Es su última enfermedad.

Esma, hija de Omais —la curandera, la que tan pronto se ha repuesto del parto—, es llamada a la cabecera del Mensajero.

En el cuarto de Aisha, Esma prescribe un óleo cuya preparación vigila ella misma. Cuando Mahoma pierde el conocimiento hace que le administren unas cuantas gotas del brebaje. El profeta despierta. Reprocha a sus mujeres que le hagan tragar poción tan repugnante. Algunas de sus esposas, a pesar de los reproches, se sienten felices al verle volver en sí.

—¡Tal vez se cure por fin! —murmura Sayfa y, en un arrebató, añade dirigiéndose al sufriente esposo—: Oh Mensajero de Dios, ojalá Dios me traspasara todos tus sufrimientos. ¡Al menos así sentiría alivio!

Aun en ese momento de tensión, algunas de las coesposas se miran con ironía, y Aisha, muy digna, piensa: «así Safya quedará siempre como la buenecita, quiere distinguirse de nosotras por...»

Mahoma, conmovido por la emoción de Sayfa, se lo agradece. Y es tan sólo Esma la que coge de los hombros a la temblorosa Safya. «Sí, es sincera, de verdad desearía sufrir en lugar de nuestro Profeta», se dice Esma, que se dispone a ser, con Safya, la consoladora.

El Mensajero ha muerto. Um Ayman, la que enviudó de Zeid ibn Haritha el mismo día que Esma lo hizo de su marido, la única que llora con suavidad, declara en el cuarto atestado de mujeres trastornadas por el dolor:

—¡Yo no lloro la marcha del Amado! No. ¡Lloro porque la Palabra no descenderá sobre nosotras!... Yo...

Esma, que está sentada junto a Um Ayman, al tiempo que sostiene a su hijo de tres meses encima de las rodillas, consuela a la vieja liberta de Mahoma. Luego, fascinada por el principio de la improvisación lírica de Fátima, guardará silencio. Mirará. Rezaré. ¿En qué convertirse, qué hacer?

Su esposo, con sosegada voz, repitió:

—¡Oh Creyentes, Mahoma ha muerto! ¡El islam no ha muerto!

Esma vuelve con sus cuatro hijos. Rezaré toda aquella noche sin poder dormir ni un minuto... «Durante tres días manifestarás tu alegría —le había ordenado Mahoma recordando a Dyaffar— y después harás lo que desees».

«¿Qué hará Fátima dentro de tres días?», piensa, alarmada, Esma, hija de Omais.

Aguarda la primera noche, luego la segunda, luego la tercera, a Abú Bekr, que no ha abandonado, junto con algunos Compañeros (Omar ibn el Jattab, Obeidallah ibn el Yerrah, Abderramán ibn 'Auf), el vestíbulo de los Beni Sa'ad. Está parlamentando con los divididos ansares.

«Están todos allí», piensa Esma, que vuelve a meditar, «pero no Alí, ni Zubeir, ni Talha...»

Y como su alma está angustiada, como presiente la tormenta, vuelve a ponerse a rezar, con los niños dormidos a sus pies.

Después Esma va todos los días a casa de Fátima. Se sienta. No habla. Sólo escucha a Fátima, que a veces vitupera, olvidándose por completo de que su

más íntima amiga es la esposa del califa.

Todas las noches, o al menos una de cada tres, Esma vela el sueño de Abú Bekr. Éste más de una vez se echa a llorar: está preocupado. No puede dormir. No puede olvidar las arengas de Fátima, la ira de Fátima, la rebelión de Fátima.

Abú Bekr plantea pregunta tras pregunta a Esma. Y Esma guarda silencio. Esma sabe ser esposa tierna, esposa cercana, consoladora con sus manos, con sus cuidados y hasta con sus caricias. Luego se levanta. Y reza.

Poco a poco Abú Bekr no consigue ya dormir más que con «la de las manos tatuadas». Desde luego no con Um Ruman, que le refiere las palabras de Aisha y de las mujeres de «su clan». Um Ruman, que ha decidido no hablar de la hija del Profeta... Abú Bekr tampoco puede dormir con su joven esposa mediní; ésta ha preferido quedarse cerca de la casa de su padre, bastante lejos de la ciudad. Abú Bekr imagina que si abandona el centro de Medina, aunque sólo sea por una noche, abandona realmente el lugar de sus pesares; mas como consecuencia de ese alejamiento, acompañado del cohibido silencio de su esposa mediní (que apenas tiene quince años), sufre un insomnio aún más vacío, más largo.

Abú Bekr no puede dormir más que con Esma, hija de Omais.

Han transcurrido las semanas. El rumor ha corrido bastante deprisa: la hija amada del Profeta se encuentra seriamente enferma. Y todos recuerdan lo que contó Aisha, madre de los Creyentes, que sorprendió una vez el diálogo entre el Padre y la hija.

Se va a cumplir. Mahoma le dijo a Fátima:

—De todos mis allegados, tú serás la primera que se me unirá después de mi muerte.

Y Fátima había reído.

Así que todos esos meses ha dicho no a todo el mundo, a todos los hombres poderosos de Medina —al califa, a Omar, a todos—, va a morir... Va a reunirse con su padre; va a llevarle los fundamentos de su vehemente protesta.

Como todos los días desde hace meses, Esma apenas abandona un momento a Fátima... Una mañana, ésta, con el rostro sosegado y casi relajado, hizo llamar a Esma, hija de Omais.

—¡Oh Madre! —exclama Fátima, sonrosada la cara por la elevada fiebre, creyendo hablar no a una amiga de su edad, sino a Jadidya resucitada—. Ayúdame a lavarme hoy, a engalanarme. Quisiera estar bella. Soy tan feliz... Ligera, por fin.

Esma, dominando la conmoción que la embarga frente a la hora que se acerca para la Hija amada, la Hija amada que de repente se siente tan inexplicablemente mujer, ayuda a Fátima a levantarse... En las horas que siguen estarán juntas, absortas en los preparativos: el agua que traen las criadas, atareadas, en sucesivos cántaros, los ungüentos que Esma es la única que sabe preparar según la refinada ciencia de los etíopes. Fátima, tan austera y tan acostumbrada a su pobreza que ya no la advertía, recuerda que conserva un

aderezo desde hace años: una ofrenda cuyo origen la mantiene suspensa, ausente (telas y perfumes que le regaló un día Mahoma junto con una sonrisa), y que ella guardó, incapaz entonces, siquiera por un día, de embellecerse...

Fátima le cuenta esto a Esma en pocas palabras, entrecortadas por segundos de ensoñación. Esma, las manos laboriosas, se afana alrededor de Fátima, la sostiene, le seca suavemente el pelo, los hombros. Luego la viste: Fátima, consumida, le parece tan débil que en esos minutos Esma se siente realmente su madre.

Esma, la que se acuerda de Reggaya, a la que no vio ni enferma ni muerta, la que se enteró al mismo tiempo, cuando volvió a Medina, de la muerte sucesiva de dos hermanas de Fátima, lo contó todo acerca de Fátima: los recuerdos de la alegría de antaño, la complicidad tierna de las amigas en el exilio. Fátima le dio a cambio, en aquel canje de afectos, algo muy suyo, una gravedad temblorosa, una sensibilidad tensa como un arco dispuesto a horadar el azul...

¡Y Fátima queda engalanada como una joven novia! Las dos amigas se ponen a recordar alegremente tantos días pasados: cuando eran niñas en La Meca, sus primeros juegos, los vagabundeos por las calles hasta las colinas lejanas, luego la separación... luego... Fátima, locuaz, habla de las muertas («están ahí», dice con serenidad, «las siento conmigo, en este cuarto»: Jadidya, que nunca estuvo en Medina; Zeineb, que lleva en la mano aquel collar de cornalinas que entregó después de Bedr a fin de rescatar a su amadísimo esposo; Um Keltum, silenciosa y siempre retraída).

Sí, Fátima habla con alegría del pasado reciente: Esma cree que el cuarto se llena con toda la familia del Mensajero, con todas las mujeres que amó, que vio desvanecerse cuando él vivía... Fátima manifiesta una inagotable vivacidad.

Y luego, pensativa:

—¿Y mis hijas, Esma?

Esma tiende sus manos tatuadas hacia la enferma:

—Sabes que Zeineb y Um Keltum son también hijas mías.

Y no puede seguir. Su voz la ahogarán las lágrimas. Y no es necesario que Fátima las oiga.

Esma permaneció a la cabecera de Fátima cuando ésta aceptó recibir a la embajada de mujeres mediníes que acudían a informarse.

Con acres palabras, con frases aceradas cual espadas, Fátima declaró por última vez su alejamiento de los hombres de la Medina de entonces. Fátima expresó su alivio, su alegría real por abandonar este mundo.

Esma escuchó. Acompañó a la puerta a las alteradas visitantes. Y no dejó ya a Fátima ni de noche ni de día. Tan sólo cuando se presentaba Alí por la noche para cuidar a la enferma, Esma, hija de Omais, se retiraba a un cuarto contiguo. A su alrededor se reunían las hijas de Fátima y también Omaina, hija de Hamza, que seguía a su tía a todas partes.

Durante tres días y tres noches no volvió Esma a su casa, ni siquiera cuando el califa se presentaba a dormir. Fátima, comunicadas sus disposiciones a Esma, murió un día del mes de Ramadán del año 11 de la hégira.

A petición de Alí, fue Esma, hija de Omais, quien lavó el cuerpo de Fátima. Una vez concluido el aseo, tendieron a ésta en el lecho de su cuarto.

El entierro tendría lugar por la noche: Alí, su tío Abbas y su primo Fadl esperaban para bajar el cuerpo a la fosa...

Por el momento, en la cámara mortuoria velan las mujeres de la familia: Um Fadl, esposa de Abbas, Um Ayman, viuda de Zeid, las tías paternas de Mahoma, así como las dos hermanas de Alí y su madre... Esma, en cuclillas, tiene junto a ella a Zeineb y Um Keltum, hijas de la fallecida, así como a su prima Omaina. De repente, se levanta; muy determinada, parece a las asistentes.

Esma va a la puerta, cierra la cortina y pasa al vestíbulo. Desde allí se la oye decir en voz alta, y después repetir en dos ocasiones:

—¡No, no se la puede ver!

Y se la oye decir otra vez, algo más bajo:

—¡No, no es posible!

Un denso silencio cae sobre la concurrencia. En efecto, en respuesta a aquella prohibición se eleva la voz vibrante, aunque contrariada, de Aisha, madre de los Creyentes, que en compañía de su hermana Esma, hija de Abú Bekr, y de sus sobrinas pequeñas, ha sido la primera en presentarse para ver por última vez a la muerta.

Por las casas de Medina corre con rapidez el rumor de que Esma, hija de Omais, ha impedido a la madre de los Creyentes avisar en casa de Fátima.

Aisha fue en el acto en busca de su padre, el cual precisamente no había abandonado los aposentos de su esposa Esma.

Del diálogo entre padre e hija —también ella hija amada—, nada trascendió. A continuación, Aisha, seguida por el mismo cortejo, se fue a su casa, de la que no salió durante una semana.

Tras la inhumación de Fátima, Esma, hija de Omais, volvió por fin a su casa. Um Fadl y Leila, su hermana pequeña, la acompañaron. Éstas se marcharon cuando llegó el califa.

Al día siguiente, después de la plegaria del alba, una vez de regreso de la mezquita, Abú Bekr volvió a los aposentos de Esma por tercera vez consecutiva.

En el silencio de la habitación, planteó una sola pregunta:

—Aisha, mi hija, vino a quejarse por no haber podido contemplar por última vez a la hija del Profeta, ¡que la salvación de Dios sea con ella y que Dios le sea misericordioso!

Dijo aquello al mismo tiempo como pregunta y como entristecida observación que podía no suscitar respuesta. Esma, acucillada, pálida la cara

por la fatiga de aquellos días, con una venda roja en la frente y las manos abiertas según su costumbre, con la pequeña Omaina a su lado (esta última se convertiría más tarde, sin duda alguna, en la transmisora de aquel diálogo), respondió por fin con voz cansada:

—¡Oh Emir de los Creyentes, me he limitado a respetar la última promesa que le hice a Fátima antes de morir: deseaba que su puerta permaneciese cerrada, que nadie la viese muerta, nadie a excepción de sus hijas, de mí, de Um Fadl y de las mujeres de su casa!

Abú Bekr permaneció de pie, con los brazos caídos, la cara pálida, luchando por impedir que se le saltaran las lágrimas.

—¡Ah, ya hubiéramos querido ser todos nosotros de la casa de Fátima! —suspiró.

Permanecía allí, sin saber qué hacer con aquel pesar resucitado, con aquel cáncer. Omaina había desaparecido furtivamente. Esma, viva, despierta ante aquel rostro de hombre desolado, se levantó y se abalanzó sobre su marido, cuya incurable herida la cegaba de repente.

Lo abrazó maternal, enamorada, afectuosa; ella, que se ha dedicado durante días a Fátima, pero que se siente al mismo tiempo solidaria con ese hombre bueno al que ama, nunca sabrá, más tarde, cómo definirse.

Y ahora el primer califa va a morir. Esma, «la que lava a los muertos» o «mujer del mar», Esma, «la de las manos tatuadas», se mantiene en una frontera por entonces invisible, una frontera que se hundirá, que se hará más profunda, que llevará progresivamente a la disensión, y pronto a la violencia, en Medina.

Esma lo prevé oscuramente. Esma, la curandera que lava los muertos cuando nada queda ya. Nada sino las plegarias para presentarse ante Dios. «A Él pertenecemos y a Él regresamos.»

Esma no ha concluido su vida. A los treinta y dos o treinta y tres años ha tenido ya dos vidas: una de movimiento, de aventura, larga y rica (y Dyaffar parece bailar aún, como lo hizo una vez en Medina, alrededor del Profeta, como lo hará también a la luz blanca de la muerte, en plena refriega durante la batalla de Muta); la segunda vida de Esma tiene un desarrollo más breve y está aureolada por los diálogos con el Profeta y con Fátima, vida densa y grave, vida de alegría y de nobleza interior, también de desgarros, que Esma recuerda al ensimismarse ante el califa que ahora agoniza. Esma, silencioso testigo de los pródromos de la futura disensión; silenciosa también cuando Abú Bekr, inquieto, consiguió obtener consenso en relación con su sucesión. Abú Bekr se apoya en ella, toca con sus manos las manos tatuadas de su esposa preferida.

Esma, en mitad de su vida. Como tantas heroínas de aquel amanecer del islam, apenas viuda, tras el plazo legal (cuatro meses y diez días), volverá a casarse: o elegida o eligiendo.

Esma empezará muy pronto su tercera vida; se casa, en efecto, con Alí, el

viudo de Fátima, que tiene ya dos esposas legítimas.

Esma se ocupará de Zeineb y de Um Keltum, las hijas de Fátima. Dará a luz otros hijos, éstos de Alí; dará hermanos a los tres varones de Dyaffar ibn Abú Talib, así como a Mohamed, hijo de Abú Bekr.

Cuatro o cinco años más tarde, en casa de Esma, los dos primeros hijos de Dyaffar discuten con su hermano Mohamed, hijo de Abú Bekr. Cada parte aduce la mayor nobleza de su padre respectivo: Dyaffar, el mártir de Muta, de los primeros, Abú Bekr, el primer califa, del otro.

Alí se vuelve hacia Esma, su esposa, y le pregunta:

—Arbitra entre ellos y ponlos en paz. Es tu deber como madre.

Y aguarda. Alí, es sabido, tiene fama, igualmente, de ser hombre muy capaz.

—Vuestro padre —dice Esma a los hijos de Dyaffar— era el mejor de los jóvenes árabes. Tu padre —añade dirigiéndose al joven Mohamed— era de lejos el mejor de los hombres maduros del pueblo árabe.

Alí escucha a su mujer. Ella tiene en los brazos el segundo de sus hijos, todavía un bebé desde luego, pero hijo de Alí, y más adelante podrá a su vez despertar tan pueril competencia.

—Nada nos has dejado a nosotros —exclama Alí, que espera, inquisitivo, con una sonrisa en los labios.

De modo que Esma —que empieza su tercer destino, y casi sin duda alguna su tercera felicidad— mira a Alí, primero desconcertada, luego divertida y enternecida. Sus labios esbozan una sonrisa, una sonrisa secreta que luego esconde; entonces, con cierta guasa, dice por fin —y la ternura de su voz contradice sus palabras—:

—Oh Dios, ¿vas a obligarnos a comparar entre vosotros tres? ¿Acaso no sabes que, de los tres, tú eres el peor partido?

Y sonríe, enigmática.

—No te habría perdonado que hubieras dicho otra cosa —responde Alí ibn Abú Talib, cuyo apasionado cariño por su hermano Dyaffar es bien conocido, lo mismo que su respeto por el primer califa...

Alí lo adivinó sin necesidad de que se lo confesara: para Esma, en adelante, tras el amor-pasión de su juventud hacia «el mejor de los jóvenes árabes», tras la unión reconfortante con «el mejor de los hombres maduros», su tercera vida —su tercera relación, pues en esta ocasión, es evidente, Esma ha elegido— le garantizará, en los siguientes treinta años, la más tumultuosa aventura hasta la tragedia, en suma el amor más rico.

Esma, «la de las manos tatuadas»: dejémosla, por el momento, a mitad de camino.

Entre múltiples detalles relativos a Alí, refiere Tabari que éste, probablemente a avanzada edad, declaró lo siguiente acerca de las mujeres en una grave conversación entre amigos:

—¡Cuán numerosas son las mujeres —suspiró Alí— incapaces de controlar la efervescencia de su sexualidad! —y el tono severo con que hizo aquella observación algo desengañada parece confirmar la reputación de misoginia que, con mayor o menor precipitación, se le ha adjudicado.

Pero tan pronto como hizo aquella observación —él, que, como la mayor parte de los contemporáneos de su rango en Medina, tuvo numerosas esposas legítimas, así como múltiples concubinas esclavas y libertas—, Alí añadió en un momento de expansión, aunque igualmente impulsado por un deseo de escrupulosa verdad:

—En ese terreno —rectificó—, por mi parte al menos, no he estado seguro más que de una mujer: Esma, hija de Omais.

Esma la enamorada. Esma la de la vida plena, que probó tres vidas de mujer y que en cada una de ellas fue verdaderamente mujer.

CALDERÓN

*En Medina, aquel lunes 14 del mes
de yumada segundo, año 13 de la
hégira (23 de agosto del 634)*

El califa del Mensajero de Dios, el hijo de Abú Quohaifa, agoniza; se dispone a morir.

Pidió a su hija Aisha que le llevaran desde su casa, situada en el alejado barrio de Samah, a la habitación de ella, ya que fue allí donde murió, hace apenas dos años, Mahoma —¡que la salvación de Dios y su misericordia le sean concedidas!

Expresó también el deseo de que, después de su muerte —lo mismo que ordenó que le lavara Esma, hija de Omais, su esposa, con la ayuda de Abderramán ibn Abú Bekr—, le enterraran junto a la tumba del Profeta, es decir, en la propia habitación de Aisha, madre de los Creyentes, a un lado.

Pero especificó: «Que mi cabeza no sobrepase la altura de los hombros del Mensajero. Muy pronto, aquel que cave la fosa sólo tendrá presente esta última recomendación, voto de respeto y de piedad postrera.

El califa del Mensajero de Dios, el hijo de Abú Quohaifa, agoniza aquel lunes del mes de yumada segundo, del año trece de la héjira.

Algunos transmisores afirman que su último día no fue un lunes, sino un martes, el decimoquinto día del mes.

Otmán ibn Yahia refirió que Otmán el Karlassani refirió que Sofian ibn Aina refirió que Ismael refirió que Quais atestiguó:

—Vi aquel día a Omar ibn el Jattab sentado con numerosos habitantes de Medina alrededor suyo. Llevaba en la mano una palma y decía: «Oh creyentes, habéis de escuchar y obedecer las palabras del califa del Profeta. El califa ha determinado que yo soy el más capacitado para guiaros y aconsejaros».

Junto a él estaba —sigue siendo Quais, el testigo, quien lo cuenta— un liberto de Abú Bekr llamado Shaddid. Y Shaddid tenía en la mano el decreto en el que estaba escrita la designación de Omar ibn el Jattab como sucesor.

De modo que en el mismo lugar donde hace veintisiete meses murió Mahoma, Mensajero de Dios, el califa del Enviado de Dios hace redactar su postrera voluntad. Ha llamado a Otmán ibn Affan; éste ha entrado en la cámara

para conversar y Abú Bekr, muy debilitado ya, comienza así:

—Escribe, oh Otmán: «En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, esto es lo que Abú Bekr, hijo de Abú Quohaifa, confía a los musulmanes».

De repente, el Emir de los Creyentes se desvanece. Aisha, madre de los Creyentes, y Esma, hija de Omais, aguardan a la puerta. Pero Otmán no las hace llamar; no. No se levanta para traer socorro, para dar de beber al enfermo; no. Su corazón es presa del espanto ante la historia que habrá de repetirse, ante el drama —las marejadas de la sucesión— que habrá de reaparecer. Tan sólo repite para sí mismo «en el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso», y deja su mano correr, nerviosa, sobre el pergamino: «He designado a Omar ibn el Jattab para que os gobierne. Lo he designado a él porque no he encontrado otro mejor que él».

Un largo suspiro: Abú Bekr abre los ojos; vuelve en sí. Otmán, agitado, deja su sitio y se acucilla al lado del lecho del califa:

—¡Dios es grande! —murmura.

Abú Bekr recupera una respiración regular; sonríe débilmente a Otmán, que tiene todavía la hoja en la mano, mientras que el kalam ha caído por el suelo:

—Vuelve a leerme lo que has escrito, oh Otmán.

Otmán vuelve a su sitio y lee de nuevo la primera frase dictada por Abú Bekr, y luego la segunda que él mismo ha añadido. Se hace un silencio entre los dos hombres; es largo, y una tosecilla de mujer se deja oír tras la cortina del vestíbulo: es Aisha, que se impacienta, que escucha el diálogo, o que simplemente se alarma por el estado de su padre.

Por fin, Abú Bekr hace acopio de fuerzas para incorporarse sobre un codo y dice con voz algo más firme:

—Veo, oh Otmán, que has tenido miedo de que la gente no se pusiera de acuerdo en un solo jefe si Dios hubiese querido que muriera ante ti durante mi desvanecimiento.

—Sí, así es, eso he temido —confiesa Otmán ibn Affan, con el kalam de nuevo en la mano.

—Que Dios te pague lo que haces por el islam y por los musulmanes —concluye Abú Bekr.

Entonces le pide a su amigo que rubrique el decreto.

Este episodio no nos lo refieren los mismos transmisores que el precedente —el del liberto Shaddid que lleva el decreto a Omar, que anuncia entonces su nombramiento a los mediníes—. Quizá lo haga Otmán, que guarda el testamento, o Aisha, madre de los Creyentes, que penetra en ese instante en la estancia. Lo esencial es que el primer califa tuvo tiempo de hacer saber su elección en cuanto a su sucesor y que el último día hizo escribir aquella última decisión por el escriba que él mismo escogió, Otmán, famoso por su piedad, «el hombre de las dos luces», pues fue por dos veces yerno del Profeta, ¡que la

salvación de Dios, que su misericordia le sean concedidas!

Otro *isnad* refiere otro episodio igualmente emotivo que tiene lugar ese mismo día.

Una vez fuera Otmán con el testamento en la mano y lágrimas en los ojos (pues, como el que va a morir, también él es famoso por su bondad y su compasión), es Abderramán ibn 'Auf, uno de los primeros Compañeros del Profeta, quien se presenta para despedirse de su amigo.

Más tarde le contó el episodio a su hijo, que se lo contó a tal, que se lo contó a cual...

Cuando entra, Abderramán queda sorprendido por el rostro tenso y preocupado de Abú Bekr, ya que sabe que la designación se ha hecho constar por escrito para hacerla irrefutable... ¿No debería sentirse, así pues, el moribundo descargado de sus responsabilidades?

—Oh ibn Abú Quohaifa, soy feliz al saberte aliviado de tu carga — comienza Abderramán después de haber saludado.

—¿De verdad piensas eso, oh Abderramán? —pregunta el califa, acosado por los escrúpulos.

—Desde luego que sí, por el Señor de la Kaaba.

Abú Bekr permanece un instante con la mirada perdida, tal vez para imbuirse de la fuerza de Abderramán. Y una vez más, esbozando una nueva defensa, Abú Bekr intenta justificarse:

—¡Estoy convencido, oh Abderramán, de haber designado al mejor de todos vosotros! ¡Sé, desde luego, que cada uno de vosotros habría deseado que la sucesión recayese sobre él mismo! Sin duda, cada cual consideraba sus propios méritos... (Abú Bekr, descompuesto, tiene la voz cada vez más desfalleciente.) Pero ¿qué veo alrededor mío sino cada vez más creyentes a los que de pronto les gustan las ropas de seda y se ponen a adquirir objetos de valor, a las que repugna tenderse sobre la simple lana, que ahora les resulta áspera, y que emplean el tiempo en adquirir cada vez más bienes terrenales?

Abderramán, vestido con una toga de seda, se remueve. Escucha, aprueba, sufre con el visible sufrimiento de su amigo.

—¡Ay! —continúa Abú Bekr—. ¡Cuán preferible no sería que el creyente perdiera su cabeza, perdiera su vida, antes que consagrarse así a las riquezas de este mundo! ¡Oh tú, guía del camino recto —suspira dirigiéndose con tono desesperado a Dios—, tú eres el alba para nuestras almas, el océano para nuestros corazones!

Al fondo de la estancia la cortina se ha movido ligeramente; unos dedos de mujer la levantan: los de la hija, madre de los Creyentes, o los de la esposa amada, Esma.

—¡Cálmate, oh ibn Abú Quohaifa! —interviene Abderramán, con su áspera voz—. Esos pensamientos te inquietan y son nefastos en tu estado. ¿Qué importa la opinión de los creyentes, si tú has decidido ya? Sí, es cierto, están

divididos en dos partidos. Los primeros ven lo que tú ves, y en consecuencia están contigo. Pero aunque los segundos no estén de acuerdo contigo, no por ello dejan de amarte igualmente. ¡Y todos nosotros sabemos que sólo quieres el bien de los musulmanes!

Abderramán continúa pronunciando sus palabras de consuelo, ahora con más suavidad. En el vestíbulo las dos mujeres oyen que Abú Bekr continúa luego en voz más alta (y la versión de Abderramán cuando le cuente a su hijo más tarde ese episodio lo confirmará así):

—En verdad, Abderramán, que nada lamento en este mundo, salvo tres actos que yo mismo cometí. (Se detiene, sin duda refrena las lágrimas, y luego añade suavemente.) ¡Cuánto desearía no haberlo hecho!

Años más tarde fue Esma, hija de Omais, quien refirió a Alí, su tercer esposo, el primero de los pesares que Abú Bekr confesó antes de morir:

—La primera de las decisiones que lamento haber tomado es... («y entonces dijo», contará Esma remedando el estilo directo del califa:) ¡cuánto desearía no haber despojado a Fátima, no haber privado de nada ni a su casa ni a su familia! ¡Cuánto siento haber persistido en ese camino, aun suponiendo que los que estaban a su alrededor hubieran elegido el camino de la guerra!

Abderramán, en el relato que le hizo a su hijo, contó el segundo pesar del califa moribundo: haber aceptado, tras la muerte del Profeta, la carga del califato, y no haber insistido lo suficiente para que fuesen Omar u Obeideallá ibn el Yerrah quienes fuesen nombrados para el cargo, permaneciendo él tan sólo como consejero.

Durante toda aquella jornada de aquel lunes decimocuarto día del mes de yumada segundo, todos los creyentes de Medina se encuentran a la espera. La plegaria de mediodía la dirige Omar, como de costumbre en ausencia de Abú Bekr. Éste descansa, cada vez más débil.

El último acto de despedida, que tuvo lugar probablemente durante la siesta, también tiene su relato: ahora es Talha, otro compañero de los primeros días, quien solicita saludar al enfermo. Entonces interpela al califa en tono vehemente:

—¿Cómo es que le entregas la sucesión a Omar ibn el Jattab? Sabes bien que la gente teme su violencia y su intransigencia, ¡y eso que, hasta ahora, estabas tú junto a él! ¿Cómo irán los asuntos de la Comunidad cuando ejerza el poder él solo? ¿Has pensado en ello? Vas a encontrarte con tu Dios —continuó Talha amargamente— y él te pedirá cuentas sobre tus súbditos y las manos en que los has dejado.

Pero Abú Bekr, tan atormentado ante la serenidad de Abderramán, tuvo una reacción muy distinta ante el exceso de los reproches de Talha:

—¡Ayudadme a sentarme! —pide el califa.

Y la cadena de transmisión, que se remonta en esta ocasión hasta Esma, hija de Omais, informa de la continuación: «Le ayudaron a sentarse». Abú Bekr

recuperó toda su firmeza para responder:

—¿Intentas impresionarme con Dios, oh Talha? Pues bien, yo te digo que si Dios me plantea una pregunta así, le responderé: «He puesto a la cabeza de tu pueblo al mejor de tu pueblo.»

El episodio se cierra así, con esta respuesta del moribundo.

Existe una variante de este último episodio contada por ibn Saad y cuya cadena de transmisión se remonta hasta Aisha sola.

Cuenta Aisha que Talha entra en casa de Abú Bekr acompañado por Alí ibn Abú Talib. Como si quisiera hacer compartir a Alí parte de la violencia de aquella entrevista, atribuye a los dos Compañeros las preguntas que agitan por última vez al agonizante.

—¿A quién has nombrado califa? —preguntan.

—¡A Omar! —responde Abú Bekr.

Y entonces, continúa Aisha, ambos le replicaron:

—¿Y qué le vas a decir a tu Dios?

De nuevo una enérgica reacción por parte del califa:

—¿Pretendéis que me vuelva atrás con Dios? Pues bien, creo saber cuál será la reacción de Dios cuando comparezca ante Él, y conozco a Omar mejor que vosotros. Responderé: «Oh Señor, he nombrado califa de tu pueblo al mejor de tu pueblo».

Dos mujeres, pues, velaron junto al lugar en que Abú Bekr consultó, defendió y firmó hasta el final. Dos mujeres que son las que amó más. Y mientras dedica hasta el último aliento sus fuerzas a garantizar el consenso que habrá de establecerse entre los hombres de Medina, las dos mujeres, la hija amada y la esposa preferida, incluso en la variabilidad de su memoria de transmisoras reconocidas, anuncian que fatalmente habrá un día dos partidos, dos clanes, dos orillas de un foso que, desde Medina, se extenderá hasta muy lejos en el crecido cuerpo del islam.

Abú Bekr —que la salvación de Dios le sea asegurada— se extinguió entre el crepúsculo y la noche de aquel martes. Lo enterrarán esa misma noche, inmediatamente antes del alba, después de que las mujeres de Medina — Emigrantes y esposas de los ansares— hayan llenado el aposento de Aisha y llorado con ella y con Esma.

Omar, Talha y Abderramán ibn 'Auf bajaron a la fosa el cuerpo del primer califa.

En aquella fecha, el padre de Abú Bekr, Abú Quohaifa, vivía aún en La Meca, de donde nunca había salido. Con noventa y siete años de edad, se extinguió seis meses y unos cuantos días después que su hijo. Se había islamizado sólo cinco años antes.

Califato de Omar ibn el Jattab (años 13-23 de la hégira)

«Después del entierro de Abú Bekr, sacudió Omar de sus manos el polvo de la tumba, y entonces, desde lo alto del almimbar de la mezquita, pronunció su primer discurso.

»Alabó la clemencia de Dios y la agradeció, y luego dijo:

»—¡Dios os ha vinculado conmigo del mismo modo que me ha vinculado a mí con vosotros! Me ha dado el poder sobre vosotros después de mi amigo...

»“¡En el nombre de Dios, afirmo que en adelante de todos los asuntos que os afecten habré de encargarme yo y sólo yo! En cuanto a los que tengan lugar lejos de mí, delegaré en representantes que serán gente justa y de confianza. Si se comportan bien, los recompensaré. Si se comportan injustamente, los castigaré.

»Y Hamid ben Hillal, que fue testigo y que más tarde lo transmitió, concluye así: Y Omar no se apartó nunca de lo que dijo hasta que dejó este mundo.»

IBN SAAD, *Tabajat*, III.

«Cuando Abú Bekr se extinguió, Omar rezó junto a él. Luego, aquella misma mañana, Omar, tras subir al alminbar de la mezquita, empezó por decir:

»—Oh musulmanes, voy a decir algo y creo que estaréis de acuerdo conmigo: el pueblo árabe es como un camello que sigue a su guía en el desierto, el guía ha de ver con claridad el camino por el que se ha de avanzar.

»¡En cuanto a mí, oh Dios de la Kaaba, declaro que os llevaré por el recto camino!»

TABARI, *Crónica*, III.

4

Palabra viva

VOCES

Según Sa'ad ibn Abú Waqqas, un día, en Medina, Omar pidió audiencia al Profeta.

Eran los primeros años de la hégira. El Profeta —que la salvación de Dios le sea concedida— se hallaba en ese momento con varias mujeres quraychíes, Emigrantes y esposas de Emigrantes. Habían ido a quejarse de la indigencia en que vivían de manera casi permanente y le pedían más provisiones. Al hacerlo, sus voces se elevaban más que la de Mahoma, que al tiempo que tomaba nota intentaba recomendarles paciencia. Entonces anunciaron a Omar ibn el Jattab.

Al oír pronunciar el nombre de Omar las quraychíes se apresuraron a cubrirse el rostro. Entró Omar y vio que el Enviado de Dios se estaba riendo.

—Que Dios conserve siempre tu alegría, oh Mensajero —exclamó Omar.

—Me río —explicó Mahoma divertido— por la sorpresa que acaban de causarme estas mujeres: apenas se te ha anunciado, cuando se han apresurado a cubrirse.

—¡Ay!, es a ti, sobre todo, a quien deberían mostrar más temor —y volviéndose hacia las visitantes, continuó Omar con énfasis—: ¡Oh enemigas de vosotras mismas, me teméis y no teméis al Enviado de Dios!

—¡Es verdad —replicó una de ellas convirtiéndose en su portavoz—, porque tú eres más riguroso, más severo que el Mensajero de Dios!

—Eso es cierto, oh ibn el Jattab —concluyó suavemente el Profeta.

Y las quraychíes se levantaron para marcharse.

LA LIBERADA

Soy Barira, la liberada, la liberta de Aisha, «madre de los Creyentes». Soy...

¿Qué otra cosa se le puede pedir a una antigua esclava más que mezcle su voz con las de las demás transmisoras? ¿No sería preciso, tal vez, olvidar, o callar, que fui hecha cautiva de muchacha, hace ya tanto tiempo, vendida después a una caravana de Yatrib, y luego...? ¿No es, acaso, lo único que importa que fui de las primeras mujeres islamizadas, unos meses antes de que el Bienamado y su amigo vinieran aquí en busca de refugio? ¿Acaso en la hora postrera —«la Hora»— cuenta otra cosa que lo que se pudo declarar, y confirmar, sin otro testigo que el propio corazón? ¿No sería mejor dejar que la voraz memoria se lo tragase todo, no desgranar en voz alta, en voz baja, sino las plegarias que nos entregó el Mensajero, demasiado pronto desaparecido y de cuya ausencia ni yo ni nadie nos consolamos? ¿No sería...? Cuántas preguntas me asaltan cada noche; y esos asaltos los sobrellevo con mis paseos de por la mañana, con mis trabajos del resto del día. Soy Barira, la liberada.

Hace años ya que las mujeres de Medina no se cansan de recordar mi historia; cómo acudí a ofrecerme a la pequeña adolescente pelirroja —¡que Dios nos la conserve!— a la que todas las mujeres de la ciudad amaban o envidiaban, la muy amada del Mensajero —¡que Dios le tenga misericordia!

Yo le dije con audacia —y tal fue el primer paso de mi felicidad: — ¡Cómprame, oh Lala!

Y Lala Aisha respondió:

—Te compro.

—Hay una condición —vacilé yo en precisar.

—¿Cuál?

Hube de confesar:

—Mis actuales dueños desean venderme, pero reservándose mi obediencia.

—¡Entonces, no! ¡Yo no comparto! —decidió Aisha.

Todas sabíamos en Medina hasta qué punto se mostraba suspicaz con sus coesposas, «hasta los celos», según algunas.

Todas las mujeres de Medina cuentan y han contado que aquella misma

noche Mahoma —¡que Dios le conceda la salvación!— encontró de repente la solución para su más joven esposa, y también para mi liberación.

—Compra a Barira —le aconsejó— y después libérala. Pues la obediencia que queda no puede pertenecer más que al que o a la que libera a la esclava. Ya pueden reclamar diez veces sus dueños anteriores, será en vano. Te digo que compres a Barira y la liberes después.

Y así, alabado sea Dios, vi la luz en Medina cuando debía yo de tener dos veces la edad de mi augusta dueña.

Todas las mujeres de Medina cuentan y han contado que, estando yo casada al tiempo que era esclava, el Profeta —¡que Dios le asegure la salvación!— me dio a escoger:

—¿Deseas conservar tu condición de esposa? Intervendré para que tu marido, aunque esclavo, esté junto a ti. O bien puedes elegir, al liberarte, liberarte también de los vínculos del matrimonio. Puedes elegir vivir como una mujer viuda o divorciada mientras aguardas otro marido.

Apenas lo dudé: «¿Libre de golpe?», pensé mientras el corazón me latía con fuerza. «Libre como ser humano y libre como mujer, poder yo misma elegir el hombre que desee, incluso vivir sola o...»

—¡Libre! ¡Oh Mensajero de Dios, deseo verme liberada de todos los vínculos, de todos!

—¿Estás segura? —insistió el Profeta—. ¿No deseas que intervenga para que...?

—¡Ya no es nada mío, oh Mensajero de Dios! ¡Quiero mi libertad completa!

Y tuve que contenerme para no arrodillarme y besarle los pies agradecida. Habría ofendido su tan secreta modestia; poco después, con el alma estremecida, me hice una promesa: «Nunca más me arrodillaré ante nadie, salvo...», e iba a añadir «salvo ante el Profeta y ante su esposa preferida». Pero formulé este juramento:

—¡Nunca más me arrodillaré, salvo para rezar, para rezar mil veces a Dios!

Todas las mujeres de Medina cuentan y han contado que el que durante diez años había sido mi marido —un sudanés de aspecto atlético, de fuerza impresionante— comenzó a seguirme por las calles de Medina cuando yo iba y venía... Me seguía de lejos, sin atreverse a decirme nada; algunas, las oí, añadieron: «El pobre va con los ojos bañados en lágrimas».

Lala Aisha nunca me hizo preguntas, pero las demás, las numerosas vecinas, tanto Emigrantes como medinés, el círculo de sus parientes, criadas, niñas y adolescentes, me miraban de hito en hito, relucientes los ojos, la curiosidad a flor de piel.

Un día, en una callejuela umbría, una mujerona mandó a su hija de ocho años a preguntarme con entonación estudiada y falsamente ingenua:

—Tu antiguo marido, aquel atleta negro de allí, ¿es aún esclavo?

Refunfuñé:

—¡Déjame! Ya no tengo marido. Soy libre de toda cadena. Soy Barira, la liberada.

Otra indiscreta, también una niña, volvió a la carga pocos días después, en esta ocasión en un barrio periférico de la ciudad:

—Dicen que por fin han acabado liberando a tu antiguo marido, ese negro grande que te sigue por las calles. ¿Sabías que ya no es esclavo?

No respondí. Una mujer, su madre o su tía, entreabría la puerta, me llamaba y añadía en voz alta que quería regalarme tal o cual cosa.

—¡Eres una mujer libre! ¡Él, ahora, también es un hombre libre! Si tanto te desea, ¿por qué no vuelves con él?

E, inquisitivas y un poco nerviosas, callaban, de pie en el umbral. Yo me negaba a responder y a aceptar el regalo anónimo que todas las demás —tantas de ellas conscientes de ser prisioneras, de estar constreñidas por un marido injusto— delegaban a fin de sondearme.

—Soy Barira, la liberada, gracias a Aisha —me dignaba a contestar.

Cuando dos o tres años después murió el Mensajero —¡que Dios le conceda la salvación!— el hombre que me seguía con su desesperado deseo desapareció por fin de la ciudad y, al mismo tiempo, de mi memoria. ¡Continuaré siendo una mujer libre! ¡Sin hombre, sin marido, sólo al servicio de Aisha, todos los días de mi vida, y al servicio de Dios, aquí y allá!

Mas ahora soy yo quien cuenta el nuevo estallido de dolor de mi joven ama: el primer califa, su padre, ha muerto. Entregó el alma entre el crepúsculo y la noche, en esta fecha del 14 del mes de yumada segundo, un lunes.

Esma bent Omais ha lavado el cuerpo de Abú Bekr en la habitación de Aisha. Es de noche; el cielo estrellado es vasto como nuestra pena. He permanecido un buen rato en el patio, en mi sitio de costumbre. Poco antes se me acercó Esma para que me hiciese cargo de su hijo Mohamed, apenas de tres años, huérfano en este día. Esperé, con el niño contra las rodillas, que su hermanastro Mohamed ibn Dyaffar viniera a buscarlo. Luego las sombras de los dos niños desaparecieron en dirección a la morada de Alí.

La noche es clara. Muy pronto, de todas las chozas en que no se han apagado las velas saldrán las mujeres, embutidas en malva, en gris, en blanco; acudirán a velar al muerto hasta que se aproxime el alba.

Yo entro por fin en la habitación.

Con un largo chal blanco de dorados flecos con el que se cubre la cabeza y la frente (adviento que su cara está más pálida, aunque sus ojos están secos, si bien algo más vivos), Aisha, mi ama, está sentada, el busto erguido, a la cabecera del muerto. Le ha descubierto el rostro; sobre el hombro paterno, que oculta inmaculada lana, deja descansar una mano.

A los pies del califa, sin dejar adivinar en su aspecto el cansancio del lavatorio anterior, se encuentra medio arrodillada Esma bent Omais, que rodea

con los brazos a su sobrina Omaina, la hija de Hamza, que se acaba de casar con Salama, hijo de Um Salama, madre de los Creyentes.

Una mujer completamente tapada, pero que sé de la familia de Abú Bekr, junto a la cual me he acucillado, me explica:

—Acabamos de llorar primero por Hamza, como el Mensajero de Dios y su amigo es-Seddiq nos mandaron cuando Ohod.

—Por eso la hija de Hamza, a pesar de estar recién casada, se muestra tan conmovida —añade una voz detrás de mí.

La habitación, más pequeña desde que hace poco se levantó en el fondo una pared que aísla el rincón donde está la tumba del Mensajero, se llena ahora de Emigrantes y mediníes de todas las edades. La hija mayor de Abú Bekr, Esma, «la de las dos cinturas», permanece de pie, la vista en el suelo. Se adelanta unos pasos hasta su padre, que yace a sus pies; luego se detiene, cerrados los párpados, la cabeza colgando hacia atrás, libre repentinamente el espeso torrente de su cabellera, que le cae hasta la cintura. Se extingue la algarabía mientras que su voz sonora desgrana al azar las palabras de pesar que borbotean, que estallan finalmente y nos hacen callar; es Esma, la inspirada, que hasta ese momento guardaba silencio.

Apenas se detiene cuando una mujer anónima, detrás mío, deja escapar como una intensa voluta un ronco lamento que vacila, que busca, que traspasa el aire y luego se desgarran en abierta herida. Saltan aquí y allá otras quejas menos contenidas. Yo no sé ni llorar ni lamentarme. A mi alrededor han crecido la algarabía y su desorden, así como las palabras de espanto que buscan consuelo. Las manos se tienden hacia Abú Bekr, hacia su sueño, hacia su bondad, por un momento todavía entre nosotros. Aunque, claro está, no se atreven a tocarlo. Aisha, estatua pálida, ojos abiertos, labios apretados, la única aún sin dolor, la única, nos contempla como si se hubiera colocado del lado en que vuela ya el alma de su padre, que, estoy segura de ello, nos oye...

Las plañideras —un grupito de mediníes con velos coloreados cuyos rostros se ocultan por completo bajo la gasa— se adelantan, coro inmóvil que se prepara. Es Um Fadl, creo, o Maimuna, madre de los Creyentes, su hermana, quien hace cesar el lamento una primera vez.

En efecto, embarazada, flanqueada por dos parientes, la última esposa del califa, la mediní, acaba de entrar. Su gravidez está avanzada; sus rasgos están hinchados por las lágrimas del luto, aunque puede ser también debido al cansancio propio de su estado... Una de las presentes, que está hecha un ovillo a un lado del cadáver, le hace sitio.

Un momento después, las plañideras —veo ahora cuatro, altas, imponentes, más una mulata como yo, baja y gruesa— emprenden su canto múltiple que se levanta en oleadas unas veces estridentes y otras graves; tan sólo la mulata no canta. Nos mira a todas con detenimiento, como si se encontrase en una reunión como otra cualquiera, con una mirada que me parece insolente. De repente, en una pausa del coro de sus compañeras, eleva sus carnosas manos con

abundantes anillos, se araña las mejillas con vigor y una voz insólita —su voz— se alza vivamente, al tiempo que de su cara brota la sangre. Las dos Esmas —gemelas de repente en virtud de su mismo nombre— se levantan a un tiempo:

—¡El luto que usa la mano —exclama Esma bent Abú Bekr— proviene de Satán, no de Dios!

Y la ira que embarga su voz resuena en medio de la petrificada asistencia.

Aisha no dice nada. ¿Nos mira en realidad a nosotras, extraviadas en ese sueño, en esta escena? ¿Dónde se halla en realidad mi ama, oh Dios? Alguien ha tirado de la cantora que se hirió el rostro; el coro de plañideras, vacilante marea, continúa, debilitado ahora. Esma bent Omais ha vuelto a sentarse sin decir palabra, y todas las visitantes, ya en calma, regresan zalameramente a la tibieza del duelo.

Tras la puerta de la habitación se alzan voces de hombres que se superponen unas a otras y se dejan oír. La aldaba golpea, golpea... El coro se interrumpe. Muy cerca, una mediní susurra:

—¿Ya vienen a llevárselo para la plegaria y la inhumación?

—¡No, no! —exclama otra.

—¡Es Omar! —chillo yo de repente mientras la aldaba resuena de nuevo.

En el silencio que se extiende entre nosotras como una sábana, Aisha, por fin vuelta en sí, agita los hombros; tapa el rostro paterno con la lana del sudario. Se dirige entonces a la más anciana de las plañideras:

—¡Continúa, oh creyente, y bendita seas!

El coro continúa al momento:

—¡Oh tú, Mahoma, que das fin a la cadena de los profetas de Dios!

»¡Oh tú, Seddiq, que empiezas la de los vicarios del Mensajero!

—¡Oh mujeres! —interrumpe una voz áspera, poderosa.

«Ésa es la voz de Omar», me digo. «Es el nuevo califa quien habla».

Nueva agitación entre las sorprendidas mujeres... Por fin, Aisha se levanta. No es muy alta; sin embargo, sin siquiera apretarse para dejarle más sitio, todas elevan hacia ella una mirada de expectación; en algunas hay respeto o gravedad, y en otras una timidez vacilante, dispuesta a someterse ante la tormenta, la tormenta que se intuye...

Omar ibn el Jattab golpeó con violencia otras tres veces en la puerta de Lala Aisha. Ahora sin hacer uso siquiera de la aldaba. La madera se ha estremecido. Y pensar que a nuestros pies Abú Bekr, su amigo más cercano de ayer, comienza el descanso que lo alejará de nosotros... Mas el nuevo califa no teme molestarlo en este momento.

—¡Oh mujeres —continúa la voz, voz de la furia y de la violencia—, tenéis prohibido llorar! ¡Voy a entrar!

Aisha, ante la que se ha abierto paso, se acerca a la puerta, que aún tiembla:

—¡Nadie, en el nombre de Dios, entrará en mi habitación! —exclama con

voz firme que impresiona. Luego se vuelve al grupo de cantoras del duelo. Y añade:

—¡Proseguid! —dice en tono resuelto.

Las cuatro plañideras comienzan de nuevo, más débilmente.

Suena de nuevo la aldaba, ahora con golpes regulares. Aisha no ha vuelto a su sitio. Yo me levanté sin saber qué hacer. ¡Acercarme a ella! A mi lado, Esma, «la de las dos cinturas», aguarda también al acecho.

La voz de Omar advierte:

—¡No entraré, pero os mando a Hishem! Que él haga salir a la hija de Abú Quohaifa.

En medio de la algarabía de aquellas que se alteran en el desorden, me acerco aún más a mi dueña. Ella no se ha movido, firme el rostro, y me digo: «Estamos en pleno duelo; mas mi ama querida se siente como aliviada en este combate, pero ¿qué combate es el que se anuncia? Sí, es eso, y estoy convencida de que no es un pensamiento profano, mi ama es una combatiente en el alma, por amor al Profeta ayer, por amor a su padre hoy».

Entonces ocurrió el incidente; lo presencié sin comprenderlo, pero sin olvidarlo más tarde, lo que me lleva a mí, la liberta, la liberada de Aisha, a convertirme en transmisora. Sí, el incidente, grave o trivial, ya no sé, sobrevino en aquel momento, y yo me atrevo a dar testimonio de él.

Por un segundo percibí a través de la puerta entreabierta —la claridad de la noche cegaba el umbral— el rostro de Hishem, un adolescente endeble, poquita cosa, al que parecían empujar por detrás, probablemente Omar. Un rostro espantado, me dije. Oí la voz de Hishem, luego el intruso desapareció; queda el tono de terror de su apresurada intervención. Veo como en un sueño a Um Ferwa cubriéndose la cabeza, sumida ésta en seda blanca, pero con un grande y largo pañuelo rojo o marrón, ya no sé, que se agita en su mano. Estorbada por ese paño, la veo abrir la puerta —fuera, la noche, casi translúcida; ¿o es que se aproxima ya el alba?—. Con un paso franquea el umbral.

La puerta se queda abierta y yo me encuentro pegada a Aisha. Ésta, muda, mira, mira... Sí, oh Señor, aquel incidente he de transmitirlo. Tal vez no sea más que polvo en tu vasto universo. Pero he de dar testimonio, siquiera sea una vez, porque las mujeres de Medina no lo contarán nunca.

Vi entonces, y los inmovilizados ojos de Lala Aisha la vieron también, la alta silueta de Omar ibn el Jattab, que me pareció la de un gigante temible. Ante él, Um Ferwa, endeble como un frágil fantasma y con aquel largo pañuelo rojo —o marrón, ya no sé— suspendido de su mano, una especie de ala, un oropel de fiesta cualquiera...

Sí, vi cómo el califa, el segundo califa, con su furia ya enfriada, pero furia a pesar de todo, aplastaba prácticamente con sus palabras a la vulnerable hermana de su amigo de ayer;

—¿Acaso no sabéis, mujeres, que vuestros llantos impiden al muerto encontrar reposo? ¿Acaso no sabéis que en estas circunstancias no debéis llorar,

que Mahoma os lo prohibió?

Aisha, a mi lado, se vuelve, y la oigo protestar por lo bajo, primero para sí misma:

—¡Falso, oh Dios! ¡Falso!

Yo miro —mis ojos anegados por la escena nocturna—, oigo la voz de Aisha allí mismo mientras ella recuerda, miro... Sí, entonces, en aquel instante, entre la noche y la aurora, vi, afirmo que vi, la mano de la sombra gigantesca —el nuevo califa— apoderarse del pañuelo rojo y, por dos veces, con nervioso movimiento, golpear el rostro —o el hombro— de Um Ferwa, que se dobla, que se vuelve. Entró de golpe y la puerta sonó tras ella; lanzó un hipido, el cuerpo inclinado hacia adelante, y en medio de nuestro silencio estalló en sollozos:

—¡Oh hermano mío, me has abandonado! —gritó antes de que me la llevara abrazada hacia el fondo, a una cama, a lo oscuro.

Un buen rato después, mientras la consuelo y le humedezco la frente con agua fría y Esma bent Omais le unta los párpados con un perfume aceitoso, advierto que las plañideras han desaparecido sin esperar siquiera a la plegaria del alba. Emigrantes y mediníes murmuran unas su plegaria, otras un recuerdo en voz baja y entrecortada. Tan sólo Aisha, con voz clara, repitió las mismas frases:

—¡Omar ibn el Jattab se equivoca! En ese punto no ha comprendido el pensamiento del Mensajero ¡que Dios le conceda la salvación! ¡Yo soy testigo de que Mahoma nos permite llorar al que nos deja y que tan sólo veda el griterío, y con más razón los trances y las mutilaciones, que pueden turbar al moribundo en su última hora y al muerto cuya alma se aleja poco a poco hacia el Señor!

—¡Omar ibn el Jattab se equivoca! —repitieron varias voces de mujeres mientras aguardaban el momento en que el cuerpo de Abú Bekr habría de ser trasladado al otro lado de la pared.

Sólo cuando los enterradores se encuentren en plena faena, las dos hijas de Abú Bekr, Aisha y Esma, así como su joven y vulnerable hermana Um Ferwa, saldrán de la estancia a fin de no dejarse dominar por el dolor en su ápice.

Yo me quedé junto al muro hasta el momento mismo en que concluyó la ceremonia y oí todo lo que hacen entonces los hombres, puesto que son ellos los únicos que entierran a los muertos. Los únicos que se hacen cargo de nuestro cuerpo, miserable polvo.

Escuché, y vi, a pesar mío, a Omar, el segundo califa, salir lentamente, con las manos aún sucias. Sí, vi al califa y recordé a Mahoma y a su amigo Abú Bekr, tan bueno, tan tierno a nuestro corazón. Y supe que desde ese día mi afán de protección hacia mi joven ama permanecería más alerta que nunca.

VOCES

Según Aisha, el Profeta le dijo una noche:

—¡Oh Aisha, mira a Gabriel, que te saluda!

—¡Que la salvación, la misericordia y la bendición divinas —respondió— sean con él! ¡Tú ves lo que yo no puedo ver!

Y quería, así, hablar del Profeta.

Según Aisha, el Harith ibn Ishem le preguntó un día al Profeta:

— ¿Cómo te llega la Revelación, oh Mensajero?

—Siempre es el ángel quien viene a mí —respondió Mahoma—. A veces parece el tañido de una campana; luego, cuando cesa, he comprendido lo que dice el mensaje; esa es la forma más difícil para mí. Otras veces el ángel se me aparece en forma humana. Entonces me habla y yo retengo lo que me dice.

LA PRESERVADA

1

¿Quién es esa niña de siete u ocho años con las manos cargadas de juguetes de madera y trapo que arrastra los pies desnudos por el suelo del patio, con el cabello alborotado (bucles pelirrojos y tez clara), alegres ojos y un destello verde en la pupila? ¿Quién es esa niña que contiene su risa mientras sus padres, con tierna indulgencia, la obligan poco a poco a pasar desde el soleado exterior al cuarto umbroso? No es mediodía aún ese día en La Meca.

La vivaracha niña se presenta ante una visita, Hawla bent Hakim, que ejerce de casamentera y acaba de susurrar a su madre:

—Le he hablado al mismo tiempo de ella (un gesto hacia la chiquilla que acaba de entrar) y de la viuda bent Zamaa, ya que, después de haberse quedado viudo, le hace buena falta volver a casarse.

—Pero mi hija —protesta débilmente la anfitriona— ya está prometida al joven Dyubayr ibn Mut'im.

—¿Y eso qué importa? —replica la mujerona—. El Bienamado se casa con bent Zamaa de aquí a unos días, y ella se ocupará de sus hijas huérfanas; pero también desea casarse —naturalmente, cuando sea núbil— con la hija querida del Amigo más cercano a su corazón. Y yo soy la encargada de pedíroslo.

El Amigo —el padre, de tez casi tan clara como su hija y de barba pelirroja

que desde no hace mucho se tiñe con alheña— no se mueve. ¿Se limita a escuchar el diálogo entre ambas mujeres? Deja crecer en él una plegaria fervorosa: ¿llegarán algún día a estar los dos seres que más ama en el mundo unidos en matrimonio? «¡Alá a todo provee, Alá es grande!» El calor invade su cuerpo, como si lo rociara una lluvia de polvo dorado.

La niña, en el fondo del cuarto, deja en el suelo sus muñecas. Lejana, pensativa, y sin embargo muy presente, se pone a canturrear en voz baja. ¡Esa alegría que siempre la acompaña! «La bendita despreocupación de la infancia», piensa el padre, «crece en ella».

Ella, la única que no habla, la única que no escucha, mira, y los ojos le ríen como si se llenaran del secreto de los adultos, no de un misterio, sino más bien de una luz, de una evidencia.

La visitante se levanta; entretiene su mirada en la niña.

—¡Rebosa de vida! —observa, y promete cumplir su cometido de mediadora con la familia del primer pretendiente—. Desistirá. Déjalo de mi cuenta —concluye Jawla, como si el asunto estuviese zanjado.

De este modo entra la niña pelirroja en la crónica de La Meca. Con sus muñecas en la mano, despreocupada, y más aún del amor palpitante de su padre, de su madre. La más pequeña, la más hermosa, la más vivaz.

Nació ya musulmana en la casa de su padre, convertida en el único remanso para Aquel que, privado súbitamente del tío protector y de la esposa maternal, también fallecida, pasa a sufrir más persecución por parte de los mequíes, sus compatriotas. Hasta el punto de que se dispone a emprender una nueva emigración, esta vez como último refugio de sus allegados, acaso de sí mismo... Inspirado, aguarda que le llegue la orden del Ángel preservador.

Por el momento desposa a una dama casi de su edad, una viuda que acaba de regresar de Etiopía y que podrá hacerse cargo de sus hijas, al menos de las dos menores, que aún no se han casado.

Luego esperará a que la chiquilla pelirroja sea núbil. Entre tanto, tendrá lugar la Gran Emigración, con sus prisas, sus angustias y, finalmente, con sus esperanzas.

Ya aquel día de la visita de Jawla bent Hakim, en el umbral de aquella habitación de un comerciante en tiempos rico —quien, por amor a Dios y a su Enviado, se convertirá en Emigrante pobre—, en aquel umbral soleado, mientras la casamentera se envuelve en su velo y parte, una niña de siete u ocho años sonríe a su destino. Pues entra en la historia del islam con el rostro iluminado por el fuego de su cabello y la alegría de su franca mirada.

Se llama Aisha. Aisha bent Abú Bekr. Aisha la vida.

2

Es mediodía ese día en La Meca. Esta vez es Aisha quien, diez o quince años más tarde, recuerda y cuenta:

—Siempre he visto a mi padre y a mi madre practicar la religión musulmana. No pasaba un solo día sin que en dos momentos para ellos culminantes, la mañana y la noche, viniera a vernos el Enviado de Dios.

Aquel día Mahoma llega durante el calor del mediodía; parece sofocado...

—Quiero hablarte a solas —le dijo el Mensajero a mi padre.

—Aquí no hay más que miembros de mi familia —proclamó mi padre.

Entonces el Profeta, que la gracia de Dios sea con él, respondió:

—¡He recibido la orden!

La orden de la Emigración.

En espera de aquel momento Abú Bekr criaba a escondidas tres camellas. Entonces se las enseñó a Mahoma:

—¡Llévate una! —le propone, al tiempo que él mismo se dispone a emprender el viaje.

En ese momento en que la amistad entre los dos hombres queda profundamente sellada, un *hadith* añade la siguiente precisión: aun en medio de la intensa emoción de la Ruptura, de lo Desconocido, el Profeta replica:

—¡Me llevaré la camella, pero a condición de que la cobres!

No será Aisha quien transmita este detalle económico. En esos momentos no tiene aún nueve años y sólo mira: lo que queda grabado en su memoria, lo que describirá más tarde, es el hombre, el *Nabi*, el futuro esposo, que llega sofocado en el momento de mayor calor. Sus padres comprenden que acaba de suceder lo Excepcional... Susurros, pocas palabras, decisión última. Sacan las camellas al patio.

Los dos hombres prevén el incremento de las persecuciones. Es posible que éstas comiencen precisamente cuando se compruebe que Mahoma no se halla en La Meca. El plan se fragua en ese mismo cuarto mientras la chiquilla, a la puerta, se mece primero sobre un pie, luego sobre el otro, pero mira y escucha. Alguien propone avisar a Alí, el joven primo del Profeta.

La noche siguiente sustituirá a Mahoma en su habitación, en su lecho. Ganar tiempo, burlar la maquinación de los inminentes perseguidores.

A los dos hombres se une el hijo islamizado de Abú Bekr, Abdalá. Y además de Um Ruman, que se afana, están también las dos hijas del Amigo. Primero Esma, que, avisada por su hermano Abdalá, acude con el rostro encendido, vibrante de decisión. Desea ayudar. Está casada con Zubeir, primo del Profeta, que ha partido ya hacia Yatrib con un grupo de Emigrantes a fin de preparar la llegada del Mensajero. Esma lleva una toga que no oculta su avanzado embarazo.

Durante los dos días y las dos noches siguientes (con el Mensajero y su amigo ocultos en una caverna y sus perseguidores recorriendo los caminos en

furiosa búsqueda), Esma se convertirá en la que los alimente, la que los provea, y es en ese papel en el que deja su primera huella en el islam...

Aisha la ve deshacerse la cintura con lentitud. La larga y amplia cintura que rodea su hinchado talle. Esma se enreda en sus movimientos: está sudorosa, sofocada por el calor, pero sonríe como si ocultara un secreto. Aisha, chiquilla viva y menuda que hasta el momento ha permanecido en la penumbra, surge ahora; y ofrece su ayuda. Agarra uno de los extremos de la cintura. Esma da una vuelta sobre sí misma, desenrollando el paño. Rojo y negro.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué haces eso? —murmura Aisha creyendo que es un juego.

Espera y verás.

Esma se queda con la larga cintura en la mano, la toga se ha convertido en un amplísimo vestido.

—Espera —repite.

Se pone en cuclillas. Resopla. Es redonda, robusta, de muy baja estatura. Vuelve a coger el trozo de tela que sostiene su hermanita. Se lo pone entre los dientes. Tira de ella con los dedos a lo largo. Y la cintura, tan amplia, se desgarran en dos; lento desgarramiento del tejido con un sonido de queja infinita.

Aisha no comprende. Para qué quiere ahora dos cinturas. Una púrpura y otra negra, como dos caras de un mismo día, una cara de noche y una cara de sol. Esma sonríe. Los dos hombres, así como Um Ruman, siguen al fondo de la amplia estancia, absortos en los preparativos.

—De este modo —le explica Esma a Aisha— tengo dos cinturas a partir de una sola.

Vuelve a coger el tejido negro, se lo ata al talle y al levantarse ha adquirido, pese a su gravidez, una inesperada elegancia: el negro que resalta sobre el blanco crudo del vestido.

—Vamos con ellos y verás —le susurra a la niña. Aisha, dócil, la sigue.

Esma se acerca a la puerta; se agacha. Antes había dejado allí un odre.

—Un odre lleno de leche —le precisa a Aisha—. A mis dos ovejas las apaciento yo misma.

Con la cintura púrpura que sostiene con ambas manos cierra el orificio del odre. Lo levanta entonces ayudándose con la tela. Afanosa se acerca a su padre:

—La comida está lista. Os he preparado esa bebida para el primer día. Voy a colocar el odre.

Y sale al patio.

Entonces Aisha se va con Um Ruman, que, con tono irritado, ha dicho en voz baja:

—¡Que Dios os proteja...! Pero ¿cuándo podremos seguiros nosotras? ¿Cuándo?

Um Ruman busca con la mirada a su hija menor; siente, ve que su esposo,

en pocos minutos, se va a convertir, como Mahoma, en un fugitivo.

La chiquilla vuelve al umbral, sus manos aprietan un trapo informe, mira con suma atención lo que sucede en el patio, todo ello con gestos precisos: Esma coloca bien la carga en la primera camella; Aisha observa a unos y otros. Se deja poseer por la concentración del momento. Mira fijamente a los dos hombres: dos siluetas que se destacan contra la luz blanca; éstas —el padre y el Amigo del padre— se vuelven hacia las mujeres (Um Ruman, al fondo, la niña junto a la puerta); dicen unas palabras que no consigue oír.

Inmóvil, Aisha ve cómo los dos hombres salen al patio y se detienen un momento junto a Esma. Se alejan; desaparecen.

La primera camella, luego la segunda, echarán a andar algo después, guiadas lentamente por Abdalá. Todo ha terminado: las lágrimas de Um Ruman caen en silencio. Esma regresa, algo cansada, y vuelve a atarse más despacio la cintura negra que ha tenido que aflojar. Aisha le sonríe, sin saber ninguna de las dos cuál ha de consolar a la otra.

Pero nadie —ni Abdalá cuando regresa, ni siquiera el abuelo ciego, Abú Quohaifa, que se despereza de su sueño y que sale a tientas de otra habitación—, nadie presta atención a la niña pelirroja que, por su parte, sí devora con los ojos esa realidad repentinamente petrificada por el exceso de calor. Ella mira, y sabe que es para no olvidar. Para no olvidar más tarde.

El juguete de trapo que sus distraídos dedos conservaban desde el final de la escena se ha caído. Ni se da cuenta. En ese momento Aisha sólo siente el latido de su corazón: ve a Esma, siempre en movimiento, acercarse al abuelo, llevarlo hasta una estera y calmar poco a poco la agitación que se ha apoderado de él y que le alarma. («Mi hijo, ¿se ha marchado mi hijo? ¿De verdad se ha marchado?»)

Sobrecogida por la emoción como por un pájaro palpitante que tuviera prisionero en su interior, Aisha comprende a causa de todo aquel movimiento que ha durado menos de una hora y que ha concluido con la marcha de los dos hombres, que su padre se ha marchado de veras. Recuerda que el Amigo de su padre le ha dirigido, sólo él y durante unos segundos, una sonrisa ligeramente tensa, y entonces ha bajado la vista a causa de... Aisha no sabe de qué. ¿Ha sucedido un drama alrededor de ella? (Um Ruman se seca por completo sus lágrimas.) Más bien una detención de las cosas; una suspensión.

Aisha recuerda. Se sintió tan preocupada y tan decidida al mismo tiempo... como todos, como su padre, como su hermano Abdalá. Y a su vez la envolvió también el nervio de Esma, la mayor. Una especie de manta de seda invisible, reconfortante. Aisha conserva aún en sus oídos el sonido —voluptuoso, carnal, algo áspero— del lento desgarramiento de la amplia y larga cintura.

Esma está en cuclillas delante de Abú Quohaifa, al que tranquiliza; lleva una sola cintura, y es la negra la que espontáneamente se ha quedado.

—Oh Dios de Mahoma —murmura Aisha cautivada por la fuerza de Esma,

por el extraño nerviosismo de toda la escena, convertido ahora en serenidad — ¡Ya no soy una niña! Ya no soy inconsciente. Ya...

Pensamientos que se agolpan en un desorden que se calma. Una hora después, la chiquilla se pone de nuevo a jugar.

Frente al ciego que no consigue calmarse y sigue inquieto —«¿nos ha dejado mi hijo, al irse, por lo menos medios para subsistir?»—, Esma se pone de nuevo a inventarse cosas. Esta vez urde una mentira piadosa a fin de tranquilizar al abuelo de modo que su miedo no alerte a posibles visitantes que no dejarían de convertirse en inquisidores.

—Oh padre —le dice—, toca todo este oro que ha ahorrado tu hijo para dejárnoslo.

Su mano busca la del abuelo. Le da a tocar un simple ladrillo envuelto en un paño, que hace pasar por la caja en que guardan los ahorros.

—¡Dios proveerá! —murmura con fervor la hermana mayor de Aisha—. ¡Y ojalá que Ellos se encuentren a salvo!

El anciano se sosiega y vuelve a su cuarto. En el otro extremo, la chiquilla, olvidadiza, se pone a canturrear.

3

Quince días después Aisha monta en el palanquín que ha dispuesto su madre. Es tan menuda que se hace un ovillo a los pies de Um Ruman. A Esma la suben a la otra montura. Las camellas, guiadas por Abdalá, se levantan vacilantes sobre sus patas. En un instante todos abandonarán la morada de Abú Bekr. Se alejarán a la hora fresca, apenas brumosa, del alba, en que La Meca está aún medio dormida... Cuánto durará la marcha hasta...

—¿Allí? —había preguntado la noche anterior la niña pelirroja mientras se adormecía en brazos de su madre.

—Duerme, corazón mío, duerme —ordenó Um Ruman, que aquella última noche no pudo saborear el sueño—. ¡Nos vamos todas a Yatrib!

Ahora, en esta aurora, Aisha desea ser la última en abandonar la casa de su infancia. Descalza, se desliza fuera del palanquín; se escapa. Con la risa

contenida en la garganta, vuelve hasta el umbral de la habitación de sus padres. Algunas de sus cosas, incluso sus muñecas, yacen en un rincón. Entra, deambula unos instantes (el abuelo duerme en la otra habitación, al cuidado de una esclava); Aisha se agacha, coge al azar uno solo de los objetos (dos cañas cruzadas con copos de lana en sus extremos). Contempla los rincones ahora vacíos.

De nuevo le vuelve la cantilena de hace unos días: «Oh Dios de Mahoma, ya no soy una niña. Ya no soy...»

Así pues, la última en abandonar la morada mequí es ella. Vuelve a montar en el palanquín bajo la jovial mirada de Abdalá, de tierno corazón. Una hora después, el pequeño séquito sale de los suburbios y la sombra de la Kaaba, imponente, parece desafiarlos, desafiar a los que se marchan, a los Emigrantes.

Aisha siente que parte; el corazón le da saltos. Pero no es ni de alegría ni de pesar. Por fin está viajando. Va a encontrarse con su padre y, lo sabe bien, con el Amigo de su padre. Piensa en la sonrisa de éste, una sombra inasible en el rostro, aunque, está segura, era una sonrisa destinada a ella. En esos momentos él fue el único que no se olvidó de ella.

Más tarde, muchos años más tarde, cuando se transforme en narradora, la más vulnerable de las narradoras, contará:

—El Mensajero y yo nos hicimos novios en la casa de mi padre, en La Meca... El casamiento fue en Medina, el primer año de la héjira. Yo llevé a casa del Mensajero mis muñecas, y a veces el mismísimo Enviado de Dios jugó conmigo por el suelo.

Al abandonar La Meca, Aisha se ve poseída por la emoción del viaje. Y por un silencio de Um Ruman, por el cuidado más atento de su hermanastro Abdalá, sabe que va a ser entregada como esposa al Mensajero. Allá, en Yatrib. Allá, en el lugar que será lugar de amor, ciudad de felicidad. *Su* ciudad; la ciudad *de los dos*: Medina.

Aisha se convertirá en los diez años, en los veinte años siguientes, en el corazón estremecido de la Medina musulmana.

A los seis o siete meses de haber llegado a Medina, Aisha se casa:

—Tuve fiebre y se me cayó el pelo; pero me volvió a brotar con abundancia y me llegó hasta los codos. Un día, mi madre, Um Ruman, vino a buscarme cuando estaba en un columpio, rodeada de mis amigas. Me llamó y acudí a su llamada sin saber qué quería. Me cogió de la mano y me dijo que me quedase en el zaguán hasta que recuperara el resuello. Cogió entonces un poco de agua, me frotó la cara y la cabeza, y luego me hizo entrar en la casa, donde estaban unas mujeres de los ansares que me dijeron: «Que te sea concedida la felicidad, todas las bendiciones, la suerte mayor». Mi madre me entregó a aquellas mujeres, que se pusieron a engalanarme, y apenas habían terminado cuando entró bruscamente el Enviado de Dios. Entonces me pusieron en sus manos.

Aquel mismo verano, Fátima, hija del Profeta, se casa con el primo de su padre, Alí ibn Abú Talib.

Comienza el segundo año de la hégira. El otoño y el invierno transcurren en distintas expediciones militares. Durante el mes de Ramadán de aquel mismo año se concreta súbitamente en Bedr la perentoria amenaza de los mequíes. Pero Bedr se convierte en una victoria de los musulmanes. Victoria sorprendente por su rapidez, dolorosa por su carácter de lucha fratricida.

Una consecuencia menor de aquel gran acontecimiento: un incidente de mujer. Sawda, la primera coesposa de Aisha, se deja llevar por la ira, pues su padre y sus tíos, que formaban parte del clan de los mequíes, han perecido a manos de los musulmanes. Poco después, frente a unos prisioneros (algunos de ellos de la familia del Profeta, en especial su tío Abbas y su primo Aqil) que llegan con las manos atadas a la tienda del jefe, es decir, a casa de Sawda, da rienda suelta a su dolor; su sangre, su herencia, gritan literalmente, hasta el punto de hacerle olvidar que, antes que hija de Zamaa, es musulmana y esposa del Profeta. Pierde el control; su palabra, casi de insumisa, se inflama:

—¿Por qué no habéis combatido vosotros también hasta la muerte, como mi padre y sus hermanos? ¿Por qué habéis tendido ignominiosamente las manos para que os hagan prisioneros?

Mahoma, que llega, va a franquear la entrada cuando escucha aquella ira irreprimible:

—¡Oh Sawda, estás excitando a los infieles contra Dios y contra el Profeta!
—exclama.

Y en ese mismo momento la repudia.

Entonces cae de nuevo presa de la desesperación, pero ahora como mujer repudiada.

—¿Para qué volver a La Meca —dirá a las mediníes— con mi abuelo ciego? ¿Para causarle un doble pesar: la muerte de sus tres hijos y el repudio de su nieta?

Mendiga el perdón conyugal. A fin de asegurárselo y seguir siendo, a pesar

de todo, esposa de Mahoma, idea un trueque:

—Estoy dispuesta a darle a Aisha las noches que me corresponden. Quiero seguir siendo esposa de Mahoma, pero por el islam, no por mi placer de mujer.

Más o menos rogó así. Y Mahoma otorga el perdón. Vuelve a tomar a Sawda por esposa; será un matrimonio blanco. Aisha, afortunada, obtiene así el doble de noches conyugales dentro de la poligamia.

En realidad, Aisha será esposa única durante casi un año: concedida la súplica de Sawda, Aisha se ve convertida en esposa del Profeta por partida doble.

Pasa un año, un año entero: del Ramadán del año 2 al mes de sha'ban del año siguiente. De nuevo un año de monogamia para el Mensajero. Un año para la pequeña Aisha que será para ella como los veinte años de Jadidya, la primera esposa, la única, la muerta siempre viva en el corazón del Enviado. Un año para Aisha, sola en el lecho del Profeta: gracias a unas palabras de Sawda que fueron pesares, gracias a aquella palabra de mujer que se extravió, que se desvió, inflamada en exceso por la sangre de la tribu y el orgullo filial.

Aisha tiene como mucho once años cuando aborda aquel año privilegiado. Es núbil desde hace dos. Espera un hijo. Nunca lo tendrá.

5

¿Cómo olvidar aquel año?

Más que la condición de «esposa preferida» que la Tradición hará prevalecer después, es la de «esposa doble» lo que ahora importa. Un paréntesis en el tiempo; una plenitud de los días; curva de la voluptuosidad saciada de serenidad. La felicidad.

Alrededor de Aisha, Um Keltum, hija del Profeta, modesta y retraída, acaba de casarse con Otmán, viudo de la deslumbrante Reggaya; su hermana, la fascinante Zeineb, que vive sola desde hace algunos años, negándose a tomar cualquier otro esposo que no sea el suyo, que se ha quedado en La Meca y que finalmente se reunirá con ella y se convertirá, y sobre todo Fátima, siete u ocho años mayor que Aisha, esposa única de Alí, primo de su padre.

Hasta Um Ruman, que desde el primer día de la héjira pasa a ser esposa

única de Abú Bekr y lo seguirá siendo aún durante cinco o seis años. Durante aquel año de inmovilidad (después de Bedr, el Profeta emprenderá otras expediciones), Aisha, la única auténticamente desposada, mantiene con Sawda una relación casi filial.

Sobreviene entonces el terrible golpe de Ohod, con sus muertos y peripecias —entre ellas la herida en combate del Profeta—, que estremece a la comunidad. Algunos dirán que durante la batalla han visto a Aisha ir y venir, las ajorcas resonando en sus tobillos, para dar de beber a los heridos y ocuparse de ellos.

En cambio, nada se dice de ella cuando en un momento dado se cree muerto a Mahoma, que en realidad está herido y que es defendido por una mujer que combate sable en mano, Um Imara. De ese trágico momento, lo que se transmite y desarrolla en las crónicas es el dolor de Fátima, que corre extraviada en dirección al campo de batalla y que es detenida por una creyente que se empeña en ir en lugar suyo y le da la buena nueva de la salvación del Profeta, su angustia filial:

—Oh hija del Profeta —exclama la creyente—, no tienes por qué ir, no... ¡Yo iré en tu lugar!

La musulmana no se detendrá ni ante su hijo muerto ni a la vista de su esposo que yace en el suelo, sólo ante el Profeta vivo, y dará consuelo a la desolada Fátima antes de asomarse a su propia suerte.

En ese quiasmo de inquietud y esperanza sólo se relata una cosa de Aisha, para ser más exactos de su cuerpo: en pleno desconcierto colectivo, en medio del estrépito de la batalla, alguien oyó resonar las ajorcas de los tobillos de la mujer niña; imagen furtiva, ruido casi inconveniente y luego transmisión no ocultada. En medio del trastorno de todos, Aisha no se deja impresionar: hace de enfermera, de intendente de los ejércitos. Lo afronta todo, no tiembla un ápice; se olvida de su edad y de su sexo.

Los versículos sobre el velo de las esposas del Profeta no han sido revelados aún y Aisha va vestida como cualquier otra creyente. Descuida su persona, no hay protocolo que observar: sólo importa ser útil.

En aquel tumulto faltó poco para que el islam entero (unos cuantos miles de soldados, poco más) zozobrase y naufragase.

No importa. Una determinada transmisión mantiene aquellas horas dramáticas en un segundo término a fin de hacer tintinear, en un silencio restablecido, las ajorcas de los tobillos de la esposa.

Cuerpo de una Aisha niña, pero también esposa de condición privilegiada; cuerpo entrevisto por aquel sonido de ajorcas que sugiere el nervio, la agilidad, la intrepidez de la esposa del Nabi en el preciso momento en que la suerte vacila, incierta, antes de decidir que el campo islámico, vencido en Ohod, habrá de volver a levantarse.

Aisha: no la alcanzará ni una sola gota de sangre. Pero dos o tres generaciones lo siguen recordando: sus ajorcas tintinean aún en medio de la

barahúnda del combate.

6

Algunos meses después, Aisha, la de intrépido corazón, sabrá de su primer dolor como mujer. Dolor oscurecido, confuso, como todos los dolores de mujer. Mahoma decide desposar a Hafsa, la hija de Omar.

Hafsa está viuda de su primer marido desde Ohod y tiene unos veinte años. Como su padre y su tía paterna, sabe leer y escribir; vivió de muy niña el episodio de la súbita conversión de su padre en La Meca, cuando oyó a su hermana Fátima leer unos versículos del Corán: concentrado en todo su ser, se pone en el acto a leer y a recitar y se islamiza de golpe ante la sola belleza del texto... De ese modo supo Hafsa muy pronto hasta qué punto la lectura y la escritura podían intervenir en el camino de la fe. Hasta qué punto la ciencia se convierte en vestíbulo más desahogado... Hafsa no sólo es sabia; es bella. Y, sobre todo, es modesta y piadosa. Tímida probablemente, fácilmente irritable por naturaleza (herencia paterna) y con una buena dosis de ingenuidad que le jugará malas pasadas.

Por el momento aparece engalanada con sus gracias; más bien silenciosa y con la vista baja.

Joven viuda, su padre la ha propuesto en matrimonio a Abú Bekr. Éste declina la oferta; desde la hégira vive en monogamia y continuará así todavía unos años. Omar propone a Hafsa a Otmán, viudo por segunda vez de una hija del Profeta. Otmán, abatido, no quiere volver a casarse. Omar, susceptible, va a quejarse de sus dos amigos al Mensajero. De repente, Mahoma se ofrece como marido.

Terminan en ese instante para Aisha sus privilegios de esposa única, pues Sawda no contaba ya como rival. Aisha, la hija querida de Abú Bekr desde siempre, tan mimada por su madre al ser la hija más pequeña, colmada y consentida hasta ese momento por un esposo enamorado al que creyó haber encadenado a su misma quietud, habrá de arrostrar la poligamia y su reverso de espinas.

Tiene doce años o muy poco más. Sabe ya, probablemente desde hace poco,

que nunca será madre. Y ahora se encuentra ante una auténtica coesposa: Hafsa la sabia, Hafsa la mujer hecha y derecha. ¿Cómo hacer frente a esto?

¿Qué sentimientos experimentó Aisha durante sus primeras noches de esposa arrinconada? (el que se casa con una no virgen le consagra al principio tres noches y tres días a ella sola). Con los ojos abiertos, amurallada tras un silencio de adulta, Aisha, «la preservada», se tiende esas tres noches en su lecho. Quizá, como no consigue encontrar reposo, reza, y lo hace con desesperación, ávidamente, llamando en su auxilio como mujer a Dios y sólo a Dios. Mujer momentáneamente olvidada.

A la muerte del Profeta, y durante mucho tiempo después, guardará silencio sobre ese túnel de su alma.

Al cabo de seis meses, luego de un año, y después en los años siguientes, el Profeta contraerá nuevos matrimonios. Cada uno de ellos, en circunstancias diversas, se ve acompañado de anécdotas contrastadas.

Al narrar algunas de esas uniones los cronistas reseñan invariablemente la celosa acritud de Aisha: tal o cual observación acerba sobre una novia que formula incluso delante del Mensajero. A veces se señala su presencia como furtiva mirona: escondida o a descubierto, acude a verificar personalmente la belleza y los encantos de la nueva esposa.

Tales escritores se complacen a ciencia cierta en detenerse con falsa indulgencia en la recelosa susceptibilidad de Aisha: un sufrimiento intenso prolongado por acerados comentarios que no ahorra a su esposo. Por qué no imaginar que brota de ahí un auténtico dolor, una compulsión del corazón de la mujer niña, ya no tan niña, punzadas de angustia, primeramente por las bodas de Hafsa. Los celos harán presa en ella durante los casamientos que aún habrán de seguir; más de cinco veces verá todavía a su esposo enamorado de otra.

Sin embargo, no es la poligamia de Mahoma, experimentada así como un latigazo, lo que provocará en Aisha la herida más viva. No.

El golpe más acerado vendrá de otra parte; y la curación final sólo de Dios.

VOCES, MÚLTIPLES VOCES
(Aisha y los difamadores)

1

Voz de una rawiya:

En el curso del año 5 de la hégira, después de la guerra del Foso, en que, gracias a la «victoria del viento», los enemigos del islam fueron derrotados, se decidió emprender una nueva expedición, ésta contra los Benú Mustaliqua, nómadas instalados entre Medina y el mar Rojo. Aquella expedición fue la decimoctava de las que dirigió el Profeta en persona desde Medina.

Voz de la inocente (según Orwa):

—Cuando el Enviado de Dios deseaba emprender una expedición hacía que sus mujeres echaran suertes para saber la que habría de llevarse...

(En otra cadena de transmisión, pero también según Orwa:)

—En una de las expediciones que emprendió, hizo que echáramos suertes, y al designarme ésta, le acompañé yo...

Después de un silencio en el que Volvió a sumirse al referir el momento aquel de la partida, aquel año, unos meses después de la guerra del Foso, Aisha añadió:

—Fue después de la revelación relativa al velo: me hicieron montar en el palanquín

donde me instalaron y nos pusimos en camino.

Voz de una segunda rawiya:

La guerra que encabezó el Mensajero (que la gracia de Dios le sea concedida) contra los Benú Mustaliqua resultó victoriosa. Los hombres de la tribu fueron reducidos a cautividad. Yuwayria bent Harith cayó en la parte del botín de Thabit ibn Quais y decidió presentarse ante el Mensajero, que, al verla, deseó desposarla.

Por consideración hacia el Profeta, todos los parientes de Yuwayria fueron liberados. Aisha, madre de los Creyentes, que formaba parte de la expedición, acudió a contemplar la belleza de la excautiva y declaró en voz alta:

—Nunca un casamiento fue tan provechoso a tanta gente de la familia de la novia.

Tres noches después de aquel desposorio del Enviado, nuestro ejército se puso en marcha hacia el este para llegar en varias etapas a Medina.

Voz de la inocente:

Una vez en el camino de regreso y cuando nos acercábamos ya a Medina, en la última etapa, se dio la orden de reemprender la marcha en plena noche.

(Lo recuerda: en la víspera, el calor había sido tal que varios creyentes de la caravana, sin duda heridos ya en combate, sucumbieron a la fatiga.

De nuevo en voz alta, con su joven sobrino frente a ella, continúa:)

Al darse la orden de partir, me levanté a fin de satisfacer una necesidad fuera del campamento. Cuando terminé, regresé a oscuras, pero al llevarme la mano al pecho me di cuenta de que había perdido el collar de ágatas de Dzafar. Entonces volví sobre mis pasos para buscarlo.

La gente encargada de mi montura cogió mi palanquín y lo colocó encima del camello, creyendo que yo estaba en él. En aquel tiempo las mujeres eran ligeras; no pesaban nada, puesto que, como se alimentaban sólo de restos, apenas engordaban. Así, nadie se extrañó del peso del palanquín y por eso lo cargaron... Yo era muy joven entonces.

Luego arrearon el camello y emprendieron la marcha. Yo, cuando encontré el collar, regresé al campamento, pero vi que allí no quedaba nadie. Me senté en el lugar que había ocupado, segura de que al advertir mi ausencia regresarían en mi busca. Luego el sueño me pudo y me dormí.

Soffyan ben el Mo'attal es Solami ed Dzakuani.

(Joven jinete designado para quedarse a retaguardia de la tropa. Está encargado de volver en solitario sobre los restos de las acampadas: tiene que apagar los fuegos, borrar las huellas, recoger cualquier objeto o arma olvidada... Aquel día advierte un bulto tirado por el suelo: una niña, parece, y dormida; no, es la hija de Abú Bekr, su vecina de antaño, oh... y recuerda: «¡La esposa del Mensajero!»)

Silencio interrumpido por la exclamación de angustia que conjura la mala fortuna:

— ¡A Dios pertenecemos y a Él hemos de regresar!

Según otra tradición, repitió aquella exclamación por dos veces.

De nuevo la voz de la inocente:

Aquella exclamación me despertó.

Silencio del acompañante. Aisha lo mira y lo reconoce a su vez.

— *Él me había visto ya antes de que el Corán ordenase llevar el velo* —le explicó luego a Orwa, el sobrino, que ahora la escucha.

Detuvo su montura, la hizo arrodillarse y, cuando estuve arriba, sujetándola él del ronzal, nos pusimos en camino hasta que alcanzamos a las tropas, que habían acampado para pasar así el rato de más calor.

Las tropas de la expedición, entre las que se encontraban Aisha bent Abú Bekr y Yuwayria bent Harith, ambas esposas de Mahoma, así como el botín de la tribu de los Benú Mustaliqua, llegaron aquel mismo día a Medina.

2

Unos días después Aisha se halla en cama en su habitación. En los dos últimos años se ve a menudo así... No recuerda que durante el año en que fue la única esposa del Profeta esa súbita fragilidad se apoderara de ella.

A veces, cuando «le toca», el Profeta (¡que Dios le conceda su gracia!) permanece a su cabecera y le pregunta por su estado con ternura.

Medina en aquel caluroso mes: ociosidad, charlatanería. Y todavía, en medio de los grupos de auténticos creyentes, el mismo núcleo de indecisos.

«Pérfidos», los denomina un cronista. «Hipócritas» otro. No, sostiene un tercero, simplemente «indecisos».

Los epítetos varían cuando se trata de ir o no ir a la lucha. Seis meses antes, cuando la guerra del Foso, ¿no se convirtió acaso la «indecisión» en apoyo objetivo a los sitiadores mequies?

Sin embargo, cuando se trata de la virtud de una esposa, de la lealtad de un hombre joven, puro, que ha tenido la mala suerte de haber traído sólo a la «preservada»... De haberla preservado, a su vez, de las hienas, de los chacales, de las serpientes del desierto...

Pero ¿y los chacales y las serpientes de Medina?

Voz del primer hipócrita (Mistah, protegido de Abú Bekr):

Soy sobrino por alianza de Abú Bekr es Seddiq. Sí, lo recuerdo, hace tan sólo unos años, a la hija del Amigo le gustaba jugar con un muchacho de la casa de al lado, ese joven tan guapo, Soffyan ben el Mo'attal. Me acuerdo, sí.

Voz del segundo hipócrita, en Medina:

Soy Hassan ibn Thabit, el poeta... Dejadme un momento y os compondré un canto, un poema que se recordará, sobre las mujeres muy jóvenes que fingen perder un collar en la arena. Inventaré diez cuartetos sobre la astucia de las muchachas desde el momento mismo en que abandonan la cuna.

Voz de la tercera hipócrita, en Medina:

Soy Hamma bent Yahsh, hermana de Zeineb, esposa del Profeta. Todas las noches, cuando mi marido regresa, le cuento los rumores que circulan acerca de cuando Aisha perdió el collar y fue traída por el joven y bello Soffyan... Mi marido se enfada y no me deja hablar, no quiere escucharme. ¡Aisha es una mujer, débil como todas las mujeres! En esta última expedición debió de tomarse muy a mal el nuevo casamiento de Mahoma con esa Yuwayria, que es bella, bellísima. Pero ¿cómo hablar a un marido que confía tan ciegamente en las mujeres del Profeta? Y, sin embargo, son igual que nosotras. Aisha no es invulnerable, no es... ¡Y se atreve a insultarme por causa de ella!

Voz del jefe de los hipócritas, Abdalá ben Obbay:

Es cierto, varias veces vaticiné la derrota del Jefe, pero no se produjo, salvo en Ohod. Ciertamente, su última expedición resultó victoriosa, y a pesar de todo os convencí de que no os sumarais a ella. Pero si Dios ha dispuesto así las cosas es porque será en otro terreno en el que ese Jefe, que, como sabéis, carece de heredero varón hasta el momento a pesar de todo su harén, habrá, no de ser derrotado, sino tomado por sorpresa, por...

Durante aquellos meses se hace el silencio en Medina a la hora de la siesta.

En su habitación, la joven pelirroja de catorce años sigue enferma; se queja de sus dolores, de sus menstros. Cuando «le toca» —dos días y dos noches seguidos, ya que se beneficia de los que le corresponderían a Sawda— Mahoma (¡que Dios le conceda la salvación!) entra. Está pálido. Silencioso.

—¿Cómo te encuentras? —termina por preguntar suavemente.

3

Los días siguientes, voces alrededor del Profeta; en Él, el desierto.

Primera voz, la de Osaima, hijo de Zeid y de Um Ayman:

—*¡Oh Enviado de Dios, sólo cosas buenas pueden decirse de tus esposas, en el nombre de Dios!*

Segunda voz, la de Alí ibn Abú Talib:

—*¡Oh enviado de Dios, Dios no desea causarte dolor!*

(Un silencio —silencio que hinchará en las décadas siguientes un áspero recuerdo. La esposa-niña dejará de ser niña, ¡pero no olvidará!)

—*Hay otras muchas mujeres además de ella* —añadió Alí—. *Pregúntale a la criada. Ella te dirá la verdad.*

El Profeta, silencioso.

Se acercó Barira, la criada.

Voz de la criada:

—*Por el que te ha enviado a traer la verdad, oh Bienamado, nunca he visto nada reprochable en mi ama, sólo que (se suena, pues corre el riesgo de echarse a llorar)... sólo que tiene tan pocos años... Se duerme al lado de la masa que prepara, de manera que el cordero que cría se come una buena parte.*

Voz de la coesposa, Zeineb bent Yahsh:

—*Oh enviado de Dios, yo vigilo mis oídos y mis ojos. ¡Por Dios que sólo cosas buenas sé de ella!*

(Más tarde Aisha misma contó aquel «dicho» de Zeineb a continuación de su propio «dicho sobre el asunto, y concluyó:

—*Y era Zeineb mi rival en belleza. ¡Dios velaba por ella al inspirarle tal prudencia!*)

Voces alrededor del Profeta. En Él, el desierto.

4

Voz de la inocente:

La gente hizo circular las calumnias vertidas contra mí y dieron a entender que mis sufrimientos se debían a que el Profeta no era ya tan atento conmigo como antes cuando me encontraba enferma.

No supe nada de todo aquello hasta que me restablecí. Una noche salí con Um Mestah a fin de satisfacer nuestras necesidades donde el Menasi —en aquella época no teníamos aún letrinas junto a nuestras casas.

Iba yo junto a Um Mestah cuando ésta se tropezó con el faldón de su manto.

—¡Maldito sea Mestah! —exclamó.

—No está bien maldecir así a tu hijo —le reprobé—, un hombre que vertió su sangre en Bedr.

—Si —replicó ella—, es mi hijo, pero no has oído lo que anda diciendo por ahí.

Y entonces me contó lo que decían los difamadores.

Aisha vuelve a su habitación aún más febril después de esa salida nocturna.

Al día siguiente, cuando el Profeta pregunta por ella, le envía recado de que, debido a su estado, desea irse a casa de sus padres.

La autorización se le concede.

Voces alrededor del Profeta; en Él, el desierto.

5

Voz del jefe de los hipócritas, Abdalá ben Obbay:

—Es cierto, varias veces vaticiné la derrota del Jefe, pero no se produjo, salvo en Ohod. Pero si Dios ha dispuesto así las cosas ¿no será en otro terreno donde él, que carece de heredero varón a pesar de todo su harén, habrá de caer derrotado? Derrotado, o algo peor...

Voces alrededor del Profeta, que aquel día, en Medina, sube al púlpito.

—¿Quién de entre vosotros podrá probarme la culpabilidad de un hombre del que me dicen que se ha comportado mal con mi mujer...? ¡Por Dios que sólo cosas buenas sé

de mi esposa, y de ese hombre tampoco conozco nada que no sea bueno! ¡Sólo conmigo entraba en la casa de mi mujer!

La concurrencia de ansares que escucha aquel día a Mahoma se encuentra también dividida en la tribu de los Aus y la de los Jazradj... Abdalá ben Obbay forma parte de los Jazradj.

El profeta permanece en el púlpito y espera.

Interviene Sa'ad, jefe de los Aus:

—¡Si es un hombre de los Aus, oh Mensajero, le cortaremos la cabeza! ¡Y si pertenece a la tribu de nuestros hermanos los Jazradj, basta con que nos des la orden a los que hayamos de ejecutarlo!

Sa'ad ben Obbeid, jefe de los Jazradj, exclama: *—¡Antes de eso era un hombre virtuoso! (Se vuelve entonces hacia el jefe de los Aus:) ¡Por Dios que has mentido! ¡No lo matarás, no podrás hacerlo!*

Osaid ben Hodain, al anterior:

—¡Por Dios que lo mataremos! ¡Y también a ti, que no eres más que un hipócrita, que defiendes a los hipócritas!

Ante Mahoma, que continúa en el púlpito, en plena mezquita, ambas tribus se levantan y llegan a las manos.

Algarabía, tumulto ante el Profeta. En Él, el silencio.

Alí ibn Abú Talib, bajo el púlpito, contempla la sala; contempla al Profeta y le ayuda a calmar los ánimos.

6

La «preservada» está en casa de su padre y de su madre.

—¿Qué dice la gente? —le ha preguntado, entre sollozos, a su madre.

Voz de la madre:

—Hija querida, no has de darle demasiada importancia a este asunto. Por Dios que es muy raro que cualquier mujer bonita y amada por su esposo no sea víctima de la maledicencia de las demás mujeres de su marido, cuando éste tiene varias.

Voz de la inocente:

—*¡Oh Dioses! ¿Entonces todo el mundo habla de eso ahora?*

Y llora; no deja de sollozar. No consigue dormir en toda la noche y durante todo el día siguiente, hasta tal punto, dirá más tarde, «que creí que las lágrimas iban a destrozarme el corazón».

Lllaman a la puerta.

Voz de una desconocida de Medina:

—*Pido permiso para entrar. Deseo ver a la «preservada», estar con ella, compartir su pena y su alegría.*

La desconocida entra y se sienta.

Guarda silencio. Se echa a llorar al mismo tiempo que Aisha.

Lllaman a la puerta. El Enviado de Dios, que viene de la mezquita donde el enfrentamiento entre ansares se extingue, solicita entrar.

El Profeta se sienta. (Aisha contará más tarde: «Se sentó, no se había sentado donde yo estaba desde el día en que me calumniaron. Hacía ya un mes y aún no había recibido revelaciones respecto a mí. Pronunció la profesión de fe y entonces me habló.»)

Voz del Profeta:

—*Oh Aisha, si eres inocente Dios te limpiará de esa acusación. Si has faltado a tus deberes, pídele perdón a Dios y vuélvete hacia Él: el que reconoce su culpa y se vuelve hacia Dios verá que Dios se vuelve hacia él.*

Relato de la inocente:

Apenas concluyó este discurso el Enviado de Dios cuando mis lágrimas dejaron de brotar, hasta el punto de que ya no sentí correr por mi rostro ni la más mínima y, dirigiéndome a mi padre, le pedí que respondiera por mí.

Voz del Amigo y padre de la inocente:

—*¡Por Dios que no sé qué decirle al Enviado de Dios!*

Relato de la inocente:

Me volví entonces hacia mi madre y le pedí que respondiera por mí.

Voz de la madre de la inocente:

—*¡Por Dios que no sé qué decirle al Enviado de Dios!*

Voz clara de la calumniada:

—*Entonces yo, que soy una mujer de corta edad y que no he aprendido demasiado del Corán, declaro: sé que habéis oído lo que la gente cuenta de mí, que eso os ha influido y que le dais crédito. Si yo os digo que soy inocente, y Dios sabe que lo soy, no me creeréis. ¡Pero si confesara cualquier cosa, y Dios sabe que soy inocente, me creeríais!*

(La calumniada se levanta, erguida, seria, fuerte desde sus catorce años. Y añade:)

—*Por Dios que no encuentro situación más análoga a la mía con vosotros que la del padre de José cuando declaró: «Sólo la paciencia me protegerá. ¡Y sólo Dios habrá de ayudarme frente a lo que los demás pretenden!»*

La inocente no puede seguir hablando. Repentinamente, regresa al lecho, tapa su cuerpo, su rostro, su persona entera, a fin de no llorar, a fin de... Más tarde comentará: «Aun cuando tuviera la esperanza de que Dios habría de limpiarme de la acusación, no creía que se produjera una revelación sobre mí. No...», pero ella confía: «Ah, ojalá el Enviado de Dios tuviera esta noche en sueños una visión relacionada conmigo».

Pues, aun entregándose a su propia defensa, conservó la imagen del rostro conmovido del esposo.

Silencio en la habitación, en casa de Abú Bekr.

La mediní desconocida está acucillada en el fondo de la estancia, olvidada de sí misma. La madre de la calumniada, el padre de la calumniada, no se han movido de sus asientos: como si las palabras vigorosas de la muchacha, las palabras del profeta Jacob que ha recordado («Sólo la paciencia me protegerá. Y sólo Dios habrá de ayudarme») se hubieran convertido para ambos, de pronto, en reproche, un reproche de su desfallecimiento respecto a la hija.

Apenas advierten que el Profeta poco a poco entra en trance. Y, aunque aquel día era invierno, Mahoma repentinamente se encontró bañado en abundante sudor. Finalmente, Abú Bekr se acerca a cubrirlo.

Silencio en la habitación. Silencio y estremecimientos.

7

Voz del Mensajero y del ángel Gabriel a la vez:

«Quienes han propalado la mentira forman un grupo entre vosotros. Pero no creáis que eso os va a afectar; al contrario, es un bien para vosotros, pues cada uno de ellos habrá de responder del pecado que comete. ¡A aquel de ellos que ha tomado a su cargo la mayor parte le está reservado un terrible castigo!

¡Los calumniadores no han aportado cuatro testigos! Tampoco se han atrevido a decir: ¡Es una calumnia manifiesta! ¡Y al no haberlo hecho, son mentirosos ante Dios!

(AZORA 24, versículo 11.)

Silencio tras la declamación del versículo.

Abú Bekr descubre a su amigo. Mahoma aparece ante todos y ante la inocente, que se ha incorporado en el lecho.

Con una amplia sonrisa, Mahoma se dirige a su mujer:

Voz del Profeta:

—*¡Oh, Aisha, alaba a Dios, pues Dios te ha justificado!*

La preservada ha sido preservada de verdad. Y abandona el lecho.

Voz de la madre, alterada:

—*¡Levántate, acude al Enviado de Dios!*

La inocente se encuentra de pie, inmóvil. Los mira a todos. Está tranquila. No sonríe.

Voz de la inocente:

—*No, por Dios, no me he de levantar para ir a Él. ¡Pues a nadie he de alabar como no sea a Dios!*

Abú Bekr queda desconcertado. Mahoma permanece sonriente.

Voz de Mahoma:

—*¡Déjala! ¡Tiene razón!*

La mediní desconocida abandona la habitación.

El versículo de la azora de la Luz circulará por Medina antes de una hora.

LA QUE PRESERVA PALABRA VIVA

1

De este modo, apenas concluido el cuarto de sus nueve años de matrimonio, Aisha ha pasado su Prueba.

La Prueba de aquel largo mes de duda; tras la cual, durante catorce siglos, toda mujer del Dar el Islam tendrá que pagar también: ¡un día, un año, a veces todos los años de su vida conyugal!

Poco importan finalmente las coesposas, las esclavas concubinas; poco importa la amenaza cotidiana del repudio (ya que éste puede convertirse en oportunidad de liberación). No, el auténtico peso es la duda, la terrible duda con que cargará una y mil veces toda musulmana desde el momento en que tome marido.

Porque una adolescente de catorce años de cuerpo ligero se extravió buscando su collar de ágatas lejos de la caravana. Porque a las lenguas de los hipócritas, de los indecisos, de los desconfiados, les faltó tiempo para soltarse.

Es verdad que Gabriel envió a Mahoma una clara condena de la calumnia, en especial cuando ésta afecta a una mujer. Es verdad que se prevé una protección (cuatro testigos, ni uno menos) para toda acusación de adulterio, aunque éste resulta casi imposible de probar, salvo mediante confesión del penitente, o de la penitente, que, temeroso de pagar la culpa en el más allá, se

ofrece para recibir el castigo.

De hecho, en los versículos de la azora de la Luz se establece, se ratifica, la garantía del cuerpo —del Creyente o de la Creyente, es igual—, aun entregado a posibles tentaciones.

No importa; durante catorce siglos, y en este decimoquinto siglo que empieza, en toda ciudad, en toda aldea del territorio islámico, cualquier esposo, por sí mismo o a pesar de sí mismo, hará revivir en su mujer, víctima de la duda que ha vuelto a crecer, algo del pesar extraviado de la adolescente de Medina, aquella a la que llamarán «la mujer preferida» del Mensajero, la calumniada en aquel quinto año de la héjira.

Una chiquilla de catorce años que al final se envolvió en el manto de inocencia y dolor del viejo Jacob.

2

Él ha muerto; ha muerto realmente, y en sus brazos.

Hela ahí convertida en una de las diez viudas, o más bien de las nueve, ya que Marya Um Ibrahim no es más que concubina. Aisha, hija del califa, está sola. No frente a sus «hermanas», las coesposas, sino frente a la hija del Ausente, del amado Ausente. Durante seis meses, silencio entre ambas mujeres, pues de repente el poder oscila entre mujer e hija. ¿Quién es en realidad la heredera?

¿Acaso es ella, Aisha, que asume poco a poco el papel de portavoz de las otras ocho madres de los Creyentes? ¿Acaso no habían decidido ya antes, en el año 8, seguir siendo esposas del Profeta incluso después de su muerte? Esposas tuyas para siempre.

«Vosotros que creéis... no debéis ofender al Enviado de Dios, ni desposaros nunca con mujeres que hayan sido tuyas.»

(AZORA 33, versículo 53.)

Las madres que nunca serán madres de un hijo del Enviado. En especial Aisha, la más joven, la única que se casó virgen; cuando Mahoma muere tiene

dieciocho años. La edad con que Fátima se casó con Alí.

Sí, el poder osciló simbólicamente entre mujeres e hija. Entre las nueve viudas, por una parte, y la hija. La única hija viva del amado.

Esa hija se halla en medio de, al menos, tres varones: Alí, el primo e hijo adoptivo, y sus dos hijos pequeños, Hassan y Hossein, futuros «Señores de la juventud». La continuidad. La Familia.

«Oh gentes de la casa del Profeta. Dios aleja de vosotros la infamia y os purifica plenamente.»

(AZORA 33, versículo 33.)

Y, alrededor, los hijos de Abbas, los hermanos de Alí, el hijo de Zeid, los tres huérfanos de Dyaffar. Y más aún: los primos del Profeta, incluido Zubeir, que se casó con la hermana mayor de Aisha... Es una tribu. Una fuerza.

Frente a ellos, Aisha se mantiene muy cerca de su padre, el califa. Experimenta a su vez la condición ostensible de «hija amada». Adquiere esta categoría y da en recordar que fue también «mujer preferida» del Ausente. Ausente para todos, salvo para ella.

¿Acaso no duerme él en su cuarto, muy cerca de su lecho? Todas las noches ella se vuelve hacia él varias veces cuando el insomnio la acosa. Y se acerca lo más que puede a su tumba para rezar las plegarias.

Seis meses, pues, de silencio entre mujer e hija. Entre mujer de Mahoma e hija de Mahoma. Entre hija de Abú Bekr y mujer de Alí.

Fátima no vuelve a visitar la tumba de su padre. Para ello sería preciso entrar en la habitación de Aisha. Se acerca a su padre, pero sólo cuando entra en su mezquita; cuando se acucilla contra la pared que linda con la tumba. Se sienta; reza; luego llora, ahora ya con suavidad.

Inmóvil en su cuarto, meditabunda, Aisha escucha el llanto de Fátima.

Seis meses después, Fátima agoniza. Fátima muere. Aisha reza la plegaria del alba ante la tumba de su esposo. Sabe y siente que el alma de Mahoma aguarda, palpitante, reunirse con su hija. «Una parte de mí mismo», proclamó un día.

Aisha se siente desesperadamente sola.

Una hora más tarde, acompañada de su hermana, de sus sobrinas y de su liberta, se presenta ante la puerta de Fátima. La cámara mortuoria permanecerá cerrada para ella: Esma bent Omais pronuncia un «no» firme en dos ocasiones. Y Aisha deja estallar su ira ante el califa; deja que hable su pesar.

—¡Yo quería arrodillarme ante la muerte, rezar por ella, rogarle perdón y serenidad ante su padre, ante el Amado! Yo quería...

Y Abú Bekr es Seddiq ve llorar por primera vez a su hija.

3

Demasiado sufrimiento en los días siguientes. Y esa sombra tenaz en pleno pesar, un oscuro velo que no comprende... Ese vigor en la voluntad de la muerta, esa áspera pasión de Fátima: ¿realmente contra ella? ¿Contra Aisha? En esta ocasión, experimenta la duda:

«¿No soy acaso toda amor hacia el Amado, hacia el Ausente? Él, cuya separación me mantiene siempre despierta en plena noche. Él, por el que no consigo la calma con ningún rezo suplementario. Él, cuya hija se ha alzado ¿contra quién? Sin duda contra los hombres de Medina, contra todos los hombres, pero también contra mí, ¿y eso por qué? ¿Será tal vez una lucha de la hija del Amado contra la hija de su primer vicario? No. Tampoco puede ser animadversión de los parientes del esposo hacia la esposa preferida de éste. ¡Sería realmente ridículo! ¿Acaso no nos preserva a los musulmanes de Medina nuestra fe, y también nuestra debilidad, de tales divisiones?

»Fátima ha muerto y esta vez es como si mi corazón entero estuviera helado. Mi viudez —definitiva viudez— ha empezado de verdad».

4

Tal se ve Aisha en el corazón de Medina. Ella busca, se busca. Su padre combate la *ridda*, esto es, el retorno de las tribus al paganismo. No desmaya. Aconsejado por Omar, de tajante rigor, a su derecha, y por Obeidalá ibn el Yerrah y Abderramán ibn 'Auf a su izquierda, no cede: decide, actúa, castiga severamente, se comporta de manera inflexible.

¿Cómo puede el padre que ella conoció sobre todo como hombre bueno e indulgente tornarse hombre de estado de inspiración rápida, de palabra severa, de tenacidad infatigable? ¿No habrá de consumirse en esa tarea?

Aisha no tiene veinte años. El consejo consultivo se reúne a menudo en su habitación. Sentada en un rincón, en el fondo, envuelta en sus velos, escucha. Observa; oye las opiniones, los debates; reflexiona. Admira a su padre, auténtico continuador.

Aprende; entiende bastante deprisa hasta qué punto en aquellos meses de

crisis y gracias a la firmeza del jefe, de la imaginación de su piedad confiada e inquebrantable, en una palabra, gracias a la inteligencia que le ilumina el corazón, logra mantenerse el rumbo del futuro imperio (por el momento una ciudad amenazada y La Meca, muy cerca, que permanece fiel): un timón seguro.

No, Aisha no tiene aún veinte años. A la sombra de su padre, y a menudo frente a él, comienza su formación política. Aisha en el corazón de Medina.

5

¿Fue entonces, antes de que enfermara y muriese aquel padre tan admirado, en aquel segundo año de su viudez, cuando Aisha empezó, casi por casualidad, a desarrollar sus primeros «dichos»?

¿Fue, pues, la primera de las rawiyas? La transmisora por excelencia de la gesta. En el hontanar mismo de la palabra viva. De toda palabra femenina, de todo lo que es esencial.

De la gesta que sucedió... El recuerdo la corroe; su memoria tiembla. Permanece sentada en su cuarto. De sus tres sobrinos, los hijos de Esma y de Zubeir, ya no es Abdalá, el mayor, el que más a menudo va a su casa (tiene ya doce años; suele acudir donde están los hombres; se ejercita en deportes bélicos, tiene prisa por combatir). Ahora es Orwa, el pequeño —ocho, nueve años apenas—, quien gusta de quedarse junto a ella. No pregunta; se queda allí, silencioso, atento. Cuando ella reza sus plegarias, él lo hace también, como si fuera un adulto.

Quizá acuda a la memoria de Aisha aquel chiquillo que acompañaba al profeta cuando la peregrinación del Adiós. Contaba entonces apenas cinco o seis años, y ya tenía aquellos mismos ojos febriles; como si llevase en sí todas las escenas en que se quedaba colgado del Mensajero, en la misma montura, y luego se ponía contra su hombro...

Al contemplar a este chiquillo tan misterioso hasta en su mismo silencio, Aisha siente una lacerante desazón en su interior: todos aquellos niños crecerán; son ellos quienes más tarde habrán de dar testimonio. Pero ¿de qué modo mantendrán vivos sus primeros recuerdos?

De pronto Aisha se repite esa expresión que tan extraña le pareció la primera vez: «madre de los Creyentes». La escuchó en boca del Mensajero... Incomprensible; no se atrevió a decir «descabellada». Ella, todavía tan joven, «madre»; ella, que en vano había esperado un niño; ella, extrañamente, «madre» de todos —y pensó: «¡de todos!, de los viejos, de los jóvenes, de los delgados, de los gordos, de los virtuosos, de los indecisos. De todos... ¿De veras?»

Ahora, con Orwa a sus pies (cincuenta años más tarde decidirá transcribir los «dichos» de la venerada tía materna), Aisha presiente en cierto modo lo que habrá de ser su propio cometido. Percibe débilmente el sentido de aquellas palabras, «madre de los...». De repente un ala del arcángel parece batir por encima de ella. Tiene que alimentar a los demás, ha de mantener el recuerdo, la larga cinta drapeada de las gestas, de las palabras, de los suspiros y de las sonrisas del Mensajero ¡que la gracia del Señor le sea concedida! Vivir el recuerdo para «ellos», para los creyentes, para todos los creyentes, sí, los viejos, los jóvenes, los delgados, los gordos, los virtuosos, los indecisos.

Aisha, «madre de los Creyentes» en tanto primera rawiya.

Su cometido empieza; su vida de mujer se ha apagado hace dos años; su corazón de hija se estremece y luego se enfría mientras Abú Bekr recibe sepultura en su aposento. Desgarramiento en el curso del cual Aisha, que tiene veinte años justos, se endurece y después se levanta.

Es consciente. Da gracias a Dios y a su Mensajero. De espaldas a las dos tumbas que le serán familiares, ve dibujarse su destino: sí, alimentar la memoria de los creyentes, acometer esa larga paciencia, ese incansable trabajo, destilar esa leche gota a gota. Preservar para todas las hijas de Ismael palabra viva. Vivir de ese modo, anclada en sí misma, todos los días que le queden de vida, inmóvil, sí, pero hinchada de una palabra que tiene que brotar.

Regresar al pasado vivo —los nueve años de su historia conyugal, de su único amor— para que todas, para que cada una, a su vez, se arroje al porvenir.

VOCES

Abderramán ibn Auf contó una de las expediciones del Profeta en la que participaron Omar ibn el Jattab y Alí ibn Abú Talib.

Habíamos viajado de noche —dijo— y al final nos echamos a dormir. Despertamos de mañana con un sol ardiente, e hicimos nuestras abluciones; se oyó la llamada a la oración y rezamos todos con el Profeta.

Al reanudar el camino algunos se quejaron de la sed. El Profeta bajó de su montura y llamó a uno (ibn Auf olvidó su nombre); llamó también a Alí y les ordenó: «¡Id a buscar agua!»

Partieron, anduvieron algún tiempo y por fin encontraron a una mujer encaramada en un camello entre dos enormes odres del tipo mesada y satiha. Estaban llenos de agua.

— ¿De dónde has sacado el agua? —preguntó Alí.

— Encontré esta agua ayer —respondió—, antes de hacerse de noche. Pero nuestros hombres se han ido, me han dejado y me he perdido.

— Vente entonces con nosotros —dijeron ambos.

— ¿Adónde? —replicó ella.

— ¡Con el Enviado de Dios!

— ¡Ah, con el que llaman «el Sabeo»! —exclamó ella, con lo que quería decir «el que cambió de religión»

Así pues, los acompañó y se presentó ante el Profeta, al que informaron de las circunstancias del encuentro.

Mahoma le pidió a la mujer que bajase del camello. Luego abrió la parte inferior de los odres, llamó a sus fieles y todos pudieron beber tanto como quisieron.

De pie, la mujer miraba en silencio lo que hacían con el agua.

Pues bien —continuó Abderramán con su evocación—, ¡juro por Dios que, cuando dejamos de beber, a todos nos pareció que los dos odres estaban aún más llenos que antes!

El Profeta dijo entonces a los fieles que hicieran una colecta para aquella mujer. Reunieron dátiles, harina y sawiq para una comida, lo pusieron todo en un paño, y cuando volvió a subir al camello le entregaron el hatillo.

La mujer volvió con su tribu; allí, ante su tardanza, le dijeron:

—¿Qué es lo que te ha retenido, mujer?

—Me encontraron dos hombres —contó—. Me llevaron ante ese hombre que llaman el Sabeo, que entonces hizo tal y tal cosa.

Entonces, con dos dedos —el corazón y el índice— levantados hada el cielo, pareció decir: «¿No es en verdad el Mensajero de Dios?»

Más tarde los musulmanes —seguía con sus recuerdos Abderramán— realizaban incursiones contra los politeístas de las cercanías, pero siempre pasaban por alto al grupo familiar de la mujer de los dos odres.

Un día ésta arrastró a los suyos:

—Veo que esas gentes nos dejan en paz deliberadamente. ¿Queréis, como yo, haceros musulmanes?

Así fue como ella y los suyos se convirtieron al islam.

Entre los estudiosos de la Tradición que examinaron después este hadith transmitido gradas a Abderramán ibn Auf, no todos están de acuerdo en el término de «Sabeo» con que la desconocida denominó al Profeta. Para el Bojari, el término «sabeo» viene del verbo que significa «pasar de una religión a otra». Para Abú 'Laliya, los sabeos son una secta de los pueblos del Libro que recitan salmos.

EPÍLOGO

1

Palabra plural, palabra dual, como los dos odres inagotables de aquella beduina para la que Mahoma todavía no es más que «el Sabeo».

Cuando Omar ibn el Jattab sube al púlpito y anuncia a todos que gobernará a los árabes «como el guía del camello en el desierto», sigue habiendo dos polos de presencia femenina: la fallecida Fátima, cuya voz se oye aún en las calles de Medina, y, al otro lado, Aisha, que permanece junto a las dos tumbas (la del Mensajero y la de su Amigo) y que, apoyándose en aquellos dos amores, rememora, recuerda al Ausente, por el momento ante un público infantil.

Palabra, pues, de la contestación, y en el otro extremo palabra de la transmisión; la de la hija mística en una vertiente nocturna, la de la esposa en el momento de convertirse en mujer poderosa e influyente, en la vertiente del alba.

La oposición femenina sigue viva: pero ¿no se ha visto acaso entorpecido su impulso con la desaparición de Fátima? No, pues se prolongaría con sus hijas, primero Um Keltum, luego Zeineb —tanto una como otra arengarán más tarde a las multitudes enfrentándose a la cobardía, despreciando las defecciones cuando maten a Alí, cuando martiricen a Hossein... Oposición que reanudarán casi en cada generación y durante más de un siglo aún otras hijas de las hijas y de los hijos de Fátima.

Palabra del orgullo y de la lucidez orgullosa, elocuencia encendida por el dolor que renace, por la desposesión que se proclama a gritos, por la fe consumida e intacta. Musulmanas de la especie más rara: sumisas frente a Dios y ferozmente rebeldes frente al poder, cualquier poder —así se perpetuará la estela de Fátima en Siria, en Iraq, más tarde en el occidente musulmán.

En Medina, apenas empieza a sosegar la conmoción provocada por los últimos meses de la «hija amada», apenas se disimulan esas brasas bajo la ceniza de los días ordinarios, Aisha «la preservada», Aisha la vida, intenta poco a poco encontrar su voz, ensayar el tono de su evocación, agitar las imágenes del pasado que no es pasado. Intenta sobre todo vivir una segunda vez su vida. Contándola. Detallándola: en su intimidad y en su pompa. En las

manifestaciones cotidianas del amor del Profeta.

Sí, Aisha recuerda. Al hacerlo, da origen a un principio de transmisión: pero no a una conservación piadosa y envarada, sino más bien a una exhumación lenta de lo que corre el riesgo de parecer polvo, bruma evanescente. No sabe aún cómo, pero los charlatanes, los que están ya tan seguros de sus anécdotas, los «compañeros» de última hora, también los flacos de memoria —inconscientes de su memoria cobarde, de ese espíritu suyo que nada ha percibido de los matices—, en fin, «esos» a quienes no ve pero que escucha cuando, desde su casa, los oye penetrar en *su* mezquita y parlotear sin tasa, «esos», sí, dulcificarán aquel pasado palpitante, endurecerán la masa aún en el horno, transformarán la piel y los nervios de las sublimes pasiones de ayer en plomo frío...

¿Qué puede hacer ella, sola además, contra tantas palabras, contra tantos discursos que habrán de surgir?

Evoca. Revive. Recuerda. Primero para ella misma y para su público infantil: también para sus sobrinas, que se sientan junto a ella. Y cuando lo hace, encuentra las palabras: las palabras que no encorsetan los días de ayer, no, sino que los desnudan. Las frases que no se petrifican en fórmulas; que siguen siendo poesía. Ella se busca una forma.

Suavemente, ante los niños, hijas e hijos embobados, cuenta. Narra. No inventa nunca: recrea.

¿Y si un día esa transmisión encontrara el fuego de la otra palabra, la de la iracunda vehemencia rimada? ¿Y si la voz suave, si el discurrir continuo del timbre de Aisha confluyera con la elocuencia cruda, con la efervescencia desafiante?

¿Y si un día, a fuerza de alimentar la memoria, Aisha, ahora en la madurez, con más de cuarenta años —exactamente veintitrés años más tarde—, se alzase?

Palabra doble que espolea el cuerpo de pie... ¿Y si Aisha, un día, decidiese abandonar Medina?

¡Ah, lejos de Medina, recuperar el viento, el vértigo, la incorruptible juventud de la rebelión!

2

«HIJAS DE AGAR», DUO

Voces de ayer:

Agar la expulsada, por ser sirvienta, por ser la que dio a luz primero.

*Agar en el desierto antes de que brotara la fuente, de que creciese la primera palmera,
Agar mucho antes de que «el Amigo de Dios», de vuelta en los lugares en que
creció su hijo —su hijo y la descendencia de su hijo—, construyese la Kaaba.
Agar...*

*Así, le refiere Gabriel a Mahoma —que, en este punto, modifica el Génesis—, cuando
quiso abandonarlos, Abraham acompañó a Agar y al niño hasta el emplazamiento
de La Meca, entre las colinas de Safa y Merwa.*

Después Abraham partió.

Están solos, irremediablemente; madre e hijo.

Una hora; varias horas.

Un día; otro día.

Ismael tiene sed; Ismael va a morir.

*¿Es entonces cuando Agar rompe? Va de un lado para otro entre la primera y la segunda
colina, baila, reza, delira con todo el cuerpo fuera de control, con piernas y brazos,
mientras la cara se le desparrama en el metal del azul y los pingajos se desgarran
hasta dejarla casi desnuda, aterida bajo el hiriente sol.*

En sus trances y en el blanco del pavor, va y viene.

Ismael tiene sed; Ismael va a morir.

*Ismael, en la arena, oye la danza espasmódica de su madre. Ya no gime, acosado por la
sed, sino que llora al contemplar las convulsiones de esa mujer que se precipita, que
jadea y que se ahoga, que se asfixia,*

*Pero son pequeñísimos estertores, murmullos incoherentes, un gorgeteo ronco que
acompaña, durante horas, los vagabundeos de la enloquecida Agar*

*Agar que va de un sitio a otro
Agar entre Safa y Merwa.*

*El niño, en el desconcierto del desorden, no sabe cómo sujetar el cuerpo materno, cómo
apaciguar aquel frenesí, aquella fiebre. Escarba en la arena con los dedos bajo la
mirada de un sol de plomo.*

*Cuando por fin surge el agua
por fin una fuente
por fin una música
de comienzo.*

*Agar, bailarina de la locura abandonada, Agar oye
Agar se detiene
y mira.*

La fuente de Zem-Zem mana continuamente.

El niño en sus brazos, saciado, Agar permanece sentada, inmóvil.

Voces de hoy:

*«Hijas de Agar», dijo
dijo toda mujer en el desierto de Arabia
ya rebelde, ya sumisa a Dios,*

*«¿En qué soy, somos nosotras antes que nada hijas de la expulsada, de la sirvienta, de la
que dio a luz primero y fue por ello abandonada?*

*Sí, descendientes primero de la que va y viene entre Safa y Merwa, antes de
considerarnos hijas de Ismael,*

*El que veinte años después esperará a su padre para repudiar, conminado por él, a su
primera esposa, y quedarse con la segunda, de nuevo por consejo de su padre,*

Abraham, que los abandonó a él y a Agar por orden de Sara.

*Dejemos a los hijos de Ismael («¡tienen autoridad sobre vosotras!» recuerda el Corán),
dejémoslos cavar, voltear, triturar el humus y el lodo del surco paterno —legado
oscurecido, sarmientos para ningún fuego*

*Dejemos a los arqueros salvajes, dejémoslos enfrentarse, dividirse, dejémoslos devorarse
entre sí bajo los auspicios del Padre inexorablemente vuelto hacia la esposa
preferida.*

*Dejemos a los hijos de Ismael —nuestros padres, nuestros hijos, nuestros esposos que
nos repudian— entregados a la sombra opaca de su propio Padre.*

Hijas de Agar, hemos sido y seremos una sola vez expulsadas a través de ella, Agar —o

*más bien Hayar de antes de la héjira, Hayar, la que sufrió insolación⁸—,
¡y desde entonces vamos y venimos, danzamos, enloquecemos
en un desierto de la vida entera,
siempre entre la primera y la segunda colina!»*

*«Hijas de Agar», dijo,
dijeron todas,
con su silencio
con su apartamiento
en tiempos de los Profetas
en tiempos de Mahoma, Sello de los Profetas,
y después de él.*

*Es verdad,
Una vez al año, todos, los creyentes y las creyentes,
o al menos una vez en la vida,
hijas de Agar e hijos de Ismael, reunidos,
reviven la escena de la conmoción de Agar
de la locura de Agar en el desierto
antes de que brotase el agua
de Agar entre Safa y Merwa.*

*Una vez al año
Una vez al menos en la vida
el único teatro
para ellos y por ellos
dispone
la única ficción islámica.*

*Hijas de Agar e hijos de Ismael
Abraham, que vuelve sobre sus pasos.*

Argel-París (agosto 85, 86 y 87,
octubre 88-junio 90)

8 «Agar», o mejor «Hayar» (Hajjar en el original francés), nombre árabe de la misma raíz que «héjira», emigración, y que «hayra», insolación.

PRINCIPALES PERSONAJES MENCIONADOS

Las esposas del Profeta:

Jadidya bent Juwailid
— muerta antes de la hégira (mencionada aquí)
Sawda bent Zamaa
Aisha bent Abú Bekr
Hafsa bent Omar
Zeineb bent Yahsh
Hind bent Omeya, llamada Um Salama
Yuwayria bent el Harith
Safya bent Huayy
Um Habiba bent Abú Sofyan
Maimuna bent al Harith

Su concubina:

Marya la Copta.

Los miembros de la familia del Profeta («Ahí el Bit»):

Sus hijas:

Zeineb —muerta antes que él

Reggaya —muerta antes que él

Um Keltum —muerta antes que él

Fátima, esposa de Alí ibn Abú Talib

madre de Hassan y de Hossein, de Zeineb y de Um Keltum

Sus tíos paternos:

Hamza ibn Abdú el Mottalib —muerto antes que el Profeta.

Abbas ibn Abdú el Mottalib.

Sus tías paternas:

Safya bent Abdú el Mottalib

Atyka bent Abdú el Mottalib.

Sus primas paternas:

Arwa (madre de Otmán ibn el Affan y de Um Keltum bent Okba)

Zeineb bent Yahsh (su madre Omaina es tía paterna del Profeta)

esposa de Zeid ibn Harith

después, esposa del Profeta.

Sus primos paternos:

Dyaffar ibn Abú Talib —muerto antes que el Profeta.

Alí ibn Abú Talib

esposo de Fátima; padre de Hassan, Hossein, Zeineb, Um Keltum

—llamado a veces «Abú Hassan»

viudo de Fátima, tendrá entonces otras esposas, entre ellas Esma

bent Omais

futuro cuarto califa

Zubeir ibn el Awwam —hijo de Safya bent Abdú el Mottalib

esposo de Esma bent Abú Bekr, hermana de Aisha

esposo de Um Jaled bent Jaled

esposo de Um Keltum bent Okba (repudiada), etc.

Fadl ibn Abbas

Abdalá ibn Abbas.

Sus libertos:

Zeid ibn Harith

esposo de Um Ayman

esposo de Zeineb bent Yahsh (repudiada), y después de Um

Keltum bent Okba

muerto antes que el Profeta

Um Ayman «la negra».

Los Compañeros:

Abú Bekr ibn Abú Qohaifa — primer califa y suegro del Profeta
 esposo de Koteila — no islamizada (permanece en La Meca)
 madre de Esma y de Abdalá
 esposo de Um Ruman
 madre de Aisha y Abderramán
 esposo de Esma bent Omais
 madre de Mohamed
 esposo de Habiba «la mediní»
 madre de Um Keltum (nacida tras la muerte de Abú Bekr)
 Omar ibn el Jattab: suegro del Profeta y segundo califa
 padre de Hafsa
 esposo, entre otras, de Atyka bent Zeid, «la poetisa»
 Otmán ibn el Affan
 dos veces yerno del Profeta — futuro tercer califa
 esposo de Reggaya, hija del Profeta
 viudo, esposo de Um Keltum, hija del Profeta
 Abderramán ibn 'Auf
 tercer esposo de Um Keltum bent Okba
 Abdalá ibn Abú Bekr
 primer esposo de Atyka bent Zeid
 muerto antes que el Profeta
 Talha ibn Obeidalá
 Abú Quatada
 Bilal, primer almuecín del islam
 Anas ibn el Malik, al servicio del Profeta
 Osaima ibn Zeid ibn Harith e hijo de Um Ayman

Las Emigrantes:

Um Fadl, esposa de Abbas ibn Abdú el Mottalib
 hermana uterina de Esma bent Omais y de Maimuna, mujer del Profeta
 Esma bent Abú Bekr
 esposa de Zubeir ibn Awwam
 hermana de Aisha, mujer del Profeta
 Esma bent Omais
 esposa de Dyaffar ibn Abú Talib
 después, de Abú Bekr
 después, de Alí ibn Abú Talib
 amiga de Fátima, hija del Profeta
 Um Keltum bent Okba
 esposa de Zeid ibn Harith

después, de Zubeir ibn el Awwam
 después, de Abderramán ibn 'Auf
 después, de Amr ibn el 'As
 Atyka bent Zeid
 esposa de Abdalá ibn Abú Bekr
 después, de Omar ibn el Jattab
 después...

Las Mediníes, esposas de los ansares:

Um Salem, esposa de Malik (y madre de Anas ibn el Malik)
 viuda, esposa de Abú Talha
 Um Harem bent Melhan
 hermana de Um Salem
 Zeineb, cantora mediní
 Barira, la liberta de Aisha
 Sirin la Copta, hermana de Marya —que vive en Medina
 esposa de Hassan ibn Thabit, poeta.

Las Mequíes

Islamizadas tras la toma de La Meca (año 8 de la hégira)
 Um Hakim bent el Harith
 esposa de Ikrima ibn Abú Yahl
 viuda, esposa de Omar ibn el Jattab
 Fátima bent el Walid
 esposa de Harith ibn Hisham
 hermana de Jalid ibn el Walid
 Yuwayria ben Abú Yahl
 hermana del Ikrima ibn Abú Yahl
 Hind bent Otba
 esposa de Abú Soyfan

Los jefes militares musulmanes:

Jalid ibn el Walid, «la espada del islam»
 islamizado después de Hodeiba (año 7 de la hégira)
 Ikrima ibn Abú Yahl
 esposo de Um Hakim bent Harith
 islamizado tras la toma de La Meca (año 8 de la hégira)

Mohadyir ibn Omeya
islamizado en la misma fecha que Ikrima.

Las mujeres rebeldes:

Selma bent Malik
se convierte en jefe de los Beni Ghatafan
Nawar, esposa de Tolaiha, de la tribu de los Beni Asad
Sadyah bent Harith, de los Beni Taghlib
se proclama «profetisa»
desposa (momentáneamente) a Mosailima en el Yemama
La «cantora de sátiras» de los Beni Kinda

Las Musulmanas mezcladas en los combates:

La reina yemení
esposa de Schehr ibn Badsan
viuda, esposa de Aswad el rebelde
Um Temim
esposa de Malik ibn Nowaira, de los Beni Temim
viuda, desposada por Jalid ibn el Walid
La hija de Medyaa, de los Yemama
desposada por Jalid ibn el Walid.

De las Creyentes

Kerama, bent Abdú el Mesih, de Hira
cristiana.

N.B.: De los personajes principales, tan sólo la llamada «segunda rawiya», cuyo nombre es Habiba, es totalmente imaginaria.